

Páginas desconocidas

Gustavo Adolfo Bécquer

Preliminar

GUSTAVO Adolfo Bécquer es uno de los poetas más populares de España y al mismo tiempo, extraña paradoja, uno de los menos conocidos. Publicadas sus obras como póstumo homenaje de sus admiradores, sólo llegó al público una pequeña parte de su copiosa labor. Dos días después de muerto el poeta se reunieron, en el estudio que en la plaza del Progreso tenía Casado de Alisal, todos los artistas y literatos que fueron sus amigos, y acordaron reunir en un libro, que sería editado por suscripción pública, toda su obra, dispersa en las columnas de periódicos y revistas.

¿Es toda la obra de Bécquer la reunida en un par de pequeños volúmenes por sus admiradores y amigos? No; el poeta de las RIMAS dejó una obra más extensa, más varia que la contenida en los volúmenes que la caridad popular editó. A que no se pierda esta obra, a que Bécquer sea conocido ampliamente, es a lo que tiende esta recopilación de trabajos suyos, perdidos entre las amarillentas páginas de las revistas de su época, entre los que hay -LA PICOTA DE OCAÑA, UNA CALLE DE TOLEDO, APÓLOGO, EL RETIRO, ENTERRAMIENTO DE GARCILASO DE LA VEGA- trabajos dignos hermanos de RAYO DE LUNA, LA VENTA DE LOS GATOS y las CARTAS DESDE MI CELDA. También publicamos dos RIMAS, copiadas del original del libro que el poeta pensaba publicar, titulado LIBRO DE LOS GORRIONES. Una de ellas,

la que empieza «Una mujer envenenó mi alma», aparece tachada en el original. ¿Qué historia de dolor hay en esa rima que Bécquer se arrepintió de haber escrito?

Para este libro dibujó el poeta una portada que le acredita de dibujante genial. Representa el rincón de un jardín abandonado, por cuyas tapias trepa libremente la hiedra y en el que una fuente glosa su eterna y melancólica canción. ¿Por qué los que se encargaron de la edición de sus obras no pusieron al frente de las RIMAS esta portada? Sin duda el original del LIBRO DE LOS GORRIONES debió permanecer ignorado para los amigos del poeta, pues de no haber sido así, el olvido sería imperdonable. Es necesaria una edición de las RIMAS, a cuyo frente vaya el dibujo que para ellas hizo Bécquer: una edición cuidada, pequeña, libro-breviario en el que las mujeres, los artistas, recen las íntimas oraciones de su tristeza, de sus sueños, de su silencio. Libro que, como la IMITACIÓN de Tomás Kempis, sea un oasis en nuestro árido y solitario camino, bálsamo que nos consuele y conforte en horas de melancolía.

.....
.....
.

Este libro que hoy publicamos es una lámpara más que alumbrará perennemente la gloriosa memoria del poeta a quien la fatalidad puso su frío beso en la frente.

F. I. F.

Gustavo A. Bécquer

Biografía por Narciso Campillo

(Inédita)

NUNCA he tomado la pluma conociendo mejor el asunto de que voy a tratar, y, sin embargo, jamás experimenté la indecisión en que ahora mi ánimo vacila. Porque escribir la biografía de un personaje universalmente reputado, y cuya existencia, completa en el tiempo, ha producido todos sus frutos para el saber, para el arte, para la gobernación de su patria, es narrar hechos íntegros, es presentar el drama humano desde su exposición hasta su desenlace.

Pero bosquejar el cuadro de una vida, cuyos hilos rotos flotan al acaso, de una vida que fue sólo una mañana tempestuosa, aunque anunciaba ser un medio día espléndido y una serena y luminosa tarde, es tomar la pluma del biógrafo para cambiarla pronto por la del poeta y dejando el terreno de la realidad, lanzarse por los campos imaginarios de la fantasía. Procuraré contenerme en los límites de lo justo, sin que la amistad ni otra consideración alguna me perturbe ni extravíe.

En Sevilla, y en el mismo barrio en que el célebre caballero Don Miguel de Mañara, tipo original y primitivo de Lisardo el Estudiante y de Don Juan Tenorio, sintió el misterioso golpe y vio desfilar su propio entierro, nació en el 1835, dos años después que su hermano el pintor, D. Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bécquer. Eran sus antepasados oriundos de Alemania; mas ya en el siglo XVI avecindados y conocidos en la reina del Guadalquivir entre las más hidalgas familias. Fue su padre D. José Domínguez Bécquer, pintor aventajado en el género de costumbres, y su madre, doña Joaquina Bastida. Ambos, el esposo antes y poco después la joven viuda, bajaron al sepulcro, dejando, a unos en la niñez y a otros en la cuna, siete hijos varones: Eduardo, Estanislao, Valeriano, Gustavo

Adolfo, Ricardo, Alfredo y José. Un tío, anciano y sin descendencia, don Juan de Vargas, se encargó de los huérfanos, haciendo para con ellos el oficio del más cariñoso padre, hasta que, ya crecidos, pudieron ir buscando honrada subsistencia en distintas profesiones.

Había en Sevilla, a la margen del río, un colegio de pilotos de altura, llamado San Telmo, palacio hoy de los duques de Monpensier, en cuyo establecimiento, planteado en 1681 sobre donde estuvo el arrabal de Marruecos, se refundió la antigua y famosa Escuela de Mareantes, de Triana. Era preciso para ingresar en ella ser huérfano, pobre y de noble cuna; condiciones exigidas por el Estado, que costeaba la educación y alimento de los alumnos. Gustavo reunía tales circunstancias, y antes de los diez años era ya colegial de San Telmo. Poco después lo fue también el que estas líneas escribe, y nuestra amistad de la primera infancia se fortaleció entonces con la vida común, vistiendo igual uniforme, comiendo a una mesa y durmiendo en el mismo inmenso salón, cuyos arcos, columnas y melancólicas lámparas colgadas de trecho en trecho, me parece estar viendo todavía.

Me complazco en recordar esta época de nuestro primer vagido literario; y digo nuestro, porque siendo él de diez años y yo de once, compusimos y representamos en dicho colegio un espantable y disparatado drama, que se titulaba, si mal no recuerdo, Los conjurados. Asimismo comenzamos una novela. Me extraña la candidez con que aquellos dos niños, ignorantes de todo, se lanzaban jugando a los dos géneros literarios que más conocimientos exigen del hombre, de la sociedad y de la vida. ¡Tiempo había de llegar en que, a fuerza de penosos combates y rudas pruebas, adquiriesen esta ciencia, tan difícil como amarga!

El colegio fue suprimido de real orden y nos encontramos en la calle.

Decididamente la fortuna se empeñaba en que no llegásemos a ser pilotos de altura, cosmógrafos y navegantes. Gustavo fue recogido por la señora Monehay, su madrina de bautismo, persona de claro talento, que poseía bastantes libros y ¡cosa rara en mujer! que los había leído todos. Estos libros fueron una mina para Gustavo; los leyó, los releyó, y como algunos estuviesen destrozados, faltándoles ya el principio, ya el fin, los empezaba o concluía de su cosecha, devorándose los sesos días enteros y semanas seguidas en semejante empeño, descomunal y extraordinario para las fuerzas intelectuales de un niño.

Por este tiempo leyó dos obras que influyeron en él notablemente: las Odas de Horacio, traducidas por el padre Urbano Campos, y las poesías de Zorrilla. Vacilando entre ambos caminos, unas veces seguía las huellas del epicúreo cantor de Roma, valiéndose de las imágenes, alusiones y ornato mitológico, y otras adoptaba con admirable facilidad el estilo pintoresco, libre, incorrecto y desigual del poeta vallisoletano. A esta época pertenecen muchas composiciones que, con otras mías, en número de miles de versos, quemamos una tarde en mi casa. De las de Gustavo dos solamente recuerdo: una «Al viento», imitación de Zorrilla, y otra en verso suelto, del corte horaciano, dirigida a mí, que empezaba de este modo:

Muy más sabrosos que la miel

hiblea,

más gratos que el murmullo de la fuerte,

me son, Narciso, tus hermosos versos.

En 1849 había dos pintores notables en Sevilla, con estudio abierto y concurrido por numerosos alumnos, futuros émulos, cada cual en su imaginación, de las glorias de Velázquez y Murillo: uno de tales estudios,

situado en el mismo local del Museo de Pinturas, era de don Antonio Cabral Bejarano, persona inolvidable por su talento y tal vez más por su gracia, delicia de cuantos le trataban; el otro, establecido en un salón alto del alcázar árabe de Abd-el-Azzis, junto al patio de Banderas; se hallaba dirigido por don Joaquín Domínguez Bécquer, hermano y discípulo de don José, padre de Gustavo. A pesar de la circunstancia de tan próximo parentesco, ingresó éste a los catorce años en el taller de Bejarano, donde permaneció dos, ejercitándose en el dibujo, para cuyo arte, como para todos los demás, poseía extraordinarias dotes. Pasó después al estudio de su tío, quien, juzgándole aun con más disposiciones para la literatura, en vista de la facilidad y mérito de sus poesías, le aconsejó seguir con tesón este camino y le costeó algunos estudios de latinidad. Entretanto Gustavo crecía y reunido constantemente conmigo ensanchaba sus horizontes poéticos por la meditación de los grandes modelos, y sobre todo por la contemplación de la naturaleza. Entonces compusimos los tres primeros cantos de un poema histórico, titulado La conquista de Sevilla. Pocos meses después, y hallándonos ambos en Madrid, ¡con qué placer me recordaba nuestros paseos en lancha por el Guadalquivir, donde bogábamos los dos entre márgenes cubiertas de álamos, sauces, palmeras, cipreses y naranjos, llenos de penetrantes perfumes de azahar y alumbrados por un sol de fuego, o por la redonda, y ancha luna que hacía brillar el río como si fuese plata fundida! ¡Cómo gozaba también al recordar nuestros solitarios paseos a las ruinas de Itálica; las cien y cien leyendas que formábamos en voz baja, ya vagando por las gigantescas naves de la desierta catedral, ya inmóviles y contemplando entre la sombra de algún ángulo apartado el sepulcro de un sabio, de un santo, de un guerrero, o las innumerables estatuas de ángeles, vírgenes, profetas, psalmistas, reyes y apóstoles

que, desde los huecos de sus hornacinas o desde los pintados vidrios, parecían mirarnos tristemente a nosotros, tan jóvenes y tan entusiastas!

El tiempo es despiadado; barre y se lleva a su paso las ilusiones de la adolescencia y los fríos desengaños de la ancianidad, empujando siempre adelante, lo mismo al que teme que al que espera. En el otoño de 1854 vino Gustavo a Madrid, resuelto a conquistarse con su talento un nombre ilustre, una posición independiente. El velo de flores y oro que la poca edad y el entusiasmo tejen y desarrollan ante la vista, ocultó a la de Gustavo el desamparo, la pobreza, los sinsabores de todo género que sufrió antes y aun después de ser ventajosamente conocido y de poder subvenir a las necesidades más imprescindibles de la vida. Dando pormenores de este período de la suya, temería ser indiscreto; fuera de que en sus mismas poesías hay lo bastante para comprender lo que son días sin pan, noches sin asilo y sin sueño, padecimientos físicos y congojas morales, en la eterna lucha del genio desamparado por salvar las frías barreras que de todos lados cercan y encadenan su vuelo.

En 1857, ayudado de otros literatos, y dirigiendo la obra, emprendió la Historia de los templos de España, de cuyo importante trabajo sólo pudo publicar el primer tomo, notable bajo el doble concepto de la redacción y los dibujos, algunos de los cuales son suyos, singularmente el de la portada. Todos ellos, así como otros varios sobre diversos asuntos, muestran con toda certeza que hubiera sobresalido en la pintura, a no haberla pospuesto y desatendido para dedicarse exclusivamente a las tareas literarias.

Como todo en nuestro país lo absorbe la política, en ella casi siempre se ve obligado el escritor a buscar los recursos que en el cultivo de las letras no halla, sentado plaza bajo tal o cual enseña política, y

convirtiéndose, de publicista, en jornalero asalariado de la publicidad, que a veces desarrolla proyectos que no entiende, sustenta cuestiones que no le importan y se propone casi diariamente como supremo fin el llenar determinado número de cuartillas para aplacar la voracidad de ese insaciable monstruo llamado Prensa periódica. Gustavo, en 1861, escribía para El Contemporáneo, diario en que parece se habían dado cita muchas elevadas inteligencias. Gravemente enfermo en esta época, se retiró en busca de aires más puros, acompañándole su hermano el pintor, Valeriano, al histórico Monasterio de Veruela, donde escribió varias leyendas, fantásticas en su mayor parte, y las notables cartas tituladas Desde mi celda, que tanto llamaron la atención al insertarse en las columnas del citado periódico.

Al año siguiente regresó a la corte, donde comenzó a publicar, en unión de su buen amigo don Felipe Vallarino, la Gaceta Literaria, cuya breve, pero provechosa existencia, bastó para darnos a conocer excelentes artículos y poesías, y el primer tomo de la Historia de la literatura y del arte dramático en España, por Adolfo Federico de Schack, traducida del alemán con sumo acierto por don Eduardo de Mier. Este año y el de 1863 continuó Gustavo formando parte de la redacción de El Contemporáneo y embelleciéndolo con varias leyendas llenas de ingenio, novedad y colorido poético. En los baños de Fitero, adonde fue a buscar la salud el verano del 64, acompañado de su inseparable Valeriano, compuso la leyendita del Miserere, fantástico, y también otras varias no menos interesantes, que en breve sus amigos, reunida a sus demás obras, daremos a la estampa.

A su vuelta de los baños de Fitero continuó en El Contemporáneo, y poco después entró en un diario ministerial, arrastrando la pesada cadena de periodista político, porque su situación lo imponía. Digo pesada

cadena, porque no puede haberla mayor para caracteres como el suyo, y sólo la necesidad más imperiosa puede hacerla soportar por algún tiempo. Cuando le llegó el de verse libre de ella, aceptando un destino que le permitía entregarse a sus estudios favoritos, mejor diré a sus sueños, pues Gustavo era de los hombres que sueñan despiertos hasta el punto de asistir como espectadores al drama real de su propia vida, su júbilo fue grande y proyectó vastos trabajos literarios, que, habiéndolos podido desarrollar, le hubieran dado ciertamente en nuestra historia el alto puesto que su talento merecía. Durante el tiempo de su empleo escribió un breve tomo de poesías, titulado Rimas. Don Luis González Bravo, ministro entonces, y particular amigo del poeta, se encargó espontáneamente de ponerlas un prólogo e imprimirlas a sus expensas; ¡tal fue la originalidad, la frescura y el sentimiento que encontró en ellas, como encuentran hoy cuantos las conocen y conocen la vida del autor!

Estalló y triunfó el movimiento revolucionario de 1868; cayó para siempre el trono de doña Isabel; ésta y sus ministros buscaron precipitadamente refugio en país extranjero; Gustavo presentó dimisión de su empleo; volvió los ojos a la poesía; pero no pudo recobrar su volumen manuscrito, extraviado en aquellos días por efecto de las circunstancias de quien lo conservaba entre los papeles y libros. Con ímprobo trabajo consiguió el poeta ir recordando y transcribiendo sus composiciones; retirado a la imperial Toledo, se extasiaba su espíritu ante las grandiosas ruinas de otras edades, tal vez contemplando en ellas una imagen fiel y viva de su juventud y esperanzas que a un tiempo iban desvaneciéndose.

En 1869, a su regreso de los baños en la costa del Norte, vino a vivir en las afueras de Madrid, en el barrio de la Concepción. Allí se

entregó con afán a su vida solitaria y contemplativa; pasaba días enteros cultivando su jardín, hablando de literatura y artes con Valeriano y los amigos que iban a visitarle, o alternando en infantiles juegos con sus pequeños hijos. Se me olvidaba decir que en 1861 había contraído matrimonio; verdad es que a él parecía habersele olvidado también, pues, apartado de su esposa, jamás le oí hablar de ella. En este retiro apacible escribió algunas nuevas poesías; proyectamos publicar una biblioteca de grandes autores, para lo cual comenzamos a traducir él a Dante y yo a Homero; organizó el notable periódico titulado La Ilustración de Madrid, que bajo su dirección empezó en 1870, y donde tan buena muestra dio de sí Valeriano como dibujante conocedor de costumbres y tipos españoles. ¡Quién podría decirle que dentro de breve término habían de imprimirse en el mismo papel su necrología y la de su querido hermano!

En septiembre ocurrió el fallecimiento de éste, y desde entonces pudo afirmarse que Gustavo quedó herido de muerte. ¡Tal el abatimiento y pesar que produjo en su alma la pérdida de este hermano y compañero, con quien había compartido siempre su bolsillo, sus esperanzas, sus grandes penas y alegrías breves, su habitación y su vida! Sí, largas penas y alegrías breves, y además lucha incesante y obstinada; en estas palabras se halla comprendida su existencia. Su gozo era fugaz como el tránsito de los días primaverales: una ilusión, un desvanecimiento de un instante; no es posible leer sin pensar en esto la siguiente bellísima composición de sus Rimas:

Los invisibles átomos del aire

En derredor se agitan y brillantan,
El cielo se deshace en rayos de oro,
La tierra se estremece alborozada;

Oigo vibrar en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas,
Mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
Es el amor, que pasa.

Es verdad que pasa y no vuelve, como no vuelven tampoco las generosas ilusiones ni las espléndidas esperanzas de la juventud. En cambio, el dolor, una vez llegado, permanece y echa de día en día, como los árboles, más hondas raíces en nuestro corazón; y pues me he valido de algunos versos de Gustavo para confirmar la primera idea, sírvanme otros del mismo para la segunda, indicando al par otra especie de tormento que le devoraba:

Me ha herido recatándose en las
sombras,

Sellando con un beso su traición:

Los brazos me echó al cuello, y por la espalda

Partióme a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,

Feliz, risueña, impávida... ¿Y por qué?

Porque no brota sangre de la herida.

Porque el muerto está en pie.

Muerto se juzgaba ya, aunque no exhalaba su pesar en estériles ayes; muerto para la alegría y la confianza; así le veíamos siempre triste y meditabundo, como si fuera recordando en su interior continuamente una por

una las páginas de su dolorosa historia, a que puso fin una rápida enfermedad el 22 de diciembre de 1870.

¿Terminaré estos apuntes biográficos examinando literariamente sus Rimas, Leyendas y demás producciones? De ningún modo. El público las leerá y juzgará en breve; sé muy bien que es inapelable su fallo, y nunca me pareció justo ni conveniente andar disculpando faltas ni encareciendo méritos. Lo que sí procuro con estas líneas es indicar las condiciones difíciles y adversas en que se desarrolló el genio de Gustavo, para que, no perdiéndolas de vista, pueda juzgarse por lo que hizo, lo mucho que era capaz de hacer, y por las ideas poéticas que dejó consignadas, las muchas y grandes que llevó consigo a otras regiones más serenas y resplandecientes.

NARCISO CAMPILLO

NOTA DEL RECOPIADOR.- Esta biografía la escribió Narciso Campillo para un libro que no llegó a publicarse, y que titulaba Mis contemporáneos. El manuscrito lo conservó entre sus papeles don Julio Nombela.

El Retiro

(Inédito)

CADA uno de los paseos de Madrid tiene su carácter, su fisonomía y su concurrencia especial. A mí me basta saber a qué paseo asiste de ordinario una persona para formarme una idea aproximada de su posición, su genio y

sus costumbres.

Desde el Campo del Moro a la Fuente Castellana, desde el paseo de Oriente a Recoletos, desde la Plaza Mayor a Atocha, desde las Vistillas al Salón del Prado, la coronada Villa ofrece tan ancho y variado campo a sus habitantes, que, excepto algunas raras excepciones, cada cual busca el punto de reunión más en armonía con sus hábitos, su carácter y sus intereses, obedeciendo a esa ley eterna que impulsa a la llama a subir y al agua a buscar su nivel.

Ponedme un domingo cualquiera en un lugar céntrico de la población y yo os diré sin vacilar un momento y casi con la seguridad de no equivocarme un punto:

¿Veis esa elegante carretela sobre cuyo fondo azul y entre un mar de glasé y de blondas se destaca una cabeza rubia y distinguida? Pues esa va a la Fuente Castellana.

¿Veis aquel grupo de alegres y honrados artesanos que con cara de Pascuas y vestidos de día de fiesta cruzan en opuesta dirección? Pues esos seguramente van a merendar en la Pradera, en las Vistillas o a las inmediaciones del Puente Verde.

Aquella mamá, obesa, que sigue la calle de Alcalá adelante, precedida de dos pimpollos, en estado de merecer, perdería un dedo de la mano si no va a sentarse frente al circo del Príncipe Alfonso.

La otra cocinera endomingada que atraviesa más lejos, con aire decidido y luciendo un pañolón de colorines, apostaría cualquier cosa a que corre en busca de la Plaza Mayor, donde la espera un su paisano o pariente, cabo de la primera del 5.º de artillería montada.

Ese matrimonio de edad proveccta que corre a guarecerse en el portal de una casa, cuando siente el ruido de un coche y que parecen comerciantes

retirados de la calle de Postas, ¿quién duda que bajarán al Campo del Moro?

En cuanto a ese astur sin cuba y con camisa limpia, ¿qué hemos de pensar, si no que se dirige a la Virgen del Puerto?

Aquella bandada de niñeras y amas de cría de casa grande, ¿Se oculta al menos conocedor de las costumbres madrileñas que no han de parar hasta verse junto a la fuente de las Cuatro Estaciones?

Y así seguiría marcando sin discrepar una línea el itinerario de todos y de cada uno de los paseantes.

La multitud que en ciertos días clásicos va y viene, cruza y torna a cruzar, y se enreda y se enmaraña pasando y repasando en mil direcciones distintas, podrá presentarnos confundidas las diferentes capas de la sociedad; pero a medida que las arterias de la población van arrojando a la ronda los animados grupos que por ella circulan, cada actor del gran sainete humano busca instintivamente escena y decoración apropiadas al papel que les ha tocado en suerte desempeñar en el teatro del mundo.

Hay, no obstante, un paseo cuyos concurrentes no es fácil señalar, un paseo al que no asiste clase determinada, al que se va casi siempre más bien por incidencia que por costumbre, paseo que cambia de aspecto a medida que cambian las estaciones, que ofrece un panorama distinto en las diversas horas del día, que en el discurso del año puede asegurarse, que ve cruzar por sus alamedas a todos los vecinos de la Corte, amén de la población flotante, paseo, en fin, donde se reúnen alternativamente paletos y damas aristocráticas, niñeras y hombres políticos, artesanos y estudiantes, modistas y títulos de Castilla, provincianos y manolos, desesperados y alegres, ricos y pobres, chicos y grandes, muchachos y viejos. Ese paseo sui géneris es el tradicional, el histórico paseo del

Buen Retiro.

Y, ¿cómo se comprende, exclamará alguno, que esa multitud que instintivamente busca para agruparse sus elementos afines se reúna sólo en este punto?

Para encontrar la explicación de ese fenómeno, para darse cuenta de esa contradicción aparente, hay que saber de antemano que el Retiro es un paseo especial, un paseo ómnibus, que tiene rellanos y plazas tapizadas de finísima arena y cercados de arrayán para que jueguen los chicos; calles de copudos olmos ornados de estatuas para que paseen los hombres graves; fuentes egipcias y chinescas, con peces, ánades y patos, para que se embobben las gentes sencillas; bosquecillos de follaje tupido y discreto para que se aventuren las parejas de enamorados; jaulas de fieras, con monos que hacen gestos, y leopardos que enseñan los dientes, para que se extasíe la plebe menuda; parajes incultos, llenos de carrascas y de jaramagos amarillos, para que se tiendan al sol los haraganes; hileras de pinos y cipreses para que discurran a su sombra los melancólicos; es preciso, por último, no perder de vista que dentro de un paseo monstruo, cuya circunferencia mide algunos kilómetros, hay otros cien paseos aislados e independientes, con su hechura, sus condiciones y su carácter adecuados a las diferentes clases de personas que los frecuentan.

De esta variedad infinita nace la dificultad con que tropiezan así el escritor como el dibujante al tratar de reproducir su múltiple fisonomía. Tarea inútil es asestarle el lente fotográfico; trabajo perdido cruzar sus enarenadas calles lápiz o pluma en ristre. A cada instante cambian la expresión, la luz y hasta las líneas del modelo que se intenta copiar.

Figuráos, por ejemplo, que penetramos en el Retiro en una de esas mañanas de abril o mayo que inspiraron a Calderón la comedia más llena de

risueña poesía, de elegantes discreciones y novelescas aventuras de nuestro teatro antiguo. Es la estación en que los almendros cubren el suelo con los despojos de sus tempranas y efímeras flores, dejando asomar sus primeras hojas verdes y transparentes; es la estación en que los intrincados laberintos del estanque chinesco se engalanan con ramos de lilas; es la estación en que el sol comienza a despertarse temprano y alegre, llamando con sus reflejos de oro al balcón de los perezosos. Los troncos, antes desnudos, se han vestido de nuevo y espléndido ropaje; el cielo parece más puro y transparente; entre las hojas suena una confusa algarabía de trinos y gorjeos que regocija el alma.

El Retiro va a ofrecernos una de sus escenas más características. Las modistillas que a costa de un madrugón han podido robar dos o tres horas de cotidiano trabajo del taller, cruzan alegres y desenfadadas por los senderos que dibujan los floridos arbustos, víctimas de sus matinales expediciones. Sus voces frescas y juveniles, sus gritos y sus risas forman coro y se confunden con el alegre y ruidoso canto de los pájaros.

¡Vedlas con sus sencillos trajes de percal, sus cabellos en desorden y volando sueltos al aire los extremos de sus graciosas mantillas, correr de un lado a otro con esa vertiginosa inquietud con que vuelan las mariposas zumbando en rededor de las flores! Mientras unas acechan los movimientos del guarda, otras penetran en los cuadros del jardín y repelan las acopadas matas de lilas, no faltando en esta bulliciosa operación algunos estudiantes que las requiebran, las persiguen o las asustan escondidos entre la arboleda. Todo enderredor parece que se anima, sonrío y toma parte en la loca alegría de las muchachas. Involuntariamente se escapan de los labios los dulces y espontáneos versos del poeta

florentino:

¡Oh, primavera, gioventú

de'amour!

¡Gioventú, primavera della vita!

.....
.....

He aquí el borrador de una página del paseo del Buen Retiro; mas no os apresuréis por ella a formar buena idea del conjunto. Una página no es un libro.

Dejemos la fuente chinesca; seguidme por las revueltas de los jardines; no os preocupéis de la media docena de desocupados que arrojan pedacitos de pan a los peces del estanque grande, y recorriendo una ancha y solitaria calle de castaños, acopados y añosos, nos encontraremos en la fuente de la Salud. ¡Ved cómo han cambiado la decoración y los personajes; ved cómo todo es aquí diferente: la agitación deja lugar al reposo; a los gritos y las alegres carcajadas sustituyen las conversaciones a media voz. El ancho batiente de un musgoso paredón, a cuyo pie se distinguen algunos bancos rústicos, presta a este lugar un aire de sosegada tristeza; la luz se abre paso con dificultad al través de las apretadas copas de los árboles.

Niñas pálidas, viejas achacosas, empleados sin empleo y militares en situación de reemplazo, todos adoradores de la maravillosa fuente, se agrupan en torno del manantial y discuten acerca de las propiedades del agua, repiten por centésima vez el número de vasos que se han bebido o pasean con lentitud a lo largo de las alamedas.

Pero no han concluído aún todos los objetos del diorama. Volvamos otra hoja del libro; internémonos otra vez en la espesura. ¿No habéis

reparado en las orlas de una elegante falda de seda que desaparece siempre por el extremo opuesto de las sendas que seguimos? ¿No habéis visto dibujarse vagamente al través de los claros que dejan las ramas el perfil de una enamorada pareja, que al menor ruido huye y evita el encuentro de los curiosos, escondiéndose entre el espeso follaje de los jardines?

Si al abandonar el Retiro encontrásemos parada cerca del templo de Atocha alguna elegante berlina con cifra o blasón en la portezuela, acaso el cochero podría darnos la solución de la charada. Las tradiciones galantes de la corte del rey poeta no se han perdido del todo entre las damas de la coronada villa.

Mas el sol sube a escape por el cielo y deja sentir en las espaldas la viva influencia de sus rayos; los paseantes desfilan unos tras otros; las muchachas vuelven a la población con el delantal lleno de flores; los inválidos de la fuente de la Salud con un paseo mayúsculo y docena y media de vasos de agua en el cuerpo. Ya no se queda en los jardines más que algún pretendiente, sin casa ni hogar, que duerme al pie de sus árboles el inquieto sueño de las dudosas esperanzas, o algún estudiante que intenta repasar a la sombra las asignaturas del curso y acaba también por rendirse a la influencia del sueño; mientras gesticula y habla solo, discurriendo por entre el laberinto de hojas y flores, alguno de esos filósofos, derrotados y silvestres, tipo original del que no faltan ejemplares en la corte.

Tal es, hecho a la pluma, el ligero bosquejo de uno de los variados cuadros que ofrece el Retiro. Con todos ellos podría formarse el más curioso álbum de costumbres madrileñas.

El Duque de Rivas

(Inédito)

Apunte biográfico

POETA y soldado a la vez, como Cervantes, como Lope, como Ercilla y como tantos otros egregios varones, orgullo del Parnaso castellano, el Duque de Rivas, cuya muerte deploramos hoy, mantuvo en la historia de nuestra literatura la gloriosa tradición de aquellos peregrinos ingenios españoles, verdadera encarnación de nuestro espíritu nacional, que así manejaban la pluma como la espada.

Quisiera disponer de bastante espacio y tener el talento suficiente para trazar, adornándolo con las galas del estilo, el brillante cuadro de su existencia, desarrollando unas tras otras sus escenas desde los tiempos en que, joven e inflamado su espíritu por el amor patrio, regaba con su sangre los campos de Ocaña, hasta la época en que, lejos ya del tumulto de los combates y de las agitaciones de la vida pública, levantaba un monumento indestructible a nuestras glorias nacionales con su Romancero histórico.

Al escribir lo que ni aun me atrevo a llamar bosquejo biográfico del excelente poeta cuyo nombre sirve de epígrafe a estas líneas, me limitaré a consignar algunas de las fechas más notables de su vida.

Don Ángel Saavedra, el popular autor de Don Álvaro, nació el 10 de marzo de 1791, en Córdoba, y fueron sus padres don Juan Martín de Saavedra y Ramírez, duque de Rivas, y doña María Dominga de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andía y de Villasinda. Siguiendo la tradición constante en las casas más ilustres, de dedicar a los hijos segundos bien a la carrera de la Iglesia o de las armas, los padres del popular poeta, que se hallaba en

este caso, hubieron de pensar desde muy temprano en enderezarle por este último camino, pues cuando apenas contaba algunos meses ya habían conseguido para él la bandolera de guardia de Gorps y el título de caballero de justicia de la Orden de Malta.

Los primeros años de su vida los pasó en la hermosa ciudad donde había nacido, y en la cual estuvieron encargados de su educación literaria y artística Mr. Tostin, canónigo francés, emigrado de su patria a causa de los disturbios políticos que la agitaban por aquella época, y Mr. Verdiguer, escultor notable, que por las mismas razones se había establecido en Córdoba.

A la muerte de su padre, ocurrida en 1802, y en Madrid, adonde se había trasladado con toda su familia, ingresó en el Seminario de nobles, donde logró distinguirse, dando muestras de las felices disposiciones de su talento, no sólo en los diferentes estudios a que se dedicaba, sino en algunos recomendables aunque tímidos ensayos literarios.

Pero «la época no era de poesía, era de armas», dice uno de sus biógrafos al llegar a este punto de su vida. En efecto: la época no era de poesía escrita, de esa poesía que nace en el silencio del gabinete al calor de la inteligencia como una hermosa y delicada flor del ingenio; era época de grandes pasiones que exaltaban los espíritus; época de transtornos, de peligros y de combates; época de poesía en acción; época, en fin, la más adecuada para desarrollar en la mente de los hombres destinados a romper más tarde las enojosas trabas de la poesía de academia, los gérmenes de la grande, de la verdadera, de la tradicional poesía española.

La guerra de la Independencia había comenzado. Los héroes que habían de escribir con su sangre tantas y tan brillantes páginas de nuestra

historia hacían frente a los invasores, cuando henchida el alma de noble ardimiento, don Ángel Saavedra, acompañado de su hermano mayor, entonces duque de Rivas, fue a reunirse con los valientes que peleaban en defensa de la patria.

Las orillas del Ebro, las llanuras de León y los campos de Alcalá fueron testigos de los diferentes combates en que ambos hermanos se distinguieron peleando esforzadamente, aunque con adversa fortuna. Por último, don Ángel cayó herido mortalmente en la desgraciada acción de Ocaña, en cuyos campos fue recogido, durante la noche, de entre los muertos, y transportado a un pueblecillo de las cercanías, donde aun postrado en el lecho escribió el bellissimo romance que comienza:

Con once heridas mortales,
hecha pedazos la espada,

uno de los más sentidos y populares de su autor. El soldado, como se ve, no dejaba en ninguna ocasión de ser poeta.

Retirado a Córdoba para restablecer su salud, tuvo que abandonar también esta ciudad para refugiarse en Cádiz, cuando, forzado ya el paso de Sierra Morena, se derramaron los franceses por Andalucía. En Cádiz tuvo ingreso en el Cuerpo de Estado Mayor, y sin descuidar los trabajos facultativos propios de su carrera, prosiguió cultivando la poesía y la pintura.

En esta ciudad comenzó los resúmenes de la guerra de la Independencia, redactados sobre los partes oficiales; escribió en un periódico militar; dió a luz un folleto en defensa del Cuerpo a que pertenecía y compuso la caballerescas poesía histórica titulada El paso honroso.

Concluída la guerra, y siendo ya coronel efectivo, se retiró a Sevilla, donde reunió algunas de sus poesías, dándolas a luz en dos tomos.

Por este mismo tiempo escribió para el teatro las tragedias Ataulfo, Miatar, Doña Blanca, El Duque de Aquitania, que no llegó a representarse, y, por último, Maleck, Adhel, la más notable de todas ellas. Elegido, en 1822, diputado a Cortes, interrumpió, para ocupar su puesto, un viaje que había comenzado con objeto de estudiar, por encargo del Gobierno, los establecimientos militares de los principales países de Europa. En el Parlamento, donde sostuvo ideas muy avanzadas, logró hacerse aplaudir por sus discursos políticos obteniendo un gran éxito con el que pronunció aprobando la conducta observada por el general San Miguel, respecto a los Gabinetes extranjeros que formaron la Santa Alianza.

En esta época, en que principalmente se ocupaba de política, escribió la tragedia titulada Lanuza.

Los sucesos políticos le obligaron, en 1823, a emigrar a Inglaterra, donde se reunió con otros muchos hombres notables que por las mismas causas tuvieron que alejarse de su país.

A bordo del buque en que abandonó las costas españolas escribió la composición titulada La despedida, en que se revela su verdadero carácter poético, original y espontáneo.

En Londres compuso la sátira, aún inédita, titulada Un peso duro, el poema titulado Florinda y El sueño de un proscripto.

Durante la emigración contrajo matrimonio con la distinguida señora, hoy duquesa viuda de Rivas, y en compañía de su joven esposa, y después de haber vagado algún tiempo por Italia, se fijó en Malta.

En este punto contrajo amistad con varios hombres notables, y muy particularmente con Mr. Frere, embajador que había sido de Inglaterra en

España, y persona ilustradísima, a quien nuestro poeta debió el conocimiento de los autores clásicos ingleses y alemanes, con cuya lectura se ensanchó el horizonte de su genio.

El período que permaneció en esta isla fue uno de los más fecundos de la vida del ilustre literato.

Allí escribió su notabilísima composición que lleva por título El faro de Malta; allí compuso la comedia Tanto vales como tienes; la tragedia Arias Gonzalo, y concibió y llevó a feliz término una de sus obras más reputadas y notables: El moro expósito.

De Malta pasó a París y de París a Orleans, donde vivió algún tiempo con los recursos que le proporcionaba la pintura, arte en que sobresalió lo bastante para producir algunas obras apreciadas por los inteligentes. De Orleans se trasladó a Tours, punto en el cual estuvo algún tiempo en compañía de Alcalá Galiano, antiguo amigo suyo y compañero de emigración en Londres; de Tours salió para fijar de nuevo su residencia en París. En la capital de Francia trazó el plan de Don Álvaro y lo escribió en prosa.

Abiertas las puertas de la madre patria para los emigrados, a la muerte de Fernando VII, don Ángel Saavedra volvió a España, después de diez años de ausencia. Los cuidados de la política empezaron de nuevo a ocupar su espíritu.

Después de fundar El Mensajero de las Cortes, heredó, por muerte de su hermano, el título de duque de Rivas, y por derecho propio fue a tomar asiento en la Cámara de los próceres. No obstante, en esta ocasión, como en todas, los ocios de sus tareas políticas los dedicaba al cultivo de la literatura, versificando y corrigiendo el Don Álvaro, cuyo éxito al representarse eclipsó la fama de todas sus anteriores producciones.

Al formarse el ministerio Istúriz, los compromisos contraídos le

obligaron a aceptar la cartera de Gobernación, puesto que desempeñó con honradez y con celo, hasta que los acontecimientos de la Granja y la revolución, que fue su consecuencia, le obligaron a buscar en Portugal un refugio contra sus enemigos.

El Duque de Rivas había nacido para poeta; como poeta pudo ser soldado; pero no hombre político.

En Portugal escribió algunos de sus Romances históricos, ocupándose sólo de trabajos literarios, hasta que al promulgarse la Constitución de 1837 volvió a España para tomar asiento en el Senado.

En esta época escribió para el teatro Solaces de un prisionero, La morisca de Alajuar y El crisol de la lealtad, concluyendo y dando a luz su obra más popular: los Romances históricos.

De nuevo el curso de los sucesos políticos le obligó a alejarse de Madrid para fijar su estancia en Sevilla, donde su infatigable musa le inspiró el juguete que lleva por título El parador de Bailén y el drama fantástico El desengaño de un sueño. En Sevilla permaneció dos años, pues habiéndole elegido senador por los de 43, tuvo que trasladarse a la corte, donde ocupó la presidencia de la Alta Cámara, hasta que, hallándose en el poder don Luis González Bravo, fue enviado a representar nuestro país en la corte de Nápoles.

De esta época datan sus mejores poesías líricas y el apreciable libro en que se reveló como prosista distinguido e historiador notable. La Historia de la sublevación de Nápoles, capitaneada por Massaniello, es efectivamente una obra digna de los grandes elogios que se le han tributado.

Concluída su misión en Nápoles, volvió a España, donde se mantuvo hasta cierto punto alejado de la política, hasta que, en 1854, formó con

Ríos Rosas, con el general Córdova y algunos otros hombres políticos notables, el ministerio que, creado para prevenir un conflicto, no pudo evitarlo y duró apenas dos días.

Después, y durante el mando del general Narváez, en 1857, fue nombrado embajador en París. Más tarde ocupó la presidencia del Consejo de Estado, puesto que, al agravarse de sus dolencias, tuvo que abandonar, no sin recibir al mismo tiempo como muestra de la alta estimación en que se le tenía, el collar de la insigne orden del Toisón de Oro.

Tal es, en resumen, el cuadro de la agitada y gloriosa vida del hombre eminente cuya pérdida lamentamos hoy como irreparable y cuya memoria se apresuran a honrar de extraordinaria y desusada manera, así las corporaciones científicas que han tenido el honor de contarle entre sus individuos, como todos los escritores que veían en él una gloria de la patria, tan respetable por sus talentos como por sus nobles prendas.
Madrid, 1865.

La picota de Ocaña

LA hora en que se ve, la luz que recibe, o el horizonte sobre que se dibuja, modifican hasta tal punto las apariencias de un mismo objeto, que sería difícil fijar su verdadero carácter aislándole del fondo que le rodea o contemplándole bajo otro punto de vista del que le conviene.

Saliendo de la villa de Ocaña, por el lado que conduce a las eras, en uno de esos calurosos días de julio en que sólo cuando declina el sol y se levanta el aire fresco de la tarde es posible respirar fuera del recinto de las poblaciones, sorprende el animado cuadro que presenta la inmediata

llanura.

Por un lado se descubre la hilera de casas, cercas y bardales de los barrios extremos de la población, entre cuyos rojizos tejados asoman los chapiteles de las torres, las espadañas de las iglesias, y, de trecho en trecho, el almenado lienzo de un muro: por otro se ve el espacio que constituye las eras, limitada llanura formada por la meseta de una suave colina: al fondo se desenvuelve la línea azul de los montes lejanos, bañada en un luminoso y encendido vapor que vela los contornos y los colores con una tinta general dulce y armoniosa.

Diseminados acá y allá en pintoresco desorden, animan el paisaje numerosos grupos de figuras: campesinos, mujeres, animales que van y vienen ocupados en las faenas propias de un pueblo esencialmente agrícola. Aquí rumian los bueyes acostados junto a las carretas; allí corren las mulas describiendo un círculo al arrastrar el trillo sobre las parvas; los labriegos aventan el grano, las muchachas cruzan cargadas de haces de espigas, los chicuelos espeluznados y con la cabeza llena de paja, se revuelcan por los montones de trigo. Unos cantan, otros ríen; éstos se llaman con gritos desaforados, aquéllos animan a las bestias con rudas interjecciones; todo es vida y movimiento, colores y luz que se combinan en efectos pictóricos a cual más sorprendentes.

En mitad de este alegre cuadro, dominando los grupos de figuras, cortando las horizontales líneas del fondo y destacándose como perfilado de oro por los rayos del sol poniente sobre el azul del cielo, se levanta un monumento de granito, airoso y elegante, cuyo carácter no es posible definir y cuya destinación se comprende apenas.

Es alto como una mediana torre, esbelto y delgado como una palma; el arte ojival trazó su silueta reuniendo al más puro y ligero de sus

contornos góticos los rasgos más sencillos y característicos de su graciosa ornamentación. El tiempo ha completado la obra del artista, prestándole la riqueza de color y la variedad de tonos que los años dan al granito; las mutilaciones propias de las injurias de la edad contribuyen a hacerlo pintoresco; un cabo de enredadera que sale de entre las juntas de los sillares, los jaramagos que crecen al pie y cubren en parte los rotos escalones, el sol que llamea en los abiertos brazos de la cruz de hierro que lo corona, todos son detalles y accidentes que aumentan su hermosura.

Cuando los labradores terminan su ruda tarea, cuando las muchachas han amontonado ya los haces en la parva y el sol prolonga los azules batientes de los objetos, unos tras otros vienen a agruparse al lado del alto pilar, y ya de pie, apoyados en las palas y las horquillas, ya sentados en los escalones aspirando la fresca brisa que enjuga el sudor de sus frentes, relatan cuentos de príncipes y encantadores o graciosos chascarrillos que son acogidos por la multitud con exclamaciones de asombro o risotadas interminables.

Difícil sería que el espectador de esta égloga, examinando el monumento, punto de reunión de los tranquilos campesinos, presintiese su historia, fijase su carácter o adivinase el pensamiento a que obedeció el artista al levantarlo.

El transcurso de las edades y la variación de las costumbres han despojado aquel sitio de su sello histórico.

Hace algún tiempo el caminante que caballero en su mula llegase a la villa de Ocaña por la parte de las eras, si se había retrasado en el camino hasta el punto de entrársele la noche nebulosa y triste, no podría menos de hacer la señal de la cruz, murmurar una oración y tirar de rienda

a su cabalgadura para desviarse de aquel sitio.

Alto, delgado e inmóvil como un fantasma, vería destacarse sobre el anubarrado cielo de la noche, rompiendo la dentellada línea de casas de la población, un monumento de piedra semejante a esas columnas que permanecen de pie y aisladas entre las ruinas de un templo. Si la medrosa soledad de sus contornos, si el sordo aleteo de las aves de rapiña que venían a detenerse sobre la cruz del remate, si su forma particular e imponente no bastaban a hacerle comprender lo que aquello era, una cabeza separada del tronco, greñuda y horrible, metida dentro de una jaula de hierro, un miembro humano enganchado en un garfio, o el enjuto cadáver de un hombre suspendido aún de la cuerda y bamboleándose lentamente al soplo del aire de la noche, le dirían bien pronto que había dado de manos a boca con la picota del lugar.

La picota, como cuestión de arte, es la horca elevada a monumento, la columna triunfal erigida en honor del verdugo.

Los señores que ejercían jurisdicción y señorío en un lugar la colocaban en otros tiempos a la entrada, como señal de dominio. ¡Cuántos dolores, cuántas infamias, cuántas ignominias se han atado a esos pilares de piedra que aún puede ver el viajero en la mayor parte de nuestras pequeñas poblaciones! ¡Cuánta sangre ha chorreado a lo largo de esos oscuros postes por donde hoy trepan los tallos de las enredaderas silvestres!

El aldeano que apenas recuerda confusamente la tradición, que no comprende lo que significa el castillo que todavía domina las casucas del lugar, agrupado a sus pies; que no sabe cuántas obscuras generaciones pasaron humillando la frente ante aquel signo de fuerza, viene en la tarde a sentarse indiferente junto a la picota; las muchachas refieren cuentos

agrupadas en sus escalones; los chicos trepan a la cúspide a coger los nidos de los pájaros; ¿qué más? ¡Hasta en un pueblo he visto hacer en ella un columpio!

Hay algo providencial en ese olvido que borra el pasado de la memoria de las masas, ahogando así los gérmenes de muchas violencias, de muchos odios y de muchos sombríos pensamientos. Por eso a solas conmigo me he preguntado más de una vez si será o no conveniente remover lo que duerme en el fondo de la conciencia del pueblo, hablándole de esas que sólo puede perdonar olvidándolas.

Enterramientos de Garcilaso de la Vega y su padre
en Toledo

EN una de las iglesias de Toledo más llena de obras de arte y recuerdos históricos, hay al extremo de la nave lateral de la derecha una capilla obscura y de reducidas proporciones, a la que da entrada un gran arco redondo y macizo de estilo greco-romano.

En el testero de la capilla se levanta el altar, en cuyo retablo, cargado de adornos de gusto dudoso, pero ricos, se descubre la imagen de la Virgen que le da nombre. La luz que penetra por la cúpula del templo y se derrama suave y templada por su espacioso ámbito, llega allí cansada y confusa, y sus reflejos azules se mezclan con la claridad rosada de un trasparente de color que ocupa el fondo del camarín de la Virgen, sobre el cual destaca por obscuro el contorno de la santa imagen. La primera vez que visité el convento a que pertenece esta iglesia, ni sabía su nombre ni mucho menos los tesoros de arte que encerraban sus muros. Cansado de dar

vueltas al azar por las calles de Toledo, acerté a pasar por una plazuela tan excusada y sola, que la hierba crecía entre las piedras como en un prado. Vi a medio cerrar el postigo de un templo, y entré en él, como entraba y salía por todos los que me iba encontrando en el camino.

El día estaba al caer, y en el interior reinaba el silencio más profundo, turbado sólo por el ruido de los pasos de una especie de sacristán que iba y venía a lo largo de las naves, limpiando el polvo de los altares, arrastrando de acá para allá los bancos del coro, y atizando las lamparillas de un víacrucis.

Largo tiempo estuve examinando algunos sepulcros notables esparcidos en diferentes puntos de la iglesia, tratando de descifrar sus borrosas inscripciones a la escasa luz que penetraba por los vidrios de la cúpula. Creía encontrarme solo en aquel sitio, sin otro compañero que el diligente sacristán, que no se daba punto de reposo en la operación de su minuciosa limpieza más que para hacer una genuflexión delante de cada altar de los que iba sacudiendo.

No obstante, al cabo de algunos minutos me pareció oír hacia el más apartado ángulo del templo un murmullo levísimo; especie de confuso silabeo como de persona que reza en voz baja y sólo deja percibir a distancia el silbo suave de las eses que pronuncia.

Yo he oído muchas veces ¿quién no lo ha oído alguna vez?, rezar a media voz a esas viejas devotas que, temblándoles la barbilla y arrebuajadas en un manto de bayeta negra, turban el grave silencio del santuario con una especie de salmodia risible, mezcla confusa de palabras gangosas, silbos ásperos que se escapan por entre las desiertas encías, suspiros y gimoteos. Comprendí que alguien, una mujer acaso, rezaba envuelta entre las sombras del templo; pero lo comprendí recordando lo que

había oído otras veces, como podría reconocer a una persona de la que sólo hubiera visto antes la caricatura. En efecto, aquel rumor era en algo parecido; pero tenía notas y modulaciones de agua que corre, de seda que cruje, de alas que baten el aire.

Movido de la curiosidad, di algunos pasos en la dirección que lo percibía, y entré en la capilla. Entonces pude corroborar mi opinión de que, para ver a Toledo y sentirlo y sorprender esos cuadros que nos impresionan por su novedad o su belleza, vale más discurrir sólo y sin rumbo fijo por sus calles, a lo que la casualidad ofrezca, que no recorrerlo a escape con un ignorante cicerone, especie de moscardón de las ruinas, que se os cuelga a la oreja zumbando sandeces.

El altar, de trazo grande y ornamentación fastuosa, bañado en la sombra del batiente del arco, dejaba ver en su centro un luminoso óvalo de claridad rosada, en el cual se dibujaba la imagen de la Virgen como esas figuras que destacan por obscuro sobre el fondo de oro de las tablas de los antiguos maestros alemanes. La luz del trasparente venía a dar sobre el muro de la derecha, sobre una amplia hornacina, en cuyo hueco se contemplaban dos figuras colosales de guerreros completamente armados, que de rodillas y con las manos juntas en actitud de orar, tenían sus ojos sin pupila vueltos hacia la imagen.

La diáfana claridad del tabernáculo y la fantástica blancura de las estatuas absorbían de tal modo la atención, que al principio, y como no cesaba el murmullo de palabras que me había llevado hasta aquel sitio, me hice un momento la ilusión de que se escapaba de los labios de piedra de aquellos inmóviles personajes.

Poco a poco logré darme cuenta de lo que me rodeaba, y entonces vi a una mujer arrodillada al pie del sepulcro. Yo no he soñado esa mujer. Viva

y sana anda por Toledo: hermosa, alta, severa, que parece una figura bajada del pedestal de un claustro gótico. La he visto después en muchas ocasiones, en las iglesias la mayor parte de ellas, en la calle algunas otras, y siempre me ha parecido extraordinaria, como conjunto maravilloso de líneas puras y correctas; pero nunca, cual entonces, pude sentir toda la inexplicable poesía que irradia y la hace aparecer encarnación humana del mundo de idealidad que vive en Toledo; flor pálida de las minas, que en medio de su juventud y belleza tiene algo de severo y triste, y se antoja un espíritu del pasado que viene al través de los siglos revistiendo diversas formas, y es como el alma inmortal de la ciudad muerta.

Yo tenía la noticia vaga de que en una de las iglesias de Toledo se hallaban los sepulcros del dulce poeta Garcilaso de la Vega y de su valeroso padre. ¿Dónde? No lo sabía. Esperaba encontrarlos en alguna de mis excusiones y conocerlos, bien por la inscripción, bien por el carácter de las figuras. La hornacina en cuyo hueco estaban arrodilladas las dos estatuas carecía de inscripción; en el muro no se encontraban tampoco. No obstante, la armónica y misteriosa relación de los objetos que componían el cuadro que se ofrecía a mis ojos, me reveló que aquellos eran los sepulcros del guerrero y del poeta.

Involuntariamente me acordé de la Vega granadina y del sol espléndido que iluminó el famoso combate de García Laso el de la hazaña, cuando en presencia de los Reyes Católicos hizo morder el polvo al infiel, que por el polvo arrastraba el santo nombre de María. Este es, dije, aquel poeta en acción, que si no hizo versos, dio amplio asunto a la musa popular con su caballerisca empresa. ¿Es que ilustró su vida con una alta empresa, llevando por dama de su pensamiento a la Reina de los Ángeles donde pedía

dormir el sueño de la muerte, si no a la sombra de su altar, vestido de la armadura y vuelto aún hacia ella en muda y eterna oración? Y aquel otro, más alto y joven a cuyos pies murmura aún sus rezos una mujer hermosa, ese, proseguí pensando, ese es el que cantó el dulce lamentar de los pastores, tipo completo del siglo más brillante de nuestra historia. ¡Oh! ¡Qué hermoso sueño de oro su vida! Personificar en sí una época de poesías y combates, nacer grande y noble por la sangre heredada, añadir a los de sus mayores los propios merecimientos, cantar el amor y la belleza en nuevo estilo y metro, y como más tarde Cervantes, y Ercilla, y Lope, y Calderón, y tantos otros, ser soldado y poeta, manejar la espada y la pluma, ser la acción y la idea, y morir luchando para descansar envuelto en los jirones de su bandera y ceñido del laurel de la poesía a la sombra de la religión en el ángulo de un templo!

¡La luz de la lámpara que alumbraba la santa imagen tiembla hace siglos sobre tu noble frente de mármol, y entre la sombra parece que aún chispea tu blanca y fantástica armadura! ¡Ni una letra, ni un signo que recuerde tu nombre! ¿Qué importa? ¡El curioso vulgar pasará indiferente junto a la tumba en que reposas; pero nunca faltará quien te adivine, nunca faltará alguna mujer hermosa que arrodillada en ese rincón, tan propio para la oración y el recogimiento, venga a rezar a tus pies, regalándote el oído con la música de sus dulces y fervorosas palabras!...

En esto cerró la noche; la hermosa devota se levantó y se fue... andando sin duda... a mí me pareció entonces que deslizándose sin tocar el pavimento de la iglesia, como una forma leve que empuja el aire: el sacristán, que había terminado su limpieza, comenzó a sonar el manajo de llaves, como diciéndome de modo indirecto que comenzaba a estorbar en el templo. Salí y me encaminé a la fonda. ¿Había visto, en efecto, el

sepulcro de Garcilaso? ¿O era todo una historia forjada en mi mente sobre el tema de un sepulcro cualquiera? Tenía un medio de salir de dudas: consultar la guía del forastero en Toledo. Pero temía equivocarme. Después de todo, yo no trataba de hacer un estudio serio de la población, ni de pertrecharme de datos eruditos. Tanto me importaba creer que lo había visto, como verlo.

No obstante, después de vacilar un rato, resolví salir de la duda; abrí el librito y leí:

«En el convento de San Pedro Mártir de Toledo y en la capilla de la cabecera de la nave lateral derecha, en que hay un altar churrigueresco con la imagen muy venerada en esta ciudad de la Virgen del Rosario, se hallan empotrados en el muro los sepulcros del poeta Garcilaso de la Vega y de su valiente padre, del mismo nombre, cuyas dos estatuas de mármol, armadas a la antigua y arrodilladas hacia el altar, no carecen de mérito.»

.....

Últimamente, los restos del ilustre soldado y poeta fueron conducidos en pública procesión a la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, donde esperan en un rincón de la sacristía la resurrección de la carne y un monumento en el panteón nacional.

Una calle de Toledo

DISCURRIENDO al azar por entre el confuso laberinto de calles de la antiquísima ciudad de Toledo, el artista, el historiador y el poeta

encuentran en los detalles de sus edificios, en los grandes nombres que conmemoran y el sentimiento que inspiran, el más curioso de los Museos, la más interesante de las crónicas y la más pura fuente de melancólicas y altas inspiraciones.

El dibujo que damos a nuestros lectores, recuerdo de uno de estos paseos por las desiertas calles de la ciudad histórica por excelencia, es cumplida prueba de lo que dejamos dicho.

En el fondo se destaca sobre los redondos arcos del pórtico de una iglesia, cuya última restauración se remonta al siglo XVI, la torre alta y airosa que en su tipo y ornato ofrece clara muestra del visible influjo de la dominación árabe. A un lado y contra el desnudo paredón del ábside de un convento, se ve la cruz colosal que expresa con líneas más sobrias y grandes el mismo pensamiento religioso que llenó en una época de churriguerescos retablos las esquinas de las calles de nuestras antiguas poblaciones. Al otro, completa el cuadro el muro y la portada de granito de una noble casa, solar de un esclarecido linaje.

El artista no necesita preguntar el nombre de aquellos edificios, ni conocer las circunstancias de su construcción o los sucesos de que han sido teatro, para encontrar un cuadro completo en la combinación de sus caprichosas líneas, su color y detalles.

Pero llega el historiador. Él nos refiere que aquel templo fue primero mezquita de los moros los cuales la conservaron dedicada a la celebración de sus ritos aun después de reconquistada la ciudad. Por él sabemos cómo más tarde se consagró al culto católico bajo la advocación de San Román, que hoy conserva, reedificándola y levantando su airosa torre muzárabe el célebre prócer castellano don Esteban de Illan, el cual, ayudado de los Benavides y de otros caballeros de linajes ilustres de

Toledo, en una noche del verano de 1166, después de haberle sacado ocultamente de la villa de Maqueda, donde le criaban los secuaces del bando de los Castros, encerraron en ella al niño Rey don Alfonso VIII, proclamándolo mayor de edad desde lo alto de sus ajimeces, en los cuales amaneció ondeando el pendón de Castilla, mientras los heraldos anunciaban la nueva a la atónita población, que no esperaba que sus sangrientas disensiones tuvieran aquel rápido desenlace.

Esta es, nos dice luego, la casa del famoso don Esteban, en la cual es tradición vivió asimismo el dulce poeta Garcilaso: el tiempo, al borrar el sello de las remotas edades del exterior del edificio, ha respetado en el interior una magnífica sala morisca, ornamentada conforme al gusto muzárabe tan usado por los conquistadores, y algunos escudos y timbres heráldicos que traen a la memoria el nombre de sus ilustres dueños.

Aquel ábside, añade por último, pertenece al convento de monjas bernardas de San Clemente, fundado en el siglo XII por D. Alonso el Emperador, y bajo cuyas bóvedas duerme el sueño de la muerte su hijo el infante don Fernando.

¡Qué grandes proporciones, qué imponente poesía adquiere entonces a nuestros ojos, aquella estrecha y solitaria calle que antes sólo se nos antojaba un cuadro pintoresco, y ya es una página viva de nuestra historia!

Solar de la casa del Cid

En Burgos

MERCED a la exageración que traen consigo todas las reacciones, al

abandonar el sendero de la tradición y las autoridades, para aplicar un criterio razonador y filosófico al estudio de la Historia, se ha llevado por algunos el espíritu de duda hasta el extremo de combatir como apócrifo cuanto no se apoya en documentos fidedignos o no pueda probarse de manera auténtica.

Verdad es que las indagaciones históricas de los que se ajustan a los rigurosos preceptos de esta escuela, han dado y dan resultados positivos y satisfactorios, siempre que se trata de épocas relativamente próximas y acerca de las cuales tantos y tan ricos tesoros de noticias y documentos guardan nuestros archivos; pero, en cambio, ¿qué desencantos no proporcionan, cuántos desalientos no originan en el que, a medida que se remonta, siente más insegura la base en que descansan sus razonamientos, acabando por averiguar como lo que en siglos lejanos fue opinión de un cronista crédulo, pasa repetido de autor en autor a la categoría de autoridad, hasta que concluye transformándose en artículo de fe en la obra del historiador más sesudo?

No es, pues, extraño que los que a este criterio se ciñen duden de todo, y para ellos acabe la historia allí donde se pierde el rastro del último pergamino que la confirma.

Acostumbrados a pensar en el aislamiento del gabinete, con la frialdad y la calma del crítico, la tradición les habla un lenguaje absurdo, al que prestan escasísima fe. No obstante, la tradición es un elemento importantísimo y del cual no puede prescindirse del todo, so pena de caer en un escepticismo acaso más peligroso que la misma credulidad. Lo que precisa es saber desembarazar la tradición del follaje de exageraciones que la adorna y la ofusca; lo que falta es ir a respirar su atmósfera en los lugares en que nació y vive aún en la fantasía del

pueblo, y poder así apreciar los quilates de verdad que encierra, adquiriendo el convencimiento de la intuición que se siente, aunque no se razona, y hace tanto peso en el ánimo como el más auténtico de los comprobantes.

Tal vez por no haber concedido a este elemento de la Historia la debida importancia, acaso por un espíritu exagerado de duda, o sólo por chocar con la corriente de la opinión pasando por originales y atrevidos, no han faltado, así en nuestro país como fuera de él, escritores que, después de desvirtuar los hechos más característicos de la Historia, han concluido negando sus héroes más gloriosos.

Pelayo y Covadonga son para ellos poco menos que los elementos de una conseja; Bernardo y Roncesvalles el asunto de la cántiga de un juglar; el Cid Campeador una figura creada por los romanceros.

Los que estas opiniones sostienen, de seguro no han contemplado la tosca piedra que guarda los despojos del restaurador de España en el cóncavo peñón, gloria de Asturias; no han oído la tradición de la rota de los franceses en boca de su guía al cruzar los Pirineos por el tajo de Roldán, ni han visto siquiera las calles de Burgos: de otro modo su erudito escepticismo hubiera al menos vacilado ante la firmísima fe de la tradición popular.

La existencia del Cid, la más acabada y perfecta figura entre las varias de que la Historia nos ha consignado el nombre, y el pueblo se ha encargado después de completarla con todos sus detalles, no es ya objeto de controversia ni seriamente lo ha podido ser nunca; pero aunque fuera aún más difícil probar la autenticidad de sus hechos, bastaría recorrer los lugares que la tradición señala como teatro de su vida para adivinarlo y sentirlo.

Cuando nos pintan al héroe con tal acento y color que no parece sino que le han visto con sus ojos, cuando, siguiéndole paso a paso, desde la cuna al sepulcro, nos refieren hasta los menores detalles de su vida y nos dicen aquí nació, allí vivió Jimena, esta es el arca que guardó su palabra que equivalía a un tesoro, aquellas son las banderas y trofeos que arrancó a los árabes vencidos, la de más allá es su espada, éstos, en fin, son sus despojos mortales, involuntariamente asoma una vaga sonrisa de incredulidad a los labios, y ocurre pedir el testimonio en que se fundan aquellas creencias; pero a poco que se medite, esta ciega fe, este mismo lujo de detalles, hijos de la imaginación del pueblo, revelan poderosamente la vitalidad del personaje que palpita al través de sus creaciones, que son como un ropaje espléndido tejido por los romanceros, por debajo del cual se acusan las formas y se siente que hay una figura real y positiva.

Es casi seguro que si tratáramos de investigar seriamente si la casa del Cid estiba o no en el sitio que los burgaleses han señalado con el sencillo monumento, sería empresa difícil probarlo. Pero el que recuerda el magnífico romance

En Burgos nació el valor...

y halla en uno de sus paseos solitarios aquellas piedras que le hablan de la Historia, que son un tributo de admiración hacia el más caballeresco de nuestros héroes, que prestan poesía e interés a aquel campo escueto y mudo, ¿qué necesidad tiene de preguntar a los empolvados archivos si guardan algún testimonio auténtico de la veracidad del hecho, para sentir y pensar, levantando la mente a la contemplación de aquellos siglos de rudo valor, de ciega fe y lealtad inquebrantable?

Si la tumba, el solar de la casa o el sitio en que ocurrió la muerte de algunos de nuestros grandes hombres, pudieran aún inventarse, nosotros aplaudiríamos al que los inventara; ¿Por qué hemos de contribuir al desprestigio de los que ya están inventados?

Sepulcros de los Condes de Melito, en Toledo

EL campo más vasto para una publicación ilustrada española, es seguramente la reproducción de los infinitos monumentos de todas épocas y estilos, que se encuentran diseminados hasta por las más oscuras poblaciones de nuestras provincias, muchas de las cuales no ofrecen otro atractivo a los ojos del artista y del viajero.

En otros países, multitud de publicaciones de diversos géneros, viajes, trabajos arqueológicos, y muy particularmente la fotografía, han agotado casi por completo el asunto. A pesar de que en España se ha hecho algo en este sentido, es tanto lo que permanece ignorado, que bien puede decirse que aún se conserva intacto su tesoro, al menos en la parte que suele ofrecer más novedad e interés para las personas inteligentes.

La fotografía, como el viajero conducido por un cicerone vulgar, suele recorrer tan sólo aquellos puntos marcados de antemano, reproduciendo vistas y edificios de los que, si no cabe hastiarse, porque, en efecto, son de incomparable hermosura, se han hecho ya comunes a fuerza de ver siempre repetida la misma cosa bajo idéntico punto de vista. Cierto que para abarcar grandes conjuntos con esa prolijidad de detalles que ofrecen algunos monumentos, la fotografía lleva en ocasiones inmensa ventaja al arte; pero, por lo común, su impresión deja traslucir algo de

la aridez y la prosa de un procedimiento mecánico e ininteligente, faltando en sus producciones ese sello de buen gusto, ese tacto para dejar o tomar aquello que más conviene al carácter de la cosa, ese misterioso espíritu, en fin, que domina en la obra del artista, la cual no siempre hace aparecer el objeto tal cual realmente es, sino como se presenta a la imaginación, con un relieve y acento particular en ciertas líneas y detalles que produce el efecto que sin duda se propuso su autor al concebirlo y trazarlo.

A más del discernimiento superior que guía el lápiz del dibujante para buscar, entre los numerosos monumentos que nos han dejado nuestros mayores como testimonio de su grandeza, aquellos rasgos y accidentes que mejor caracterizan una época o un estilo; a más de la suma de conocimientos que posee acerca del particular y le ayudan a inquirir los más oscuros e ignorados, y a saber qué elementos necesita el pintor para sus fondos, el arqueólogo para sus estudios, el historiador para la inteligencia de sus escenas, aún tiene otra ventaja y es la de poder reproducir todo lo que por el punto en que se encuentra, la falta de luz apropiada o de distancia suficiente sale del dominio de la fotografía.

En los moriscos arcos de las casas que aún se ven en las torcidas y estrechas callejas de las antiguas poblaciones; en el ángulo de los templos adonde penetra con dificultad la luz al través de los vidrios de la ojiva; en el interior de las habitaciones de esos palacios levantados sobre las ruinas de otros edificios notables y que son una agregación de construcciones de diferentes y remotas épocas; por todos aquellos sitios a que lleva el aficionado su entusiasmo por las obras que revelan el carácter y el espíritu de otras edades, recoge infinitos datos importantes y apunta, aunque ligeramente, esos rasgos llenos de verdad y carácter que

tanto nos deleitan, cuando examinamos la cartera de viaje de un artista.

La ciudad de Toledo, sin duda alguna la más visitada por nacionales y extranjeros y de la que más se ha dibujado y escrito, brinda aún cosecha abundante a los que se dediquen a estos estudios, ya en los detalles de los mismos edificios que tan a menudo se reproducen, ya en otros al parecer de menos importancia por sus proporciones, pero que a veces ofrecen mayor interés por el carácter o la ejecución.

Entre ellos se encuentran dos notables sepulcros, que forman un solo monumento y cuya armoniosa disposición y elegante contorno sorprende a primera vista y pertenecen a don Diego de Mendoza, conde de Melito, y a su mujer, doña Ana de la Cerda, personajes que desempeñaron un papel muy importante en el siglo XVI, con razón llamado de oro de las letras y las artes españolas. Antiguamente se encontraba en la iglesia del convento de Agustinos Calzados de Toledo; pero al derribar este edificio, lo trasladaron, no sin que sufriera algunas graves mutilaciones, a la de San Pedro Mártir, en una de cuyas naves se encuentra en la actualidad.

En el convento de San Pedro Mártir, acaso el más grande, rico y espacioso de Toledo, se halla establecida la casa de Beneficencia provincial, y en su iglesia se ven reunidos numerosos y curiosos restos recogidos de diferentes ruinas, tales como sepulcros, lápidas e inscripciones referentes a personajes notables y poderosos.

Cuando se penetra bajo sus bóvedas y se descubren por un lado el pendón que llevaba a los combates el famoso cardenal Mendoza, también traído aquí de otro templo, las mutiladas urnas sepulcrales de los próceres toledanos y las lápidas en que hablan de su poder y sus títulos, mientras por otro se ven arrodilladas acá y allá las infelices criaturas que viven de la caridad oficial, no puede menos de pensarse en el extraño

destino de aquel inmenso edificio que, una vez abandonado por sus fundadores, ha venido a ser un doble asilo de las glorias del pasado y de la miseria del presente.

Apólogo

BRAHMA se mecía satisfecho sobre el cáliz de una gigantesca flor de Loto que flotaba sobre el haz de las aguas sin nombre.

La Maija fecunda y luminosa envolvía sus cuatro cabezas como con un velo dorado.

El éter encendido palpitaba en torno a las magníficas creaciones, misterioso producto del consorcio de las dos potencias místicas.

Brahma había deseado el cielo, y el cielo salió del abismo del caos con sus siete círculos y semejante a una espiral inmensa.

Había deseado mundos que girasen en torno a su frente, y los mundos comenzaron a voltear en el vacío como una ronda de llamas.

Había deseado espíritus que le glorificasen, y los espíritus, como una savia divina y vivificadora, comenzaron a circular en el seno de los principios elementales.

Unos chispearon con el fuego, otros giraron con el aire, exhalaban suspiros en el agua o estremecieron la tierra internándose en sus profundas simas.

Visnú, la potencia conservadora, dilatándose alrededor de todo lo creado, lo envolvió en su ser como si lo cubriese con un inmenso fanal.

Siva, el genio destructor, se mordía los codos de rabia. El lance no era para menos.

Había visto los elefantes que sostienen los ocho círculos del cielo, y al intentar meterles el diente, se encontró con que eran de diamante; lo que dice sobrado cuán duros eran de roer.

Probó descomponer el principio de los elementos y los halló con una fuerza reproductora tan activa y espontánea, que juzgó más fácil encontrar el último punto de la línea de circunferencia.

De los espíritus no hay para qué decir que en su calidad de esencia pura burlaron completamente sus esfuerzos destructores.

En tal punto la creación, y en esta actitud los genios que la presiden, Brahma, satisfecho de su obra, pidió de beber a grandes voces.

Diéronle lo que había pedido, bebió, y no debió de ser agua, porque los vapores, subiéndosele a la cabeza, le trastornaron por completo.

En este estado de embriaguez deseó alguna cosa muy extravagante, muy ridícula, muy pequeña; algo que formara contraste con todo lo magnífico y lo grandioso que había creado: y fue la humanidad.

Siva se restregó las manos de gusto al contemplarla.

Visnú frunció el ceño al ver encomendada a su custodia una cosa tan frágil.

Los hombres, en tanto, andaban mustios y sombríos por el mundo, ocultándose avergonzados los unos de los otros, cerrando los ojos para no ver a su alrededor tanto grande y eterno, y no compararlo involuntariamente con su pequeñez y su miseria.

Porque los hombres tenían la conciencia exacta de sí mismos.

-¿Queréis acabar de una vez con vuestros males? -les dijo Siva-

¿Queréis morir?

-Sí, sí -exclamaron todos en tumulto-. ¿Para qué queremos este soplo de existencia?

-Yo soy un estúpido, lo sé, y me avergüenzo de mi barbarie- decía uno.

-Yo soy deforme añadía el otro-, y me entristece el espectáculo de mi ridiculez.

-Y tenemos estas y estas faltas y aquellas y las otras miserias -proseguían diciendo los demás, enumerando el cúmulo de males y defectos de que entonces, como ahora, se hallaban plagados los hombres.

-Es cosa hecha -dijo Siva, viendo la decisión de la humanidad entera. Y levantó la mano para destruirla; pero, en aquel instante se interpuso Visnú.

-Esperad un día -exclamó dirigiéndose a los hombres-, un día no más. Voy a daros a beber un elixir misterioso. Si mañana, después de haberlo bebido, queréis morir, que vuestra voluntad se cumpla.

Los hombres aceptaron y Siva dejó su presa, refunfuñando entre dientes, porque conocía el ingenio y la travesura de su competidor.

Visnú, que, efectivamente, era hombre, digo mal, era dios de grandes recursos en las ocasiones críticas, se las compuso de manera que a las pocas horas tenía ya hecho y embotellado su elixir, en tal cantidad, que tocó a frasco por barba.

Pasó la noche, durante la cual los hombres no hicieron otra cosa que sorber por la nariz aquella especie de éter mágico; y cuando tornó a brillar la luz, vino Siva de nuevo, a renovar sus proposiciones de muerte.

Los hombres, al oírle, comenzaron por maravillarse y acabaron por reírsele en las barbas.

-¡Morir nosotros -exclamaron-, cuando un porvenir inmenso se abre ante nuestra vista!

-Yo -decía el uno- voy a conmovier el mundo con la fuerza de mi brazo.

-Yo voy a hacer mi nombre inmortal en la tierra.

-Yo a avasallar los corazones con el encanto de mi hermosura.

Y así todos iban repitiendo:

-¡Morir yo que siento arder en mi frente la llama del genio; yo, que soy fuerte; yo, que soy hermoso; yo, que seré inmortal!

Siva no daba crédito a sus ojos, y unas veces le daban ganas de rabiar y otras de reír a carcajadas ante el espectáculo de tan ridícula transformación. En aquel momento pasaba Visnú a su lado y el genio destructor no pudo menos de dirigirle estas palabras:

-¿Qué diantres les has dado a esos imbéciles, que ayer estaban todos mustios, cabizbajos y llenos de la conciencia de su pequeñez, y hoy andan con la frente erguida, burlándose los unos de los otros, creyéndose cada uno cual un dios?

Visnú, con mucha sorna, y dándole un golpecito en un hombro, se inclinó al oído de Siva y le dijo en voz muy baja:

-Les he dado el amor propio.

La Ridiculez

LA ridiculez es un accidente moderno en la historia de las costumbres.

Merced a sus revoluciones internas, los pueblos, como los individuos, suelen cambiar de temperamento más de una vez en su vida.

En estos cambios el virus social toma diversas formas para manifestarse.

A nosotros nos ha tocado la manía de la ridiculez por azote.

Antes de seguir hablando sobre la ridiculez, parecía natural que procediera a definirla exactamente.

Cansados de darle muchas vueltas al asunto cuantos han tratado de definir la gracia, han concluído por ponerse de acuerdo en que es un no sé qué inexplicable.

Y después de esta verdad inconcusa no se ha encontrado definición más exacta.

Pues hallo la fórmula, a ella me ajusto.

La ridiculez, como la gracia, es un no sé qué indefinible.

¿Quién sabe, si no, en qué consiste, cuál es su forma de manifestación, dónde comienza, dónde concluye?

Se ha dicho, sin embargo, que la gracia es la luz de la fisonomía.

Esto no es una definición, es una frase; pero la frase es bonita y ha hecho fortuna, lo cual prueba que, como las tortas, a falta de pan, son buenas las frases a falta de definiciones.

Puesto en este camino mi tarea se simplifica extraordinariamente.

La ridiculez es una cosa horrible que hace reír.

Es algo que mata y regocija.

Es Arlequín que cambia su espada de madera por otra de acero, asesina con ella en broma y dice después a su víctima una bufonada por toda oración fúnebre.

Es Mefistófeles, con peor intención y menos profundidad, que se burla de todo lo santo.

Es Falstaf, menos filósofo y más raquítico, que empequeñece todo lo grande.

Se suele decir que un paso más allá del sublime está el ridículo.

Esta es también una frase.

Tanto valdría afirmar que el agua del universo hay que buscarla en la tinaja de mi cocina.

El ridículo se encuentra un paso más allá del sublime, porque se encuentra un paso más allá de todo.

Y, lo que es peor, un poco más acá también.

Es un monstruo que nos tiene tendida una red inmensa y oculta.

Un enemigo artero que se esconde detrás de nuestras más sencillas acciones, de nuestras palabras más inocentes, de nuestros movimientos más insignificantes.

Todos andamos temblando con el miedo de caer en su celada.

Todos vivimos con la angustia de Damocles y del Licenciado Vidriera, temiendo que se rompa el hilo que suspende el ridículo sobre nuestra cabeza y nos atraviese como con una espada o nos quiebre como con un canto caldo de una torre.

Y no es extraño este exagerado temor.

La ridiculez, como dejo dicho, es la muerte social.

Una muerte dolorosa y cómica por añadidura.

Contra este veneno se ha encontrado, no obstante, un específico.

Pero en este caso sí que puede decirse que es peor el remedio que la enfermedad.

La ridiculez se cura con sangre.

Es preciso espantar si no se quiere hacer reír.

Una vez erizada la sociedad de estos escollos, los hombres, como los navegantes, debiéramos tener una carta hidrográfica para navegar por sus aguas sin peligro.

Yo sé, próximamente, lo que es bueno y lo que es malo.

Yo sé lo que se castiga y lo que se premia.

La religión tiene su catecismo.

La sociedad, sus leyes civiles y criminales.

Nadie conoce, sin embargo, el código de la ridiculez.

Nadie, aunque quisiera, podría atenerse a la ley escrita.

¿Cómo distinguirla, pues?

¿Cómo evitarla, si nada hay más elástico que su círculo de acción?

Es ridículo desde el pobre diablo que lleva una levita de hechura atrasada, hasta el esposo a quien arrebatan su honor.

Quitad el desenlace a El médico de su honra y queda el protagonista en ridículo.

Dadle un fin trágico a El lindo don Diego y lo convertís en un personaje decoroso.

La teoría del ridículo, sentada sobre esta base, no dejaría de ser un tanto peligrosa.

¿En qué consiste, entonces, la ridiculez?

Entran en su dominio las lágrimas de sentimiento y la hechura de ciertos cuellos de camisa.

La turbación del amante y la manera de andar de ciertas personas.

La sencilla franqueza del hombre honrado y tal o cual corte de gabán.

Lo que he observado es que los bribones y los truhanes son los únicos que nunca se encuentran en ridículo.

Y, sin embargo, se dice que el ridículo es peor que la muerte.

Y, sin embargo, el estar o no en ridículo es independiente de nuestra voluntad, porque nos puede poner el primero a quien se le antoje.

Cuando se para mientes en estos absurdos de la vida, se cree que la lógica se ha hecho para entretenimiento de los escolares.

El sistema decimal hará uno, con el tiempo, los diversos sistemas de

monedas, pesos y medidas del mundo.

Un idioma universal acabará, más tarde o más temprano, por hacer que todos los hombres se entiendan entre sí.

En las apreciaciones sociales nunca dejará cada uno de ver las cosas por un prisma diferente.

«Dadme un punto de apoyo -decía Arquímedes- y moveré el mundo.»

Dadme una verdad social, digo yo, y, partiendo de ella, las hallaré todas, y daré, como Moisés, unas tablas de la ley, y haré de la tierra un paraíso.

Quizá por esta última razón estaremos condenados a buscarla eternamente sin hallarla nunca.

El pordiosero

Tipo toledano

EL estudio de las costumbres populares de un país ofrece siempre grande interés a las personas ilustradas. Ya se las mire bajo el punto de vista del arte, buscando en ellas lo mucho que tienen de pintoresco, ya se las considere como datos preciosos para construir el pasado, del cual guardan huellas tan visibles, nunca se encarecerá bastante la atención con que artistas, eruditos e historiadores deben detenerse a analizar las curiosas analogías que se hallan entre los tipos, los usos, los trajes y hasta las ideas de esas masas, que siguen de lejos y lentamente el movimiento de la civilización, con las de épocas apartadas cuyos detalles y rasgos característicos se suelen buscar inútilmente en crónicas y tradiciones.

Pero si siempre es de gran interés este género de estudio, nunca lo será tanto como momentos actuales, en que, espectadores de una radical transformación, sólo así podremos recoger la última palabra de un modo de ser social que desaparece, del que sólo quedan hoy rastros en los más apartados rincones de nuestras provincias, y del que apenas restará mañana un recuerdo confuso.

La irresistible corriente de las nuevas ideas nos empuja hacia la unidad en todo; los caprichosos ángulos de las antiguas ciudades vienen al suelo sacrificados a la línea recta, aspiración constante de las modernas poblaciones; los característicos trajes de ciertas provincias comienzan a parecer un disfraz fuera del oscuro rincón de la aldea; los usos tradicionales, las fiestas propias de cada localidad se nos antojan ridículas. Treinta años faltan al siglo XIX para concluir su carrera; por nuestra parte, creemos que en esos treinta años desaparecerá por completo lo poco que de este género existe y puede aún consignarse para transmitir su recuerdo a los que vendrán tras nosotros, y tal vez culparán nuestra incuria.

No nos falta la fe en el porvenir; cuando, juzgamos bajo el punto de vista del filósofo o del hombre político las profundas alteraciones que todo lo transtornan y cambian a nuestro alrededor, esperamos que en un término más o menos distante algo se levantará sobre tantas ruinas; pero séanos permitido guardar la memoria de un mundo que desaparece y que tan alto habla al espíritu del artista y del poeta; séanos permitido sacar de entre los escombros algunos de sus más preciosos fragmentos para conservarlos como un dato para la historia, como una curiosidad o una reliquia.

Reuniendo en las columnas de La Ilustración de Madrid cuanto nos sea

posible allegar referente a monumentos, tipos, trajes y costumbres de nuestras provincias, creemos hacer algo de lo mucho que en este camino podría aún hacerse por nuestros artistas y escritores contemporáneos.

El tipo que ofrecemos hoy, y que nos ha inspirado estas líneas, viene a corroborar la opinión que dejamos consignada. Merced a los esfuerzos de la beneficencia oficial y a los reglamentos de policía urbana, las poblaciones importantes de nuestro país se han visto libres de la nube de pordioseros que en tiempos no muy remotos llenaban sus calles.

El mendigo, cuya cabeza típica y pintorescos harapos inspiró a más de un artista fantásticas siluetas, se ha transformado, al contacto de la civilización, en el vulgar acogido de San Bernardino, con su uniforme de bayeta oscura y su sombrero de hule. Al imponerles la chapa y la guitarra a los que aún permanecen, merced a no sabemos qué privilegio, a las puertas de las iglesias, los han despojado de la originalidad y multitud de atavíos, lesiones, actitudes y arengas en que desplegaban su inagotable fantasía. La mendicidad, que se arrastra siempre en derredor del fausto, ha sido en ciertas edades el rasgo característico de la sociedad española. Desde el lisiado que pedía limosna a Gil Blas con el tabuco, hasta el sopista que seguía una carrera y llegaba a veces a los más altos honores mendigando las sobras de los conventos, nuestro país ha ofrecido tipos de pordioseros, tan numerosos y extravagantes, que ni Callot ni Goya los hubieran soñado.

Aplaudimos a la Administración, que hace esfuerzos por remediar este daño, poniéndonos en lo posible al nivel de los países de mayor cultura; pero, no obstante, nos gusta recoger las impresiones que guarda el artista de estos tipos tradicionales, y que hoy sólo en algunas provincias pueden estudiarse con toda su pintoresca originalidad. Tiene el arte no sabemos

qué secreto encanto que todo lo que toca lo embellece. Entre cien modelos repugnantes y groseros, sabe, tomando un detalle de cada uno, formar un tipo que, sin ser falso, resulta hermoso. Mirado a través de este prisma, no hay asunto que no interese, ni figura que deje de ser simpática.

En algunas de nuestras antiguas ciudades castellanas, cuando la nieve cubre el piso de las revueltas calles y sopla el cierzo haciendo rechinar las mohosas veletas de las oscuras torres, ¿quién no ha visto inmóvil, junto al timbrado arco de una vetusta casa solariega, la figura de un pordiosero que tiende al fin la descarnada mano para llamar a la puerta, cuyos tableros desunidos, grandes clavos y colosales aldabas traen a la memoria las misteriosas puertas de esos palacios deshabitados llenos de encantos medrosos de que nos hablan en los cuentos,?

La multitud pasa indiferente al lado de aquella escena; el artista se detiene, herido ante el contraste de tanta miseria junto a tanto esplendor; repara en la armonía de las líneas y en los efectos del color, se siente impresionado como ante un cuadro que pertenece a otra época diferente y ve una revelación de otro siglo y de otra manera de ser social en aquella tradición viva que entra a hablar a su alma por el conducto de los ojos.

La cruz de mayo

CON dificultad puede encontrarse un pueblo más apegado a sus tradiciones y costumbres que el pueblo de Madrid. Hablamos del verdadero pueblo. En Madrid hay dos grandes grupos de población: uno de gente febril e inquieta para la que no hay otro calendario que la Guía, ni más oráculo

que la Gaceta Oficial; este grupo de gente oscila al compás de los sucesos políticos, vive en los círculos, en los cafés, en el salón de conferencias, hace cola a la puerta de la tribuna del Congreso, se desespera en la antesala del ministro y lleva sus preocupaciones a la Fuente Castellana, su difícil digestión a los bufos o su ayuno a los bancos de los paseos públicos, donde encuentra lecho; ésta es la gente que vive en el mundo del negocio, de la aristocracia y de la política; turba dorada o miserable de banqueros, títulos, oradores, empleados, escritores, artistas, cesantes y vagos para los que no hay fiestas, ni estaciones, ni santos, ni apenas día y noche.

Hay otro gran grupo de menestrales, artesanos, de gentes que viven de esos oficios sin nombre o no viven de ninguno, que forma otro mundo social, el cual marca como un cronómetro el curso de las horas y los días del año, y en medio de las mayores preocupaciones y de los más grandes trastornos se acuerda de la fecha de las verbenas, de los días en que se coge la bellota en el Pardo, cuándo florecen las lilas en el Retiro, se visitan los monumentos, se destripan las meriendas en el canal, se celebra el santo patrón, se conmemoran los mártires de la Independencia o se entierra la sardina.

El que ocasionalmente vive en Madrid, o aunque de asiento en él, no traspasa la barrera de ese, no sabemos si medio o cuarto de mundo cortesano que empieza en la Castellana y acaba en el Teatro Real, comprendiendo en su ámbito una media docena de calles, se encuentra a veces sorprendido por una mesa cubierta de un paño negro; sobre la mesa hay un crucifijo y dos velas, y al lado un hombre del pueblo o un militar, cuyo uniforme sólo se encuentra ya en los figurines de la historia del ejército. Aquellas figuras austeras que le piden en tono grave una limosna

para las víctimas; aquella bayeta oscura y aquella cruz, le dicen que ha llegado el 2 de mayo. Él podría haberlo olvidado quizás; el pueblo de Madrid no lo olvida nunca. Pero pasan veinticuatro horas. El cortesano siente que le detienen suavemente por la manga del paletó y oye una voz dulce, una voz de niña: ¿Caballero, un cuartito para la Cruz de Mayo? Vuelve la cara y... el altar no ha desaparecido, pero a los paños negros sustituyen telas vistosas de mil colores, dijes y guirnaldas de verdura. La cruz está allí, pero sus descarnados brazos se han vestido de flores y alrededor de la mesa, rodeada de macetas y cubierta de paños blancos y encajes, forman como un grupo de muchachas bonitas.

La manecilla del reloj ha dado dos vueltas en el horario y el pueblo de Madrid, de la noche a la mañana, ha hecho, siguiendo sus invariables costumbres, aquella rápida transición.

La cruz de mayo es en la corte una contribución que no nos atrevemos a llamar voluntaria; con tal imperio la exigen sus lindas comisionadas de apremio.

A las más pequeñas cobradoras se las suele dar dos cuartos y un beso; a las mayores se las da los dos cuartos solos, aunque no siempre por falta de ganas de darles las dos cosas juntas.

Antigüedades prehistóricas de España

ANTES de dar a luz las notables Cartas prehistóricas con que nuestro querido amigo y colaborador don Manuel de Góngora viene a prestar interés a las columnas de La Ilustración de Madrid, nos ha parecido oportuno decir algunas palabras acerca del nacimiento y desarrollo de esta nueva ciencia,

apuntando las nociones elementales que pueden facilitar en cierto modo su comprensión y dar idea, aunque ligera, de su importancia.

La aparición de la ciencia prehistórica, como todos los grandes desenvolvimientos de ideas, se ha venido preparando lentamente; y mucho antes de que formulara principios generales y recibiera nombre gráfico ya pudieron notarse las desviaciones del espíritu de investigación de los hombres científicos que, abandonando los senderos trillados, habían de dar lugar a su nacimiento.

La historia filosófica y grave, detenida en las fronteras de la fábula, pugnaba por ganar terreno en aquel campo misterioso, personificando los mitos y buscando el origen de los dioses en la glorificación de los héroes.

El estudio de las razas, ensanchando el horizonte de las edades, traía a planos relativamente próximos las que ocupaban los últimos términos; y en pos de éstas, que entraban en el dominio de la realidad, iban apareciendo otras y otras, vagas y confusas, pero de las que podía presumirse que no eran aún las originarias.

Por este tiempo la geología se empeñaba en el inmenso trabajo de reconstruir los anales del globo, y nos hacía asistir a las espantosas convulsiones y las titánicas luchas de los elementos que lo forman, hasta decirnos cómo fueron apareciendo y modificándose la Flota y la Fauna primitivas.

Quedaba, sin embargo, por resolver una gran cuestión. ¿En qué momento aparece el hombre? En la duda, y ajustándose a las conclusiones rigurosamente lógicas de su sistema, la ciencia negaba al hombre hasta el punto en que encontrara sus restos.

En medio de los primeros cataclismos, era natural que ni aun los

buscase. Pero se producen las plantas y no se encuentra rastro suyo; llega el período de los grandes paquidermos, y tampoco. Se estudian los sedimentos de la transformación conocida con el nombre de el diluvio, y, a pesar de las más autorizadas tradiciones, la geología, no encontrando sus huellas, afirma que la raza humana es posterior a aquella gran catástrofe.

La ciencia, separándose de este punto de la tradición, con la cual venía hasta allí como de la mano, no sospechaba que después de un largo rodeo debía encontrarla otra vez en su camino. En efecto, los que estudian al hombre como centro en derredor del cual gira todo lo creado, como punto culminante con el que se relaciona cuanto existe, presienten su aparición contemporánea de las razas de animales que han desaparecido, y creen ver sus huellas en los objetos de piedra toscamente labrada que se hallan diseminados por diferentes puntos del globo. No obstante, estos objetos se encontraban casi siempre en la superficie de la tierra o en capas que no probaban terminantemente su remota antigüedad. Al cabo se descubren algunos pedazos de sílex simétricamente cortados en terrenos aún no removidos y en yacimientos geológicos, que prueban la existencia del hombre coetáneo de los fósiles.

¿Pero debía caer al suelo todo un magnífico sistema, por un pedazo de piedra, con un corte o una depresión, al parecer obra de la industria humana? La generalidad se encoge de hombros ante aquella prueba, mientras los menos, concediéndola alguna más importancia, tratan de explicar de otro modo el hecho. Mas había llegado el momento de la revelación completa, y por último aparece el hombre fósil. Boucher de Peters, el infatigable sostenedor de esta teoría, el patriarca de la ciencia prehistórica, somete al examen del mundo científico la famosa mandíbula de las canteras de Moulin Quignon.

La prueba es decisiva y los refractarios sólo pueden poner en duda la autenticidad del objeto que la constituye. Acerca de este punto de la cuestión se traba una reñida contienda entre los sabios, que da origen a la especie de proceso científico que se resuelve por medio de una reunión de eminencias en diversos ramos del saber humano, presididas por el célebre Milne Edwards. Y en este punto se tocan las ventajas de los estudios y los sistemas, fundados en la observación de datos y hechos positivos. Acaso por la primera vez resulta un acuerdo general entre distintas y encontradas opiniones, que no pueden resistir a la evidencia al examinar un hecho concluyente sobre el terreno en que se ha producido.

A partir de este momento, los apóstoles de la nueva ciencia se diseminan por diversos países y comienzan a hacer prosélitos. Ya se fija la atención en ella, se habla, se escribe y se estudia, viniendo a coronar estos esfuerzos, sancionando sus principios, el descubrimiento de las ciudades lacustres de Suiza, donde bajo las aguas de los lagos se encuentran restos de habitaciones, útiles, armas y objetos que prueban la existencia del hombre en cierto grado de civilización en una época que los cálculos geológicos no vacilan en remontar a cinco o seis mil años de distancia de la nuestra. Semejantes o parecidos descubrimientos coinciden con éstos, o los siguen muy de cerca, en Italia, Alemania, Francia, Escocia e Irlanda, y animados con sus triunfos los propagadores de la idea, celebran congresos, dan nombre de ciencia prehistórica a aquel nuevo linaje de estudios, y sientan los principios generales dividiendo la época primitiva en cuatro grandes períodos:

Megalítico o de la piedra tallada.

Neolítico o de la piedra pulimentada.

Del bronce.

Del hierro.

Refiriéndose a ellos, según de su estructura, su materia o su perfección se desprende, clasifican los diversos útiles y objetos encontrados, ya en las cavernas habitadas por las primitivas razas, ya en los bancos formados por acumulaciones de diferentes despojos, en el fondo de los lagos o en terrenos que movimientos sucesivos han contribuido a cambiar de posición respecto a la superficie.

La geología, la antropología y la arqueología, reuniendo así sus fuerzas, aspiran después de allegar los datos suficientes a echar los cimientos de una nueva historia. Como dejamos apuntado, todos los países han contribuido a esta empresa colosal, y el nuestro, aunque uno de los últimos a llevar su parte, no es por cierto el que menos ha coadyuvado al éxito.

Ya algunas personas ilustradas, que desde el fondo de su gabinete siguen el movimiento científico de Europa, habían hecho algunos estudios aislados; ya un profesor eminente había llamado la atención hacia los interesantes problemas que ofrece la antropología, cuando apareció el notable libro del señor Góngora, titulado Antigüedades prehistóricas de Andalucía, y con la aparición de este libro España se colocó a una decorosa altura.

En otros países la protección de los Gobiernos, los esfuerzos de las asociaciones y el generoso e ilustrado apoyo de los particulares, había permitido hacer estudios serios y dar a luz publicaciones costosas. En España, un hombre solo, sin otro impulso que el de su fe en la ciencia, no ha vacilado en sacrificar su modesta fortuna, primero en viajes y exploraciones, y después en la publicación de una obra que, entre otros méritos, tiene el de ser modelo acabado de tipografía y muestra de lo que

respecto a libros ilustrados puede hacerse con elementos puramente nacionales.

El señor Góngora en este libro aporta nuevos e importantes datos para escribir la historia de las primeras razas que habitaron nuestro suelo; pinta con sencillez, pero con gran verdad y color, los apartados lugares que ha recorrido buscando las casi borradas huellas de los primitivos pobladores de las comarcas andaluzas, y, entre otras no menos ignoradas y curiosas, describe la Cueva de los Murciélagos, situada cerca de Albuñol, misteriosa y antiquísima necrópolis, en la cual tuvieron sepultura más de cincuenta cadáveres pertenecientes a épocas que traspasan el límite conocido de la historia.

El estudio de los cráneos y osamentas recogidos allí; la descripción y clasificación de las armas de piedra, utensilios de madera y hueso, vasijas de barro, restos de vestiduras y objetos de esparto tejido, como gorros, túnicas, bolsas y escudos, al que se reúne el hallazgo de una diadema de oro puro groseramente batido; adornos y ofrendas, consistentes en caracolas, colmillos de jabalí y cabezas de adormideras, prestan a las páginas del mencionado libro un interés que contribuye a aumentar la reproducción de muestras de una escritura desconocida encontrada en la Cueva de los Letreros, y noticias de cavernas, sepulturas, túmulos, dólmenes y recintos sagrados de un período tal vez posterior, pero que se enlazan en cierto modo con ese más obscuro y lejano cuyas sombras trata de disipar la historia. Como era de esperar, el libro del señor Góngora ha obtenido la más favorable acogida, y animado con el éxito a proseguir la empresa, nosotros podemos ofrecer a los lectores de La Ilustración de Madrid los nuevos trabajos y descubrimientos que han de servir de base a la segunda parte de su obra.

La importancia de estos trabajos en la época presente no tenemos necesidad de encarecerla. Hay en las ciencias períodos de análisis y períodos de síntesis. El que atravesamos pertenece a los primeros. Hasta aquí se ha escrito la historia de una sucesión de individualidades, dioses, reyes y héroes. Hoy se reúnen los datos para escribir la del ser colectivo que se llama humanidad. Sobre el abismo en que se habían hundido esas razas desconocidas sólo flotaban nombres; la historia, sentada al borde de ese oscuro abismo, tejía de fábulas maravillosas sus narraciones, con la proverbial seguridad del mentir de las estrellas. Pero del seno de las sombras ha comenzado a surgir la luz, Nínive y Babilonia sacan la cabeza de entre las arenas del desierto; los pueblos aborígenes salen de las cavernas, se alzan del fondo de los lagos o abandonan sus túmulos; primero hemos interrogado sus cráneos, que no tienen la lengua para contestarnos; más tarde hemos encontrado respuesta a nuestra curiosidad en los enhiestos peñones que ostentan rastros de una escritura indescifrable como un enigma, pero que algún día encontrarán su Champollion, como los geroglíficos de Menfis. Entretanto, los mantenedores de añejas teorías, los que se complacen en poblar de sueños los últimos confines de la historia, en la seguridad de no ser desmentidos, pueden decir, en presencia de los hechos que vienen a derribar sus artificiosos sistemas, lo que Macbet ante el espectro de Banquo:

«Antiguamente un muerto metido debajo de la tierra se estaba allí tranquilo. Hoy se rompen todas las leyes de la naturaleza para que salgan a atormentar a los que viven.»

Biblioteca de autores españoles

Poetas líricos del siglo XVIII

Colección formada e ilustrada por el excelentísimo Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto

LA Biblioteca de Autores Españoles acaba de enriquecerse con un nuevo tomo, primero de los que han de formar la colección de poetas líricos del siglo pasado.

Siendo el objeto principal de esta Biblioteca reunir en volúmenes económicos y manuales las obras de nuestros escritores y poetas que despiertan mayor interés, y que se hallan diseminadas en diferentes ediciones unas, y olvidadas, oscurecidas o inéditas otras, el tomo que acaba de ver la luz pública cumple de lleno su misión al presentar coleccionadas las producciones líricas de un período literario tal vez el más digno de estudio para los críticos, y seguramente el más desconocido de los aficionados a las letras.

La colección de estas poesías, en las cuales se refleja el estado político y social de España en el más triste período de su decadencia y la lucha del genio nacional vencido al cabo por los elementos extranjeros que todo lo desnaturalizaban, resultaría sin embargo un logogrifo indescifrable para nosotros, si un concienzudo escritor no nos condujese como de la mano por entre el confuso laberinto de una época que, a pesar de su proximidad a la presente, o tal vez por lo mismo, desconocemos casi por completo.

Hombres ilustrados, así nacionales como extranjeros, han hecho ya particulares estudios acerca del siglo de oro de la literatura castellana. Posteriormente se ha trabajado con afán, y no sin éxito, para trazar con exactitud el cuadro de los esfuerzos intelectuales que en siglos

anteriores vinieron preparando aquella magnífica explosión de genio y originalidad; faltaba el estudio filosófico y elevado de la época de decadencia que le siguió, y con la cual, como su derivación inmediata, debe tener la presente desconocidas y curiosas afinidades.

Para llevar a cabo esta empresa, por muchos conceptos difícil, se necesitaban requisitos que rara vez se reúnen en un mismo hombre: la diligencia y la tenacidad propias del erudito que persigue un dato hasta el más oscuro y empolvado rincón de una biblioteca y la elevación de miras y el criterio peculiares al que siguiendo las evoluciones de la crítica moderna sólo tiene en cuenta esos detalles para generalizar, buscando una síntesis filosófica.

El señor don Leopoldo Augusto de Cueto, encargado de tan difícil obra, con una flexibilidad de talento verdaderamente peregrina, ha logrado arrancar los materiales de la cantera, cortar los sillares y levantar el edificio. El bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII, que precede al tomo LXI no es, como ya ha hecho observar otra publicación, un mero bosquejo del asunto que su autor se propone tratar; más afortunado que aquellos otros braceros infatigables de la inteligencia, a quienes sus pesquisas y hallazgos sólo permiten señalar nuevos derroteros al talento de los historiadores, el señor Cueto entra en ancho campo que descubre y lo agota bajo todos los puntos de vista, haciendo, no ya un bosquejo o introducción, sino un verdadero libro, del cual las poesías que le siguen no vienen a ser más que notas y comprobantes.

Procediendo con el arte y el método de quien no desconoce las exigencias de la moderna crítica, el autor de este trabajo, merced a un profundo estudio de todos los elementos que lo constituyen, nos presenta

el cuadro perfecto de la sociedad del siglo XVIII como fondo de la escena; después de agrupar los personajes secundarios, evoca los actores que ha de traer al primer término, y, dándoles vida, fisonomía y carácter, nos prepara perfectamente para poderlos comprender luego que, puesto punto a su historia, suelta la pluma, dejando que ellos hablen por medio de sus poesías.

De la severa imparcialidad con que juzga estas mismas poesías, sacando a unos autores del injusto olvido en que yacían envueltos y haciendo bajar a otros del pedestal en que una rutinaria tradición les había colocado, sólo podríamos dar exacta idea entrando en el análisis de un libro que ni su seriedad ni sus especiales condiciones permiten juzgar sin más sosiego y espacio del que nos es posible disponer en este momento.

El café de Fornos

EL arte recibe siempre vida de su íntimo consorcio con los hábitos y las ideas del período que atraviesa. En otras épocas recibió aliento y se adaptó a la forma de la sociedad en que había nacido, y se desarrollaba traduciendo los símbolos cristianos, prestando su magia al ostentoso culto católico o enriqueciendo las severas estancias de los reyes y los magnates. Al desvanecerse aquella sociedad, que estribaba en círculos jerárquicos; al debilitarse en cierto modo la fe religiosa al menos en cuanto se refiere al culto externo, el arte entró en un período difícil, del cual todavía no ha salido por completo, aun cuando se ve el camino que ha de conducirle a otra manera de ser. En efecto, si bien sustrayéndose en cierto modo a las severas reglas estéticas a que un tiempo vivió sujeto,

se observa en él la tendencia a generalizarse, apoderándose de la industria, multiplicando hasta el infinito los objetos que produce y descendiendo de la olímpica altura en que se mecía para filtrarse por todas las clases de la sociedad, a las cuales lleva como un impulso regenerador las nociones del buen gusto y la aspiración a lo bello. Hasta que esta revolución no se realice del todo, el arte moderno no habrá encontrado su verdadera fórmula.

El dibujo (1) que ofrecemos hoy del notable trabajo, obra de nuestro querido compañero y amigo el señor Vallejo, es una palpable muestra de lo que en este camino se ha adelantado en España. La elegancia de la composición, lo correcto de las formas, el gusto y la sencillez con que el autor ha sabido interpretar el pensamiento que preside a este cuadro, lo clasifican a primera vista entre las producciones que satisfacen las más delicadas exigencias; sin embargo, esta obra no va a realzar con sus contornos y colores la soberbia cúpula de un templo ni el pórtico de un palacio: su destino es más modesto, más popular; completa, o mejor dicho, es el punto de partida de la ornamentación de un café público.

¿Cómo se ha operado esta transformación en el país clásico del arte oficial, del arte conservado al calor de los poderosos o las corporaciones? Vamos a echar una rápida ojeada sobre la historia de los cafés públicos en Madrid y el fenómeno quedará explicado.

El café desciende en línea recta de la botillería. ¿Quién no recuerda el carácter y la fisonomía de estos establecimientos tradicionales, en que sólo se hacía café para algún que otro raro aficionado, y se servían sorbetes en determinadas estaciones? La botillería era un lugar de paso; alguna manola, invitada por un majo de los que reprodujo Goya, solían entrar a refrescar, después de la corrida de toros en que habían admirado

a Pepe Hillo; algún políticón rancio o tal cual poeta confeccionador de ovillejos entraban a leer el Mercurio o a departir acerca del mérito de las novedades teatrales antes de ir al corral de las comedias. Las personas algo encopetadas se hacían llevar a sus casas las bebidas, las noches de saraos, y la multitud no había adquirido la costumbre de pernoctar en los cafés. El mobiliario y el fondo de la botillería se armonizaba con sus concurrentes, como el fondo de un buen cuadro con las figuras que lo componen.

El cambio de sistema de gobierno trajo una revolución en las costumbres. La vida se hizo más exterior, nació la política, la multitud tomó parte en sus luchas, y, como no era posible la vida del foro a semejanza de Roma, surgió espontáneamente el café, sucursal afortunado de la plaza pública. La fama de Pombo y Lorencini se remonta a esta época.

Más tarde fue creciendo el anhelo de sociabilidad, de esa sociabilidad cómoda y barata que se realiza en estos establecimientos, y comenzaron a multiplicarse, y el espíritu de especulación se fijó en el negocio. Los veladores de mármol sustituyen a las mesas de pino; el gas, al aceite; las cortinillas de indiana dejan sitio a los grandes portiers; donde estaba el reloj de cuco y figuras de movimiento campea una esfera magnífica; el lujo no se detiene y llega a la prodigalidad; se multiplican las luces, se agrandan hasta la exageración los espejos; el oro, casi en profusión lastimosa, chispea por todas partes, unos, tratando de sobrepajar a los otros, llegan al límite extremo, porque no cabe ya más en esa senda de riqueza sobrecargada y de dudoso gusto. La multitud sigue con interés estas evoluciones; hoy admira un café nuevo, mañana celebra otro; pero de día en día son mayores sus exigencias. En este punto, lo que comenzó por necesidad vulgar de comodidades y ostentación, se convierte en

exigencia de un gusto más delicado. El café de Madrid fue un paso dado en este camino; pero la diversidad de artistas que en su decoración tomaron parte y la falta de unidad en el conjunto, hacen que aquella tentativa fuese más digna de alabanza por la intención que por el resultado.

Últimamente, al tratar de construir un café en la magnífica casa que ocupa el solar de las Vallecas, sus dueños han conseguido superar cuanto hasta aquí se ha hecho, uniendo al lujo material de la decoración ese refinamiento de lo rico, que sólo puede conseguirse merced al arte, que a todo presta un valor sin límites. Para conseguir este resultado se ha valido de artistas tan distinguidos como el señor Vallejo y los señores Terry y Busato, de quienes ya hemos tenido ocasión de ocuparnos con motivo de trabajos semejantes. Saliéndose del camino trillado en este género de obras, el señor Vallejo ha encontrado con rara fortuna la fórmula de llenar todas las condiciones de la pintura decorativa, tratando asuntos apropiados al destino del local. Los cuatro cuadros principales y el círculo que lo adornan, en los que se desenvuelve con claridad, merced a bien pensados grupos de figuras, las alegorías de el té, el café, el chocolate, los licores y los helados serían siempre verdadero motivo de alabanza por el esfuerzo de originalidad e ingenio que supone armonizar felizmente ideas tan vulgares con formas y efectos artísticos, si ya por la maestría de las composiciones, la pureza de los contornos y la frescura del colorido no fueran todos ellos verdaderas obras de arte, dignas del nombre de su autor, que aun en estos, para él fáciles trabajos, deja siempre marcada la huella del talento.

La elegantísima ornamentación estilo de Luis XV que completa el decorado de los salones, y en la cual sobre fondo blanco con filetes, florones y molduras de oro, lucen caprichosas grecas, cuadros de paisaje,

pájaros y flores vistosas, está en perfecta armonía con la distinción y elegancia que reinan hasta en los menores detalles, y constituyen un trabajo que honra a sus autores, los señores Terry y Busato, verdaderas especialidades en este género.

Circo de Madrid

Decoración y escena del primer acto de Mignon

NO es preciso ser muy viejos para recordar la época en que nuestros teatros no tenían por todo recurso de aparato escénico más que la consabida baraja de decoraciones de palacio, calle corta, casa pobre y selva, con tres o cuatro trastos sueltos para transformaciones tan inocentes como la de La pata de cabra o Los polvos de la madre Celestina. Sobre este obligado fondo habían de destacarse las figuras de los actores, cuyo exiguo guardarropa inventarió con tanta gracia el inimitable Fígaro en uno de sus mejores artículos.

Cierto es que con tan pobres recursos todavía encontraba el arte medios suficientes para cautivar al auditorio, y los tiempos de Máiquez, Latorre y Romea serán siempre memorables para los amantes de la escena española. ¿Pero qué mucho que la musa trágica y cómica se dignaran descender al templo donde se les rendía culto con fe, ya que no con ostentoso aparato, si sobre cuatro tablas y al aire libre nació el teatro de Lope y Calderón y las tragedias de Shakespeare se representaron teniendo que decir en un cartel al comenzar cada uno de sus actos: «Este

es el foro de Roma, el castillo de Ellingor o una plaza de Venecia»? Lo que faltaba al artificio escénico lo suplían la potencia de la creación, el talento de los intérpretes y el entusiasmo del público.

Al llegar a un período de decadencia para el teatro, y no local, sino que en mayor o menor escala se advierte en toda Europa, lo accesorio se ha sobrepuesto a lo substancial, y las otras artes que sólo debían concurrir como auxiliares a realzar la concepción del poeta, procuran vestir de hermosas apariencias el esqueleto de las modernas producciones. Algo es algo. En Francia, muy particularmente, alcanzan gran éxito, y no sin razón, obras cuyo principal mérito consiste en la profusión y bondad de las decoraciones, la propiedad y el lujo de los trajes y el número y la belleza de las figurantas. Ni tampoco en los teatros de Alemania e Inglaterra, donde poco notable se produce actualmente, desdeñan estos poderosos recursos para atraer la multitud y conquistar su favor.

En nuestro país, después de flotar algún tiempo en el limbo; después de componernos del mejor modo que nos ha sido posible para tener teatro, resolviendo el difícil problema de interesar al público, sin obras de importancia, sin actores notables y sin aparato escénico, comenzamos a sentirnos arrastrados por la corriente general, exigiendo también que al menos, ya que no nos hablen al corazón, nos hablen a los ojos. Algo es algo, dijimos más arriba, al apuntar ligeramente el carácter del movimiento que se observa en la escena de otras naciones. Y, en efecto, por todos los sentidos se llega a la inteligencia; una obra artísticamente decorada y vestida con la propiedad y el lujo de detalles propios de un lugar o una época precisa, es casi una lección de historia, de arqueología e indumentaria. Además, el espectáculo de lo bello en cualquier forma que se presente levanta la mente a nobles aspiraciones. Yo, que profeso esta

teoría, creo de todas veras que una mujer hermosa civiliza tanto como un libro. Sin querer, al contemplarla se buscan sus afinidades y se encuentra al cabo que la virtud es, en el orden moral, lo que en el físico la hermosura. Justo es, por lo tanto, que, procuremos animar a las Empresas, que comienzan a considerar las especulaciones teatrales bajo este punto de vista.

Al hacerse la revolución en el sentido indicado, el teatro de la Ópera italiana rompió la marcha. Todavía nuestra escena nacional se mantenía firme en sus trece de la selva, con follaje de verde, de ventanas de casa pobre, con la consabida estampa pegada a la pared, y sus aristócratas invitados a los grandes bailes con guantes blancos de hilo y manos que recordaban los que abren las portezuelas de los coches, cuando ya las obras de algunos maestros inmortales se habían visto exornadas de grande aparato en el coliseo de la plaza de Oriente. Aún después de haber perdido el nombre, nuestros clásicos corrales de las comedias se han resistido heroicamente a perder los hábitos y la hechura. Poco a poco las exigencias del público, la iniciativa de algunos inteligentes actores y las condiciones de artistas que realmente conocen el arte en cuanto se relaciona con la pintura escénica, han cambiado la fisonomía de nuestros teatros, ya exornando la sala con adornos y techos de color y gusto, en armonía con su destino, ya dando nuevo interés a la escena, merced a las decoraciones, la propiedad y la elegancia en los trajes, y el escrupuloso estudio de los accesorios.

Larga tarea sería el enumerar cuanto se ha hecho en este camino, con más o menos resultado; hoy se cumple a mi propósito, decir algunas palabras acerca del nuevo teatro establecido en el Circo de Madrid, cuyo activo e inteligente empresario y dueño, así sabe presentarlo al público

como brillante hipódromo, como salón de conciertos o, finalmente, transformado en elegante y fresco teatro de verano, destinado a dar a conocer al público de Madrid las mejores producciones de la ópera cómica francesa, exornadas con el aparato y el lujo que son en París uno de sus rasgos más característicos.

Secundado en esta empresa por los pintores escenógrafos señores Ferri y Busato, cuyas obras se han aplaudido ya tantas veces, y habiendo tomado a su cargo la parte de composición y figuras que exornan la sala un artista tan reputado e inteligente como el señor Vallejo, no hay para qué decir que el señor Rivas ha conseguido lo que deseaba.

Los críticos musicales podrán discutir acerca del mérito respectivo de los cantantes que forman la compañía; el público podrá dividirse en encontrados pareceres sobre la oportunidad de este o aquel género importado de la nación vecina; pero todos convendrán en aplaudir el esfuerzo hecho para presentar la ópera francesa en condiciones dignas de un público ilustrado y de buen gusto, admirando muy particularmente la decoraciones que en La bella Elena, Los Mosqueteros de la Reina y últimamente en Mignon, hubieran bastado a conquistarle al señor Ferri un alto puesto entre los pintores escenógrafos de primera línea, si ya no se le hubieran alcanzado las muestras de fecundidad y talento que ha dado en obras anteriores.

El dos de mayo en Madrid

LAS páginas de nuestra historia contemporánea están llenas de nombres y fechas más o menos gloriosas, que en vano los diferentes partidos

políticos se han afanado por perpetuar, decretan honor fiestas nacionales, para que un acontecimiento o una figura vivan con la vida de la gloria, que prolonga su existencia al través de las generaciones, no basta un decreto de la Gaceta o el acuerdo de una Cámara; es preciso que hieran las fibras del corazón del pueblo, que se graben en la memoria de las masas y que éstas se lo transmitan de padres a hijos, vistiéndoles, a medida que pasan los años, de esas galas de la imaginación, que constituyen su aureola, y son, por decirlo así, el origen de la leyenda.

El Dos de Mayo en Madrid reúne todas estas condiciones, y por eso basta citar esa fecha gloriosa para que el pueblo recuerde el acontecimiento a que se refiere y los nombres y los más insignificantes detalles de los héroes que en él figuran.

Alguna vez se ha hablado de si es o no político prolongarse el recuerdo de una fecha que podría mantener vivo el espíritu de odio entre dos naciones vecinas. Las grandes virtudes excluyen las pequeñas pasiones; y el monumento del Dos de Mayo, por más que Nicasio Gallego dijese de el

Altar eterno sea,

donde todo español al galo jure
rencor de muerte, que en sus venas cunda,
y a cien generaciones se difunda.

el Dos de Mayo, repetimos, más que un monumento de odio es ara levantada en honor del sentimiento de independencia, el más noble y el más digno de conservarse puro en un gran pueblo.

La cuestión ofrece, pues, muchos puntos de vista, y no es seguramente el menos ilustrado el de los que desean se conserve la costumbre de conmemorar en ese día los nombres de las ilustres víctimas que derramaron

su sangre por el amor de la patria. Ni aunque se acordase quitar a esta ceremonia todo lo que puede tener de oficial, el pueblo de Madrid olvidaría esta fecha. Acaso faltaría a la solemnidad el aparato de las Corporaciones que a ella concurren, el del Ejército, que contribuye a su ostentación con su presencia y la anuncia con el estampido de los cañones; pero el pueblo de Madrid, que sabe de memoria la triste y gloriosa relación de aquellos acontecimientos, recorrería mañana como hoy esa especie de viacrucis, cuyas estaciones recuerdan cada una el nombre de una víctima, repitiendo a sus hijos: este es el parque de Monteleón, teatro de la hazaña de nuestros padres; en aquel pequeño cementerio de la Moncloa duermen el sueño eterno los que cayeron bajo el plomo de los invasores en la montaña del Príncipe Pío; junto a ese muro fusilaron un grupo de patriotas; allí reposan las cenizas de los improvisados jefes del movimiento; ¡esta es, en fin, la casa de Daoiz! Y una corona de siemprevivas puesta por una mano ignorada sobre la tumba de los héroes; un paño negro y una cruz, altar improvisado en el histórico rincón de una calle; una rama de ciprés suspendida de las humildes tapias de un cementerio, encontrando, como encontrarían siempre, eco profundo en la masa popular, valdrían tanto como las más ostentosas ceremonias oficiales, siempre vanas y frías, cuando no responden a un sentimiento que, sin distinciones de partidos, vive en el corazón de todo el país.

Tipos de Ávila

LA famosa romería de la Virgen de Lourdes, cuya pintoresca ermita se encuentra situada a una media legua de la ciudad de Ávila, reúne en el

espacioso atrio que sirve de ingreso al templo multitud de gentes de todas clases y condiciones, venidas de diferentes pueblos de la provincia.

Como puede calcularse, esta gran reunión de personas, entre las cuales domina siempre el elemento popular, ofrece al estudio del observador multitud de tipos y trajes, a cual más variados y curiosos.

Sin embargo, que casi todos ellos ofrecen alguna particularidad notable, se puede, desde luego mencionar, como uno de los más llamativos, por su originalidad y carácter propio de aquella provincia castellana, el de las labradoras del valle de Amblés.

El sombrero de paño y anchas alas, adornado de flores contrahechas, ramilletes de siempreviva, galón de seda y vueltas de alfileres con cabezas de colores; el sencillo jubón negro sobre el cual campea el pañuelo blanco bordado y guarnecido de encaje; el airoso guardapiés amarillo franjado de rojo; la media encarnada o negra, según que la dueña sea casada o moza; el zapatito bajo con moño de colorines o hebillas de plata, todo lo que compone su extraño atavío, forma un conjunto tan pintoresco, que bastaría por sí solo a llamar la atención del más indiferente en materias de arte, si ya no la llamara de manera tanto o más poderosa la picaresca gracia y la gentileza y donaire de las mujeres que lo lucen.

El tipo de las labradoras avilesas no es seguramente un dechado de perfecciones clásicas, ni nada hay más distante que su expresión y sus contornos de las formas aéreas de la mujer sílfide, producto de la civilización: su nariz, ligeramente remangada; sus ojos vivos, negros y pequeños; sus labios que parecen guindas; su tez dorada como el trigo; su talle apretado y sus caderas redondas, realizan el ideal de la muchacha bonita de aldea, limpia, hacendosa y alegre, que huele a tomillo y

mejorana.

Tipos de Soria

LA falta de fáciles comunicaciones y la escasa noticia que generalmente se tiene acerca de las particularidades de la provincia de Soria, son en primer término la causa de que rara vez la visiten los artistas y viajeros. No obstante, así en monumentos de arte, como en costumbres, trajes y tipos, guarda esta olvidada provincia un verdadero tesoro, que pronto desaparecerá sin que de él quede rastro, si antes no se procura consignar, ya en el lienzo, en los libros especiales o en publicaciones ilustradas.

En los aldeanos de Fuente Toba llaman en primer término la atención el colete de paño burdo y la alta montera, tan común en otras provincias, y que en Castilla sólo se encuentran en algunas localidades. El corte de jubón, y el manteo ceñido de las muchachas recuerdan la moda de los siglos medios, en que se procuraba deprimir el pecho de las mujeres, hasta el punto de hacerle casi desaparecer, como se observa en las esculturas, iluminaciones y tablas de aquella época.

La capa blanca del pastor de Villaciervos, es una prenda de las menos comunes, y, sin duda, la que más recuerda el origen árabe. En los bajorrelieves de un curioso edificio bizantino de Soria (San Juan del Duero) se observan, entre otras, varias figuras de pastores en el acto de adorar al Niño Dios, y casi todas ellas llevan la característica capa blanca de capucha. Estos bajorrelieves son próximamente de principios del siglo XII o fines del XI, época en que no hacía mucho la provincia había

dejado de pertenecer a los árabes.

En cuanto al leñador que viste una cumplida dalmática de manga suelta y deja aún flotar sus cabellos sobre el hombro, recortándolos en forma de fleco sobre las cejas, con la barba crecida y fosca, calzado de abarcas de cuero cuyos cabos suben dando vueltas hasta la mitad de la pierna, y con el hacha sujeta a la cintura por un cinturón de cáñamo, se tendría el tipo más general del hombre del pueblo español en diferentes períodos históricos. Recuerda la gente bracata de los celtíberos, que con tanto denuedo pelearon en Numancia, junto a cuyas ruinas viven. Trae asimismo a la memoria el tipo del siervo godo y el del plebeyo castellano de la Edad Media. El pintor de Historia que, dejando a un lado los modelos académicos y vulgares, se empapase en el carácter de estos tipos, ganaría mucho bajo el punto de vista de la verdad y belleza de sus cuadros.

En el discurso de la publicación de nuestro periódico tendremos tiempo de ocuparnos de la provincia de Soria, dando a conocer algunos de sus más notables monumentos de arte, entre los cuales los hay de gran interés y completamente desconocidos, al par que trazaremos cuadros de las antiquísimas y tradicionales costumbres que aún se conservan en la capital y en muchos de los pueblos de la provincia.

De este modo, y haciendo extensivo este género de estudios a las diversas localidades de España, procuraremos llenar el vacío que se nota por falta de una publicación especial destinada a recoger tan curiosos datos.

Mayólica del siglo XVI

LA industria que dio origen al desarrollo y perfeccionamiento que alcanzó en Italia la fabricación del género de loza conocido generalmente con el nombre de mayólica, tuvo su origen en nuestro país, durante el más brillante período de la dominación sarracena.

Sabido es que los árabes, cuya civilización especial, y muy particularmente en lo que toca a nuestra Península, aún no se ha estudiado bien, fueron hábiles e ingeniosos alfareros. En las muestras que nos han dejado de tierras cocidas y bañadas, ya en forma de jarros, fuentes y platos, como en sus inimitables azulejos, puede decirse que se encuentran los gérmenes de la fabricación de estos productos de la industria cerámica, que más tarde, y al desenvolverse en Italia bajo la influencia de los grandes artistas del siglo XVI, adquirieron formas tan hermosas, enriqueciéndose en estructura y color hasta el punto de constituir las que hoy se conservan verdaderas joyas, dignas de estimación, no sólo por su antigüedad, sino por su mérito indisputable.

No cumple a nuestro propósito detenernos a referir cómo se importaron a Italia las primeras muestras de esta industria, merced a la pasajera irrupción de los pisanos en la isla de Mallorca, célebre a mediados del siglo XII, en que tuvo lugar este acontecimiento, por sus muchas y renombradas alfarerías. Bástanos consignar que los etimologistas dan este origen al nombre de mayólicas, o mallorquinas, con que han llegado hasta nosotros sus productos.

Tampoco entraremos a detallar las vicisitudes por que pasaron las mayólicas durante la Edad Media, hasta que en la mitad del siglo XVI, en la famosa fábrica de Urbino, llegaron al más alto grado de perfección, no tanto en los esmaltes y barnices, que en algunas otras fábricas se empleaban muy superiores, como en la forma y ornato que constituyen su

especialidad. Aun los más sabios coleccionistas dudan a menudo de la procedencia fija de las mayólicas, subdividiéndolas para su clasificación y orden, en épocas, escuelas y grupos; pues si bien es verdad que algunas ostentan las marcas de fábrica o de sus autores, éstas no suelen ser siempre las mismas, y hasta respecto de las contraseñas e iniciales reina extraordinaria confusión, equivocándose a menudo con las de otros que habitaron diferente localidad y pintaron en diversos tiempos.

No obstante, la carencia de datos que origina dudas en los que proceden de buena fe, es costumbre general referir aquéllas en que más directamente se nota la influencia de la escuela de Rafael, a la famosa fábrica de Urbino; no faltando quien se enorgullece, creyéndose poseedor de mayólicas trazadas y pintadas por no de aquel grande artista.

La crítica juiciosa no ha admitido, y con razón, esta especie como cierta. Aunque la valentía y corrección con que están trazadas las figuras que adornan ciertas mayólicas, y la grandiosidad y disposición del asunto de sus cuadros pudieran hacer sospechar que habían tomado parte en ellas pintores de profundos conocimientos y fama, esta particularidad se explica sabiendo que, durante su mejor período, se modelaron y pintaron conformes a dibujos obra de Rafael y de algunos de sus mejores discípulos y continuadores, entre los que debemos mencionar muy particularmente al célebre Marco Antonio.

La mayólica que se conserva en el Museo Nacional de Escultura de Madrid es sin duda de las obras más notables en su género, hasta el punto que, si alguna pudiera suponerse obra de Rafael, ésta es desde luego la que más condiciones reúne para justificarlo. La elegante disposición del contorno, la corrección del dibujo y las grandiosas formas de las caprichosas figuras que la embellecen, la gracia y la ligereza de las

figurinas y adornos que componen el grotesco de la orla, junto a la magistral composición del asunto que llena el fondo, nos hacen presumir que pertenece al número de las que se produjeron en el más brillante período de la fábrica de Urbino, con arreglo a dibujos y traza de Marco Antonio, de cuyas obras tiene toda la belleza y el carácter.

Esta magnífica mayólica, que, según dejamos dicho, se guarda con gran estimación en el Museo Nacional de Escultura, estuvo hasta no hace muchos años en la botica de la Real Casa, dedicada a los servicios usuales en esta clase de establecimientos. El inteligente artista y pintor de cámara don José Madrazo, que tan activa parte tomó en la formación de nuestros Museos, la sacó del sitio en que permanecía olvidada y desconocido su mérito, para colocarla donde hoy sirve de admiración y enseñanza, no sólo a los aficionados a este género de obras, sino a cuantos entienden algo de arte y pueden apreciar en lo que valen las condiciones de elegancia y corrección que reúne.

Escenas de Madrid

- I -

La horchatería

TODOS los comercios, todas las industrias y oficios tienen sus alternativas; sus buenas y malas épocas. Hasta la literatura sigue estas oscilaciones; pues, según el don Eleuterio de Moratín, las comedias, como los besugos, varían de precio en verano.

El quid de la dificultad consiste en encontrar algo que pueda adaptarse a todas las situaciones y temperaturas, o aliar de tal modo dos

o más comercios que alternen según la estación del año. Y este difícil problema lo han resuelto en Madrid los valencianos, que en invierno nos abrigan los pies con las esteras, y durante el estío nos refrescan el estómago con la horchata.

En el almacén de felpudos y esteras de esparto está el despacho de horchata de chufas y agua de cebada y limón, como la mariposa dentro de la crisálida. Durante el invierno, se le ve obscuro y frío, con las paredes vestidas de rollos de pleita, y un valenciano de cara fosca que ajusta su mercancía con los criados de la casa, los porteros de las oficinas y las amas de huéspedes, sus ordinarios marchantes; pero, pasa la primavera, se acentúa el verano, la mariposa rompe su cárcel y se transforma el establecimiento.

A las esteras de color sombrío, suceden las de paja color de oro, rojas y verdes, colocadas con arte y simetría. El portal se engalana con las tradicionales cortinas de percal encarnado con rauda blanca; se multiplican las luces, salen de no sé dónde las mesas blancas y redondas; ocupa su trono la enorme garrapiñera, y el valenciano huye al fondo de la tienda para dejar paso a tres o cuatro lindísimas valencianas pálidas, morenas, y de grandes ojos negros, que templan y previenen el excesivo enfriamiento que pudiera producir el abuso de la horchata.

- II -

La plaza Mayor

TEATRO de grandes acontecimientos políticos, de fiestas y ceremonias públicas, la plaza Mayor de Madrid tiene una larga e interesante historia,

demasiado conocida para que nosotros nos detengamos a trazar de nuevo sus páginas. El pincel y el buril nos han ofrecido también en diversas épocas los rasgos de su particular fisonomía, ya se levantara en su ámbito el cadalso para la ejecución de un poderoso valido, ya coronaran sus arcadas las damas y galanes, espectadores de una fiesta real, u ocupara los estrados y graderías el imponente Tribunal de la Inquisición, en algunos de sus famosos autos de fe. El siglo XIX, que no se encontraba bien moviéndose dentro del círculo severo de arcos y edificios de altas torres, con chapiteles de pizarra oscura, trasunto fiel de la triste época a que se debe la última reedificación de esta plaza, creó la Puerta del Sol, en un principio estrecha e irregular, pero llena de movimiento y vida, que forman contraste con el abandono en que desde este punto quedó aquel histórico recinto.

Como un recuerdo de su grandeza pasada, aún en las últimas bodas reales se jugaron cañas y se corrieron toros donde hoy admiramos más bien que la belleza de la estatua de Felipe III, el inconmensurable abdomen del caballo que la sustenta, por sólo esta particularidad famoso; pero el Municipio, comprendiendo al fin que la romántica y caballeresca historia de este sitio había llegado a su término, lo ha embellecido con jardines, fuentes y asientos, entregándolo en esta forma a la explotación de los soldados, amas de cría y niñeras, sus habituales concurrentes.

Pozo árabe de Toledo

(2)

EL POZO cuyo dibujo pueden ver los lectores de LA ILUSTRACIÓN en sus

columnas es un precioso ejemplar de los productos de alfarería de los árabes toledanos.

En la calle de San Ildefonso, y próximo a la capilla levantada sobre el mismo terreno, en que es tradición vino al mundo el célebre arzobispo de Toledo, hay un pequeño jardín hecho sobre el solar de una antigua casa.

En el extremo de este jardín existía, desde hace mucho tiempo, un pozo cuyo informe brocal presentaba el aspecto de un mal trazado círculo de ladrillos revestido de argamasa oscura. Al tratar de destruirlo, apareció debajo de la grosera corteza que lo envolvía el que es objeto de nuestra ilustración, que por su sencillez y elegancia constituye un ejemplar digno de estudio del arte árabe español.

Este hermoso brocal es de tierra roja cocida y bañada, y su adorno lo forman dos grecas, por entre las cuales corre rodeándole una magnífica inscripción en caracteres cúficos ornamentales. La inscripción y la greca son verdes y destacan por el color y el alto relieve que presentan sobre el fondo blanco del brocal.

Escrupulosamente copiada, damos aparte la inscripción con un doble objeto: el de que los orientalistas la estudien y la traduzcan, si es posible, toda vez que ya algunos verdaderamente dignos, de este nombre a quienes hemos acudido, hallan bastante difícil la empresa, y el reproducir un hermoso modelo de caracteres cúficos empleados en la época que podríamos llamar clásica de la arquitectura árabe española, de los cuales se encuentran raras inscripciones, no recordando nosotros ninguna en que sólo la letra, sin combinarse con otros extraños, a su configuración, forme un adorno tan rico, tan elegante y completo.

El señor don Francisco Hernández, vecino y propietario de Toledo, y dueño del jardín en que hasta ahora ha existido el pozo que nosotros hemos

tenido ocasión de copiar en el mismo punto donde se encontró, lo ha regalado últimamente al Museo de aquella ciudad, dando así una prueba de generoso desprendimiento y de amor a las artes.

A la memoria de Miguel de Cervantes

LARGO tiempo se han buscado con verdadero afán los restos mortales del autor del Quijote. Sabíase que en cumplimiento de una de sus últimas disposiciones habían sido sepultados en el convento de monjas Trinitarias de Madrid; pero en vano corporaciones y particulares han practicado en diferentes épocas las diligencias más exquisitas, a fin de conocer el preciso lugar de su enterramiento.

Al agitarse recientemente la idea de erigir un panteón nacional que guardase los despojos de nuestros varones más insignes en ciencias, armas y letras, los entusiastas y numerosos admiradores del incomparable escritor a quien debe España la más brillante de sus glorias, tornaron a buscar datos, inquirir noticias y practicar diligencias para dar con su ignorada sepultura; más todo fue asimismo inútil.

Sabiendo, como de ello se tiene certidumbre, que yace en las bóvedas de la iglesia de Trinitarias, lo natural era dejarse de infructuosas pesquisas, considerar el templo todo como tumba apenas bastante a contener tan inmensa gloria, y colocar en sus muros un epitafio.

Esto es lo que ha hecho la Academia de la Lengua, mereciendo bien de cuantos se complacen en ver honrados, aunque tarde, la virtud y el talento.

Encargado el distinguido escultor don Ponciano Ponzano de ejecutar

esta obra, pobre tributo que una corporación literaria, la cual cuenta con limitados medios, rinde al autor de El Ingenioso Hidalgo, ha sabido reunir la sencillez a la nobleza de las formas y proposiciones, dándole con gran arte, a una modesta lápida la importancia que requiere cuando ésta se dedica a conmemorar tan famoso nombre.

Este monumento se inauguró asistiendo al acto la Academia de la Lengua en corporación y gran número de literatos y personas distinguidas entusiastas admiradores de Miguel de Cervantes Saavedra. Nosotros, que de todas veras nos asociamos al pensamiento de la Academia, rendimos en estas líneas un tributo de admiración al gran novelista, y damos nuestros plácemes a la corporación literaria.

NOTA DEL RECOPIADOR.-Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Valeriano Bécquer.

Octava del Corpus en Sevilla

Los seises de la iglesia catedral

LA ciudad de Sevilla se ha hecho justamente célebre por el fausto y la grandeza con que solemniza las festividades religiosas. Ya en el siglo XVI la llamaba el autor del Quijote «Roma triunfante en ánimo y riqueza», y posteriormente la han confirmado digna émula de la capital del orbe católico cuantos han tenido ocasión de asistir a alguna de sus fiestas clásicas. Entre éstas han sido objeto preferente de alabanza, así de propios como extraños, las cofradías y oficios de la Semana Santa; pero en nuestro juicio tiene más carácter y responde mejor a las costumbres de sus habitantes y a la fisonomía especial de la población la festividad del

Corpus; toda luz, flores, perfumes y galas en las calles; toda majestad, riqueza y armonías en el templo.

Aun cuando indudablemente ofrecería gran interés, no entra hoy en nuestro ánimo ocuparnos detenidamente de todos los pormenores de sus ceremonias, sino fijarnos en uno de sus más curiosos detalles, apuntando ligeramente algo de los famosas bailes de los seises, cuyos ricos trajes, graciosas contradanzas y concertadas voces maravillan y suspenden a cuantos asisten a la Octava.

Que estos bailes son recuerdos de las características contradanzas y representaciones que en lo antiguo tuvieron lugar en los templos como parte del culto católico, bien claro se ve a poco que se estudien.

Sin embargo, cuando se creó este coro de cantores especiales, conocidos en otra época con el nombre de los niños cantorcicos, no puede decirse, aunque sí que se remonta a muy lejana fecha, toda vez que en documentos pertenecientes al siglo XV se habla ya de ellos como de cosa establecida.

Varias veces los prelados han creído poco conveniente a la majestad del culto las danzas de los seises, dándose ocasión a diversas cuestiones con el capítulo. Es fama que para ultimar una de ellas pendiente de la resolución del Pontífice, el cabildo envió a Roma los cantorcicos acompañados de su maestro, a fin de que en presencia del que había de ser juez de la causa ejecutasen el baile objeto de la censura arzobispal. Bailaron los seises tañendo las castañuelas de marfil y entonando sus armoniosos coros, y de tal modo lo hicieron, que, prendado el Pontífice de la majestad y compostura de la danza y el agradable concierto de las voces, no sólo dispuso continuaran como hasta allí, sino que confirmó nuevamente el privilegio que gozan aún de bailar con la cabeza cubierta

por el sombrerillo delante del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

La Semana Santa

Una cofradía de penitentes en Palencia

La mesa de petitorio en Madrid

TODAS las ceremonias religiosas del culto católico se han revestido en España de un carácter peculiar del país. Las de la Semana Santa, en que los fieles conmemoran la Pasión y Muerte del Redentor de los hombres, son, sin embargo, las que, por su índole grave y su solemne y dramático asunto, se han prestado más a ser representadas con ese lujoso e imponente aparato, propio para herir y exaltar la imaginación de un pueblo más impresionable que reflexivo.

El transcurso del tiempo, debilitando por una parte el fervor religioso y modificando, por otra las costumbres, ha contribuido poderosamente a borrar en algunos puntos los vestigios del pasado, haciendo desaparecer mucho de aquello con que la piedad de los fieles reunidos en corporaciones parece como que añadía un comento con sus puntas de teatral y profano a los ritos siempre solemnes y graves de la Iglesia. No obstante, basta fijarse en las diferencias que se notan durante esta época entre los centros de mayor movimiento y vida y los que siguen lentamente la evolución social y política moderna, para conocer que esta transformación tardará mucho en operarse por completo, aunque esté iniciada y se vea claro el camino que ha de recorrer antes de llegar al fin que se propone.

La Cofradía de Penitentes en Palencia y la Mesa de petitorio en

Madrid, señalan los dos puntos más culminantes del estudio que se podría hacer sobre este particular, no ya somera y ligeramente en las columnas de un periódico, sino concienzuda y detenidamente en las páginas de un libro.

La cofradía es la escena fantástica de un drama conmovedor y terrible; la mesa de petitorio un cuadro de costumbres elegantes y modernas. En la una el natural ofrece contrastes de luz vigorosos y siluetas extrañas como las que sólo se contemplan en la visión de un sueño; en la otra, todo entra en el dominio de la vida mal y es conocido y visto.

El diverso carácter de dos épocas muy distintas se revela, al aproximarlas, al menos dado a sacar este género de deducciones del estudio de las costumbres. La exaltación religiosa, en la que trae su origen de siglos pasados, sólo se propone reavivar la memoria del sangriento drama de la Redención del mundo, imponer con la representación de sus terribles escenas vestir con formas inusitadas y solemnes que han de infundir terror y piedad y pasmo, la idea cristiana, cuya expresión más genuina era la catedral con sus líneas extrañas, sus sombras y su misterio.

Un propósito santo, pero más calculador y positivo, en armonía con la índole de la época actual, utiliza hoy en provecho de la miseria la piedad de los fieles, y la caridad, siempre ingeniosa, no sólo pone en estos días a contribución en las mesas de petitorio el impulso del alma compasiva, sino que hace pagar tributo a los mismos vicios y ridiculeces sociales como el orgullo, la vanidad o la moda.

Fingiendo realidades

con sombra vana,
delante del Deseo
va la Esperanza.
Y sus mentiras
como el Fénix renacen
de sus cenizas.

RIMA

Una mujer me ha envenenado el alma,
Otra mujer me ha envenenado el cuerpo;
Ninguna de las dos vino a buscarme,
Yo de ninguna de las dos me quejo.
Como el mundo es redondo, el mundo rueda.
Si mañana, rodando, este veneno
Envenena a su vez, ¿Por qué acusarme?
¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron?

NOTA.-Esta rima, lo mismo que la anterior, están copiadas del manuscrito original del libro que el poeta pensaba publicar con el título de LIBRO DE LOS GORRIONES.-Colección de proyectos, argumentos, ideas y planes de cosas diferentes que se concluirán o no, según sople el viento. 1868. Para este libro escribió Bécquer la Introducción que luego apareció al frente de sus obras completas y que él tituló Introducción sinfónica.

Volumen II

Prólogo

INFATIGABLES en nuestra labor de sacar de la obscuridad y el olvido toda la obra de Bécquer, que hasta hoy estaba perdida en viejos periódicos y en archivos particulares, damos a la luz este segundo volumen, que tiene el doble interés de darnos a conocer un nuevo aspecto del poeta: Bécquer, crítico literario y político. Hay en las «Revistas» que semanalmente y casi durante un año publicó, páginas tan espontáneas y jugosas, que Fíguro, príncipe de los críticos, hubiese firmado con orgullo.

También publicamos, con otras de sus primeros tiempos, una poesía que el poeta hizo para encabezar con ella sus rimas, y que dedica «A Elisa». ¿Quién sería esta Elisa, para la que su inspiración soberana tejió un collar de rimas inmortales?

Invisible para tus visionarias pupilas, ¡oh, poeta dolorido!, la pálida vampiresa siempre caminaba a tu lado. Su marfileña y fría mano acariciaba tu romántica melena y sus labios exangües siempre tenían un beso, largo y silencioso para tu frente. Beso insaciable que iba absorbiendo poco a poco el aroma de tu rosa interior.

Bruja vampiresa, ahijada de la luna, de cuyos verdes rayos te embriagas en la noche para después convertirlos en besos de muerte y dolor. Eres la amada única de los soñadores, de los poetas. Para ti fueron los últimos acordes de Chopin, cuando a la claridad muriente de la tarde, sentado ante el viejo clavi, sintió que su vida se extinguía como una

débil luz. Para ti dijo Verlaine sus bellas canciones paganas en las que ríen, en un claro bosque de laureles, un coro de ninfas rosadas, y en las que suena eternamente la melodiosa flauta de Pan. Tú, virgen del infortunio, pusiste la pistola en la mano de Larra; de un fatal conjuro de tu boca maldita nació el canto de Espronceda a la amada muerta. ¡Cuántos ruiseñores a los que cegaste primero para hacer más bello su canto de agonía, dejaron de cantar por tu culpa!

Y con un gran dolor, abatido por la ráfaga de infortunio que arrastra sus ilusiones -amarillas hojas de su jardín interior-, llena de negras sombras el alma, pasa Bécquer por la vida y pasa derramando un tesoro de rimas bellas, diáfanas, como diamantes, como lágrimas... El silencio, el trágico si que le rodea, él le rompe con acariciantes palabras musicales!

¡Tomad -dice a las gentes-, a cambio de vuestro desdén, de vuestra indiferencia, de vuestra envidia, yo os regalo el aroma de la flor de mi alma para que perfume la monotonía de vuestras vidas vulgares; yo os ofrendo mis rimas para que vuestras mujeres sientan, en el fondo del pecho, esa inexplicable emoción que vosotros no fuisteis capaces de hacerlas sentir! ¡Yo os regalo todo mi tesoro y todo mi desprecio también!

Hay hombres que a través del tiempo, cuando ya la muerte guarda en su seno las pequeñas miserias, los defectos inherentes a la vida carnal, van poco a poco convirtiéndose en símbolos; sus vidas, ¡tan lejanas!, se desprendieron de la realidad, y ya solo las vemos reflejadas en sus obras, en sus hechos cumbres que merecieron la admiración del mundo, en la leyenda que los envuelve.

Y entonces comienza su verdadera vida.

Bécquer es para nosotros un símbolo. En él se personifica el dolor del genio ante la hostilidad e indiferencia de las gentes; la lucha del hombre superior al que ahoga la pequeñez del medio en que vive. Bécquer es la encarnación de esa melancolía infinita que florece en todas las almas sensibles, el muerto espejo en el que todos los tristes ven reflejado su dolor.

Incomprendido por sus contemporáneos, ni siquiera tuvo la íntima satisfacción de ver sus obras recogidas en las páginas de un libro. El periódico, la revista de efímera vida, fueron los únicos que acogieron en su seno los frutos de su genio. Fue necesario que la muerte besase su frente para que la gente reaccionase, y teniendo por colaboradora a la pública caridad, dos de sus mejores amigos publicaron en unos pequeños volúmenes una pequeña parte de su extensa labor.

La envidia, que no perdona a nada ni a nadie que consiga sobrepasar el nivel normal, persiguió al poeta durante su vida y le siguió y le sigue persiguiendo después de muerto. Sin sólidos argumentos para combatirlo, dijeron que imitaba, que plagiaba a Heine. Núñez de Arce llama despectivamente a las rimas suspirillos germánicos. Pero como la verdad se impone siempre, las envidiosas voces se perdieron en el vacío, cayeron de su pedestal muchos falsos ídolos, y Bécquer, el taciturno cantor de las golondrinas, ocupa el máspreciado lugar de nuestro santuario interior.

Fiesta espiritual es este libro que hoy llega a tus manos, lector...
Léelo con el mismo fervor con que nosotros lo compusimos. Es una nueva estrella que brilla en el cielo de su gloria. Una nueva llama...

.....
.....

Y el poeta empieza...

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA

Rimas

Flores tronchadas, marchitas hojas
arrastra el viento;
en los espacios tristes gemidos
repite el eco.

.....

Entre las nieblas de lo pasado,
En las regiones del pensamiento,
gemidos tristes, marchitas galas,
son mis recuerdos.

Es el alba una sombra
de tu sonrisa,
y un rayo de tus ojos
la luz del día;
pero tu alma
es la noche de invierno
negra y helada.

Errante por el mundo fui gritando:

¿la gloria dónde está?

y una voz misteriosa contestóme:

Más allá... más allá...

En pos de ella seguí por el camino

que la voz me marcó

halléla al fin, pero en aquel instante

en humo se trocó.

Mas el humo, formando denso velo,

se empezó a remontar:

y penetrando en la azulada esfera

al cielo fue a parar.

A ELISA

Para que los leas con tus ojos grises,

para que los cantes con tu clara voz,

para que llenen de emoción tu pecho

hice mis versos yo.

Para que encuentren en tu pecho asilo

y los des juventud, vida, calor,

tres cosas que yo no puedo darles,

hice mis versos yo.

Para hacerte gozar con mi alegría,

para que sufras tú con mi dolor,

para que sientas palpitar mi vida,

hice mis versos yo.

Para poder poner ante tus plantas
la ofrenda de mi vida y de mi amor,
con alma, sueños rotos, risas, lágrimas,

hice mis versos yo.

Negros fantasmas,

nubes sombrías,

huyen ante el destello

de luz divina.

Esa luz santa,

niña de ojos negros,

es la esperanza.

Al calor de sus rayos

mi fe gigante,

contra desdenes lucha

sin amenguarse.

En este empeño

es, si grande el martirio,

mayor el premio.

Y si aún muestras esquivas

alma de nieve,

si aún no me quisieras,

yo he de quererte.

Mi amor es roca

donde se estrellan tímidas
del mal las olas.

Yo soy el rayo, la dulce brisa;
lágrima ardiente, fresca sonrisa;
flor peregrina, rama tronchada;
yo soy quien vibra
flecha acerada.

Hay en mi esencia, como en las flores,
de mil perfumes suaves vapores;
y su fragancia fascinadora
trastorna el alma de quien adora.
Yo mis aromas doquier prodigo,
y el más horrible dolor mitigo;
y en grato, dulce, tierno delirio,
cambio el más duro, cruel martirio.
¡Ay!, yo encadeno los corazones,
mas son de flores mis eslabones.

Navego por los mares,
voy por el viento;
alejo los pesares
del pensamiento.

Yo dicha o pena
reparto a los mortales con faz serena.

Poder terrible, que en mis antojos
brota sonrisas o brota enojos,

poder que abrasa un alma helada,

si airado vibro

flecha acerada.

Doy las dulces sonrisas a las hermosas,

coloro sus mejillas de nieve y rosas;

humedezco sus labios, y a sus miradas

hago prometer dichas no imaginadas.

Yo hago amable el reposo, grato, halagüeño,

o alejo de los seres el dulce sueño.

Todo a mi poderío rinde homenaje,

todos a mi corona dan vasallaje;

soy amor rey del mundo, niña tirana

ámame, y tú la reina

serás mañana.

La feria de Sevilla

- I -

No hace mucho que ocupándonos, aunque incidentalmente de la Semana Santa en Sevilla, dijimos que el notable movimiento de adelanto que se advierte en esta hermosa ciudad de Andalucía ha impreso a sus solemnidades religiosas un sello especialísimo, merced al cual, si bien han ganado bajo el punto de vista de la ostentación y la riqueza, han perdido, y no poco, del carácter tradicional que guardan aún en otras poblaciones de menor importancia. Respecto de su célebre feria, puede repetirse algo semejante. Entre los verdaderos conocedores de las costumbres andaluzas en toda su

pureza, entre los que buscan con entusiasmo las escenas y tipos y recogen con afán los cantares y giros pintorescos del lenguaje que revelan la genialidad propia de un pueblo tan digno de estudio, nunca se borrará el recuerdo de aquellas renombradas ferias de Mairena y Ronda, de las cabalgatas a la Vigén del Rocío o la vuelta de las hermandades del Cristo de Torrijos, cuando desembocaban en tropel por el histórico puente de barcas entre la nube de polvo que doraba el sol poniente o a la de las antorchas, que reflejaban su cabellera de chispas en el Guadalquivir; vistosos grupos de majos a caballo, llevando las mujeres a las ancas, o multitud de carretas colgadas de cintas y flores, con su obligado acompañamiento de guitarras, palmas y cantares.

Las ferias, de origen popular, se crearon espontáneamente, y la costumbre, arraigada por la tradición, mantenía su concurrencia; sus anales registran los más altos hechos de la gente de bronce; en sus reales tuvo origen la celebridad de las ganaderías más famosas; en ellas, en fin, como en teatro propio de sus hazañas y gallardías, se daban a conocer los cantadores y los valientes. Un caballo inglés, un Rogs-Karr, un sombrerito Tanchon o cuaquier cosa de este jaez hubiera sido en ellas un verdadero fenómeno. Pero pasó el reinado de la calesa, del cual, y sólo como documento histórico, se conserva alguna desvencijada y rota en las antiquísimas cocheras de las Gradas. El calesero, cuya descripción sirvió de tema a tantas festivas plumas, y cuyo tipo fue modelo de tantos pintores, no fuma ya su cigarro sentado de medio ganchete en la vara, cantando y jaleando el jaco al son del alegre campanilleo, que hacía olvidar el calor, el polvo y la fatiga del camino. Estacionado en la plaza de San Francisco, con un sombrero de copa lleno de apabullos, una levitancia y un corbatín de suela, lee hoy La Correspondencia en el pescante

de un simón. El movimiento social lo ha convertido en cochero de punto.

Sobre las ruinas de las tradiciones típicas y peculiares de Andalucía, de sus renombradas ferias, sus características diversiones y pintorescas zambras, se ha levantado la feria de Sevilla, que obedeciendo a un pensamiento ecléctico, quiere reunir y armonizar lo que se va con lo que viene, la tradición con las nuevas ideas. La feria de Sevilla es muy moderna, es, propiamente dicho, una feria oficial. Creada de la noche a la mañana por la voluntad del Municipio, nada le faltó ciertamente desde el primer día, y desde entonces acá viene ganando respecto a lujo, conocimiento y comodidades. Tiene, sin duda, todo lo que constituye una feria de las más renombradas; tiene algo más tal vez: por teatro un prado inmenso, cubierto de un tapiz de verdura finísima e iluminado por un sol de fuego que todo lo dora y abrillanta; por fondo la accidentada silueta de Sevilla con sus millares de azoteas y campanarios que coronan la catedral y el giraldirlo; por actores una multitud alegre y ruidosa ávida de placeres y emociones, que duplica a veces la numerosa población de la ciudad. No obstante, parece que le falta algo. Allí hay vendedores y traficantes de todo género, productos de diversas industrias, muestras de las mejores ganaderías, gitanos de todas las provincias de España, tabernas y buñolerías en montón: se compra, se vende y se cambalachea; se toca, se come y se bebe; hay palmas, cantares y borracheras más o menos chistosas, pero todo ello como adulterado y compuesto con la mezcla del elemento que llaman elegante y que algunos, tratándose de esta clase de fiestas, se atreverían a calificar de cursi. En efecto, no busquéis ya sino como rara excepción el caballo enjaezado a estilo de contrabandista, la chaqueta jerezana, el marsellé y los botines blancos respunteados de verde; no busquéis la graciosa mantilla de tiras, el vestido de faralares

y el incitante zapatito con galgas; el miriñaque y el hongo han desfigurado el traje de la gente del pueblo, y en cuanto a los jóvenes de clase más elevada que en esta ocasión solían llevar la bandera del tipo sevillano, obedecen en todo y por todo a los preceptos del último figurín. Hasta las hijas de los ricos labradores que viven en los pueblos de la provincia encargan a Honorina, o hacen traer de París los trajes que han de llevar en Sevilla durante las ferias. Junto al potro andaluz trota el ponney de raza; al lado del coche de colleras, con sus caireles y campanillas, pasa la carretela a la grand Dumont con sus postillones de peluca empolvada; tocando al tendujo donde se bebe la manzanilla en cañas y se venden pescadillas de Cádiz y se fríen buñuelos, se levanta el lujoso café-restaurant donde se encuentran paté de foiegrás, trufas dulces y helados exquisitos; el piano, con su diluvio de notas secas y vibrantes, atropella y ahoga los suaves y melancólicos tonos de la guitarra; los últimos y quejumbrosos ecos del polo de tóbalo se confunden con el estridente grito final de una cavatina de Verdi.

No obstante estos inarmónicos detalles, que sólo pueden apreciar bien los que conocen a fondo el país y sus ya degenerados tipos, como cuestión de visualidad y de alegría, la feria de Sevilla no tan sólo no desmiente, sino que supera la fama de que goza fama que se acrecienta de día en día y de la que son claro testimonio la infinidad de viajeros que acuden a ella procedentes de todas las provincias de España y de las más principales naciones europeas.

La gran afluencia de forasteros que se nota en Sevilla por esta época convierte la cuestión de alojamientos en una verdadera dificultad: aunque se multiplican prodigiosamente las casas de hospedaje y desde la popular posada hasta el aristocrático hotel rivalizan en la resolución del problema, que consiste en encajonar doce donde apenas caben cuatro, todavía no bastan y los apuros y trastornos que de aquí resultan, todos vienen a resolverse en un alarmante menoscabo del bolsillo. Los únicos que, merced a la benignidad del clima y a sus patriarcales costumbres, encuentran zanjados desde luego todos estos inconvenientes son los forasteros procedentes de los lugares circunvecinos, que en numerosas tribus se instalan en los zaguanes de las casas o toman las aceras por colchón, esperando la primera luz del día para levantarse.

Sin duda alguna las horas más alegres de la feria son las primeras de la mañana. Apenas comienza a rayar el alba, las mujeres se apresuran a regar y barrer las calles del tránsito; cada balcón es un jardín; la luz viene creciendo y dorando las veletas y los miradores; hay un olor de flores y de tierra húmeda que embriaga; se siente un aire fresco y vivificador que se aspira con deleite.

A medida que aumenta la claridad, se hace mayor el movimiento de la multitud que comienza a invadir las calles, y se ven bandadas de jóvenes que con la guitarra al hombro y la bota bajo el brazo, se dirigen al prado de San Sebastián, mientras por otra parte cruzan numerosos y alegres grupos de muchachas con vestidos claros y ligeros, que llevan por todo adorno un manojo de rosas y alélies en la cabeza.

La aristocracia tiene el buen gusto de no emperejilarse desde tan temprano y acudir al punto de cita en traje de negligé siempre más cómodo y gracioso; algunos llevan su condescendencia hasta resucitar el sombrero

redondo y la chaquetilla torera, y lo que es más raro, suele verse tal cual muchacha perteneciente a una clase distinguida bajar al prado, vestida al uso del país, sobre un caballo, con jaez de caireles.

El panorama que ofrece el real de la feria desde la Puerta de San Fernando es imposible describirlo con palabras y apenas el lápiz lo podría reproducir en conjunto. Hay una riqueza tal de luz, de color y de líneas, acompañada de un movimiento y un ruido tan grandes, que fascina y aturde. Figuraos al través de la gasa de oro que finge el polvo, su llanura, tendida y verde como la esmeralda, el cielo azul y brillante, el aire como inflamado por los rayos de un sol de fuego que todo lo rodea, lo colora y lo enciende. Por un lado se ven las blancas azoteas de Sevilla, los campanarios de sus iglesias, los moriscos miradores, la verdura de los jardines que rebosa por cima de las tapias, los torreones árabes y romanos de los muros. La catedral, en fin, con sus agujas airosas, sus arbotantes fortísimos, sus pretiles calados y la Giralda por remate, que parece un navío de piedra al anclar sobre los rojizos tejados de la ciudad. Por otra parte, y extendiéndose hasta perderse de vista, se descubren millares de tiendas de campaña, formadas de telas vistosas y empavesadas con banderas y gallardetes de infinitos colores; largas filas de casetas vestidas de pabellones blancos y adornadas con cintas y ramos, delante de las cuales fríen los gitanos los obligados buñuelos y desde donde se eleva el humo de las sartenes, en penachos azules; diseminadas aca y allá, fondas improvisadas, cafés al aire libre, tabernas, sombrajos, puestos de flores, de frutas, de juguetes y baratijas, entre los que se distinguen, procurando llamar la atención, saltimbanquis que tragan espadas desnudas, ciegos que cantan jácaras, farsantes que enseñan monstruos vivos, circulando por medio de una inmensa multitud de gentes que van y vienen

sin cesar y de los cuales unos se agrupan a la puerta de un tendujo a oír un jaleo, otros se sientan a la ronda para despachar la pitanza, estos se pasean, aquellos se requiebran, los de más allá riñen, presentando el conjunto más abigarrado y movable que puede imaginarse.

En estas horas de la mañana, que, como dejamos dicho, son las más animadas de la feria, tienen lugar las ventas, trueques y transacciones que son su objeto principal. Abandonando el punto en que se agitan los que sólo tratan de divertirse, se encuentran descansados rellanos y suaves laderas donde pueden admirarse grupos pintorescos de la gente de campo, con los trajes característicos del país, y magníficas muestras de las mejores ganaderías andaluzas. En este sitio, en vez de elegantes tiendas y vistosas buñolerías, se descubren esos sombrajos hechos de tres palos y una estera de palma, propios de los cortijos; entre los rediles, donde se apiñan millares de ovejas, se ve a los pastores encender la lumbre y hacer tasajos una res para aviar el almuerzo. Los vaqueros, sobre caballos del país, acosan, garrocha en mano, las vacas y los toros, y los reúnen o los separan a fin de que los compradores los examinen a su gusto; los dueños de las yeguas asisten a la prueba de los potros, y entre esta reunión de gentes que hablan y gesticulan ponderando las excelencias de los animales, circulan, salpicamentando los diálogos con sus chistes y ocurrencias, multitud de gitanos, que esquilan un borriquillo o pulen y aderezan un penco, que, gracias a su palique, encajarán como una ganga a algún inocente.

Poco a poco el sol se remonta, y a medida que se deja sentir la abrasadora acción de los rayos van disminuyendo la concurrencia, la animación y la bulla. Los forasteros pobres toman nuevamente las aceras por cama y duermen la siesta a la sombra de los monumentos históricos. Las

muchachas de la ciudad vuelven encarnadas como amapolas, cubiertas de sudor y de polvo, pero satisfechas y alegres a buscar el fresco de sus patios; los paseantes unos se refugian en los cafés y las fondas y otros entran en las tiendas de campaña propias o de sus amigos, donde encuentran dispuesto un opíparo almuerzo, servido con todos los perfiles del más refinado gusto. Los vendedores tienden el sombrajo y se acuestan al pie de la mesa; las gitanas apagan la lumbre de los anafes, los ganaderos dan orden de que se retiren los rebaños que se alejan lentamente al son de la esquila de los guiones, y reina un silencio extraño, interrumpido sólo por el monótono canto de los grillos y las chicharras; silencio que cuando el sol está en lo más alto del cielo recuerda el de la hora de la siesta en Sevilla, que tanto se parece a una noche con luz.

- III -

Cuando el sol suspendido sobre las lomas de San Juan de Aznalfarache hiere la ciudad con sus oblicuos rayos y prolonga, sobre la llanura que la rodea la sombra de sus murallas y sus torres, la multitud comienza nuevamente a dar señales de vida encaminándose al prado de San Sebastián. La brisa de la tarde, que se levanta del río, refresca la atmósfera con su soplo húmedo y cargado de perfumes; los dependientes del Municipio apagan el polvo de los paseos y comienza lo que podríamos llamar el segundo acto de la comedia. La decoración es la misma, pero los actores han cambiado de traje y de aspecto. La feria de la tarde es la feria de la elegancia y el buen tono. Las figuras que se destacan en primer término pertenecen a la aristocracia o a esa otra clase más modesta que hace esfuerzos

desesperados por seguirla pisándola los talones. El pueblo acude como espectador.

Cuantos carruajes se han encontrado en la ciudad y en algunas leguas a la redonda se ponen en movimiento, desde la elegante victoria al desvencijado alquilón. A veces y como un fantasma evocado de otra edad, aparece una calesa. La animación y la vida, antes diseminadas por todos los ámbitos del prado se concentran ahora en tres o cuatro puntos. En el paseo de las gentes de a pie, donde arrastran las elegantes de cortos medios sus largas colas por delante de una quintuple fila de curiosos sentados en sillas; en el paseo destinado a los carruajes, por donde circulan todo género de vehículos confundidos y mezclados con multitud de jinetes; a lo largo de las hileras de puestos de juguetes, estación de los padres de familia, las amas de cría y los niños alrededor de las tiendas de campaña de propiedad particular, a cuyas puertas, y como en son de parada, se sientan los dueños vestidos de punta en blanco, y en posturas académicas. No es fácil dar idea al aire de afectada animación y buen tono que reina en esta segunda parte del espectáculo. La gente del pueblo anda como encogida por entre aquellas oleadas de seda y de blondas sin comprender qué objeto guía a los que se reúnen como ellos a cantar, beber, bailar y divertirse, y se limitan a solo dar vueltas gravemente alrededor de un punto al compás de una música militar que toca piezas de ópera con solos de cornetín y dúos de clarinete y fígle.

Pasa al fin la hora del crepúsculo, entra la noche, comienzan a brillar las luces, desfilan los paseantes compuestos, se alejan los coches, desaparecen los jinetes, las buñoleras levantan el grito. Las tabernas se llenan de parroquianos la gente menuda vuelve a apiñarse y a ir y venir gozosa entre aquella obscuridad que se presta a todo género de

expansiones, y tornan a oírse voces, pitidos, pregones, risas, requiebros, palmas, músicas y cantares.

En tanto que se reanuda el hilo de la fiesta popular, la elegancia que ha desaparecido entre bastidores cambia por tercera vez de traje para asistir a las soirées y a los bailes. Estos tienen lugar en las lujosas tiendas que el Casino y los diferentes círculos de Sevilla disponen al efecto en el mismo campo de la feria. No hay para qué decir que son de etiqueta rigurosa. Frac negro y corbata blanca; hombros desnudos, cola inconmensurable, tules, gasa, blondas y pedrería.

Los carruajes llegan unos tras otros a depositar su elegante y perfumada carga en el vestíbulo de las tiendas; los lacayos se llaman con el apellido o título de sus señores y abren y cierran las portezuelas haciendo grotescos saludos. Todo aquello recuerda algo el vestíbulo del teatro Real una noche que canta la Patti. Luego avanza la noche, las luces se van apagando; los vendedores, roncós de vocear y beber aguardiente, se esconden otra vez bajo los puestos como el caracol en su concha; las gitanas recogen los trebejos y soplan los candiles; los incansables caballos del tío vivo dejan de dar vueltas y cesa su acompañamiento de bombo y corneta de pistón; el último acorde de la música de los bailes, se desvanece temblando; entre la obscuridad brilla alguna luz solitaria y perdida como una estrella; por el suelo se distinguen confusamente montones de gentes tendidas que dan a la llanura el aspecto de un campo de batalla. Es la hora en que el peso de la noche cae como una losa de plomo y rinde a los más inquietos e infatigables. Sólo allá, lejos, se oye el ruido lento y compasado de las palmas y una voz quejumbrosa y doliente que entona las tristes o las seguidillas del Tillo. Es un grupo de gente flamenca y de pura raza que alrededor de una mesa coja y de un jarro vacío

cantan lo hondo sin acompañamiento de guitarra, graves y extasiados como sacerdotes de un culto abolido, que se reúnen en el silencio de la noche a recordar las glorias de otros días y a cantar llorando como los judíos super fluminem Babiloniae.

La Semana Santa en Toledo

AL tratar de las solemnidades religiosas con que en estos días conmemora la Iglesia la pasión y muerte del Redentor del mundo, ocurren naturalmente los nombres de Toledo y Sevilla, ciudades ambas famosas, así en España como fuera de ella, por la magnificencia y el aparato que en sus templos y catedrales despliega el culto católico.

Algunos escritores, concretándose particularmente a las ceremonias y cofradías de la Semana Santa, han intentado hacer comparaciones entre las de una y otra ciudad; pero es lo cierto que, si bien en ellas puede hallarse un notabilísimo contraste, de ningún modo cabe la comparación: tan diverso es el espectáculo que ofrecen y el sello especial que las caracteriza.

Sevilla, población floreciente y próspera, en la cual el espíritu moderno ha llevado a cabo las más radicales transformaciones imprime a estas solemnidades un sello propio de animación, novedad y lujo, que inútilmente buscaremos en la vetusta capital de la monarquía goda. Sus célebres cofradías, más bien que la continuación de las tradiciones, son una restauración con todos los accidentes propios de este género de obras. Habiendo atravesado al par que las demás de España una larga época de decadencia, han salido de ella, merced, no tanto al fervor religioso que

las dio vida como al espíritu de especulación y vanidad que las mantiene en el grado de esplendor en que se hallan. La Semana Santa de Toledo, con sus escasas y pobres cofradías, es, por decirlo así, la Última palabra de la tradición que, ya decadente, guarda, no obstante, en sus destrozados vestigios el carácter y color de la edad en que tuvo su origen.

Los que han tenido ocasión de visitar ambas ciudades en esta época del año y las han estudiado con alguna detención, no podrán menos de sentir y apreciar como nosotros el contraste que resulta de la aproximación de sus recuerdos.

Sevilla la llana, donde la primavera que se anticipa al calendario llena ya el aire de luz y perfumes, con su blanco caserío, sus celosías verdes, sus balcones enredados de madreselva y su cielo azul, con un sol de fuego que derrama la claridad a mares; Sevilla la alegre y la bulliciosa, con su plaza Nueva, guarnecida de una guirnalda de naranjos en flor; la muchedumbre que se agita en su ámbito, y por entre la cual desfilan, al compás de las músicas, aquellos miles de elegantes y perfumados penitentes de todos hábitos y colores, blancos, negros, rojos y azules, repartiendo a las niñas dulces de sus canastillos y arrastrando luengas colas de terciopelo o de seda; las andas cubiertas de flores y de luces, las imágenes cargadas de oro y pedrería, los coros de ángeles engalanados de plumas, flecos y oropel, las cohortes romanas con airones de papagayo, armaduras de hoja de lata y calzas de punto color de carne como los saltimbanquis o los bailarines; todo, en fin, lo que en ella se agita y reluce y suena durante esos días clásicos, ofrece un conjunto en que se mezcla y confunde lo profano con lo religioso, de manera que tiene a intervalos el aspecto de una ceremonia grave o la vanidad de un espectáculo público con sus puntas y ribetes de bufonada.

El fondo que a estas ceremonias presta Toledo es, desde luego, muy distinto y de más propio carácter. Asentada sobre las escarpadas rocas que rodean el Tajo, retorciéndose entre peñascos y ruinas, envuelta aun en las opacas nieblas del invierno, o azotada por los vendavales, sus calles sombrías, tortuosas y empinadas, sus denegridos torreones, sus vetustos muros y las musgosas paredes, restos imponentes de iglesias derruidas o monasterios abandonados, dan una tinta melancólica y grave al severo cuadro que ofrece esta solemnidad. En el tránsito de sus cofradías rara vez se aglomera esa muchedumbre ruidosa e inquieta que acude a todo género de reuniones, más por lucir las galas y ver y ser vista, que llevadas de la curiosidad, la devoción o el entusiasmo. Las largas hileras de penitentes negros y los guardadores del sepulcro vestidos de hierro, pasan silenciosos con sus cruces, sus pendones y sus alabardas, deslizándose por entre los anchos salientes de sombra de los edificios como una procesión de gentes de otra edad evocados en la nuestra merced a un misterioso conjuro.

Desde que el camino de hierro ha puesto la ciudad imperial casi a las puertas de Madrid, aumenta de año en año y de una manera sensible el número de viajeros que acuden en esta época a presenciar las ceremonias y cofradías que han hecho célebre su Semana Santa. No obstante, en otro país cualquiera sería este número mucho mayor, atendido que al interés que la solemnidad religiosa ofrece, se une el de visitar una población tan llena de recuerdos históricos y monumentos del arte, que no sin razón se ha llamado la Roma española.

Sirve, en efecto, de magnífico prólogo, y prepara convenientemente el ánimo a la representación del sublime drama el espectáculo de aquel montón de ruinas y monumentos en que se ve trazado a rasgos todo el gran período

histórico que abarca el desarrollo de la idea cristiana. En derredor de los muros, y al través de las calles de Toledo, el arte nos va explicando la historia escrita por él en páginas de piedra, que hablan a un tempo a la razón y al sentimiento.

Los vestigios del circo romano recuerdan los tiempos de los primeros mártires, cuya sangre fue la última a empapar la arena antes teñida con la impura de los gladiadores paganos y desde aquel punto santificada.

Una piedra colocada sobre la tierra removida, humilde sepultura de una virgen que murió por la fe de Cristo, sirvió más tarde de cimiento a la Basílica de Santa Leocadia, la cual, aunque con otra forma, con la misma advocación, permanece aún en pie desde los primeros siglos de la Iglesia, allí donde se elevaban fábricas suntuosas, de las que con dificultad se encuentra el rastro entre las ortigas y los cardos silvestres de la desolada llanura. Los muros de Wamba, la misma Basílica y los cíclopes cimientos de palacios derruidos, traen a la memoria el pasado esplendor de la monarquía goda, cuyos reyes, prelados y próceres echaron el cimiento en sus famosos concilios del código más perfecto de su época, patentizando así el poderoso influjo de la nueva idea que había convertido en grandes pueblos aquellas hordas semisalvajes, que después de hacer girones el imperio romano se lo repartieron como un botín de guerra. Huellas de la sangrienta y porfiada batalla que durante siglos sostuvieron en nuestro país los soldados de la cruz y los sectarios de Mahoma se ven por todas partes. Aquí los templos en que al través de la dominación sarracena guardaron incólumes los muzárabes el sagrado depósito de la fe de sus mayores; allá mezquitas convertidas en iglesias católicas, y harenes moriscos transformados en austeros claustros; más lejos, monumentos que, como la puerta de Valmardon y el Cristo de la Luz, nos

hablan de la reconquista. Un sinnúmero de edificios, monasterios y fundaciones piadosas aparecen a los ojos del que conoce la historia de su fundación, como otros tantos arcos de triunfo que recuerdan un hecho heroico o una señalada victoria, descollando entre todos ellos el magnífico San Juan de los Reyes, erigido después del combate en que, como en un juicio de Dios, se decidió de la sucesión al trono de Castilla, y que con sus grillos y cadenas entrelazados en los sillares del ábside, pregonan los altos hechos de la recuperación de Ronda, Málaga y Granada. La Catedral, por último, prodigio del arte que cinco generaciones levantaron como testimonio del levantado espíritu que las animaba, de la medida de lo que es capaz un pueblo que espera y cree, y con la conciencia de su inmortalidad emprende obras que aspira a hacer eternas, realizando las palabras del Evangelio: «La fe hace andar las montañas.»

Los viajeros que acuden a Toledo durante la Semana Santa, visitan casi todos con infalible entusiasmo, aunque pocos con verdadero provecho, los puntos más notables de la población, viéndose es cruzar en grupos por sus calles, hasta que llegada la hora prefijada, buscan sitio a propósito para ver desfilar las cofradías. Estas se reducen en la actualidad a dos, de las cuales una recorre la ciudad el Jueves Santo y la otra el Viernes. El dibujo publicado en las columnas de «El Museo», y cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas, representa con gran escrupulosidad en los detalles, los cuales conservan el carácter extraño del original, el grupo de guerreros guardianes del Santo Sepulcro que acompañan a la segunda de las mencionadas cofradías. Después que han desfilado los penitentes, a quienes llama el vulgo mariquitas negras, y detrás de las andas sobre las que se ve representado por figuras de talla de regular mérito y tamaño natural el Descendimiento de la cruz, se ven los armados, que, en número

de veintiséis, y revestidos de corazas, cascos y coseletes, forman una escuadra que precede, rodea y sigue a las andas donde José de Arimatea y Nicodemos sostienen la urna. De estos guerreros, cuyas magníficas armaduras pertenecen a diferentes épocas, aunque en su mayor parte son del siglo XVI, los unos llevan lanzas con enormes hierros, los otros que hacen de jefes, estoques y rodela; acompañan al capitán y al abanderado que lleva el estandarte arrastrando por el suelo en señal de luto, un niño que viste una armadura milanesa grabada de oro y al cual llaman paje.

El viajero que conducido en el tren de Madrid cambia por completo de decoración en menos de tres horas, y se encuentra en el Zocodover con tan extraña procesión de figuras que parecen arrancadas de un tapiz antiguo, nada de particular tiene que la encuentre algo fuera de época, y pareciéndole poco menos que ridículos los penitentes, con sus altas caperuzas negras, los rostros cubiertos por el antifaz y las inmensas colas tendidas por el suelo, los soldados de la escuadra, que más bien que guerreros vestidos de sus arreos de batalla parecen, vistos a la luz del día, maniquís ambulantes que arrastran aún trabajosamente, y como por escarnio, las colosales piezas de hierro de las arrinconadas armaduras de otra raza membruda y gigantesca. Hasta las imágenes de las andas pueden parecer a un purista en las artes, de un realismo tal, que casi degenera en lo grotesco. No lo extrañamos, volvemos a repetir. Cuando se cambia súbitamente de atmósfera, el pulmón experimenta cierta fatiga, hasta acostumbrarse. La inteligencia vive en un medio intelectual que no puede tampoco cambiarse de improviso sin que experimente alguna perturbación. Hoy, que tanto se habla de libertad de cultos y de iglesias nuevas con ritos más sencillos y severos; hoy, que casi todos miran adelante y casi ninguno vuelve la vista atrás de buena fe, no para retroceder por donde se

ha venido, sino para saber a ciencia cierta, por la comparación de lo andado, en qué punto del camino se encuentra la sociedad española, al llegar del centro en que bullen y se agitan todas las nuevas ideas, ¿cómo no ha de parecernos natural que asome a los labios una sonrisa de compasión ante el espectáculo que la vieja Toledo ofrece en estos días a la curiosidad de los viajeros empapados en el espíritu práctico y positivista de su siglo? Pero cruzad durante algunas horas por las revueltas calles de la población, hasta que, a pesar vuestro, os empapéis en la atmósfera de gravedad melancólica que hace respirar sus ruinas; aguardad a que el día comience a caer, a que las dentelladas crestas de las balaustradas ojivales de la Catedral se dibujen oscuras sobre el cielo del crepúsculo, y en la gótica torre suene el toque de oraciones en la colosal campana cuyo tañido truena y zumba como una voz apocalíptica, y ved esa misma procesión cuando, de vuelta al templo cruza por una de las calles características de la ciudad. Las sombras envuelven el fondo, el resplandor de las hachas arroja sobre los muros la fantástica silueta de los penitentes, cuyos pasos se sienten en el silencio con un rumor semejante al del agua que cae y resbala sobre las hojas: las imágenes de las andas se dibujan confusas y semejan gentes vivas que miran y ven con sus ojos de vidrio, causando la impresión de algo que, semejante a la visión del sueño, flota entre el mundo real y el imaginario: el Cristo del descendimiento se balancea suspendido en el aire, las ropas de los que la bajan se agitan al soplo del viento: la ilusión es completa. No se trata ya del arte puro que se eleva a las regiones de la estética y del idealismo, sino de otra cosa que va a herir profundamente las fibras de la multitud y a buscar en ellas la vibración del sentimiento con medios apropiados en genialidad y en carácter. Por último, se ve lanzar chispas

de luz de las armaduras, y se oyen crujir los hierros al compás de los pasos. Aquellas armaduras estuvieron acaso en Granada, Italia y en Orán; bajo aquellos celestes salieron corazones llenos de fe, de entusiasmo y de patriotismo. ¡Parece que los hombres que las ceñían han dejado el lecho de piedra donde duermen a la sombra de los altares, para cruzar una vez más las estrechas calles de Toledo, donde aún podrían reconocer las portadas y los escudos de sus casas solariegas! La imaginación se remonta desde aquella apariencia de realidad al ancho espacio en que campea y domina como dueña y señora, y reconstruye todo el pasado y lo siente y lo admira en lo que tenía de admirable.

Considerada bajo este punto de vista la Semama Santa de Toledo, no admite parangón con ninguna otra.

El monasterio de Veruela

LA fundación de este célebre monasterio, del cual ya hemos tenido ocasión de hablar, se debe al famoso príncipe de Aragón don Pedro Atarés, señor de Borja. Refieren las crónicas, y en la localidad se conserva aún la tradición de esta maravilla, que sorprendido el piadoso magnate por una horrible tormenta en las faldas del Moncayo y en lo más intrincado y espeso del monte, creyendo su hora llegada, se encomendó tan de veras a la Virgen, a quien profesaba tan particular devoción, que la Divina Señora, movida por sus ruegos, descendió a la tierra, calmó la tempestad, y después de significarle el deseo de que se erigiese allí un monasterio en memoria del milagro, desapareció dejando, en el lugar que ocupaba, la santa imagen que le prestó nombre.

La fábrica, una de las más suntuosas e imponentes que se conservan de su época, comenzó a elevarse en 1146, quedando terminada en 1151. En su traza y disposición puede estudiarse uno de los monumentos que más interés ofrecen en la historia de las transiciones arquitectónicas. El templo, cuya portada es bizantina, ofrece en el interior más de un ejemplar del arco apuntado, y en el claustro que fue la parte que se concluyó últimamente, y que es un primero y rudo ensayo de estilo ojival, se notan muchos detalles y líneas que conservan el carácter del gusto románico, que empezaba a desaparecer.

Habitado por religiosos de la orden del Cister, una de las más ricas y que más monumentos han dejado en nuestro país de su inteligencia y buen gusto por las artes, el monasterio de Santa María de Veruela, creciendo de día en día en importancia, sufrió en épocas posteriores modificaciones muy notables, pudiéndose decir que cada siglo ha dejado en él una hermosa muestra de su arquitectura. Entre estas nuevas edificaciones, la que contribuyó a darle el extraño carácter entre religioso y guerrero que aún conserva, fue la que llevó a cabo el abad don Lope Marco, al cual se deben las altísimas y fuertes murallas que lo circundan, la magnífica galería del gusto renacido, llamado de los azulejos, y algunas otras importantes obras que más tarde se completaron con la construcción del claustro nuevo, el palacio abacial y varias dependencias y oficinas.

La vista general del edificio, que hoy ofrecemos a nuestros lectores, da una idea de sus grandes proporciones y del carácter particular que ofrece: la parte de fábrica construída en los siglos XVI y XVII. Los detalles del claustro antiguo, en donde se encuentran las tumbas de los hijos del fundador, y en cuyo suelo descansó largos años bajo una losa humilde el mismo don Pedro Atarés, dan a conocer la extraña mezcla del

estilo ojival y el románico, cuya misteriosa fusión tenía lugar en los momentos en que comenzó a construirse.

Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Valeriano Bécquer.

El monasterio de Veruela

(Enterramiento del fundador y sus hijos)

AL ofrecer a mis lectores algunas vistas del monasterio de Veruela, célebre por su antigüedad y su magnificencia, en Aragón, donde se encuentran tantos otros edificios del mismo género, dignos del estudio y la admiración de los inteligentes, notamos que el famoso don Pedro Atarés, a quien se debe, dispuso al morir que sus restos fuesen colocados en una humilde sepultura, en el dintel de la puerta que da ingreso al templo desde el claustro.

En efecto: después de recorrer las extensas alas del claustro procesional, severa y sencilla muestra del arte gótico en su primer período, bañada en la media luz misteriosa que pasa al través de las piedras blancas y transparentes, que en vez de vidrio, cubren el vano de las ojivas de la luna, y contrastando, merced a su forma especial que recuerda el género a que pertenece la iglesia y a la ornamentación bizantina que engalana, con las descarnadas líneas de los pilares y los arcos apuntados que a ella conducen, se encuentra la puerta que da paso al Santuario, y en el dintel, una losa ancha y oscura, sin otra figura o inscripción que una espada toscamente labrada en el hueco. Esta losa, desgastada en parte y rota, cubre el enterramiento del poderoso príncipe

que edificó a Santa María de Veruela, y fue tronco de la ilustre casa de los Borjas, tan célebre en la historia de nuestro país y la de Italia, a donde pasaron algunos de sus descendientes.

Cerca de la sepultura de don Pedro y en una fosa cubierta con una piedra no menos sencilla y humilde, fue enterrada su esposa, nobilísima dama que edificó a sus espensas la catedral, de Tarazona; y más tarde, y a medida que fueron muriendo sus hijos, varones famosos en las armas, que peleando con don Jaime en Valencia, hicieron célebre el sobrenombre de los Borjas, con que les apellidaban en el ejército, vinieron a buscar su último asilo al lado de sus progenitores y a la sombra de las santas bóvedas del templo, obra gigantesca de su familia, la cual, durante siglos, había de pregonar a las generaciones la piedad y munificencia de los que le edificaron. En un ángulo del claustro se encuentran reunidas estas antiguas sepulturas, dignas de estudio por más de un concepto. Religiosamente conservadas durante la estancia de los monjes, guardaron intacto su sagrado depósito por espacio de muchos siglos, pero en nuestra época han sido violados más de una vez, esparciendo al aire las cenizas que contenían y deteriorándolas de una manera lastimosa. Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Valeriano Bécquer, compañero de su hermano en sus románticas peregrinaciones por la España desconocida.

Desde mi celda

(Inédita)

(Carta literaria)

Monasterio de Veruela, 1864.

Por fin, después de haber vuelto, por un momento, a ese mar sin fondo de la lucha diaria, me encuentro otra vez en el seno de la madre naturaleza. Otra vez he sido testigo de esa pequeña novela de viaje que para vosotros escribí y que vio la luz en las columnas de El Contemporáneo (3), y cuyo último capítulo son los altos muros de este vetusto monasterio, por los que trepa libremente la hiedra y el jaramago, y cuyo silencio sólo es turbado por la eterna canción del agua y del viento.

Mis papeles, que esta gente respeta como cosa de hechicería, se encuentran en la misma forma que los dejé, cubiertos por una espesa capa de polvo. La carpeta de dibujo donde igual que en las cuartillas, voy dejando las impresiones de cada momento, espera también la caricia del lápiz, que en el tiempo de mi ausencia la dejó descansar. Todo, en fin, está como el día que lo abandoné para ir a perderme, por un instante, en el torbellino de la lucha que a vosotros arrastra y al cual yo, por causa de mi mala salud, tuve desgraciadamente que abandonar.

Después que la lugareña que fielmente me sirve, puso sobre la tosca mesa de pino el último plato del almuerzo, y mientras el café se hacía en el rojo hogar, he salido a dar un pequeño paseo por los alrededores del monasterio, este monasterio que fundó la fe de don Pedro Atarés y que de tantos bellos fantasmas ha poblado mi fantasía.

Todo es silencio, soledad y olvido en estas veneradas ruinas. La fe que como llama viva, levantó esta oración de piedra, hoy, poco a poco, se extingue y apaga en los pechos. Este siglo positivista y burgués sólo rinde culto al dios dinero y es su romanza preferida el sonido del oro acuñado. Pero, en fin, amigos míos, el café, ese negro brebaje que alimenta mis nervios cansados, me espera en la taza, y mientras le bebo

sorbo a sorbo, trazo estos renglones que serán un eco de mi voz y una vibración de mi espíritu en vuestra tertulia del Suizo, de la que tanto me acuerdo en esta espantosa soledad.

La voz del silencio

(Inédita)

(Tradición de Toledo)

En una de las visitas que como remanso en la lucha diaria hago a la vetusta y silenciosa Toledo, sucedieron estos pequeños acontecimientos que agrandados por mi fantasía traslado a las blancas cuartillas.

Vagaba una tarde por las estrechas calles de la imperial ciudad con mi carpeta de dibujo debajo del brazo cuando sentí que una voz como un inmenso suspiro pronunciaba a mi lado vagas y confusas palabras; me volví apresuradamente y cuál no sería mi asombro al encontrarme completamente solo en la estrecha calleja. Y, sin embargo, indudablemente una voz, una voz extraña, mezcla de lamento, voz de mujer sin duda, había sonado a pocos pasos de donde yo estaba. Cansado de buscar inútilmente la boca que a mi espalda había lanzado su confusa queja, y habiendo ya sonado la hora del Ángelus en el reloj de un cercano convento, me dirigí a la posada que me servía de refugio en las interminables horas de la noche.

Al quedarme solo en mi habitación y a la luz de la débil y vacilante bujía, tracé en mi álbum una silueta de mujer.

Dos días después, y cuando ya casi había olvidado mi pasada aventura, la casualidad me llevó nuevamente a la torcida encrucijada teatro de ella. Empezaba a morir el día, el sol teñía el horizonte de manchas rojas, moradas, caía grave en el silencio la vez de bronce de las horas. Mi paso era lento, una vaga melancolía ponía un gesto de duda en mi semblante.

Y otra vez la voz, la misma voz del pasado día, volvió a turbar el silencio y mi tranquilidad. Esta vez decidí no descansar hasta encontrar la clave del enigma, y cuando ya desconfiaba de mis investigaciones, descubrí en una vieja casa, de antiquísima arquitectura, una pequeña ventana cerrada por una reja de caprichoso y artístico enrejado. De aquella ventana salía indudablemente la armoniosa y silente voz de mujer.

Era completamente de noche, la voz-suspiro había callado y decidí volver a mi posada, en cuya habitación de enjabelgadas paredes y tendido en el duro lecho, ha creado mi fantasía una novela que, desgraciadamente... nunca podrá ser realidad.

Al día siguiente un viejo judío que tiene su puesto de quincalla frente a la vieja casa en que sonó la misteriosa voz, me contó que dicha casa está deshabitada desde hace mucho tiempo. Vivía en ella una bellísima mujer acompañada de su esposo, un avaro mercader de mucha más edad que ella. Un día el mercader salió de la casa cerrando la puerta con llave y no volvió a saberse de él ni de su hermosa mujer. La leyenda cuenta que desde entonces todas las noches un fantasma blanco con formas de mujer vaga por el ruinoso caserón, y se escuchan confusas voces mezcla de maldición y lamento.

Y la misma leyenda cree ver en el blanco fantasma a la bella mujer del mercader avaro.

Voz de mujer que como música celeste, como suspiro de un alma enamorada viniste a mí, traída por la caricia del aire, lleno de aromas de primavera. ¿Qué misterio hay en tus palabras confusas, en tus débiles quejas, en tus armoniosas y extrañas canciones?

Madrid, Noviembre de 1862.

Estatua de Santa Teresa

UNO de los más distinguidos individuos de nuestra aristocracia, el señor marqués de Portugalete, ha hecho construir para su habitación un magnífico palacio en los solares del Buen Retiro, inmediatos a la Puerta de Alcalá, reuniendo en él bellísimas obras del arte moderno, debidas a nuestros primeros pintores y escultores.

Entre ellas figura la estatua de Santa Teresa, hermosa y elegante escultura que honra a su autor, el joven artista, don Elías Martín, y al arte español contemporáneo.

Al ver esta preciosa estatua, no se dirá ciertamente que nuestra época se niega a reflejar en sus obras aquel espíritu religioso, aquel

sentimiento de piedad sublime que inmortalizó en sus producciones a tantos de nuestros antiguos artistas.

Cierto que el sentimiento místico ha perdido su carácter generalizador. Los tiempos pasan y con ellos las ideas y las formas que revisten.

Ya no se alza en cada calle una iglesia y un convento, en cada esquina un Cristo esculpido o una imagen alumbrada por mal lucentes faroles; ya no encontramos a cada paso un fraile de aspecto triste y enfermizo que parece vivir a su pesar en el mundo, y que cruza por él ajeno a los dolores y alegrías de los otros mortales. El arte se ha hecho menos dramático y espontáneo, bajo el punto de vista religioso; pero está más conforme con las manifestaciones de nuestra propia naturaleza, y a veces sin dejar de ser humano es tan conmovedor y no menos grandioso.

Nuestros antiguos artistas hacían irradiar la luz de una eterna aspiración al cielo en los rostros de sus santos y vírgenes; pero esta luz fulgurante devoraba la belleza física. Ofrecían a Dios en sus obras sacrificada la materia, y el cuerpo humano era para ellos como un vaso de tosca y despreciable hechura fabricado para contener la delicada y riquísima esencia de la piedad cristiana. Mirad los Cristos y las Dolorosas del divino Morales; veréis en ellos algo de una naturaleza extraordinaria; veréis en aquellas caras de marfil y en aquellos cuerpos hechos de manojos de huesos algo que es sublime, pero con la desconsoladora sublimidad del rostro de un moribundo.

Al interpretar el sentimiento religioso, el señor Martín ha evitado

este escollo, y su estatua da completa idea de esa feliz unión del sentimiento antiguo y de la forma moderna. Está llena de espíritu, al propio tiempo que de elegancia y sencillez. Las líneas de esta composición son tan felices, que parecen las únicas convenientes para esta figura. Son las líneas de la verdad trazadas por la inspiración.

No puede expresarse en nuestro concepto de un modo más sentido aquellos éxtasis que la piedad bañaba con la pura luz de una sublime melancolía el rostro de Santa Teresa cuando en su solitaria celda y reclinada en el monástico sitial, quemaba las alas de su alma en el fuego del amor divino, melancolía sublime que imprimía al propio tiempo en su pálido y bello semblante el sello del dolor que el espíritu sentía dentro de la prisión de carne, que le estorbaba ascender completa y libremente al dichoso lugar de sus visiones celestiales.

Tan acertado en el pensamiento como en la forma, el señor Martín ha creado con su cincel una estatua que se contemplará siempre con interés por el público y que siempre merecerá los elogios de los inteligentes.

Reciba nuestros plácemes por tan notable obra su distinguido autor, y recíbalos también el señor marqués de Portugalete, cuyo amor a las artes y exquisito buen gusto claramente se han revelado en la adquisición de esta obra y de tantas otras como adornan el magnífico palacio de su residencia.

Revistas contemporáneas

SE compara por algunos la vida a una larga cadena cuyos eslabones de diversos metales son los años.

Admitida la exactitud de la comparación, natural es que nos preocupe

la duda de si el que vamos a añadirle será de hierro o de oro.

Si la Providencia al determinar el curso de los sucesos siguiese la regla heráldica que prohíbe poner un metal sobre otro de la misma clase, ya tendríamos un dato para nuestras investigaciones. La calidad del año que nace podría colegirse por la del que muere. Pero en cuestión de años, viene observándose de muy antiguo que buenos y malos suelen darse por rachas como los colores en el Juego.

En esta incertidumbre cada cual consulta el barómetro que cree más seguro para calcular el tiempo que nos aguarda.

Los que opinan que el jefe del vecino imperio tiene aun en sus manos los destinos de Europa y la paz o la guerra del mundo, esperaban impacientes para fijar su criterio, la gran recepción de primero de año. La recepción ha tenido lugar; la esfinge de las Tullerías ha hablado al fin: sólo falta un Edipo que descifre su enigma.

Napoleón cree en la paz: al menos así lo ha dicho. Al oírle es seguro que más de una mefistofélica sonrisa habrá vagado por los finos labios de sus diplomáticos oyentes.

Las seguridades del César francés han hecho, no obstante, en algunos el efecto de un Iris tendido sobre el nebuloso cielo de la política. Verdad es que otros niegan la exactitud de los pronósticos imperiales y aseguran haber oído en lo alto del Vaticano palabras temerosas que predicen grandes y próximos cataclismos. ¿Quiénes estarán en lo cierto? Al tiempo, gran maestro de verdades, dejamos el encargo de despejar la incógnita.

Entre tanto, y siguiendo el deseo natural en el que recoge una herencia, tratemos de ver si es buena o mala la que al morir nos ha legado el año de 1865.

Si tendemos la vista por Europa, encontramos que casi todos los países se hallan preocupados en la resolución de algunos de esos importantes problemas que afectan directamente a la vitalidad de las naciones.

La Francia imperialista siente que se bambolean sus obras, aflojándose los lazos con que ha querido hacerlas solidarias de su fortuna: la silueta de Grant comienza a dibujarse amenazadora para el trono de Méjico en el porvenir de los Estados Unidos, a cuya jefatura parece llamado, y el rey, galantuomo se encuentra impotente ante los conflictos que a cada paso le crea el partido de acción, el cual se olvida de Solferino para no acordarse más que de Aspromonte.

En Inglaterra el fenianismo por un lado, y la insurrección de la Jamaica por otro, han dejado tan profunda huella en el espíritu público, agitándolo, en diversos sentidos, que los radicales, dueños al fin del poder, tras una larga lucha parlamentaria, dudan y no se atreven a plantar la más pequeña de las importantes reformas que prometieron en la oposición.

Y lo que decimos de estas dos grandes naciones, que por la actitud en que se encuentran y los medios que poseen, se han llamado con razón los dos platos de la balanza política del mundo, se hace extensivo en mayor o menor escala a las demás potencias importantes. Por fortuna, el espíritu de incesante actividad que anima a los pueblos y que puede decirse que es el secreto de su conservación, ni se desalienta ni se asusta, y a pesar de la general inquietud, y de los funestos vaticinios, rompe la atmósfera de preocupaciones que lo envuelve y tornasola con un rayo de esperanza y vida las tempestuosas nubes que se amontonan en su horizonte. ¡Gloria, al genio del siglo, que al través de las convulsiones, los trastornos y el pánico

de la sociedad, marcha con paso seguro y sin apartar los ojos de la meta a que se dirige a la conquista de las grandes verdades y a la realización del triunfo de la inteligencia!

A él se debe el grandioso proyecto de la próxima Exposición Universal, donde compitiendo en lucha gigantesca las artes y la industria del mundo, al par que se ofrece el magnífico espectáculo de la más hermosa fiesta de la civilización, podrán abrirse nuevos veneros a la riqueza y al tráfico, estrechando las relaciones de los pueblos.

A él se debe la perforación del istmo de Suez, problema insoluble hasta que ha venido a resolverlo la generación actual, que según las últimas noticias verá dentro de un brevísimo término, confundidas las aguas de dos mares, y abierto al comercio de Europa ese camino de Oriente tanto tiempo soñado por nuestros navegantes.

A él se debe, en fin, el generoso impulso a que obedecen los soberanos, convocando en Constantinopla las Conferencias sanitarias, verdadero acontecimiento científico que derramará la luz sobre esa enfermedad terrible y misteriosa que guarda aún el secreto de su deletéreo influjo.

Esta misma lucha entre el espíritu de actividad y vida, y el marasmo y el temor que engendran las preocupaciones de la doble crisis política y financiera por que atraviesa Europa, podemos observarla en España.

El estado de la Hacienda, las luchas de los partidos, la paralización y el luto que ha dejado en pos de sí el cólera, contribuyeron por un instante a detener el natural movimiento, dando pie a los augures de desdichas para trazar cuadros lamentables del porvenir que nos aguarda. No obstante el país despierta poco a poco de su letargo. Al patriótico llamamiento del comercio de Madrid, que en una Memoria luminosa expone a

grandes rasgos los motivos de su momentánea decadencia, e indica los medios de remediarla se han apresurado a responder, adhiriéndose al pensamiento, primero el Círculo Mercantil de Barcelona, y después los de todas las ciudades más importantes de España. En los centros industriales y artísticos también se nota una actividad desusada debida a la reciente circular de la comisión nombrada para disponer el envío de nuestros productos a la exposición universal de París.

Los teatros, que bajo tan malos auspicios comenzaron sus tareas, se ven ya concurridos por un público numeroso. El Real, a fuerza de ir pasando ante los ojos de los espectadores una interminable serie de cantantes de segundo orden como figuras que cruzan por el lente de una linterna mágica, ha conseguido sacar a sayo una tiple. Pero no contento todavía con este éxito el señor Caballero, sigue impávido el itinerario del que podríamos llamar Viaje alrededor de un cantante de punta.

En el Circo, la lindísima comedia del señor Rubí titulada Física experimental, continúa llamando la atención del público, y mientras el Príncipe, que teniendo en cuenta la aristocrática sociedad que concurre a sus localidades, podremos llamar la sucursal del regio coliseo, sin abandonar los preparativos para las anunciadas representaciones del César y el Hernán Cortés, saca a luz las gloriosas obras de nuestros inmortales poetas antiguos, la Zarzuela, ansiosa de ofrecer alguna novedad, contrata la compañía de cuadros plásticos de Mr. Farriol, que con tanta aceptación ha recorrido las primeras capitales de nuestras provincias.

Por último aún no se han desvanecido los rumores de las pasadas fiestas; aun suenan en el oído los ecos del tambor que acompaña los cantos populares, cuando ya comienza a percibirse la alegre algarabía del Carnaval, que se acerca a nosotros agitando su cetro de cascabeles y

llamando con su voz destemplada y chillona a los adoradores de Terpsícore.

Lástima grande será que los lamentables sucesos que han venido de improviso a turbar el orden público, detengan el desenvolvimiento de tantos intereses y la realización de tantas esperanzas, saliéndonos a recibir en el dintel del nuevo año con su enojoso cortejo de inquietudes, preocupaciones y temores.

Por su parte El Museo Universal que con este primer número entra en el décimo año de su publicación, ajeno en un todo a las luchas y a las pasiones políticas, procurará seguir ese movimiento de adelanto que nota a su alrededor difundiendo el gusto hacia el estudio de las ciencias y las artes, delicadas flores del ingenio humano, cuyo cultivo inclina a los hombres al amor de la paz y de los saludables progresos.

A fin de conseguirlo, continuaremos en el discurso del año que comienza trabajando con la misma fe que en los precedentes dándonos por muy satisfechos si merced a la variedad de los asuntos, al interés de los artículos especiales y la perfección de las ilustraciones, logramos que como hasta aquí, ocupe un lugar distinguido en la consideración del público.

ORA fijemos los ojos en el espectáculo que ofrece nuestro actual estado de cosas, ora los volvamos fuera hacia lo que sucede en otros países, de todos modos se nos antoja empresa bastante ardua escribir una revista que interese a la generalidad de sus lectores.

Como presentíamos, la complicación de los lamentables sucesos que se iniciaron en la última semana ha venido a desviar la atención pública de los asuntos de nuestro dominio, propios por su carácter de un periódico de la índole de El Museo que aun en circunstancias normales, apenas toca al pasar ligeramente por cima de ellas las ardientes cuestiones de nuestra política interior.

¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué se dice? ¿Sabe usted algo? De aquí las únicas palabras que se han oído durante los últimos días; la fórmula usual de salutación en todos los círculos; el prólogo y el epílogo de todas las conversaciones. Mientras ha durado lo que pudiéramos llamar el período álgido de la gran cuestión del momento, cada ciudadano español ha sido una interrogación ambulante.

Acontecimientos análogos a éste han producido en otras épocas una honda sensación acompañada de temores, de esperanzas, de afectos graves, en fin, que han agitado el espíritu público de una manera seria y profunda; el presente, más bien que otra cosa, puede asegurarse que ha obtenido un éxito de curiosidad sin ejemplo. ¡Húndase el mundo, parecían decir los curiosos, pero, sepamos de qué modo se hunde y estaremos tranquilos! Como en la representación de una de esas comedias de enredo, en que el autor se complace en burlar la perspicacia de los espectadores, ocultando los resortes a que obedecen sus personajes, el público sólo se ha manifestado impaciente por conocer el desenlace de la fábula.

En esta situación anormal, la hoja volante de un periódico de noticias, el extraordinario de La Correspondencia o el suplemento de la Gaceta con los últimos partes recibidos por el telégrafo, consiguen que se echen a un lado, como cosa de escasa importancia y poco momento, el libro más interesante, el semanario más instructivo, la lectura más deleitosa.

Al oír los discordes gritos con que la turba de chicuelos que se derrama como un río que sale de madre por las calles de la coronada villa, anuncia la última novedad, el erudito levanta la vista del empolvado infolio que hojeaba, tratando de indagar los secretos de otras edades para saber lo que pasa en la suya; el sabio abandona el telescopio con que medía las profundidades del cielo para inquirir lo que sucede en la tierra; el artista desciende un momento del mundo ideal a la poesía para entrar en el de la prosa, y todos a una voz preguntan, saliendo del retiro de su gabinete: ¿Qué hay?

El Museo, que no frecuenta los círculos oficiales ni los de los novelistas políticos; El Museo, cuyas prensas no aguardan impacientes la última fila para servirla palpitante aún a los consumidores, poco o nada podrá decir a los que, amantes de ese género de actualidades, le salgan al paso con la pregunta estereotipada en todos los labios. ¿Les extractaremos, por ventura, los partes telegráficos del órgano oficial del Gobierno? ¿Quién no los ha leído ya? ¿Quién lo ignora? ¿Les hilvanaremos en la forma más dramática posible las mil y mil absurdas noticias que circulan, producto de la fantasía de los noveleros de oficio que en estas ocasiones se despachan a su gusto? Tanto vale abrir el libro de Las mil y una noches o el más moderno de Las mil y una barbaridades y leer cualquiera de sus capítulos.

Lo repetimos: para satisfacer a ciertos curiosos, las publicaciones como la nuestra son las más abonadas. Sin embargo, hay algunos a quienes, como a nosotros, aflige el espectáculo de estas pequeñas miserias de la vida interior de todos los países; personas que siguen con interés el movimiento general de la política del mundo, por cuanto ofrece un provechoso estudio y una saludable enseñanza, pero que no es gusta fijarse

en estos enojosos pormenores; personas, en fin, que, abstraídas en la contemplación de las cosas grandes, de los problemas sociales y científicos que la humanidad trata de resolver, viven en una atmósfera más serena y no desvían un momento su atención del asunto que les preocupa para ver el motín que pasa por debajo de sus balcones. Pocas son estas personas, pero para ellas escribimos, repitiendo, al comenzar nuestra tarea la famosa divisa: ¡Qui m'aime me suive!

Y para apartar más por completo la atención de lo que pasa a nuestro alrededor, trasladémonos de un salto del lado de allá de los mares para venirnos aproximando poco a poco al punto de donde partimos.

En Chile la cuestión española se mantiene in statu quo: han tenido lugar algunas ligeras escaramuzas entre las tripulaciones de varios botes de los buques de nuestra escuadra y las de otros de los chilenos; pero las hostilidades no se han roto en forma, por más que se ha echado a volar por algunos esta noticia; antes por el contrario, si hemos de dar crédito a la carta escrita por Mr. Bright al presidente de la Asociación de fundidores de cobre de Birmingham, en Inglaterra, se espera con gran confianza un próximo arreglo del conflicto. Ciertamente es que el partido demagógico hace esfuerzos increíbles para impedirlo, y hasta amenaza con una guerra civil; pero el Gobierno de Chile, no encontrando apoyo en el Brasil, Buenos Aires, Montevideo y Nueva Granada, que, por el contrario, le aconsejan la paz, tendrá que optar por este último extremo. La cuestión queda, pues, en el mismo estado de expectativa en que se encontraba, estado especial, en que ha entrado, igualmente la del Paraguay con la aceptación por ambas partes, beligerantes de un armisticio de dos meses.

En Méjico, por el contrario, a juzgar por los rumores que circulan a última hora, se encuentran en el principio del fin, el cual no tardará

mucho si sale cierta la noticia de haber estallado una sublevación en la capital del imperio. Napoleón, preocupado en la actualidad con el estado de alarma en que se encuentran los hombres de negocios de Francia, a los cuales no satisface la reciente Memoria de Mr. Fould, que en vano procura ocultar con flores los bordes del precipicio, tendrá que atender a esta nueva complicación política, complicación en la que no dejarán de tomar parte, desempeñando un principal papel, los Estados Unidos, donde las ideas vertidas por Grant en sus discursos se acogen con verdadero entusiasmo.

París, el cerebro del mundo inteligente, como le llaman sus admiradores, se preocupa también de esta cuestión; pero, a pesar de todo, no le falta tiempo para discutir cosas más fútiles, y aún no se ha extinguido el eco de las acaloradas polémicas a que dieron lugar las representaciones de Enriqueta Marechal, cuando he aquí que sale a la palestra un nuevo asunto de controversias. Verdi trató de escribir una ópera con el mismo argumento del famoso drama de Schiller titulado Don Carlos.

Ocupándose de la comedia de los hermanos Goncourt, ha dicho Kar, cerrando el debate con su lacónica sentencia: «Admito la fotografía en el teatro. Enriqueta Marechal es una prueba acabada del nuevo género; pero ya que sois fotógrafos no os deis tono de artistas.»

Un distinguido crítico francés, a semejanza del reputado novelista, ha concluido la cuestión que se agitaba en torno a la futura ópera de Verdi con estas frases: «El Don Carlos de Schiller, el Don Carlos de la leyenda no existe. La crítica y los recientes estudios históricos lo han matado. Su resurrección sería un contrasentido hasta en el teatro de la Ópera.»

He aquí lo que más inmediatamente ocupa la atención de ciertos círculos, mientras en otros consultan llenos de sobresalto el horizonte de la política.

Afortunadamente, en este continuo vaivén de los sucesos, cuando el horizonte se nubla en un punto, la tormenta que parecía próxima a estallar en otro se desvanece como por ensalmo.

La situación de Italia ofrece un ejemplo palpable. Mientras en Florencia se complican los asuntos, merced a la doble oposición de la Cámara a la cual no satisface de ningún modo el Gabinete con tanto trabajo constituido después de la última crisis, en Roma la aceptación por parte de Pío IX de los recursos con que el Gobierno de Víctor Manuel se brinda a levantar en una razonable proporción la abrumadora carga de la deuda pontificia, ha abierto nuevos horizontes a la esperanza de algunos, que confían ver armonizados en un término más o menos próximo los intereses de la Iglesia y del nuevo reino italiano.

En Nápoles, al menos, debe tenerse fe en un desenlace feliz de la cuestión magna, cuando sus hombres más eminentes se ocupan en primer término de la organización definitiva de la Academia de ciencias morales y políticas creada últimamente en aquella ciudad, promete ser una de las más notables de la península itálica, y a la cual el ministro de Estado ha pedido la dirección científica para un viaje de circunnavegación que va emprenderse por cuenta del Gobierno.

Hasta qué punto se realizarán estas esperanzas, no nos atrevemos a pronosticarlo, por más que en política nuestra divisa sea el conocido *Nihil admirare*.

Y en verdad que pocas cosas podrán ya parecernos imposibles en este terreno, cuando vemos que se habla como de asunto corriente en Turquía de

sacar a la venta pública bienes de las mezquitas; esto es, de llevar a cabo en uno de los países más fanáticos del mundo una medida económica semejante a nuestra desamortización eclesiástica, y cuando desvanecidos, al parecer, los insuperables obstáculos que a ellos se oponían, vemos la nacionalidad húngara renacer vigorosa, armonizándose con la política de Austria, cuyos emperadores van a ser solemnemente coronados en Pesth.

En presencia de estos acontecimientos inexplicables, esperemos, a pesar de todo, que tanto fuera como dentro de nuestro país las cosas tomen un camino diferente del que anuncian las fatídicas señales con que se ha inaugurado el año; esperemos que la apertura de los elegantes salones de la sociedad madrileña la animación de los teatros, la aparición de las obras literarias que se disponen y el movimiento y la vida propios de la corte en la época que atravesamos, vendrán a hacer más fácil nuestra tarea, ofreciéndonos alguna novedad agradable.

Hoy, con decir a nuestros lectores que en algunos puntos se han constituido ya las Juntas provinciales que han de disponer cuanto concierne al envío de los productos españoles a la exposición universal de París, que en otros se organizan bajo nuevas bases las Comisiones encargadas de la conservación de los monumentos artísticos, y que en Madrid la escasa atención que el público presta a cuanto no atañe a la política, se divide entre la Harris, que cada noche alcanza un nuevo triunfo en la Sonámbula y la compañía de los cuadros plásticos de Mr. Farriols, que ha conseguido ser recibida con aplauso en la Zarzuela, podemos poner punto al catálogo de las novedades de esta semana, una de las más llenas de emociones y acontecimientos, y, sin embargo, la más estéril para nuestra revista.

HAY un adagio muy conocido que dice que no hay mal que por bien no venga. Lo que respecto a la cuestión de Chile y el apresamiento de La Covadonga sucede, viene, en cierto modo, a justificar el adagio. Que el triste suceso que ha llenado de indignación todas las almas verdaderamente españolas ha sido un mal, no hay para qué afanarse en probarlo: tratemos de averiguar ahora los bienes que a consecuencia de este mal nos han venido. Por lo pronto, el interés que esta cuestión tiene en sí misma; avivado por tan notable incidente contribuye de una manera eficaz a que se fijen los ojos en aquellos apartados países, desviándolos un punto de las pequeñeces y las miserias de nuestras luchas políticas. Si a esto se añade que, merced a la traidora agresión de los chilenos, se han roto como por encanto las redes diplomáticas en que los representantes de las potencias mediadoras tenían envuelto el asunto, devolviéndonos, sin ningún género de responsabilidades, toda nuestra libertad de acción, fuerza será confesar que se inclina de nuestro lado la balanza. El encontrarnos para obrar de aquí en adelante en un terreno tan franco y despejado bien vale cualquier sacrificio.

La unanimidad de opinión que se observa en todos los partidos respecto a la conducta que ha de observarse con Chile para vengar con usura el agravio hecho a las armas españolas y el sentimiento íntimo de nuestra superioridad sobre un país que sólo por medio de la alevosía ha podido conseguir un pequeño y fácil triunfo, afirman en nuestro ánimo el convencimiento de que por nuestra parte ha de tener la cuestión un

desenlace honroso.

No debe suceder así a los chilenos, los cuales se apresuran a gozar de su victoria con todo género de ridículas demostraciones, previendo que no ha de durarles mucho la alegría.

La explosión de cómico entusiasmo que en aquella república ha producido la inesperada captura de La Covadonga raya en lo inverosímil. Chile, y permítasenos lo vulgar de la comparación, se encuentra con esta pequeña ventaja como niño con zapatos nuevos; la lectura de sus periódicos, que pregonan la nueva en estilo rimbombante y describen los transportes de júbilo a que el país se ha entregado, causa a un mismo tiempo indignación y risa. Ha habido fiestas e iluminaciones, Te Deum y repique de campanas, salvas de artillería y arcos de triunfo. El Senado se ha reunido para votar solemnemente una recompensa nacional en favor de Mr. Villians, del extranjero a quien debe su reciente gloria, especie de Otelo rubio que combate por cuenta de Chile, como el amante de Desdémona por la de la república veneciana. En el teatro de la capital se ha hecho una función patriótica de cuadros vivos, en que la Esmeralda aparecía como el terror de los mares y el león de España humillado a los pies de sus enemigos: cuadros que, si bien son un inocente desahogo, tienen la falta de conocerse a tiro de ballesta que es chileno el pintor. Por último, como trofeo glorioso, han colocado en la Catedral la bandera de nuestro buque. Si todo esto se hace a propósito de la captura de una goleta, ¿cómo creen en Chile que deberán significar su júbilo las naciones cuando reciben nuevas de una victoria como la de Lepanto? Por nuestra parte, el día que sepamos que la escuadra española ha bombardeado a Valparaíso, ha echado a pique la Esmeralda y rescatado La Covadonga, ha lavado, en fin, en sangre el agravio que nos han inferido, nos limitaremos a leer la noticia en el

periódico oficial o en la Correspondencia, diciendo: «Cuestión concluida»; y no haremos tantos extremos ni daremos a las cosas la importancia que no tienen.

Y este desenlace único que podrá satisfacer las generales aspiraciones del país, no tardará mucho. Bien puede, pues, Chile apresurarse a realizar todo el programa de sus estrepitosas demostraciones, antes de que los sucesos se precipiten en su daño, porque los vientos que corren y el horizonte que sobre sus negocios se descubre nada bueno anuncian. Se dice que las potencias mediadoras, juzgando que en las nuevas circunstancias que han surgido nada tienen que hacer, tratan de significárselo a ambas partes beligerantes. Se dice así mismo que Inglaterra, sabedora de la estratagema indigna del capitán Willans, trata de pedir explicaciones a los que tan escandalosamente han abusado de la confianza que inspiraba su pabellón. Se añade, por último, que, excepto el Perú, todas las demás repúblicas de América han repetido su declaración de estricta neutralidad, en respuesta a las reiteradas instancias de Chile, que por segunda vez pugna en balde para formar contra nosotros una poderosa liga.

Las noticias que acerca de los movimientos de nuestra escuadra se reciben por diferentes conductos, no presentan tampoco la cuestión bajo un aspecto muy favorable para la causa de nuestros contrarios. Primeramente, un periódico francés habló de un reñidísimo combate entre La Resolución y varios buques chilenos, combate en el que nuestros marinos llevaron lo mejor de la jornada. Después, y con referencia a cartas del Callao, recibidas en nuestros puertos por algunos particulares, se ha asegurado que la fragata de hélice Blanca, que sostenía el bloqueo de Caldera, fue atacada por tres vapores chilenos y cuarenta lanchas y chalupas bajo el

mando del capitán Willians. Según las correspondencias de donde tomamos estas noticias, la Blanca, después de una empeñada lucha, obtuvo el más brillante triunfo, echando a pique dos buques de los que le atacaron y dispersando a los demás con grandes averías. Los buques que atacaron a nuestra fragata con tan poco éxito, parece que han sido La Esmeralda, La Covadonga, al mando de Tonipson, y el Antonio Vargas, vapor de cuatro cañones de poderoso calibre recientemente construídos en Inglaterra.

Ignoramos si las noticias recibidas por el periódico francés y las que por otro conducto se han tenido, en España se refieren a dos encuentros diferentes, o, como estamos más inclinados a creer, a uno mismo, aunque aparezcan trocados los nombres del buque que lo ha sostenido. De cualquier modo que sea, si se confirma oficialmente podemos darnos por satisfechos del principio de la segunda parte de esta cuestión, que promete ser más rápida, más animada y gloriosa que la primera.

Entre tanto, la política extranjera se desenvuelve lentamente en el exterior, manteniéndose casi todas las cuestiones en el mismo estado en que se hallaban cuando tratamos de ellas en nuestra última revista. El discurso del emperador Napoleón al abrir las Cámaras francesas, aunque ha tocado diferentes e importantes asuntos, sólo respecto a Méjico, ha hecho nuevas declaraciones. Después de repetir que espera que la paz del mundo no ha de turbarse por ahora, promete que en un término próximo saldrán las tropas francesas del territorio mejicano, para lo cual tomará medidas eficaces que aseguren los intereses de la Francia en aquellos países.

Alguna más animación que en los que se ocupan exclusivamente de la política se nota en los círculos científicos. En una conferencia pública celebrada en Nueva York, Mr. Collin, director del telégrafo ruso americano, ha dado algunos pormenores interesantes sobre esta gigantesca

empresa, que, venciendo todo género de obstáculos, marcha rápidamente a su término. El hilo telegráfico, merced al cual la palabra del hombre, llevada en alas de la electricidad, podrá dar instantáneamente la vuelta al mundo, ha de partir de Nueva York, y, atravesando todo el Oeste de los Estados Unidos, el estrecho de Beringh, la Rusia asiática y la Europa, vendrá a terminar en San Petersburgo. Cuando Mr. Collin hubo concluido de desenvolver a grandes rasgos la historia de los trabajos más principales de esta colosal empresa, para dar una idea del inmenso territorio que la de recorrer el telégrafo ruso americano, dijo que el sol brillaría sobre la línea veintiuna horas y doce minutos diarios.

En Londres se agita la idea de organizar para la primavera próxima una exposición de horticultura, que, saliendo de los estrechos límites que suelen darse a estas exposiciones, admita a la concurrencia de los premios a todos los países. Al mismo tiempo deberá reunirse un Congreso botánico en el cual se discutan las cuestiones que han de surgir de la comparación de los productos de climas y métodos diferentes. Esta exposición, cuya empresa patrocina la reina y el príncipe de Gales, aspira a perpetuarse celebrando sucesivamente en Londres, París y San Petersburgo un concurso anual. Falta hace que se realice este pensamiento, y que nuestros expositores, que en los diversos ramos de las artes y la industria no pueden luchar con otros países, lleven sus productos a una exposición en que lograrían obtener más lisonjero éxito.

Entre nosotros, los fantasistas políticos y los inventores con diploma, de patrañas de grueso calibre, están de pésame. Como suele decirse, muerto el perro se acabó la rabia. Terminados los sucesos que daban pábulo a sus diarias novelas, y restablecida la tranquilidad en los ánimos, concluyó su misión. Madrid ha vuelto a coger el hilo de sus

interrumpidas tareas. Los diletantis vuelven a preocuparse de la próxima llegada de Tamberlik, y discuten acerca de si hará su debut con el Guglielmo o los Hugonotes. Los literatos acogen con avidez los rumores que nuevamente circulan sobre la representación del César, de Ventura de la Vega, asuntos cuyas altas y bajas comienzan a hacerse célebres.

Infinitos son, pues, los cálculos que se hacen y las esperanzas que se fundan sobre el porvenir, tanto respecto al movimiento artístico e industrial, como a novedades literarias. Mientras la época de la realización de estos vaticinios se aproxima, fuerza será contentarnos con lo poco que da el presente.

La Zarzuela, que ha sido la primera en lanzarse en el camino de la novedad, nos ha ofrecido dos en un acto, titulada una El rábano por las hojas y la otra, Gibraltar en 1890. Ambas son producciones ligeras y de escasas pretensiones, y en tal concepto las recibió con agrado el público. El rábano por las hojas adolece, no obstante, de un gran defecto: su autor, que en otras obras ha demostrado que sabe tener gracia sin apelar a chistes de cierta clase, tomando, en ésta una cosa por otra, aunque sin apercibirse, ha cogido también por las hojas el rábano en cuestión. Respecto al juguete titulado Gibraltar en 1890, nos parece poco lisonjero para España, que sólo en sueños pueda suponerse posible la recuperación de aquella plaza, y eso por los medios sobrenaturales que emplea el protagonista de la zarzuela.

A última hora, el nacimiento de un nuevo infante anunciado a la población con las salvas de ordenanza ha contribuido a que la opinión pública torne a ocuparse de la política interior, en la cual, una vez restablecida su majestad la Reina, los noticieros aguardan significativas variaciones.

MERCED a una semana de días serenos y luminosos que se han adelantado a la estación de las flores como un lisonjero programa de la primavera, el Carnaval, que se aproxima seguido de su cortejo de bailes, bromas y placeres, ha conseguido variar de una a otra revista la fisonomía de la carte.

Verdad es que en este espacio de tiempo las cuestiones políticas más interesantes se han mantenido en el mismo ser y estado en que las dejamos, y aquí, como en todas partes, para conservar vivo el interés que al iniciarse inspiran, es necesario que un asunto ofrezca a cada momento combinaciones más nuevas y extrañas que las del kaleidoscopos. La política general sigue su curso, concentrándose todo su interés en los debates del Senado, donde la oposición ha presentado la batalla al Ministerio en la cuestión de Italia. La cuestión de Italia, o mejor dicho, la cuestión del pontificado, a la que tan estrechamente se encuentra unida, es, sin duda, una de las más arduas y graves de las que nuestra época parece llamada a resolver; y, sin embargo, la opinión pública no se muestra tan preocupada de la discusión que a propósito de ella se ha empeñado como la magnitud del asunto requiere. Esta aparente contradicción se explica. Al lado de esa inmensa cuestión que se desarrolla con lentitud, cuya profundidad no es dado mesurar a todos, cuya historia es ya muy larga y cuyo desenlace no es fácil prever, ha surgido otra de momento, más viva, más palpitante, más comprensible, una cuestión de honra y de intereses de actualidad: la

cuestión de Chile, en fin, que con sus inesperados accidentes y los contradictorios juicios a que da lugar, tiene el privilegio de ocupar en primer término la atención de todos los círculos sociales. A cada cual le llega su hora. Primero el interés de negocios tan graves como los de América palideció y se puso en olvido al lado de los trastornos políticos interiores. Después nuestras diferencias con Chile y el Perú han venido a desviar la atención de cuestiones tan vitales como la de Italia, la de Hacienda y de orden público. Mañana no sabemos cuál será el punto culminante en que el país fijará sus ojos, pues como indicamos al comenzar nuestra revista, la falta de nuevos acontecimientos tiene en la actualidad al público como en suspenso, y con predisposición para ocuparse con más ahínco del carnaval, que llama a nuestras puertas, que de los buques chilenos armados en corso y de las futuras proezas de nuestra marina. Pasará el carnaval, vendrá el miércoles de ceniza, y con el memento homo la memoria de nuestra situación nada lisonjera: entonces con el pico del dominó nos enjugaremos una lágrima y volveremos a preocuparnos de la política analizando y tratando de escudriñar en su obscuro porvenir. Y ruede la bola.

Entretanto en la semana que concluye hemos podido oír en boca del señor ministro de la Gobernación la noticia oficial de la salida de varios buques corsarios. Los que todo lo ven color de rosa afectan no darle importancia al suceso y limitan el número de estos buques a dos o tres, mal equipados y de peores condiciones marineras. Los que por el contrario se complacen en levantar en el aire y sobre cualquier asunto un maravilloso castillo de suposiciones, pintan todos los mares del globo cuajados de fragatas acorazadas, blindadas y con espolones, de las cuales cada una tiene ochenta o más bocas de fuego, amen de una no pequeña

cantidad de torpedos y máquinas infernales que han de reducir a pavesas nuestra escuadra, nuestros buques y nuestros puertos. En un justo medio dicen que consiste la virtud y en éste precisamente es en el que debemos colocarnos para juzgar con tino de las contradictorias opiniones que circulan. Desde luego la llegada a Madrid de nuestro representante en el Perú y del cónsul del Callao nada bueno augura: pero sea la que quiera la causa del viaje de nuestros agentes diplomático y consular en aquellas regiones, causa sobre la cual el gobierno ha creído necesario usar de una prudente reserva, sean los que fueren los medios a que las dos repúblicas americanas hoy unidas recurran para combatirnos, nosotros tenemos gran fe en el patriotismo de nuestra nación y en los grandes recursos de que en un caso extremo puede disponer para sacar a salvo su dignidad y su honra.

La conducta de la provincia de Málaga que por medio de sus representantes se ha ofrecido espontáneamente a ayudar al gobierno con recursos extraordinarios para la guerra, estamos seguros que a ser preciso, la seguirían todas las demás provincias de España.

Del extranjero seguimos careciendo de noticias de verdadera importancia. El único acontecimiento que ha logrado fijar un tanto la atención fuera de nuestro país ha sido la retirada del representante de Rusia de la corte de Roma. El emperador Alejandro, disponiendo que el barón de Meyendorff vuelva a San Petersburgo para ser sustituido por otro personaje cerca del Pontífice, ha querido dar una pública satisfacción al jefe de la Iglesia Católica, que tanto en este concepto como en su calidad de soberano, merecía más respeto que el que le demostró en su última y ya célebre conferencia el diplomático ruso.

En París se decía que como sello a la reconciliación del emperador con su augusto primo volvería éste a encargarse de la presidencia de la

próxima exposición universal; pero a última hora se ha asegurado que la reconciliación no es tan completa, o al menos importa aparentarlo así, que permita este arreglo. Algunos periódicos franceses anuncian que este importante cargo se conferirá a nuestra ilustre compatriota la emperatriz Eugenia. El tino y la discreción que la esclarecida dama española demostró en el desempeño de los negocios políticos durante la regencia interina, la hacen acreedora a esta muestra de especial confianza. En una exposición universal, que en suma no es sino una gran fiesta a la que se invita a todos los países, parece natural que la señora de la casa haga los honores a los convidados.

Al mismo tiempo que de este incidente que ha surgido a propósito de la exposición universal, exposición que como hemos dicho en otras ocasiones preocupa mucho a los franceses por creer que a ella va unido un pensamiento político, se discute anticipadamente en los círculos literarios de París acerca de dos obras, las cuales, aun cuando todavía no se han dado a la luz, ya interesan al público y son objeto de grandes controversias. Una es el nuevo libro de Renan la Vida de los apóstoles: la otra el segundo tomo de las Meditaciones religiosas de Guizot. La primera está ya impresa y sin embargo no se publica, según algunos por miedo a un tropiezo semejante al del editor de Los evangelios anotados de Proudhon: la segunda se halla en prensa y se aguardan con ansiedad los primeros ejemplares. Ambas y cada cual bajo su punto de vista, están llamadas a preocupar por largo tiempo el mundo religioso, literario y científico.

También entre nosotros, y aunque en más modesta y reducida órbita, han causado sensación y se han ocupado con elogio los periódicos de dos nuevos libros. Las Inspiraciones del conocido y popular poeta don Ventura Ruiz Aguilera y las Horas crepusculares de la señorita doña Isabel

Villamartín, cada cual en la línea que le corresponde, son dos obras dignas de las alabanzas que se le tributan. Aquélla es el fruto de una inteligencia y de un sentimiento exquisitos en su más brillante período: es la realidad. Esta es el primer ensayo de una imaginación ardiente y de un corazón joven: es la promesa. De las dos diríamos alguna palabra más en nuestra revista, si en este mismo número de El Museo no se ocupara ya otro de hacerlo respecto a la del señor Aguilera y si por nuestra parte no pensáramos tratar aparte la de la señorita Villamartín.

El teatro asimismo nos ha ofrecido una novedad que si bien de escasa importancia bajo el punto de vista literario pues los trabajos de este género no aspiran a conseguirla, no carece de cierto interés, como espectáculo entretenido y agradable. Aludimos a la Revista de un muerto, del señor Alba, representada en el coliseo de la Plazuela del Rey.

El éxito de esta obra, aunque bueno, ha sido inferior al de la que con parecida idea se hizo en el año de 1865, y la verdad es que el asunto no se ha presentado con tanta novedad e interés.

En el Príncipe la representación de Súllivan a beneficio de Romea ha tenido por espectadores a cuanto de más distinguido encierra Madrid en damas elegantes y personas inteligentes. El actor favorito del público consiguió un nuevo triunfo en esta obra, donde a tan grande altura se levanta en el desempeño de una de sus más hermosas y características creaciones. Nosotros damos el parabién al gran actor y nos le damos a nosotros mismos al ver que, a despecho de los crueles sufrimientos que le han aquejado, aún puede dar muchos días de gloria a la escena española, cuyo porvenir se presenta tan obscuro para el momento en que le falten los pocos buenos actores que todavía mantienen su brillo.

Los dilletanti, con el debut de la señora Galletti tienen por ahora

en qué entretener sus ocios, disputando acerca del mayor o menor mérito de esta cantante, mientras llega el tan anunciado, deseado y suspirado Tamberlik. La Galletti ha debutado en Norma. Cualquiera creerá que esta es la ópera que mejor canta, que es lo que suele llamarse su caballo de batalla, puesto que con ella se estrena. Pues nada menos que eso. Nosotros creemos que ni a la tesitura de su voz ni a sus condiciones conviene. De estos errores se ven muchos entre los artistas. No obstante, el público la ha aplaudido en algunos momentos y la ha aceptado con placer. Con este puntal ya puede mantenerse por algunos días el ruidoso teatro de Oriente.

UNA revista de Carnaval parece indispensable que salga disfrazada de modo que no la conozcan sus habituales lectores. No teniendo a mano un dominó y una careta que ponerle a estas líneas invertimos el orden de los asuntos, y así como siempre comenzamos por lo más serio para concluir con lo más alegre, hoy daremos principio a nuestro resumen semanal por lo más fútil haciendo punto en lo más grave. Y algo es algo.

En la anterior revista dijimos que la perspectiva del Carnaval y la hermosura del tiempo habían cambiado por completo la fisonomía de la corte. A última hora el tiempo hizo fiasco: el cielo, antes sereno y limpio, se cubrió de nubes; al aire perfumado y tibio, propio de primavera, sustituyó el cierzo frío y delgado como la hoja de un puñal de Albacete: pero el impulso estaba dado, y el Carnaval no ha sido por eso menos alegre y ruidoso que de costumbre.

Rompió la marcha inaugurando por decirlo así el período carnavalesco, el baile dado en el Conservatorio por la asociación de damas de la Beneficencia. Los salones del Conservatorio han estado bastante concurridos, y la reunión fue tan escogida como cabe en lo posible cuando se trata de una sociedad en la cual no se exigen más requisitos para ser presentado que tener ganas de gastar 40 reales. Entre muchas elegantes damas, a quienes a pesar de su disfraz conocimos, circulaban por lo tanto alguna que otra muestra de ese demi monde, o quart de monde, que en Madrid se introduce en todos los círculos apenas ve la puerta entreabierta. Pero el Carnaval tiene algo de fácil y tolerante respecto a las costumbres; la careta autoriza ciertas derogaciones por parte de las gentes más rígidas; y luego... se presentan tan pocas ocasiones de hacer una obra de caridad bailando un schottis-polka que no tan sólo no extrañamos la boga de estas o parecidas fiestas, sino que por el contrario, las aplaudimos. No todos comprenden la caridad de un mismo modo, no a todos es dado practicarla en lo que tiene de más enojoso y áspero: bueno es, pues, allanar el camino armonizándola con otro placer que el que las almas privilegiadas encuentran en el fondo de la caridad misma.

Al baile del Conservatorio han seguido los del Real, la Zarzuela y Capellanes. No hay para qué decir que en todos se han notado animación y concurrencia. En el segundo o tercer baile podrán las sociedades encargadas de esta clase de especulaciones ganar o perder según el humor de las gentes y las circunstancias del momento: pero en el primero ¿cuál es tan torpe que no tiene a mano un par de docenas de ninfas alquiladas y de jóvenes de más humor que dinero que hagan bulto, merced a algunos billetes gratis? Sabido el secreto de los primeros bailes de la temporada, no nos ha extrañado, pues, encontrar en ellos el personal conocido. En el

teatro de la ópera, al compás de su magnífica orquesta, dirigida por Bonetti, hemos visto walsar, amén de todo el escuadrón femenino de entre bastidores, bailarinas, coristas, y figurantas, una multitud de esas beldades de clasificación dudosa: vanguardia encubierta de un género de damas popularizadas por la pluma de Dumas hijo y la música de Verdi, que hacen esfuerzos increíbles para aclimatarse en nuestro país por más que las rechacen nuestro carácter y nuestras costumbres.

Algún que otro dominó de seda, por cuyos anchos y flotantes pliegues asoma una mano aristocrática y pequeña calzada de un guante perfumado y finísimo, dejaba, sin embargo, adivinar la presencia en los salones de el Real de una reducida parte del sexo bello verdaderamente elegante y distinguido de la corte.

Estas discretas tapadas, de las cuales podríamos decir en confianza y al oído de un amigo el nombre de algunas, y varias personas conocidas, que formaban corro entre los individuos del sexo feo que se agrupan en el centro del salón, han impreso este año como en los pasados su sello especial y característico a los bailes del teatro de la plaza de Oriente.

Jovellanos manteniendo su tradición respecto a máscaras, se ha mostrado asimismo alegre, ruidoso y todo lo expansivo que permiten el disfraz y la careta. Sobre el indispensable fondo de personajes equívocos pertenecientes a ambos sexos, ha ofrecido su risueña galería de figuras propias de estos bailes de medio carácter. Sentadas alrededor de la sala han podido, pues, verse muchas viudas de intendentes (requisito forzoso de toda pupilera), acompañadas de sus tiernos pimpollos; y circulando en grupos, muchos estudiantes de todo género de derechos y carreras, incluso la más célebre de la corte. De Jovellanos a Capellanes la decoración varía y han variado igualmente los actores. Desde la modistilla a las nocturnas

paseantas de la con tanta razón, llamada calle de Peligros: desde los abonados a los Andaluces a los toreros que se estacionan en las cuatro esquinas, lo más florido de la gente del bronce, de la perpetua diversión, de la eterna jarana y del escándalo eterno, ha tenido representación en el local que reúne el raro privilegio de dar a un tiempo acogida a todo género de personas. En efecto, lo más característico del teatro de Oriente y la Zarzuela los que acaso salen de un salón aristocrático o han pasado la tarde en el Canal, han venido en esta ocasión, como vienen siempre, a pagar el tributo de un momento de la noche a Capellanes.

En el Prado, y durante los primeros días del Carnaval, la multitud ha sido inmensa y la animación y el bullicio tan grandes como si en nada tuviéramos por el momento en que pensar más que en disfrazarnos y divertirnos. El pueblo es como los niños: con la misma facilidad llora que se consuela, mostrando a veces juntas las lágrimas y la risa. En los días en que la terrible epidemia azotaba a Madrid, parecía imposible que el tiempo pudiera borrar las hondas huellas que habla dejada cuando más tarde los trastornos políticos preocuparon hondamente la atención pública, era de esperar que por muchos meses todos se ocuparían de la probable resolución de un oscuro problema planteado y no resuelto. Más tarde, el descalabro sufrido en Chile, llenó de santa y patriótica indignación las almas y debía creerse que nadie apartaría los ojos de este asunto hasta ver su desenlace. Sin embargo, llega el Carnaval, los lutos se esconden, las preocupaciones se disipan, los proyectos bélicos se aplazan y el país transformado de la noche a la mañana de grave y preocupado en alegre y bullicioso, puede exclamar a su vez: Europa, ¿me conoces?

El miércoles de Ceniza, ayudado del diluvio de agua que han arrojado las nubes, ha venido a cerrar el período de locura, trayéndonos el

enfadoso bagaje de nuestras antiguas preocupaciones al ponernos la ceniza en la frente. -Polvo eres y en polvo te has de convertir! Este lúgubre estribillo con que termina la Iglesia la canción báquica comenzada por el Carnaval, viene a concluir con un imponente acorde de Miserere la atronadora sinfonía de los placeres mundanales.

Después de los excesos y los gastos extraordinarios que inevitablemente traen consigo todas estas grandes fiestas, la primera idea sería que se ocurre es la de reparar por medio de la economía el desequilibrio del bolsillo; y esta preocupación, particular a cada individuo, trasciende a la pública opinión y forma una atmósfera. Nada más natural, por lo tanto, que la primera cuestión puesta sobre el tapete en materias políticas sea la cuestión de Hacienda, pronunciándose todos en favor de las economías en el presupuesto. En el Senado las oposiciones presentaron el combate al ministerio en los asuntos de Italia, en las Cortes se trata de hostilizarle en una larga serie de encuentros y escaramuzas a propósito de las tantas veces anunciadas economías. El Gabinete asegura que se encuentra animado de los mejores deseos respecto a este particular: nosotros lo creemos; pero ha debido sucederle lo que a aquel grande de España, que, conociendo su ruinoso situación, y después de decidirse a tomar una medida radical reduciendo el total de sus gastos al de los ingresos, dio una vuelta por su casa y no encontró que suprimir más que una ensalada en la comida y un farol en el patio. Las economías realizadas en el presupuesto hasta ahora no equivalen a más. Y cuidado que por nuestra parte no creemos que las economías, que son el a b c de la ciencia, bastan por sí solas a salvar una situación. Podrán a lo sumo, servir para atravesar más fácilmente un período dado, para resolver un conflicto de momento, pero no para prosperar y desenvolverse un país.

Del Pacífico se han recibido noticias por la Mala inglesa las cuales se reducen a decir que nada ocurre de particular. Esto mismo debiéramos repetir en nuestra revista; pero la verdad es que el no haber ocurrido nada, en el terreno en que ya se encuentra la cuestión, no deja de ser bastante. También se ha hablado en los círculos políticos de una nota que el general Lamármora ha enviado al Gobierno de España, protestando en nombre del de Víctor Manuel contra el espíritu de ciertos documentos relativos al reconocimiento de Italia, publicados con motivo de la discusión del discurso de la corona. La trascendencia de esta cuestión es bastante grande, toda vez que al complicarse podrá hacer que resulte inútil un paso diplomático que ha dado margen a muchas discusiones, y en el que algunos partidos fundaban lisonjeras esperanzas.

Estos asuntos y algunas que otras noticias contradictorias, acerca de los corsarios, ocupan por el momento la atención de los círculos políticos, mientras los aficionados a otro género de novedades hablan de las próximas reuniones particulares, que se anuncian para la Cuaresma, y del nuevo drama Doña Leonor de Pimentel, estrenado en el teatro de Variedades por la Civili. Después del beneficio de Valero, en el que este eminente actor consiguió un nuevo y ruidoso triunfo con La carcajada, la representación de la obra del señor Valcárcel ha sido, sin duda alguna, el suceso más notable que en la última semana han ofrecido los teatros. Doña Leonor de Pimentel dista mucho todavía de ser una obra perfecta en su género. Fáltale a su autor experiencia de la escena y el conocimiento profundo del carácter de la época que trata de resucitar, condición la segunda que cada día se hace más indispensable en los dramas históricos. No obstante, algunos rasgos felices diseminados en la obra, la galanura del estilo y la pasión con que están escritas ciertas escenas, contribuyen

a que se califique esta producción de un feliz ensayo que deja presentir grandes triunfos al joven poeta que lo ha acometido. La ejecución de la obra por parte de la Civil justifica los aplausos que le prodiga el público, haciendo olvidar en parte la desigualdad del cuadro de actores que la acompaña y la escasez de recursos y de aparato escénico del teatro en que actúa.

Últimamente, la Facultad de Medicina de la Real Cámara ha puesto en conocimiento de la presidencia del Consejo de ministros la enfermedad y la muerte del infante don Francisco de Asís y Leopoldo, cuyo cadáver, después de haber sido expuesto al público en una de las salas del Palacio, será conducido con la pompa y ceremonias de costumbre al panteón de El Escorial.

EL invierno se resiste a abandonarnos. En balde la primavera, con el calendario en la mano, aduce sus derechos a la presente estación; el frío, refugiándose en las últimas trincheras, despliega todo su aparato de nieves y granizos de lluvias y vientos, y quema los tempranos retoños de los árboles y arroja al suelo a sus adelantadas flores. La Cuaresma, ya bastante triste de por sí misma, con este aditamento de nubes y temporales nos tiene metido el corazón en un puño. Por fortuna, los teatros por un lado, y las reuniones particulares por otro, ofrecen un refugio a la buena sociedad madrileña, que se ve privada de asistir a sus paseos favoritos. La vida activa de la corte se ha reconcentrado en el interior de sus

círculos especiales.

Tratemos de penetrar en algunos para trazar en un par de rasgos nuestra periódica revista.

Entre las fiestas musicales celebradas o los salones que tienen hoy el privilegio de reunir a lo más fassionable del gran mundo, debemos colocar desde luego la que ha tenido lugar últimamente en casa de la señora condesa de Montijo. El Stabat Mater, de Rossini, una de las más espontáneas y melódicas inspiraciones del célebre maestro italiano ha sido interpretado en la reunión del domingo de un modo tan correcto y con una unidad y un buen gusto tales, que han sobrepujado a la ventajosa idea que los concurrentes tenían formada de antemano de esta soirée musical, juzgando por el nombre de las conocidas y elegantes aficionadas que tomaron parte en ella.

Las letras han tenido asimismo en la pasada semana ocasión de ser objeto de plácemes entre el círculo de sus apasionados. La Real Academia Española ha reforzado sus filas con un nombre célebre en nuestras discusiones parlamentarias, y que ha brillado y brilla aún, en el foro como una de sus glorias. Aludimos al señor don Antonio Aparisi, elegido por voto unánime de los individuos de aquella respetable corporación para ocupar el sitio que ha dejado vacante, a su muerte, el ilustre marqués de Pidal. Sean las que fueran las ideas políticas del señor Aparisi, nosotros felicitamos con toda sinceridad a la Academia por haber hecho recaer su elección en un hombre de corazón sano, de convicciones arraigadas y profundas, y cuyos méritos y extraordinarios talentos no pueden ponerse en duda.

La reunión literaria que ha tenido lugar en el gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional para hacer entrega del premio otorgado en el

último concurso no ha sido menos satisfactoria para cuantos tuvimos el gusto de concurrir a ella. Presidía el acto el señor ministro de Fomento, asistiendo, a más del señor Silvela, director de Instrucción pública, y de algunas otras personas notables por su posición oficial, otras muchas conocidas por sus obras en la república de las letras. No hemos leído aún el libro del señor Alenda Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España; pero, a juzgar por el asunto, y creyendo que para merecer la distinción que ha merecido, deberá reunir las condiciones que un trabajo de esta índole exige, no dudamos que su lectura abrirá un ancho campo y ofrecerá datos preciosos para los estudios de trajes, usos y costumbres de nuestro país, así como de las artes y la literatura, que tanto han contribuido siempre al mayor lucimiento de tales fiestas. En esta misma reunión, y después que el señor Harzenbusch dio cuenta en una luminosa memoria de los trabajos llevados a cabo en el ramo de bibliotecas y archivos, don Cayetano Rossall dio a conocer algunas de las cartas inéditas de don Leandro Fernández de Moratín cuya colección se ha mandado publicar por el ministerio de Fomento. Cuantos admiran la gracia, las dotes de observador profundo y la pureza de lenguaje que adornan al clásico autor de El sí de las niñas y El Café, están de enhorabuena con la publicación de estas epístolas, en las cuales Moratín trata los más variados asuntos con el estilo ameno, ligero y cómico que tan bien sienta a este género especial de literatura y que es seguramente el que con más facilidad manejaba.

Respecto a política también se nota alguna animación, y podemos decir como la criada de El marqués de Caravaca, de Ventura de la Vega, ¡Se charla, se charla, se charla! En efecto, se charla en las Cámaras, se charla en los salones de conferencias, se charla en los casinos y en los

cafés y en las esquinas, y mientras en estos corros y corrillos cada cual arregla el país a su modo y deja en pañales al mismo Nostradamus. Respecto a profecías, los acontecimientos siguen su curso. Qué curso siguen estos acontecimientos es lo que no nos atreveremos a decir. El Museo, quizás cometiendo una indiscreción, se ha aventurado alguna vez a alargar el cuello y a meter un poco la cabeza por la entreabierta puerta de la política. Después de haberle dado repetidas veces, como vulgarmente se dice, con la puerta en los hocicos, ha decidido la enmienda, sentándose en el dintel para descansar un momento, y, una vez descansado, tomando el rumbo para otra parte.

El caso es que la semana anterior la política extranjera, única en que por un exceso de longanimidad se nos permite echar de vez en cuando un cuarto, a espadas ha ofrecido tan poco asunto para nuestra revista, que será preciso hablar a nuestros lectores de otra cosa.

En París, por ejemplo, tanto o más que de los discursos de la Cámara, se habla en la actualidad de la llegada del abate Litz, el cual ha ido a dirigir personalmente el ensayo de su magnífica misa.

En Roma, después de haberse celebrado la tradicional ceremonia de la bendición de La Rosa de Oro, todo el mundo se deshace en conjeturas acerca del destino que se dará este año al simbólico presente con que Su Santidad obsequia al soberano que más se ha distinguido en la defensa de los intereses católicos.

Desde el curioso asunto jurídico que llama la atención en Londres, entablado por una señora particular que, fundándose en títulos valederos trata de que se la reconozca como miembro de la misma familia real inglesa, hasta el extravagante fenómeno ocurrido en un punto de América, donde otra individua ha dado a luz en un solo parto a tres hijos varones,

cada cual de una raza y de un color distinto, raro es el país que no ha ofrecido alguna cosa notable.

Sin embargo, la más notable es, y seguirá siéndolo aún muchos días, la coincidencia geológica que ha podido observarse últimamente por los que se dedican a este género de estudios. Al mismo tiempo que un movimiento volcánico ha hecho aparecer un nuevo islote en las costas de Grecia, el capitán de un buque que navega en los mares de Australia da cuenta de la desaparición de uno de los puntos señalados en la carta marina de aquellas regiones.

Unas veces con los sacudimientos de tierra, coincidiendo con la erupción de un volcán, en puntos lejanos entre sí; otras con estas inmersiones y apariciones que ofrecen cierta analogía en el fenómeno que las produce, nunca faltan a la ciencia arduos y difíciles problemas que resolver. De Francia, y por orden de su Gobierno, ha salido una comisión de hombres eminentes, con rumbo a Grecia, para estudiar esta cuestión. Veremos qué sacan en limpio.

Ahora, y trasladándonos a nuestro país desde la región objeto de esos estudios, diremos según costumbre, algunas palabras sobre teatros para terminar la revista.

En el Real sigue Tamberlik recogiendo aplausos en La Africana; el nombre de César continúa apareciendo en los carteles del Príncipe; el teatro de Jovellanos es el único que acaba de ofrecer una novedad, si novedad puede llamarse al arreglo de una bufonada escénica que ya hemos visto antes de ahora representada en Madrid por una compañía de actores franceses.

Titúlase este arreglo Los cómicos de la legua, y como puede inferirse del asunto, mucho más sabiendo que toman parte en él Caltañazor y

Arderius, creemos excusado decir que es perfectamente a propósito para reír un rato.

Cuando en todos los terrenos se encuentran tantos motivos para afligirse, no nos parece completamente inoportuna la aparición de una obra que sólo aspira a regocijar el ánimo, aunque sea a fuerza de disparates. Los disparates tienen también su mérito. No todo el que quiere disparata con gracia, por más que muchos prueben a hacerlo. Testigo el pobre Olona, que en su género, bueno o malo, pero indudablemente divertido, sigue siendo inimitable.

SIGUE el termómetro en pugna con el calendario. La primavera llega y el invierno no desaparece: de aquí resulta una anarquía estacional tan incómoda como insalubre.

De vez en cuando el sol rasga las nubes, la tierra, estremecida de placer bajo la impresión de sus besos de luz, se dispone a revestirse con sus más espléndidas galas; los árboles se cubren con sus primeras y transparentes hojas; los insectos, de oro y de colores, revolotean zumbando en torno a la flor de los tempranos almendros, y los habitantes de la coronada villa salen a disfrutar de las delicias primaverales a la Castellana o al Retiro; pero de pronto cambia la decoración: las nubes se amontonan, el viento Norte se desencadena y lo que comenzó en idilio acaba

en catarro. El almanaque, inflexible como el destino, sigue su marcha al través de estas bruscas variaciones y marcando impávido las estaciones y las solemnidades con la exactitud de un cronómetro nos lleva insensiblemente del Carnaval a la Cuaresma, de la Cuaresma a la Pascua, hasta llegar el día de San Silvestre, en que deja el puesto a otro año y a otro cicerone que con la misma imperturbabilidad continúa la tarea.

Siguiendo su itinerario nos encontramos hoy en la Semana de Dolores, que puede llamarse propiamente el dintel de la Semana Santa.

A medida que se aproxima la época en que la Iglesia conmemora los augustos misterios de nuestra redención, nótase una especie de recogimiento gradual, que de día en día va haciéndole más perceptible. La concurrencia a los teatros disminuye; el interés de los negocios públicos se debilita; hasta la actividad y el movimiento individual parece que se disponen a entrar en un período de quietud y de reposo. La meditación es hija de la calma y el silencio. ¿Y quién habrá tan incrédulo o tan indiferente que, como cristiano y como filósofo, no se sienta embargado, aun a su pesar, por las graves ideas que en estos días solemnes asaltan la imaginación? Los rumores de la vida política, la inquietud febril de la lucha de los intereses terrenales y el ruidoso tráfago de la actividad humana, como las olas que vienen a morir en la orilla del mar, vienen en estos instantes a morir y a apagarse a las puertas del templo, que despliega todas sus pompas para cautivar y absorber el ánimo de los fieles. Una de las más grandes misiones del arte ha sido en todas las épocas levantar el espíritu por medio de sus obras a regiones elevadas, predisponiéndole a la concepción de cierto género de ideas. El catolicismo se ha valido de él como de un poderoso intérprete para llegar hasta el fondo del alma por medio de los sentidos.

En estos días más que nunca puede apreciarse hasta dónde contribuyen a la majestad y a la imponente belleza del culto las sublimes creaciones del arte cristiano. Considerada bajo este punto, de vista, la Semana Santa de la corte no es la que ofrece más poderosos atractivos; pero la facilidad de las comunicaciones va generalizando tanto la costumbre de asistir a esta solemnidad en otros puntos célebres por el esplendor y la grandiosidad de sus ceremonias religiosas, que la mayor parte de la buena sociedad madrileña se divide entre Toledo y Sevilla, que con algunas capitales de provincia importantes justifican la fama que gozan en este concepto.

Las circunstancias que dejemos apuntadas han contribuido a que en la semana última encontremos pocas novedades de qué ocuparnos.

La cuestión de Chile ha ofrecido, no obstante, algún entretenimiento a la curiosidad pública. Según las últimas noticias recibidas de las repúblicas del Ecuador habían hecho un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los enemigos de España. En cambio de este suceso, que después de todo carece de importancia verdadera, pues el Ecuador sólo puede ofrecer a sus nuevos aliados estériles simpatías, la Mala del Pacífico nos ha traído una nueva favorable a nuestros intereses. La fragata peruana Amazonas y el vapor Loa han naufragado. Ignóranse aún los pormenores de este siniestro, del que, sin embargo, no puede dudarse, habiéndose recibido la noticia por diferentes conductos: sólo sabemos que el Gobierno peruano ha hecho prender a los capitanes de estos buques para abrir una información facultativa. No siempre la fatalidad ha de prestar ayuda a nuestros enemigos. El desastre de la Amazonas y el Loa viene a compensar en cierto modo la desgracia que nos hizo perder uno de nuestros más hermosos buques enfrente de las islas Chinchas. Respecto a pérdidas

casuales, puede decirse que estamos en paz y jugando. En la cuestión que honra algo se ha hecho, entregando a las llamas las embarcaciones mercantes apresadas; pero todavía esperamos que nuestra marina hará todo lo que exigen de ella sus gloriosos antecedentes y la esperanza que el país entero funda en su valor y heroísmo.

Los asuntos de política extranjera, que afectan más directamente a otras naciones, aunque a paso de tortuga, también van adelantando algo en su desenvolvimiento. Ya tenemos en campana un candidato para el trono de los Principados, vacante por la forzosa abdicación del príncipe Couza. El emperador de Rusia propone para esta prebenda al duque de Leutchtemberg, que en la actualidad se encuentra en Italia. Los representantes de los diversos países que han tomado parte en las conferencias celebradas en París para arreglar este complicado negocio, no creemos que acordarán todos sus simpatías al candidato ruso, pues en pormenores de mucha menos entidad no han podido aún ponerse de acuerdo. Y lo que acontece en París respecto de la cuestión de los Principados del Danubio en la conferencia política, se reproduce en Constantinopla con motivo del itinerario de las caravanas de la India en el Congreso sanitario. Si sólo hubieran asistido médicos a esta reunión salvadora, todavía juzgaríamos muy difícil que la ciencia, aun siendo ciencia, lograra ponerse de acuerdo consigo misma por medio de sus representantes; pero habiendo interpelado los diplomáticos con los doctores, el resultado de todo será seguramente el contenido del libro que leía Hamlet: ¡Palabras, palabras, palabras!

En efecto: el Congreso sanitario discute aún acaloradamente sobre la marcha de las caravanas y los medios de precaución convenientes, y ya los peregrinos del Ganges comienzan a ponerse en movimiento y el cólera se cierne sobre algunos puntos del litoral del Mediterráneo. Mientras los

médicos entran en acaloradas polémicas sobre el principio morboso generador del terrible azote, los diplomáticos han tenido tiempo de deslizar en medio de la discusión algunas frases alusivas a intereses políticos de este o aquel país, ocultas bajo el manto de la filantropía, y he aquí lo bastante para que las conferencias científicas, de las cuales tanto esperaba la humanidad, terminen, según la gráfica expresión del vulgo como merienda de negros.

El bill de reforma electoral presentado a las Cámaras británicas promete asimismo ser objeto de largas y acaloradas controversias por parte de los representantes del país. Desde luego, el proyecto de reforma sólo hace aplicación de los nuevos derechos a Inglaterra, excluyendo la Escocia y la Irlanda. Estas restricciones, a más de aumentar la exasperación de los países a que se refieren, son acogidas con evidente disgusto entre los radicales, a quienes no impone la obligación de callar el interés del Gobierno. Por su parte los conservadores han celebrado un meeting con asistencia de todas las notabilidades del partido en el cual se acordó presentar la batalla al Gabinete en ambas Cámaras. Acerca del resultado de la campaña parlamentaria que se inaugura con el bill de reforma, se hacen muchos comentarios, no faltando quien se anticipe a predecir la derrota del Gabinete.

Estas levantadas y luminosas discusiones del Parlamento inglés y las que actualmente tienen lugar en la Cámara francesa a propósito del debate sobre libertades públicas, ocuparán en primer término y durante algunas semanas la atención de los que siguen con interés el curso de la política extranjera.

Dejando nosotros este terreno por ahora, y volviendo los ojos a nuestro país para terminar la revista ocupándonos de algo menos árido y

enojoso que los asuntos políticos, vamos a decir dos palabras acerca de las novedades literarias y científicas de que hemos tenido conocimiento durante la semana última.

Pocas son estas novedades, aunque algunas de ellas de verdadero interés. La Junta de Archivos y Bibliotecas ha acordado la formación de un museo arqueológico donde se reúnan y custodien los tesoros que poseemos de este género, casi abandonados y esparcidos sin orden en diferentes establecimientos públicos. La importancia de esta determinación creemos inútil encarecerla, pues aunque nos parece que viene un poco tarde, y cuando ya los traficantes y especuladores han hecho desaparecer los objetos dignos de estima, así en muebles, armas y medallas, como en pinturas, códices y trajes de que tan rico era hace pocos años nuestro país, todavía reuniendo lo que se conserva y haciendo adquisiciones por medio de personas inteligentes, podrá formarse un museo de grande utilidad para el estudio de escritores y artistas. Y ahora que de museos hablamos, parécenos ocasión oportuna de dar, por último, cuenta a nuestros lectores de la aparición del Catálogo provisional historial y razonado del Museo Nacional de Pinturas, formado por don Gregorio Cruzada Villaamil. Sólo teniendo conocimiento de la falta de datos y noticias acerca del origen y procedencia de estos cuadros, falta con que ha tenido que tropezar desde luego el señor Cruzada al emprender su tarea, puede apreciarse debidamente la diligencia exquisita, la perseverancia y el buen acierto con que la ha llevado a cabo. El Catálogo del Museo Nacional, por el orden con que en él se encuentran clasificadas las producciones de las diferentes escuelas que lo componen, por las noticias biográficas de los autores que contiene, y el tino con que, aunque ligeramente, se juzgan sus principales obras, puede servir de materia importante para la historia de la pintura

española, sobre la cual tan poco se ha escrito aún, a pesar de la merecida fama que goza entre nacionales y extranjeros.

EL velo de los altares se ha rasgado, las campanas voltean en las torres y celebran la Resurrección de Cristo entonando un himno de júbilo al vencedor de la muerte. En las puertas de abril, del mes favorito de la primavera, nos encontramos con la Pascua florida. De la tristeza, la quietud y el silencio hemos pasado como por encanto al regocijo, a la actividad y el ruido. Las campanas han dado la señal rompiendo el aire con su alegre armonía. En las ondas de luz, de sonidos y de perfumes que llegan en este momento hasta nosotros, debe haber algo de aquel encanto inexplicable e irresistible de que se siente poseído Fausto en una de las primeras escenas del poema de Goethe, al oír la misteriosa música de las campanas de la vetusta catedral gótica que saludan el alba el día de la Resurrección.

El tiempo, por su parte, no ha contribuido poco a completar los seductores detalles del cuadro. Compadecido de nosotros y para darnos a entender que no porque se entretenga a despedir cariñosamente al invierno pierde un día de jornada en el camino que le conduce al verano, se ha plantado de un salto en la primavera. Y henos aquí gozando de todas las delicias que proporciona la corte con sus mañanas frescas y alegres que llaman con un rayo de sol a la ventana de los perezosos convidándoles a ir al Retiro, donde ya florecen las primeras lilas, y con sus tardes serenas

y templadas que reúnen en el Prado, en la Castellana y en Recoletos a lo más elegante y escogido de la sociedad madrileña.

Absortos en la presente felicidad sólo nos asalta de cuando en cuando un temor. ¿Durará esto mucho? El tiempo que para hacer resaltar mejor la bondad de sus días hermosos viene agobiándonos a fuerza de contrastes ¿renunciará por completo a esos efectos teatrales cuando menos se espera hacen sufrir al termómetro un bajón de catorce o quince grados? Difícil nos parece, porque como dice el adagio, el que malas mañan ha, tarde o nunca las olvida. No obstante, la desconfianza que abrigamos respecto a este caprichoso árbitro de nuestra salud y nuestros placeres, no nos impedirá darle un voto de gracias por el interregno que nos ha concedido.

Merced a su benevolencia, los fieles han podido acudir como de costumbre a visitar los templos sin grave detrimento del vestuario de gala, y las procesiones y cofradías han salido a las calles sin temor de que un chubasco las desordene o desluzca. Respecto a Madrid aunque el temporal hubiese impedido esta última parte de la solemnidad religiosa, seguramente que no sería muy de lamentar la pérdida del espectáculo. Es cosa olvidada de sabida que en cuanto al mérito de las imágenes y el lujo y la pompa de cofradías y procesiones, la coronada villa apenas puede sostener la comparación con la última de las capitales de provincia de España.

No sucede lo mismo en lo que concierne al decorado y ornamentación de las iglesias pues si bien no se hallan monumentos tan majestuosos e imponentes por sus colosales proporciones como los de las catedrales de Toledo y Sevilla o el no menos artístico y grandioso de San Lorenzo del Escorial, el buen gusto y la acertada disposición de los que se ven en los templos de la corte suplen a la falta de magnitud y de grandeza, que no

permite a veces la pequeñez del recinto en que se levantan.

Lo más notable y clásico de la Semana Santa de Madrid es, pues, la tarde del Jueves Santo en que la población en masa, cumpliendo uno de los preceptos de la solemnidad, visita los monumentos de las diferentes iglesias. En ese día las damas elegantes truecan las caprichosas toilettes, propias del Real, y el distinguido sombrero francés de rigor en la Castellana, por la sencilla y severa falda de glasé negro y la graciosa y tradicional mantilla española y colocadas a la puerta de los templos consiguen de sus admiradores que, siquiera por un momento, hagan de la Caridad fórmula de galantería.

La devoción en primer término y la curiosidad en segundo atraen un inmenso número de personas a las iglesias cuyo camino señala un cordón de gentes que van y vienen sin cesar. Como en los años anteriores la capilla del Obispo donde se admiran en esta época los apreciables lienzos de Villoldo, ha sido una de las más frecuentadas, llamando igualmente la atención la del Hospital general y la parroquia de San Ginés por los elegantes y artísticos monumentos que en ellas se han colocado nuevamente.

Pero como todo pasa en este mundo, la Semana Santa con sus esplendores religiosos, sus austeras penitencias y su silencioso recogimiento ha pasado también, volviendo las cosas a seguir su curso regular y ordinario. Como es natural, al fijar de nuevo la vista en los asuntos objeto de nuestra preferente atención, encontramos un sinnúmero de novedades de toda especie. De estas novedades unas las constituyen sucesos realizados, otras se componen de proyectos y planes para un cercano porvenir. En política sobre todo hay materia para escribir no una revista, sino algunos volúmenes. Y eso que no entra en nuestro ánimo ocuparnos de lo que pasa de puertas adentro.

Por de pronto, según las últimas noticias que encontramos en correspondencias dignas de crédito y a juzgar por el carácter que presenta la tan debatida cuestión de los ducados alemanes, se hace inminente la guerra entre Prusia y Austria. Esto al menos dicen la mayor parte de los periódicos extranjeros, y del mismo modo opinan políticos experimentados y sagaces en esta clase de negocios. Sin embargo, a nosotros se nos antoja que esta vez como siempre las dos grandes potencias alemanas se limitarán a cambiar algunas diatribas en las hojas oficiales, a hacer algunos equilibrios diplomáticos, quitar el polvo a las armas de los parques, y como el valentón del famoso soneto de Cervantes mirarse de soslayo y marcharse sin hacer nada.

Algo más seria nos parece la agitación que se deja sentir en toda Italia a medida que se aproxima el plazo estipulado en el convenio de 15 de septiembre para el completo abandono de Roma por la guarnición francesa: agitación que se ha manifestado bien a las claras con pretexto de la anulación del acta de Mazini.

Elegido el célebre triunviro por uno de los distritos electorales de Italia, para ocupar un escaño en el Parlamento, la Cámara ha anulado el acta cerrándole las puertas de la representación nacional. El partido de acción conociendo que de día en día pierde terreno en las esferas oficiales, acusa al Gabinete de haber cedido en este asunto a la influencia de las Tullerías, y en un meeting celebrado en Florencia los oradores han ido tan lejos por este camino que hubo momentos en que se temió seriamente por la conservación del orden. Al meeting de Florencia parece que seguirán otros muchos en diversas localidades de la península, y los exaltados asociando los nombres de Garibaldi y Mazini y tremolando la bandera con el lema de Italia una y Roma la capital, no dudamos que

darán mucho que hacer al Gobierno de su país y a los Gabinetes extranjeros, que ya comienzan a preocuparse de esta formidable cuestión.

En Inglaterra, por el contrario, los vientos soplan de diferentes cuadrantes. Por espacio de algunos años los radicales hicieron de la reforma un ariete poderoso para batir en brecha a los Gobiernos conservadores: en la Cámara, en la Prensa, en las reuniones públicas, se presentaba este paso como una necesidad para todos los intereses: pero he aquí que el jefe de la parcialidad que más alto proclamaba la conveniencia de la ampliación de ciertos derechos, sube al Poder y cuando intenta poner en práctica su idea, se encuentra con una oposición compuesta de partidarios tan decididos y numerosos como los que un día logré reunir en torno a su estandarte. ¿Era ficticia la atmósfera que se hizo en todo el país por los radicales al iniciar estas medidas? ¿Han cambiado de tal modo las circunstancias que lo que antes fue necesidad apremiante ahora podría calificarse de aventurado y atrevido? He aquí un problema que los periódicos ingleses se afanan inútilmente por resolver; pero entre tanto es un hecho que la reforma encuentra cada día mayores obstáculos en su camino y que los que más claro ven en la cuestión no dudan de que el Ministerio se encuentra como vulgarmente se dice entre la espada y la pared, esto es, en la alternativa de retirar el bill de la Cámara o retirarse él mismo de la gestión de los negocios públicos.

Mientras el Gabinete británico se decide por una u otra cosa retirémonos nosotros del terreno de la política para apuntar dos noticias pertenecientes al círculo de las artes y la literatura.

La Real Academia de San Fernando ha nombrado su socio correspondiente al ilustrado canónigo lectoral de la catedral de Córdoba señor don Vicente Cándido López. Cuantos se interesen algo por el esplendor de las artes

españolas y vean con gusto difundirse en todas las clases sociales el inteligente respeto y la piadosa veneración hacia los monumentos que no han dejado otros siglos como testimonio de su grandeza, no podrán menos de aplaudir elección tan acertada. En efecto, el señor don Vicente Cándido López, dando un ejemplo digno de imitarse ha emprendido la restauración de la célebre mezquita cordobesa, hoy convertida en templo cristiano, con un acierto y una inteligencia dignos de los mayores elogios. Merced a su ilustrada iniciativa y a su actividad incansable, los entusiastas de la arquitectura árabe podrán admirar en toda su pureza y esplendor una de sus más hermosas muestras en un templo que la ignorancia y la incuria habían afeado y deslucido hasta el punto de ser objeto constante de crítica y desdoro para nuestro país, del cual daba malísima idea a los extranjeros que de continuo lo visitan.

Así como la Academia de San Fernando se ha reunido para acordar esta acertada muestra de distinción a una persona que por tantos títulos la merece, la Sociedad de bibliófilos ha celebrado una importante sesión en la Biblioteca Nacional, bajo la presidencia del señor don Cayetano Rosell, en la cual se ha decidido dar a luz la colección completa de las obras del inmortal poeta de las flores y las ruinas, del clásico Roja. Esta colección, en la cual habrán de comprenderse todas sus producciones, así las publicadas como las que aún se conservan inéditas, ha de contribuir a hacer más popular el nombre del ilustre poeta sevillano, prestando al mismo tiempo, un verdadero servicio a las letras castellanas y a los muchos admiradores de tan celebrado autor. Para terminar nuestra tarea diríamos algunas palabras acerca de los teatros si en la última semana las fiestas religiosas no hubieran reducido a cero las novedades de este género. Afortunadamente proyectos para el porvenir no faltan y en las

revistas próximas podremos desquitarnos.

EN dos sucesos culminantes se ha fijado la atención pública durante la última semana. La dimisión de Ríos Rosas y el combate de algunos de nuestros buques del Pacífico con los de la escuadra aliada de Chile y el Perú.

El primero de estos acontecimientos, aunque lenta y trabajosamente, ha llegado al fin a su desenlace, y los comentaristas de oficio han dicho sobre él su última palabra. Acerca de las noticias recibidas del teatro de la guerra, se han emitido muchos pareceres contradictorios hasta tanto que los partes oficiales del jefe de las fuerzas españolas han hecho luz en el asunto.

El encuentro, objeto de tan diversas opiniones, parece que tuvo lugar del siguiente modo: Las fragatas Blanca y Villa de Madrid, mandadas por los capitanes de navío señores Topete y Alvar González, se destacaron de la escuadra en busca de víveres. Con este objeto, tocaron en algunos puntos donde esperaban encontrarlos en abundancia. De vuelta de su expedición, y después de haberse aprovisionado, tuvieron aviso los capitanes de ambos buques de que la mayor parte de las escuadras, chilena y peruana se hallaba en uno de los puertos de Chile, a donde se habían refugiado para ponerse al abrigo del ataque de nuestras fuerzas. Efectivamente, poniendo el rumbo al sitio que les habían indicado, hallaron en el puerto de Abatao a la fragata Apurimac, de cuarenta

cañones; las corbetas Unión y América, de diez y seis; la Covadonga, de tres, y varios vapores y lanchas cañoneras. Estas fuerzas, protegidas por los bajos y escollos peligrosísimos que rodean el lugar en que estaban fondeadas, y por dos fuertes, en los cuales se habían artillado los cañones de la Amazonas y del Tumbes, presentaban un aspecto formidable. La Blanca y la Villa de Madrid, cuyos jefes han tenido ya lugar de distinguirse en otras ocasiones, y que en ésta han dado una nueva y brillante muestra de su decisión y energía, no dudaron un instante en empeñar la lucha. Despreciando el fuego, bastante vivo al comenzar el combate, se aproximaron cuanto les fue posible a la escuadra contraria, y asestándole sus cañones después de tres o cuatro horas de una empeñadísima lucha, teniendo que sufrir las andanadas de los fuertes que cruzaban sus fuegos a la embocadura del estrecho y de las piezas de los buques chilenos y peruanos, entre las cuales las había de gran calibre, lograron romper la línea enemiga, causándoles considerables destrozos. Terminada la lucha por haber sobrevenido la noche, y por haberse refugiado los buques contrarios al fondo del puerto, inaccesible por los bajos y escollos que le rodean, en los cuales se perdieron no ha mucho el Amazonas y un vapor chileno, las fragatas Blanca y Villa de Madrid, que sólo habían sufrido ligeras averías, viraron de bordo, haciendo rumbo a alta mar.

Tal es, según de la relación de los periódicos extranjeros y de las cartas confidenciales se desprende, la verdad de los sucesos ocurridos. Los partes oficiales de los periódicos de Chile confirman igualmente la exactitud del anterior relato, pues si bien exageran las cosas en su favor, en la frialdad con que están redactados, se conoce a tiro de ballesta que la impresión que el suceso ha producido no es la más satisfactoria.

No obstante el aire de verosimilitud que presta a esta noticia la conformidad de las diferentes relaciones que de ella se han recibido, el prolongado silencio de la Gaceta dio lugar a temores y tristes conjeturas que nosotros creímos siempre destituidos de todo fundamento. Si es verdad que el combate de Chile, a juzgar por lo que de él nos dice la Gaceta, no ha sido tan decisivo como fuera de esperar, siempre, por las condiciones desventajosas en que se hallaban nuestros buques, arrostrando a un tiempo el fuego de los contrarios y los peligros que ofrecen aquellas costas, habrá de considerársele como una acción brillante en que los jefes de la Blanca y la Villa de Madrid, han demostrado el valor y los conocimientos facultativos tradicionales en la marina española.

Posteriormente se ha dicho que el señor Méndez Núñez ha dispuesto que la Blanca, la Resolución y la Numancia se dirijan a Chile para bloquear y destruir los buques que se albergan en el puerto de Abatao, mientras el resto de la escuadra hace rumbo al Callao, donde se encuentran la Esmeralda con algunos otros buques peruanos y chilenos.

Si estas disposiciones son ciertas no dudamos que las primeras noticias que se reciban de aquellas remotas playas serán completamente satisfactorias.

No lo son tanto las que se reciben respecto a política extranjera, si hemos de tomar como moneda corriente el entusiasmo bélico de que se manifiestan poseídas las hojas alemanas. Nosotros hemos creído siempre y seguimos creyendo todavía, que las dos grandes potencias de la Confederación Germánica, objeto en la actualidad de la más honda preocupación en los círculos diplomáticos, se limitarán ahora como en otras ocasiones a desahogar su cólera en amenazas. No obstante, esta vez hacen el papel tan a lo vivo que de cuando en cuando aun a los más

incrédulos nos asalta la duda, y no podemos menos de preguntarnos: ¿será posible la guerra entre Prusia y Austria? Una vez rotas las hostilidades entre estas dos poderosas naciones, seguramente el Gobierno de Víctor Manuel, empujado por el partido de acción, aprovecharía la coyuntura para distraer la atención de Roma encaminándola al Véneto. Enzarzada Italia, ¿a quién se oculta que Francia se vería arrastrada a mezclarse en el asunto? Y en cuanto a Inglaterra, ¿permanecería cruzada de brazos consintiendo voluntariamente en anularse a los ojos de Europa, ella que en otros tiempos ha llevado la batuta en el concierto de los intereses del mundo?

Al aceptar por un momento la posibilidad de esa guerra, la imaginación recorre rápidamente la línea de graves e inevitables conflictos y choques que serían su consecuencia, y el temor y la inquietud se apoderan del ánimo. Afortunadamente estas vacilaciones son pasajeras, y pronto volvemos a nuestra antigua opinión, que puede sintetizarse en esta frase, aunque vulgar por extremo gráfica: «No llegará la sangre al río». En efecto, los últimos despachos telegráficos anuncian que Austria ha enviado una nota a su antagonista, asegurándole que por su parte no se turbará la paz, y los Estados secundarios han dicho que entrarán en la lucha para combatir a aquella de las dos potencias de la cual parta la agresión.

Aunque todo ello no obsta para que prosigan los preparativos marciales, se fortifiquen las fronteras y hasta se designen los nombres de los generales que se han de poner a la cabeza de tales y cuales cuerpos de ejército en la campaña, bien podemos apartar la vista tranquilos de este asunto para fijarla en cosas de más entidad para nosotros, primero por tocarnos más de cerca, y segundo porque esperamos que serán más positivas.

Entre ellas debemos hablar en primer termino, de la inauguración de

los trabajos para construir el edificio destinado a Biblioteca Nacional y Museo, a los cuales se dará principio muy en breve. Cuando se verifique la ceremonia de colocar la primera piedra, ceremonia que ha de llevarse a efecto con solemnidad desusada, tendremos ocasión de ocuparnos de un proyecto tan importante para el decoro de las letras y las artes españolas, albergadas ambas en la actualidad en edificios insuficientes e indignos de su riqueza y su mérito. Por hoy nos limitaremos a felicitarnos de que, a pesar de las preocupaciones políticas, que suelen distraer más de lo necesario el ánimo de los gobernantes, no se haya puesto en olvido un proyecto que muchos dudaban que llegara a realizarse, y que, aun después de colocada la primera piedra, creemos que acerca de su terminación no faltarán incrédulos que repitan el ver para creer de Santo Tomás. ¡Se han colocado en España tantas primeras piedras, que todavía están aguardando la última, que la desconfianza en semejantes cuestiones suele ser compañera inseparable de la prudencia!

Y ahora que de arte nos ocupamos, a propósito del futuro Museo, parécenos igualmente ocasión de escribir algunas líneas acerca de una exposición especial para la que el señor ministro de Fomento ha concedido sitio a propósito. Un aficionado a antigüedades, que hace algunos años adquirió la propiedad del palacio fortaleza de Curiel, por compra hecha al señor duque de Osuna, posee varias curiosísimas pinturas en tabla, procedentes de aquella residencia real. Estas tablas, que representan la caza del león, del cocodrilo, del oso, del tigre y del jabalí, con otra porción de asuntos caprichosos y fantásticos, pueden servir de datos inestimables para la historia de la pintura, por remontarse a una grande antigüedad, ofreciendo al mismo tiempo ancho campo al estudio de las costumbres, los trajes y las armas de los siglos a que se refieren sus

asuntos.

Las periódicos que se han ocupado de tan precioso hallazgo, hacen votos por que el Museo Nacional adquiriera estas obras de arte. Nosotros esperamos a que su dueño, aprovechando la oferta del marqués de la Vega de Armijo, las exponga en el local que se le ha concedido para este objeto, y después de examinarlas y de dar a nuestros lectores una idea de ellas, uniremos nuestra voz a la de los demás periódicos, para que, si son dignas de estima, no vayan, como tantas otras han ido a enriquecer los museos de naciones extranjeras.

Por último, y entre las cosas notables de la pasada semana, hemos podido gozar del espectáculo de un eclipse total y visible de luna. -Un eclipse de luna dirán nuestros lectores, no es cosa nueva ni que merezca llamar seriamente la atención de los curiosos. El almanaque viene lleno de anuncios de la misma índole.- Sin embargo, al eclipse a que nos referimos han acompañado circunstancias tan extraordinarias, que bien merece el estudio particular con que le han observado los hombres científicos. Merced a la extraña revolución celeste que lo produjo, en el próximo mes pasado ha habido dos lunas llenas y en el presente habrá dos menguantes, cosa que según los cálculos astronómicos no ha sucedido tal vez desde la creación del mundo. Vean, pues, nuestros lectores, si el eclipse traía malicia y si merecía ser visto.

A los que por ignorancia o inadvertencia se les haya pasado la ocasión de observarlo les queda, sin embargo, un consuelo. Dentro de nueve mil y pico de años se repetirá la función, y de aquí a entonces tienen tiempo de sobra para estar prevenidos.

BARÓMETRO de la política llaman algunos a la Bolsa, y nunca más oportunamente que hoy se ha podido aplicar la frase. Ya en alza, ya en baja, ya vacilante, ya firme, sigue todas las oscilaciones de su inseparable compañera, y en este momento, sin duda por imitarla, está, como vulgarmente suele decirse, a ver venir.

Las cuestiones políticas, así dentro como fuera de nuestro país, han entrado en un período de expectación fecundo sólo en cálculos y esperanzas. La misión secreta del general Quesada; la expedición del señor Méndez Núñez y el futuro Banco Nacional, son materia más que suficiente para mantener vivos el interés y la ansiedad de los que se ocupan con predilección de estos asuntos. Esperemos a que el tiempo se encargue de resolver los problemas que cada cual plantea a su modo, para consignar su resultado positivo, y mientras se mantienen en el nebuloso estado en que se encuentran, tratemos de buscar por otra parte asunto a nuestra periódica revista.

De la cuestión alemana, cuyo amenazador horizonte hizo temer por un momento a Europa que iba a estallar la tormenta, tampoco se tienen noticias que se puedan calificar de interesantes. Austria y Prusia han quitado la mano del pomo de sus espadas, llevándola al sombrero para saludarse cordialmente, por medio de algunos despachos diplomáticos, y la pompa de jabón se ha deshecho. En los demás países también se mantienen in statu quo los asuntos políticos: fuerza será que aprovechemos esta especie de tregua para echar una ojeada sobre algunas cuestiones artísticas y literarias que en la actualidad se agitan entre nosotros.

Entre estas cuestiones, comienza a ser objeto de encontrados pareceres la del local destinado a España en la próxima Exposición Universal de París. Esperamos que en breve, personas ilustradas y competentes en la materia que se debate, favorecerán las columnas de El Museo con meditadas observaciones, hijas de un estudio detenido de la cuestión, hecho sobre el mismo terreno; pero esto no obstará a que, sin entrar en todos sus detalles, digamos hoy algunas palabras acerca de ella. Bien porque la iniciativa oficial no ha sido suficientemente activa y poderosa, bien porque en la masa de nuestros artistas e industriales no ha penetrado lo bastante el convencimiento de su utilidad, es lo cierto que, en las exposiciones anteriores, España ha hecho un papel bastante desairado, por no decir ridículo. Si el estado de nuestras artes, nuestra agricultura y nuestra industria fuera tan lastimoso y decadente que hiciera inútiles todos los esfuerzos del país por conservarse a una altura digna, nosotros seríamos los primeros a sentir en silencio, deplorando, interiormente las causas de esa triste decadencia, a atenuar en lo posible el efecto producido en Europa por la exhibición de nuestro atraso, y aconsejar, por último, que se renunciase a figurar de ninguna manera al lado de las demás naciones, si no se podía hacer con cierto decoro.

Pero no es así: España, si no en la medida que los países que marchan a la cabeza de la civilización, tiene elementos bastantes para hacer ver que no permanece ajena del todo al movimiento de adelanto del siglo XIX: y su renaciente industria, sus artes, que en poco tiempo han tomado un vuelo prodigioso, unidas a los productos de su fecundo suelo, pueden figurar dignamente en el concurso universal, modificando la equivocada idea que de nuestro país se tiene en el mundo.

Para conseguir tan satisfactorio resultado, es necesario que,

combinándose los esfuerzos particulares con los de la administración, allanen los obstáculos y las preocupaciones de todo género, que muy especialmente se encuentran en un país que aún no ha adquirido la costumbre de vencerlos; es necesario que así en la elección como en la colocación de los objetos suplan el acierto y el buen gusto al número y la calidad; es necesario, en fin, que tratándose si no de competir, de colocarse al lado de naciones que, sobre la ventaja material que nos llevan, hacen un particular estudio del aparato teatral de la exhibición, y saben doblar el efecto de las cosas, colocándolas convenientemente, no vayamos a prescindir de estos requisitos tan importantes, cuando se ha de juzgar por la impresión, presentándonos como suele decirse a la pata la llana a formar un contraste lastimoso con las encantadoras coqueterías y las refinaciones de buen gusto de las artes y las industrias extranjeras.

La experiencia adquirida en otras exposiciones nos indujo a creer que algo había de remediarse en la que se prepara.

El movimiento y la animación que se hizo notar cuando se publicó la convocatoria parecía señal evidente de que poco a poco comenzaba a dársele a este asunto toda la importancia que merece; pero a medida que se acerca el plazo vemos ir apareciendo unas tras otras las mismas dificultades y reproducirse idénticas quejas.

La Administración se duele de que los particulares no secunden sus esfuerzos: los particulares, a su vez, dicen que la Administración se encoge de hombros a sus justas exigencias. En tanto el tiempo corre, el término se aproxima y mientras los otros países no descansan un punto en sus trabajos, rivalizando entre sí, en actividad y celo, aquí marchan las cosas con una lentitud desesperante. Y no es éste, después de todo, el mayor mal, sino que a las causas de desaliento y disgusto enumeradas ha

venido a unirse últimamente la desconfianza de que el local que se nos destina sea bastante a satisfacer los deseos de los expositores españoles.

Noticias particulares recibidas de París dan por seguro que nuestra nación, peor representada o menos exigente que las otras naciones, sólo ha podido obtener un reducido espacio, en el que apenas cabrían amontonados, como en un almacén, todos los productos y objetos que trata de enviar. Ignoramos hasta qué punto un disculpable sentimiento de amor propio nacional herido por las preferencias y ventajas concedidas a otros países menos importantes podrá haber exagerado el fondo de verdad que hay en el asunto; de todos modos, creemos que el Gobierno español debe gestionar vivamente para que se subsane el daño, pues de no conseguirlo, se justificarían las prevenciones de los que se retraen, se malograrían los esfuerzos de los que tratan de exponer, y el resultado del concurso sería en último término ponernos una vez más en evidencia a los ojos de Europa.

Al mismo tiempo que de este asunto, que como es natural preocupa ahora en primer lugar a los que se encuentran más directamente interesados en él, se vuelve a hablar de a exposición de los objetos traídos por la Comisión científica del Pacífico, como de un acontecimiento próximo a realizarse. Al efecto parece que los trabajos emprendidos en el jardín Botánico, donde ha de tener lugar, marchan rápidamente a su terminación, de modo que, habiendo llegado ya al puerto de Barcelona setenta y dos cajones que componen la última remesa de los objetos que han de exponerse, el acto de la inauguración podrá celebrarse dentro de los días que restan del mes de abril.

Antes que los jardines del Botánico abran sus puertas a los inteligentes y curiosos atraídos por el interés de actualidad que inspira una exposición que parece que en cierto modo se relaciona con la guerra

que España sostiene en estos momentos en América, habrán dejado de estar expuestas al público las interesantes tablas que, según dijimos en nuestra revista, llamaban mucho la atención de los arqueólogos y aficionados a este género de antigüedades.

Las pinturas de estas tablas, que ya hemos tenido ocasión de examinar, son, según presumíamos, más dignas de estima como documento curioso para la historia del arte, que obras de mérito positivo. Las muestras del período a que pertenecen no son, sin embargo, únicas, ni tan raras que antes de ahora no pudieran haberse estudiado. En Toledo, y en el friso del artesonado de estilo muzárabe de una de sus parroquias, hemos visto tableros con una ornamentación muy semejante en la forma, y realizada asimismo con imágenes de caballeros y animales fantásticos, toscamente diseñadas con una línea obscura sobre los vivos colores del fondo. Si, como nosotros creemos conveniente, al Museo Nacional de pinturas se le imprime un carácter histórico procurando reunir los bastantes cuadros españoles para dar una idea exacta de los principios, la marcha, el desenvolvimiento y las intermitencias de postración del arte en nuestro país, la adquisición de las tablas del castillo de Curiel, como recuerdo histórico y como página interesante de la época en que la pintura comenzaba tímidamente a ensayar sus primeros pasos, contribuyendo a la ornamentación de los artesonados del palacio de los muros del templo y de las márgenes del libro, nos parece que sería de grande utilidad y verdadero interés.

EN el momento en que el agio toma por su cuenta un asunto político, ya puede decirse que hay tela cortada. Poco importa que las hojas oficiales y los documentos diplomáticos se esfuerzen por hacer la luz sobre el negocio, presentándolo bajo su verdadero punto de vista; los especuladores del miedo, cuya imaginación supera en fecundidad e invectiva a la de los novelistas más famosos, forjan a cada paso una nueva fábula, y, trasformando lo posible en probable, y lo probable en cierto, cuando ven que una cuestión explotable languidece y concluye la toman por su cuenta, y, aderezándola a su capricho, cada día la hacen aparecer bajo una nueva forma; cada día, por decirlo así, nos la sirven en diversa salsa.

Algo que se relacionase con las breves reflexiones que dejamos apuntadas podríamos decir respecto a lo que sucede en la actualidad entre nosotros; pero como al revés de lo que aconseja el refrán, debemos ocuparnos más bien de la casa del vecino que de la propia, aplicaremos la observación a la política extranjera en general, y particularmente a la cuestión alemana ayer concluida, según el criterio de los periódicos y los personajes mejor informados, y hoy vuelta a sacar a la arena de la pública discusión bajo una forma inesperada, merced a los que tienen interés en que se prolongue por un tiempo indefinido. En una de nuestras revistas anteriores nos ocupamos de las notas cambiadas entre los Gabinetes de Viena y Berlín, en virtud de las cuales Austria y Prusia, que por un momento amenazaron envolver a Europa en una guerra terrible, después de darse todo género de satisfacciones aparecían completamente de acuerdo para remitir a la Dieta la decisión de sus diferencias y el arreglo de sus encontrados intereses.

Mientras duró el estado de tirantez entre las dos grandes potencias

alemanas la Bolsa seguía todas las oscilaciones, ya favorables a la paz, ya precursoras de la guerra, significándose este movimiento de un modo más o menos sensible según las relaciones financieras de cada país con los que iban a entrar en la lucha. A río revuelto, ganancia de pescadores, dice el adagio. A bolsa vacilante, provecho de agiotistas, podemos repetir nosotros, y sólo así tendremos la explicación de la avidez con que todas las noticias referentes al asunto eran discutidas, comentadas y aun adornadas y corregidas entre los hombres de negocio. Arreglada la cuestión, cesaban las ocasiones de jugar con ventaja, y esto precisamente era lo que había sucedido. Pero he aquí que de la noche a la mañana se presenta bajo un punto de vista al mismo tiempo más temible y más probable. Según las afirmaciones de un periódico belga que se adelanta hasta a publicar el texto, Prusia e Italia acaban de celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Mr. de Bismark ayudará al Gabinete de Víctor Manuel a apoderarse del Veneto, y el rey Galantuomo, en cambio, prestará a Prusia su cooperación para realizar los planes de unidad alemana en provecho exclusivo del Gabinete de Berlín. La cosa es grave. Por fortuna para responder de la veracidad de esta trascendental negociación no se tienen más datos que un tratado secreto, que a los cuatro días de celebrarse un periódico belga comunica, en secreto también, a todos los círculos políticos de Europa. La noticia, pues, no ha surtido todo el efecto que debiera, si exceptuamos el punto en que tal vez se tenía más interés de que lo surtiese. El dinero es medroso y de su miedo nace la credulidad. Los valores públicos han oscilado, pronunciándose por un momento en baja en casi todas las Bolsas europeas y a estas horas estará ya dado el golpe. Cumplida su misión, la pavorosa noticia se desvanecerá como el humo, la esperanza y la paz volverá a renacer y hasta

otra. Esta es la historia eterna, de la cual cada día aparece una edición, y que el vulgo nunca acaba de aprender de memoria.

Respecto a nuestros asuntos de Chile y el Perú, tampoco han faltado nuevas inverosímiles durante la semana; pero en esta cuestión la experiencia parece que nos ha prevenido un poco, y los inventores, desconcertados con algunos chascos, se limitan a cálculos y conjeturas. No por eso faltan quienes afectan saber mejor acaso que el mismo general Quesada el qué y el cómo de su misión, relatando punto por punto sus instrucciones secretas, como si el Gobierno antes de ponerlas en manos del jefe de marina hubiese tenido la amabilidad de dárselas a leer a media docena de curiosos.

Lo cierto del caso es que, aunque algo se presume, nada se sabe, y si bien en uno de los correos próximos esperamos detalles del recibimiento que han hecho al Huascar y la Independencia los buques de nuestra escuadra que se habrán adelantado cortésmente a darles bienvenida; y acaso sé confirme también el brillante resultado de la expedición del señor Méndez Núñez a Chile, hasta que llegue la época sólo podemos confirmar las noticias que hacían subir a dos el número de buques inutilizados, a los enemigos en el último combate, y que pintan con los colores más sombríos la situación financiera de Chile y el estado de sus plazas comerciales.

La política, pues, como ven nuestros lectores, sigue ofreciendo muy reducido campo a los que para apreciar su curso desean partir de bases seguras o lo que es lo mismo, de noticias ciertas. Trasladándonos a otro terreno, se encuentran más fácilmente asuntos de qué ocuparnos.

La preciosa comedia de costumbres del señor Rubí, de cuyo estreno hicimos mérito en el número próximo pasado al ofrecer a nuestros suscriptores el retrato del autor, sigue llamando la atención del público,

que todas las noches acude al afortunado coliseo de la plaza del Rey, al mismo tiempo que merece las más lisonjeras apreciaciones por parte de los críticos que hasta ahora se han ocupado de ella.

El reducido espacio de que podemos disponer en una revista consagrada a tantos y tan diferentes asuntos, no nos permite hablar de esta notable producción con el detenimiento que reclama. No obstante, debemos consignar que, así por lo profundo del pensamiento del señor Rubí, que ha encontrado una fórmula sencilla para encarnarle, como por las bellezas literarias en que abunda, merece los unánimes aplausos que el público y la Prensa le tributan. ¡La sociedad marcha por un camino extraviado! He aquí el grito angustioso de los escritores moralistas en el libro y en la escena. Cada cual busca por su lado un vicio que estigmatizar, una costumbre perniciosa que corregir, una pasión poco noble que poner de relieve, una hipocresía a que arrancarle la careta. En la resolución del problema social que tenemos ante los ojos, la mayor parte se han limitado a atacar aisladamente algunos de los efectos, buscando el origen propio de la enfermedad especialísima que se proponían combatir en lo que más directamente tiene relación con ella.

El señor Rubí, buscando el principio morboso generador de tantos males, el germen primero y único que luego se desarrolla tomando formas tan diferentes, ha encontrado el verdadero punto vulnerable de la cuestión. La familia, el hogar doméstico es el núcleo de la sociedad, de la gran familia humana; del hogar doméstico irradian a fuera todas las virtudes o los vicios, cuyos gérmenes se pueden extirpar o fecundar más fácilmente en el primer período de su desarrollo. En la comedia del señor Rubí, sencilla en la forma, pero profunda en la idea, se aborda y se resuelve esta inmensa cuestión. La verdad de los caracteres de sus

personajes es tal, y tan acabado el estudio que de la escena hace el autor, que a todos nos parece conocerlos, que no hay apenas una idea iniciada en el discurso de la obra, que si no tan brillante y con una fórmula tan bella, no nos haya asaltado alguna vez la imaginación. La comedia del señor Rubí realiza el ideal del género.

Es propiamente un espejo en el que se refleja el interior de una familia, cuyas buenas y malas cualidades son harto comunes. Al público le basta ver aquella fiel imagen para reconocerse.

El legítimo triunfo del autor de esta nueva comedia ha venido a hacer patente una vez más que tenemos autores dramáticos dignos sucesores de los que en otras épocas dieron tantos días de gloria al famoso teatro español. Fáltanos, sin embargo, elementos materiales para que la escena de nuestro país se coloque a la altura que le corresponde.

Entre estos elementos es uno, sin duda, la construcción de un edificio digno de albergar la musa dramática española. Los que la rinden culto se muestran estos días muy animados con el proyecto de un teatro nacional, que ha de levantarse en breve merced al esfuerzo de algunos particulares. La incansable y poderosa iniciativa de don Eduardo Asquerino ha vuelto a agitar este asunto. Son tantos los obstáculos que se oponen a una empresa de tanta magnitud, que no podemos menos de temer que en ésta, como en las anteriores tentativas, el proyecto de teatro Nacional no pase de la esfera de la ilusión. Sin embargo, hoy que todo se fía en el asunto al interés individual, acaso tenga mejor fin que cuando se apoyan en esas protecciones oficiales que todo lo entorpecen y esterilizan.

Como objeto de especulación, que no por eso dejaría de prestar un gran servicio al arte, posible será, pues, que el teatro Nacional llegue a construirse; pero aun después de construido, y contando con obras de

verdadero mérito, queda un problema por resolver: ¿Y los actores?

Mientras éste y otros proyectos que han de dar mayor importancia a la escena dramática se realizan, la música, que de día en día cuenta con más numerosos adeptos, adelanta a grandes pasos en el camino del favor para con el público de la corte. Verdad es que con maestros tan inteligentes y activos como el señor Barbieri, y profesores tan admirables como los que secundan sus esfuerzos no es difícil propagar la afición por tan divino arte.

Sea cuestión de lujo o de moda, el espectáculo lírico ha echado tan profundas raíces entre nosotros, que su mantenimiento, es al presente una necesidad artística de primer orden. Gracias a la influencia de la ópera italiana, el oído del público se ha educado poco a poco, preparándose su inteligencia a entrar de lleno en el dominio de la música, sabia y profunda de los grandes maestros clásicos. Algunas fiestas musicales del Conservatorio y la sociedad de cuartetos, en sus deliciosas sesiones filarmónicas iban preparando la transición en un círculo privilegiado. Faltaba sólo dar un carácter más popular a estos conciertos, y he aquí lo que ha logrado el señor Barbieri en los que ha ofrecido en el Circo del Príncipe Alfonso.

SEGÚN anunciamos, la ceremonia para colocar la primera piedra del edificio destinado a Biblioteca y Museos Nacionales se ha llevado, a efecto con la brillantez y la animación que hacía presumir el general

deseo de que se realizase pronto y de una manera digna un acto de tanta importancia para las artes y las letras españolas. En otro lugar de nuestro periódico, y acompañando al dibujo que la representa con todos sus detalles, damos noticias más circunstanciadas de esta ceremonia, que ha dejado un grato recuerdo en el ánimo de la multitud de personas notables en las círculos políticos, artísticos y literarios de la corte que acudieron a presenciarla.

Debiendo ocuparnos en la revista de otros asuntos, nos limitaremos a consignar aquí la satisfacción que este suceso ha producido en cuantos se interesan por los adelantos y las mejoras de nuestro país, en el cual aunque luchando siempre con obstáculos difíciles de vencer, el espíritu de progreso ni se desanima ni se detiene, y, si bien, con lentitud en algunas ocasiones, sigue invariable el camino que ha de llevarnos a estado más próspero.

En medio de las preocupaciones políticas, de cada vez más hondas, cuando las cuestiones de Hacienda comúnmente circunscritas en la esfera de los grandes intereses son objeto hoy de la atención de todo el país, que aguarda verlas resueltas en una ansiosa expectativa, es verdaderamente maravilloso que no se apague el entusiasmo y la fe de los que esperan un porvenir más risueño y bonancible, y que no se echen al olvido los proyectos de reformas y mejoras cuya necesidad es tan generalmente sentida. Por más que la situación que atravesamos deba calificarse de difícil, naciones como la nuestra hallan en las mismas contrariedades motivo de redoblar sus esfuerzos y desplegar nueva energía, siendo a veces los obstáculos que detienen su marcha causas providenciales que las impulsan, a persistir en la demanda con más ardientes bríos.

Al mismo tiempo que se colocaba la primera piedra del edificio que ha

de prestar decoroso albergue a las letras y las artes españolas, ha vuelto a hablarse de la construcción del nuevo teatro donde los escritores dramáticos encontrarán escena digna de sus producciones. Y no son estos proyectos los únicos de que en la actualidad se ocupan la Prensa y las personas más directamente interesadas en llevarlos a cabo. También se trata de abordar una de las reformas que más han de contribuir a dar a la capital de España el aspecto de cultura y adelanto, propio de una población moderna e importante. La construcción de un camposanto digno de Madrid, a que aludimos en las anteriores líneas, es, sin duda, una de las necesidades que más se sienten.

Después de haber visto los modelos de este género que ofrecen las demás capitales de Europa, en los cuales se esfuerza el arte, ayudado de la naturaleza, para realizar el ideal de esa última morada del hombre, llena de majestad imponente o de melancólica hermosura, causa verdadero disgusto traer a la memoria nuestros prosaicos y repugnantes cementerios, donde se empaquetan los cadáveres en nichos que recuerdan los cajones numerados del estante de una droguería.

Bueno es que, una vez puesta la primera piedra del cimiento se prosiga con actividad la obra del magnífico edificio destinado a las artes; bueno que se piense en la constitución de un nuevo teatro; que se trate del trazado de nuevos jardines, del mejoramiento de ciertas localidades, hasta de levantar una nueva plaza de toros; pero, al mismo tiempo, no debe olvidarse que el planteamiento de un campo santo, sujeto a las condiciones artísticas e higiénicas puestas en práctica en otros grandes centros, o la reforma radical de los que hoy existen; es una de las obras que Madrid reclama con mayor urgencia, por ser el asunto en que se interesan el decoro de toda la población y el sentimiento particular de

cada uno de sus habitantes.

Como es natural, mientras se han agitado estas cuestiones y proyectos la política ha permanecido estacionada, o más bien dicho, porque la política no ha ofrecido novedad alguna, estos proyectos han llegado a preocupar y a servir de tema a las conversaciones. La cuestión de Chile sigue en el mismo estado en que la dejamos en nuestra anterior revista. Las últimas noticias del Pacífico han dejado al público en esa ansiedad que deja el capítulo de un folletín interesante cuando se lee al pie: la continuación en el próximo número. De la exactitud con que se ha contado el desenlace de la expedición del brigadier Méndez Núñez, del cual hubo algunas vagas noticias, y del resultado de la empresa confiada a la pericia y discreción del general Quesada debemos igualmente decir a nuestros lectores: la continuación al próximo correo.

En cambio, el telégrafo y las correspondencias extranjeras han traído la noticia primero, y algunos detalles después, del atentado contra la vida del emperador de Rusia. La persona que se arrojó a un acto tan atrevido se cree que no estaba en el cabal uso de sus facultades. Es un propietario a quien el decreto de emancipación de los siervos había traído pérdidas bastante considerables. Para consumar el crimen se aproximó al carruaje del emperador, y cuando le tuvo a tres pasos de distancia le hizo fuego con un revólver. Sin duda hubiera conseguido su objeto, si un agente de Policía que se encontraba inmediato no se hubiese arrojado sobre el culpable, sujetándole el brazo, y desviando, por consiguiente, la dirección de la bala, que fue a elevarse en una pared próxima. Este suceso de que en la actualidad se ocupan todas las publicaciones extranjeras, ha dado lugar a que algunas se detengan en los comentarios de un contraste que desde luego salta a la vista. Dos actos señalan, por decirlo así, el

reinado del actual emperador de Rusia. La durísima y cruel represión de Polonia y el decreto de emancipación de los siervos. El primero execrado por toda la Europa ha valido al emperador las más ardientes ovaciones de sus súbditos; el segundo, que no pudieron menos de aplaudir todos los países civilizados, le ha puesto a dos dedos de perecer a mano de uno de sus compatriotas. Indudablemente la Rusia no puede aún juzgarse con el criterio de las demás naciones.

Fuera de este suceso dramático, pero completamente ajeno a la política, poco o nada sabemos del exterior digno de ser referido. Como presumíamos, en el tira y afloja de la cuestión alemana volvemos a encontrarnos en un período de esperanza en la paz: mañana seguramente tornarán a reaparecer los rumores de guerra, y así seguirá prolongándose el juego hasta que los que la siguen atentamente se aburran de una cuestión que se presenta con tantos ribetes de farsa.

En París, desde luego, cada vez hacen menos efecto las contradictorias noticias que cada día se reciben de Austria y Prusia, y en la actualidad todo el interés se concentra en los preparativos de la Exposición y en las acaloradas polémicas que suscita el nuevo libro de Renan La vida de los apóstoles. En general la crítica encuentra la segunda parte de la obra del profesor de hebreo muy inferior en todos conceptos a la primera. Siempre se dudó que en La vida de Jesús hubiese completa buena fe por parte del autor; pero en la de los apóstoles es indudable que sólo se ha tratado de explotar el negocio editorial que resulta del ruido y del escándalo que producen ciertas arriesgadas teorías. Cualquiera que fuese el objeto que con ella se propuso Renan, La vida de Jesús se había hecho con más estudio; para producirla se había trabajado seriamente. La última producción es la segunda parte obligada de todas las obras que hacen

fortuna y que, por lo tanto, le coge de medio a medio el dicho de Cervantes de que nunca segundas partes fueron buenas.

Entre nosotros no tardará mucho en agitarse la cuestión de este libro, pues los campeones de la Iglesia, así en Francia como en casi todos los países católicos, se disponen a librar una segunda batalla contra las teorías del ya famoso profesor de hebreo.

Entretanto aquí los círculos literarios sólo se ocupan de la nueva obra del señor Larra, titulada En brazos de la muerte, que tan lisonjera acogida ha merecido del inteligente y numeroso público que frecuenta el teatro del Príncipe.

El drama del señor Larra, en cuya ejecución se han distinguido Teodora Lamadrid y Valero, está lleno de escenas interesantes y de rasgos de sentimiento que justifican los calurosos aplausos con que el público premia todas las noches a su autor llamándole repetidas veces a la escena.

De la crítica fría y severa del drama resultan algunas flaquezas de la fábula y falta de verdad en ciertos caracteres; pero el todo se encuentra revestido de una forma literaria tan poco vulgar y se trasluce en el discurso de la obra un conocimiento de los recursos de la escena, que no dudamos en colocarla al lado de las más populares que han brotado de la misma pluma a que se debe La oración de la tarde y otras no menos bellas producciones de nuestro teatro moderno.

PARA los poetas, la primavera es la estación de las flores y del

amor: es la gioventu de l'anno si hemos de creer al Dante. El cielo se viste de azul, la tierra se cubre de verdura, el aire se llena de armonías, la cabeza de sueños, el corazón de deseos sin nombre: Da suspiros la dueña que non ha esposo, como observa Berceo. Todo germina, brota y se desenvuelve. Todo revela que la vitalidad toca de nuevo al misterioso, punto del círculo en que gira renovando al pasar por él sus inagotables fuerzas. Esto era antiguamente, pero los modernos, como el protagonista de El médico a palos, «hemos arreglado las cosas de otro modo». Para los jugadores de Bolsa, para los augures del siglo XIX, la primavera es la época de las grandes combinaciones políticas, de las guerras y los cataclismos, la época, en fin, en que los geógrafos coronados rectifican el mapa-mundi con la punta de su espada señalando con sangre a falta de otra pintura mejor la línea de los nuevos límites. Todo lo que la diplomacia incubaba en el fondo de sus notas reservadas durante el invierno, germina, brota y florece al dulce aflujo de los rayos de sol primaverales. No siempre la flor da fruto. No todo lo que se proyecta se realiza. Sin embargo, el almanaque político, sin temor de equivocarse puede dar de antemano para esta estación nubes oscuras, aires de tempestad, aparato de tormenta.

La primavera del 66 no había de ser menos que sus predecesoras, y al efecto nos ha dado el anual contingente de novedades con un serio conflicto en perspectiva. El prólogo de la función ha corrido de cuenta de las dos grandes potencias alemanas. El diálogo de Austria y Prusia comenzaba a hacerse pesado y a perder parte del interés; mas he aquí que con la Italia sale un nuevo personaje a la escena y asunto se complica, viniendo como de molde aquello del marqués de Caravaca:

«Es de enredo el argumento;

un embrollo de otro nace.»

El prólogo, pues, ha concluido. Comienza el primer acto, sale Víctor Manuel en luces de bengala y dice:

Ya sabréis, vasallos míos,
que habrá tres años y medio
que a pesar del Cuadrilátero
le hago el amor al Veneto, etc.

He aquí en resumen lo que viene a significar la escena representada por Italia; he aquí en compendio a noticia que al comenzar la semana última ha caído de las nubes como una bomba en medio de los círculos Políticos, produciendo la estupefacción de los diplomáticos en agraz y una baja en los fondos públicos que juntarán la cabeza con los pies a más de un jugador optimista.

El caso no es para menos. El telégrafo al comunicar la nueva no se anduvo en perfiles. Nos acostamos tan tranquilos la víspera de la explosión, y al amanecer nos encontramos con esta friolera:

«Italia ha puesto en pie de guerra su ejército. Lamármora abandona el Poder a Ricascli. Se ha llamado a Garibaldi, que acaso está ya en Florencia. Austria, por su parte, ha interrumpido el servicio de los caminos de hierro para el público, utilizándolos en el transporte de materiales con destino a la campaña. Por lo pronto, ha concentrado en el Cuadrilátero 200.000 hombres.»

Los desconfiados se restregaban los ojos y volvían a leer el telegrama, creyendo que no lo habían entendido bien. Los crédulos, aguzando el oído y poniendo atención hacia la parte de Italia, pensaban

oír el rumor del primer cañonazo disparado en la frontera de Lombardía.

Unos y otros fijaron después la vista alternativamente en Prusia, Inglaterra y Francia.

Bismark se restregaba las manos de gusto y se daba palmadas en la frente repitiendo con Fígaro: ¡Che invenzione! ¡Che invenzione!, mientras John Bull, aun no repuesto del chasco del bill reformador, miraba de reojo hacia las Tullerías, donde el águila imperial silbaba con cierto retintín y mejor que lo pudiera hacer un mirlo, el famoso aire:

No: no tendrás

nuestro Rhin alemán.

El conjunto ofrecía un verdadero tableau. A juzgar por los preparativos, era de temer que después de una acción complicada al llegar el desenlace cada cual tiraría de un girón del remendado imperio austriaco, cumpliéndose el refrán «el que de ajeno se viste...»

Por fortuna, en esta como en casi todas las ocasiones semejantes, la concisión sui generis del lenguaje telegráfico, omitiendo ciertas medias tintas que quitan la crudeza al color de los asuntos, hizo que la noticia pareciese más precisa y rotunda de lo que en realidad son los sucesos.

Pasado el primer repente, se ha ido diciendo que Lamármora no deja la presidencia del Consejo de ministros, que Garibaldi permanece en Caprera, que el Austria, en fin, no se decide a tomar la iniciativa, rompiendo las hostilidades, hostilidades que Italia por su parte duda asimismo en iniciar.

La obscura nube que cubrió el horizonte en Europa, se ha rasgado por algunos puntos, dejando ver a retazos el azul del cielo. ¿Pasará la tempestad de largo? ¡Quién sabe! Estas tormentas de verano son tan

caprichosas. No obstante, debemos decir que si bien las primeras noticias han sido evidentemente exageradas, pues la cuestión se encuentra aún en el período de los armamentos y revistas, los planes y los cálculos, las impaciencias y las precauciones, no sería extraño que al fin se formalizase, y una vez producida la primera chispa, el incendio se hiciese general a Europa. ¿Hasta qué punto pudieran envolvernos las eventualidades de una guerra de tanta importancia? He aquí una nueva cuestión nada fácil de resolver, pero en la que ni entraremos estando como estamos en la creencia de que aún no es hora. Lo repetimos, el negocio está en flor todavía, acaso el sol de los primeros meses de estío madure el fruto; de aquí allá tiempo tenemos de ocuparnos de cosas más positivas y que nos atañen más de cerca.

Con las noticias de Chile, esta vez al menos, ha sucedido lo contrario de lo que acontece con las de Italia. Las últimas a medida que se completan van decreciendo en interés, las primeras según llegan con más detalles adquieren mayor importancia. La segunda expedición de nuestros buques al puerto de Abatao tenía al país pendiente del desenvolvimiento de los sucesos de aquella lejana guerra. Tratábase de dar un golpe decisivo, tratábase de coronar dignamente la obra comenzada por los bravos marinos Topete y Alvar Gonzalo. Ya desde hace algunos días circulaban rumores vagos respecto al desenlace de este segundo episodio, rumores que hicieron nacer más de una lisonjera esperanza, que, contra lo ordinario, se han visto superadas por la realidad.

En efecto: los jefes de las fragatas Numancia y Resolución, a los cuales estaba encomendada la honrosa tarea de acabar de lavar por completo hasta el más leve vestigio del ultraje inferido a nuestra bandera con el apresamiento de la Covadonga, han cumplido como buenos, añadiendo una

nueva página de gloria a los brillantes anales de nuestra marina. Los restos de la escuadra chileno-peruana, que inútilmente habían buscado un refugio entre los bajíos y escollos de Abatao, han sido destruídos por los proyectiles de nuestros cañones: de los buques de que se componía, unos fueron echados a pique, otros constituyen la presa de guerra que como señal de triunfo han sacado la Numancia y la Resolución de las aguas de Chiloe.

El suceso, como es fácil de presumir, ha causado el mayor desaliento en las repúblicas enemigas. Hay desastres que toda la retórica oficial no basta a disfrazar a los ojos de los que sienten sus efectos. Otro incidente glorioso para nuestras armas ha venido a colmar la medida del abatimiento, aun entre los más exaltados partidarios de la guerra en Chile y el Perú.

Al regresar las fragatas españolas de expedición, han apresado un buque de vapor, y con él, a más de los tripulantes, jefes y marinería, la no despreciable cantidad de seis o siete millones de reales. Ya hay para echar un remiendo, a costa del enemigo, a aquellos de nuestros barcos que hayan sufrido averías en la refriega. La veleta de la fortuna se ha vuelto del lado favorable a nuestras armas, y según la ya conocida frase, todo es empezar. Por lo pronto, el brigadier Méndez Núñez ha propuesto el canje de sus prisioneros de guerra por los de la Covadonga, amenazando si nuestros adversarios se niegan a él con bombardear a Valparaíso.

De las dos acciones en que estaba dividido el interés de la guerra para el público, una es ya conocida, la otra permanece aún oculta entre las sombras del misterio. Ya sabemos lo que han hecho las fuerzas al mando del brigadier Méndez Núñez. Resta una incógnita por despejar. ¿Qué es del general Quesada? Noticias recibidas de Río Janeiro anuncian que las

fragatas Huascar e Independencia han tocado en las costas del Brasil, con dirección a Chile. Se había dicho que la misión secreta del general Quesada era salirles al encuentro antes de llegar a donde se encuentran. Nosotros dudamos siempre que fuera esta precisamente la misión de nuestro entendido general de marina. ¿Si era secreta la misión cómo la habíamos de saber todo el mundo? El tiempo ha venido a justificar nuestras presunciones. Esperemos, pues, tranquilos el resultado de esta segunda parte, que como suele decirse, y aquí viene de molde, lo que fuere sonará.

Entretanto el aura de gloria que nos ha venido como un soplo vivificador de allende el mar, llega a propósito en la época en que el pueblo de Madrid conmemora el nombre de aquéllos de sus heroicos hijos que fueron los primeros en derramar su sangre por la independencia de la patria. El Dos de Mayo ha sido fuente copiosa de sentimiento y de elocuencia. Como origen de sentimiento, permanece aún y seguirá siendo inagotable, como tema de hermosas frases, nuestros más respetados oradores, nuestros más inspirados poetas la han agotado. Antes de profanar tan augusto día con un ditirambo de troquel, nos limitaremos, pues, a sentir en silencio, que cuando todo se ha dicho, es sin duda alguna el discurso más elocuente. ¡El Dos de Mayo! ¿Por ventura esta fecha no es por sí sola un himno? ¿Al qué añadirle una sola palabra?

RARA vez a una semana, llena de acontecimientos notables, como la última, sucede otra igualmente fecunda en novedades y noticias de interés.

Ahora, sin embargo, la regla ha tenido una excepción. Desde que el telégrafo dio la voz de alarma y la atención de las potencias europeas se reconcentró en el punto en que amenazaba estallar la tempestad, los alambres eléctricos prosiguen funcionando noche y día trayéndonos incesantemente, nuevas a cual más extraordinarias e imprevistas. Las que se refieren al atentado contra la vida de Mr. de Bismark, son sin duda alguna las que más vivamente han llamado la atención del público. Hay momentos en la historia de los pueblos en que todo pende de la vida de un hombre. Mr. de Bismark, en quien la tenacidad suple al genio, ha logrado colocarse en esa situación. Su muerte hubiera indudablemente trastornado los planes políticos que vienen preparando desde algún tiempo atrás varias de las más importantes naciones y de las cuales es el alma y la vida el sagaz presidente del Gabinete prusiano. El revólver de un fanático ha estado a punto de romper de un balazo el nudo gordiano de la cuestión europea que toda la diplomacia del mundo no ha sido suficiente a desatar.

Verdaderamente parece que no vale la pena de estarse combinando meses y meses un plan gigantesco, de secarse la inteligencia y agotar todos los recursos: de la astucia y el cálculo planteando un negocio, del cual lleva un quidan la resolución en el bolsillo. Por fortuna, y decimos por fortuna porque condenamos enérgicamente estos atentados, vengan de donde vinieren y cualquiera que sea la causa a que sus autores pretendan servir, de los cuatro disparos que ha sufrido Mr. de Bismark sólo uno le ha tocado, e hiriéndole tan levemente, que tuvo ánimo y fuerzas bastantes para apoderarse por su mano del asesino. La noticia del suceso, comunicada rápidamente por todos los círculos políticos, produjo la estupefacción y la alarma naturales. Nadie esperaba ni temía que un hecho de esta naturaleza viniese a trastornar el orden previsto de los negocios,

desviando y torciendo su curso. No obstante, pasado el susto, las cosas han vuelto a su primitivo ser y estado.

Otra de las noticias que también puede clasificarse entre las de mayor importancia, no tanto por lo que es en sí como por la significación que tiene es la respuesta del Gabinete de Viena a las notas de Prusia e Italia. Austria indudablemente ha deseado evitar el conflicto en que se encuentra; su política y sus intereses se lo aconsejaban a una. A este fin ha conspirado por todos los medios posibles; sin embargo, ahora al proponerle las condiciones con que los Gobiernos de Berlín y Florencia procederían al desarme, las rechaza con altivez y se dispone a la guerra. Seguramente ha conocido que la cuestión no tiene arreglo probable, y como Francisco I en Pavía, quiere salvar el honor aunque lo pierda todo. Al conocerse la contestación de Austria, se ha hecho tan evidente la inminencia de la guerra, que no han faltado noticieros que anuncien la ruptura de las hostilidades por parte de los italianos. Otros han dicho que el ataque ha partido de las fuerzas austriacas. La verdad es que hasta el momento no hay noticias positivas ni en uno ni en otro sentido, y si bien es un hecho apresurado la organización de los voluntarios en Italia, el nombramiento de los generales que han de mandar las divisiones de Prusia y la formidable concentración de fuerzas austriacas, en el cuadrilátero, todo permanece aún en ese estado de imponente calma que precede de cerca a las grandes tempestades. Las potencias que se aperciben a la lucha como los héroes de Homero, se miden con la vista desde la cabeza al pie antes de trabar combate.

En los demás países la política se amolda a las circunstancias, sintiéndose en casi todos los tristes efectos de la situación que atravesamos. Aunque una guerra nos lleve a la conquista de la civilización

y de los derechos más preciados, mientras dura, hay que cubrir con un velo la estatua de la libertad. Y como quiera que los intervalos de fuerza suelen no venir mal a los gobernantes de ningún país, la mayor parte de ellos se apresuran a tomar con tiempo esta precaución. En Inglaterra, el partido conservador, que cree llegada la hora de dar la última y decisiva batalla a los radicales, después del combate a que dio lugar el bill de la reforma, se preparan a nuevas y más empeñadas luchas. En Francia, la frase sacramental de el estado de Europa, sirve de respuesta para los que piden cierta latitud en los derechos políticos y la reducción del ejército. En España también se deja sentir la influencia de ese estado excepcional. La política, pues impera como reina absoluta en todos los círculos, en sus aras se consagran las primicias de todas las preocupaciones, a ella se deben las primeras frases de toda conversación. Obedeciendo al impulso general, nuestra revista no puede menos de pagarle a su vez un tributo en los anteriores párrafos. Por otra parte, las noticias de diferente índole han escaseado en los últimos días, ofreciéndonos únicamente en lontananza. La fiesta de San Isidro, en cuya alegre romería da el pueblo de Madrid al olvido todos sus pesares y sus inquietudes, la exposición de los objetos traídos por la comisión científica de la América del Sur, y el certamen poético abierto por la Sociedad abolicionista española, darán en breve materia abundante para la revista semanal de nuestro periódico en cuanto se relaciona con las artes, la industria y las costumbres características del país, que son sus asuntos predilectos. En tanto, y mientras la Gaceta no nos proporciona datos fidedignos acerca de los últimos sucesos de nuestra guerra con Chile y el Perú, con que adicionan esta ligera reseña de actualidades, diremos algunas palabras sobre música, que aunque en algunas ocasiones y esta es una de ellas, todo ha de parecer

celestial, fuerza es tomar las cosas según se van dando.

Respecto a música hemos tenido últimamente dos verdaderas novedades. El concierto del guitarrista señor Cano ha sido una, y la ejecución casi perfecta de una ópera en el teatro Real, la otra. Ambas suelen producirse muy de tarde en tarde. El reinado de la guitarra pasó. El atronador piano la ha relegado otra vez al dominio del pueblo, de donde salió hace años para enseñorearse momentáneamente de los salones. Algunos apasionados del característico y tradicional instrumento en que nuestras abuelas cantaron la Atala y el Frondoso, siguen en la creencia de que así es bueno para rasguear unas seguidillas como para tocar la sinfonía de Guillermo Tell, de Rossini. Si alguien puede contribuir a que se mantenga esta ilusión, seguramente es un guitarrista tan consumado y hábil como el señor Cano. -«En sus manos, dicen sus admiradores, el instrumento que toca no parece una guitarra.» Y en efecto es así. Pero este elogio del artista es la condenación del instrumento: cuando se le ha vencido, cuando se le ha dominado, todo lo más que se logra es que parezca lo que no es. A nuestro modo de ver, así como el piano, a pesar de las eminencias que en él han descollado, desempeña sus funciones más importantes llevando el compás de un cotillón o un wals polka en una reunión de familia, la guitarra, instrumento popular por excelencia, nunca suena mejor que en la noche, quejándose al pie de una ventana, o prestando vida y movimiento, con sus alegres tonos a lo que la gente de la bulla llama en Andalucía un jaleo pobre.

El concierto del señor Cano ha sido, no obstante, una verdadera solemnidad filarmónica para sus entusiastas; por nuestra parte sólo deploramos que tanta constancia y tanto talento se empleen en tarea tan ingrata como querer dar idea con las seis cuerdas de un instrumento,

aunque rico en armonías, pobrísimo en sonoridad, de los efectos de la música, escrita para orquesta.

¿Quién puede asegurarnos que tantas y tan bellísimas melodías de nuestro célebre Carnicer no duermen en el más profundo olvido, sólo por haberse escrito para guitarra?

La segunda novedad: la representación del Trovador, por Tamberlik, ha sido un nuevo y magnífico triunfo para este eminente artista. Sólo una ejecución perfecta ha podido conseguir que el público, primero, y nosotros, después, coloquemos en el catálogo de las cosas notables y nuevas la representación de una ópera tan puro traída y llevada que la silban los pilluelos y la repiten los organillos. El Teatro Real muere como el cisne entonando su mejor canto para despedirse del mundo. La empresa de los Elíseos, a la que antes se ofrecía el camino llano y agradable, tendrá que hacer bastante para luchar con este recuerdo.

La temporada filarmónica empezó con La Africana y acaba con la magnífica ejecución del Trovador, de la cual hablarán por mucho tiempo los diletantis cortesanos. «Comincia bene e finisce meglio.» Esto decía Rosini a un músico que le preguntaba el secreto de sus triunfos. El Teatro Real, sin embargo, ha seguido la regla del preceptista, sin que por eso pueda asegurarse que los abonados se reunirán para costearle una corona de laurel a la empresa. ¡En el largo paréntesis que forman La Africana y El Trovador hemos asistido a tantas catástrofes!

BUEN principio ha tenido la semana última. ¡La ofensa hecha a nuestros valientes marinos con el apresamiento de la Covadonga está vengada! ¡La escuadra española ha bombardeado a Valparaíso! He aquí las frases que se han repetido con entusiasmo durante los primeros días por todo el país al llegar hasta sus más apartados rincones esta lisonjera noticia. Tiempo hacía que deseábamos comenzar la revista de una semana con esas frases. Tiempo hacía que en medio de los sinsabores que a cada paso ofrecen las dificultades de la política interior, esperábamos la compensación en una poca gloria adquirida por nuestras armas en aquellos países remotos.

Ha bastado que el Gobierno dejase al jefe de la escuadra española la libertad de obrar enérgicamente para que la guerra de un gran paso hacia su término. La firme persuasión de que se podría concluir en un momento dado ha influido sin duda alguna en el exceso de consideraciones diplomáticas que vienen dificultando y entorpeciendo la resolución de este asunto desde que se planteó en el terreno de la fuerza. El acto de energía que hoy aplaudimos todos, llevado a efecto hace algunos meses hubiera dado a estas fechas resultados tanto o más ventajosos que los que han tocarse a consecuencia del bombardeo de Valparaíso. Sin embargo, más vale tarde que nunca. Puestos una vez en este camino, la marina española, cuya pericia y arrojo se han hecho evidentes, sabrá ganar el tiempo perdido probando a los que todavía abriguen alguna duda respecto al particular que el no haber humillado antes a nuestros contrarios, tomándonos por nuestra mano la justicia y la reparación que nos niegan, ha sido más sobra de longanimidad y consideraciones que falta de valor y medios.

Transmitida a Europa la noticia de tan importante acontecimiento por medio de telegramas, carecemos aún de detalles. Se ha hablado de protestas

por parte de los representantes de algunos países, y aun se ha llegado a decir que el de los Estados Unidos trató de impedir por medios materiales el bombardeo de la ciudad. Respecto a lo primero, nada más natural que algunas de las potencias interesadas en conservar los intereses comerciales de sus súbditos tratasen de reproducir sus gestiones anteriores en este sentido; en cuanto a la protesta acompañada por las vías de hechos del representante de los Estados Unidos la creemos completamente inverosímil. Los enemigos de España, que no son pocos, incansables en su ímproba tarea de tejer falsedades, han querido tal vez empañar la alegría de nuestros compatriotas, presentándonos como resultado de la gallarda acción del señor Méndez Núñez la proximidad de un conflicto con una potencia marítima tan importante como la norteamericana. Pero su afán es inútil; ni sus artificiosas mentiras ni el amaño y la falta de buena fe de los documentos oficiales de las repúblicas enemigas conseguirán esta vez disminuir las proporciones del triunfo que han alcanzado nuestras armas. A los que tratan de suponer que se oponen grandes obstáculos a la prosecución de los planes del jefe de nuestra escuadra del Pacífico, responde el señor Méndez Núñez arrasando unos tras otros, todos los puertos importantes del litoral chileno para concluir su triunfal expedición posesionándose de las islas Chinchas. A los que se empeñan en reducir la importancia del desastre de nuestros contrarios responderán los humeantes escombros de las fortificaciones y los edificios públicos de Valparaíso.

El golpe ha sido acaso tardío, pero cierto; según las noticias recibidas, se evalúa en veinte millones de pesos la pérdida material que han ocasionado nuestros proyectiles. Las fortificaciones han venido al suelo, la Aduana se ha desplomado, vastos almacenes han sido presa de las

llamas.

Como el acontecimiento estaba previsto, la inmensa mayoría de sus habitantes habían abandonado la ciudad a la primera intimación del jefe de la escuadra española, y, por lo tanto, las desgracias personales han sido muchas menos que las que podría hacer presumir tan espantosa ruina.

¡Gran mes se presenta el mes de mayo! El almanaque parece que lo trata con cariñosa predilección, acumulando en sus días todo género de festividades cívicas y religiosas. El barómetro viene señalando desde que apareció un tiempo de verdadera primavera. Los sucesos se arreglan de modo que con cada fiesta parece que coincide una noticia del exterior agradable. Lástima que el metálico y nuestros asuntos interiores se empeñen, aquél escaseando y éstos enmarañándose, en que no tengamos dicha completa. Por fortuna o por desgracia, pues no acertaremos a decir si ésta es una buena o mala cualidad de nuestro carácter, entre nosotros las cosas se van tomando como van viniendo, y si a un día nublado y triste, lleno de preocupaciones, de inquietudes y de rumores alarmantes sucede otro espléndido y sereno, con un sol de oro en el fondo del cielo azul y un rayo de esperanza en el fondo, del alma todo se olvida, todo se borra y no hay preocupación ni augurio infausto capaz de obscurecer un punto la alegría del momento.

Todas estas circunstancias parece que se han reunido por un acuerdo tácito, a fin de aligerar la atmósfera que a efectos de los acontecimientos políticos interiores y la pendiente y temerosa cuestión de Hacienda comenzaba a enrarecerse y a hacerse pesada. El pueblo de Madrid ha corrido, pues, este año con tanto o más gozo que los anteriores a posesionarse de la tradicional pradera de San Isidro, desde la víspera del día en que la Iglesia conmemora a su santo patrono.

Hay en España multitud de romerías, ferias y fiestas populares de este género, célebres y dignas de la celebridad que gozan. A unas da fama el santuario junto a cuyos muros se celebran; a otras la hermosura del sitio, el lujo desplegado en su adorno o la riqueza y el número de las cosas que en ellas son objeto de tráfico. La romería de San Isidro, en Madrid, careciendo de todos estos perfiles, conservándose en el estado de sencillez más primitivo, es, no obstante, la más renombrada, y merece serlo. El fondo no vale la pena; pero los personajes del cuadro son inmejorables. Una pradera monótona, al lado de un río enclenque: cuatro ribazos parduzcos, coronados de una mezquina ermita. He aquí la decoración del inmenso entremés, cuyos personajes necesitaríamos la pluma de don Ramón de la Cruz para trazarlos. Y aún así nuestra tarea quedaría incompleta. Podríamos tal vez pintar una escena, dar idea de un diálogo, dibujar un grupo, sorprender uno de los rasgos característicos de los actores; ¿pero cómo abarcar aquel conjunto abigarrado y ruidoso, dónde entre la nube de polvo y del humo de las buñolerías ambulantes, van y vienen, pasan y tornan, se empujan, se codean, se revuelven y se confunden éstos a pie, aquéllos en desvencijados alquilones, los otros en jamelgos imposibles o en ómnibus de todas formas, colores y tamaños, una multitud compuesta de cientos de miles de personas, para quienes la romería del Santo Labrador constituye la más grande y hermosa fiesta del año? Los que han asistido a ella, por mucho que les digamos, encontrarán pálida la descripción; los que no la conocen sino de oídas mal podrán comprender lo que es la romería por nuestras palabras.

Al mismo tiempo que la fiesta de San Isidro llamaba a la multitud a las orillas del Manzanares, los jardines del Botánico abrieron sus puertas al público, inaugurándose la exposición de los objetos traídos del

Pacífico por la expedición científica. No sin razón se suele decir que en Madrid hay gente para todo. En ciertas ocasiones parece, en efecto, que según se va necesitando va saliendo de debajo de las piedras. La pradera del Santo estuvo llena; los hermosos jardines en que tiene lugar la exposición no bastaban a contener las muchas personas que acudieron a visitarla el primer día. La exposición merece, en efecto, ser vista, no sólo de los que aman la ciencia, sino de todos aquellos a quienes interesa, siquiera sea por sola curiosidad, cuanto se relaciona con los lejanos países en que sostenemos una dilatada y honrosa lucha.

No es una revista del género a que ésta pertenece el sitio oportuno para la descripción detallada y científica de los innumerables objetos curiosos expuestos en el Botánico, ni el espacio de que podemos disponer lo permite, ni aunque lo permitiese la tarea es cosa fácil para hecha con sólo una ligera visita al local en que se encuentran reunidos.

Sólo diremos que, así por lo delicioso del paraje, como por la riqueza y la novedad de los objetos y el buen gusto y la inteligencia de que se ha dado muestra al exhibirlos, la exposición puede colocarse desde luego en el número de las más curiosas y dignas de un pueblo ilustrado e inteligente de cuantas se han celebrado en la corte.

TIRÓ el diablo de la manta y se descubrió el pastel. El Gabinete de las Tullerías comienza a enseñar la punta de la oreja de sus propósitos. En el que podríamos llamar periodo álgido de la cuestión austro-prusiana;

cuando el telégrafo nos transmitía despachos terroríficos; cuando las columnas de los periódicos extranjeros bastaban apenas a contener las noticias belicosas y las bruscas oscilaciones de los valores públicos anunciaban la proximidad de la catástrofe, indicamos, aunque ligeramente, en nuestra revista que no sería difícil que esta vez, como otras muchas, todo se redujese al amago del golpe. La intervención de Italia en el negocio y la pregunta aquiescencia del emperador de los franceses dieron a la guerra un carácter de probabilidad, que cada día se pronunciaba más con los anuncios de grandes y trascendentales combinaciones preparadas de antemano, y de las cuales tenía a su cargo la dirección el jefe del vecino imperio, a medida de cuya voluntad se desenvolvían los sucesos que habían de traerle por último a la codiciada posesión de las que han dado en llamarse fronteras naturales de la Francia.

Todo parecía dispuesto para comenzar; todo estaba hábilmente previsto; los hombres políticos y las publicaciones más graves discutían apenas las probabilidades de la guerra, ocupándose en primer término de su resultado. Nosotros, a despecho de la general evidencia, aunque con intervalos de pasajeras dudas, seguíamos no obstante guardando un resto de desconfianza. Como el apóstol, incrédulo, necesitábamos ver para creer. Teníamos al Austria, a la Prusia y la Italia, respectivamente, armadas y prontas a acometerse; pero necesitábamos oír el primer cañonazo.

Hace cerca de un mes que la Europa entera escucha con atención, esperando inútilmente oír ese primer cañonazo, y en el intervalo la diplomacia ha echado a volar la frase «Congreso europeo». Nuestra incredulidad no era del todo infundada.

El Congreso europeo de soberanos es el sueño favorito de Napoleón, la corona de sus planes. Hace años que la idea se cierne en la atmósfera de

la diplomacia sobre todos los grandes sucesos que ocurren. ¿Quién sabe si el aparato bélico desplegado en Europa en las circunstancias presentes, y el haber traído los sucesos hasta el punto en que se encuentran, no habrá sido otra cosa que un ardid para empujar a los países que aún se oponen a su celebración hacia ese famoso congreso de soberanos, verdadera panacea de los males que nos afligen en concepto del que lo ha concebido?

De todos modos la cuestión es indudable que acaba de entrar en un nuevo período. El discurso de Thiers pronunciado últimamente en la Cámara legislativa, desvaneciendo todo género de ilusiones acerca de soñados aumentos de territorio, que aún caso de verificarse traerían como resultado la unidad alemana, fatal a la política francesa, ha acabado de resfriar el espíritu público entre nuestros convecinos de allende el Pirineo, entre los que ya tenía la guerra pocos entusiastas. La misma Italia parece que no responde al llamamiento patriótico con todo el entusiasmo que debía esperarse. Aunque vago, se siente en el moderno reino el presentimiento de alguna catástrofe oculta entre las sombras del porvenir. Hasta ha llegado a aventurarse la idea de que Napoleón, arrepentido de su obra, busca medios indirectos de deshacerla. Para nosotros la más segura garantía de la paz es la desconfianza que respectivamente abrigan unas para con otras las potencias de primer orden. La diplomacia ha perdido la pista; los Gabinetes europeos se sienten inquietos y recelosos ante la presencia de esa esfinge que oculta tenazmente su enigma, y que se llama Napoleón. Ahora mejor que nunca podría aplicarse a la situación actual de Europa el título de la célebre comedia de Tirso: Entre bobos anda el juego.

Mientras por el Viejo Mundo las cuestiones oscilan a un lado y otro sin salir del mismo sitio, como la péndola de un reloj, en el Nuevo

marchan nuestros negocios viento en popa, y según todas las probabilidades pronto la Mala del Pacífico nos traerá noticia de la excursión de la escuadra, que al mando del señor Méndez Núñez, se dirigía a la fecha de los últimos partes a recorrer, hostilizándolos, todos los puertos de importancia de las repúblicas enemigas.

Apenas se ha entrado en el verdadero período de acción y de energía, la cuestión de Chile y el Perú se ha presentado bajo una nueva faz. En punto a derecho internacional, por más lamentable que esto sea, aún necesitan las reclamaciones más justas de la aceptación de algunos cañonazos para que se las entiendan bien. En tanto que nos hemos mantenido en el límite de las contemporalizaciones, todo el mundo parecía negarnos la razón, todo el mundo se conceptuaba con derecho para añadir una dificultad más a las muchas con que luchábamos sin resultado en este asunto. A la luz de los fuertes incendiados de Valparaíso, las potencias neutrales han visto al fin las cosas más claras, y si seguimos aportando al debate razones del calibre de las bombas arrojadas a la ciudad enemiga, hasta los mismos chilenos y peruanos acabarán por conceder que tenemos sobrada razón. Ocupándose la Cámara inglesa recientemente de los asuntos del Pacífico, aunque tarde, se ha visto precisada a hacer justicia a nuestra patria. En su seno se han levantado hombres distinguidos por su talento y su posición oficial para pagar un merecido tributo de elogios a la conducta de nuestros valientes marinos, y particularmente del jefe que los guía. El señor Méndez, en quien desde luego colocó el país sus más lisonjeras esperanzas, y que por las cualidades de carácter, de entendimiento y de energía de que antes de ahora ha dado pruebas parecía llamado desde luego a desempeñar un papel brillante en esta ocasión, ha respondido a la confianza que en él depositó el Gobierno confiriéndole tan

elevado cargo, y ha sacado airoas las predicciones de los que le auguraban un porvenir glorioso. El público testimonio de la Cámara inglesa, que rara vez se excede en el elogio de las demás naciones, y la casi unánime aprobación de las publicaciones extranjeras, acordes en alabar la prudencia, la energía y la generosidad del jefe de la escuadra española y de los valientes marinos que están a sus órdenes deben llenarnos de legítimo orgullo. A propósito de esta cuestión se refiere un diálogo que merece ser conocido. Parece que al cumplirse el término señalado por el señor Méndez Núñez para proceder al bombardeo se presentó en su cámara el comodoro americano, con objeto de hacer una última tentativa a favor del arreglo. Perdida la esperanza de conseguirlo, y no encontrando razones válidas que oponer a las que aducía el jefe de nuestras fuerzas navales en apoyo de su conducta, exclamó en tono interrogativo, desde un corto momento de pausa: «Y si en el acto de ir a romper el fuego me interpusiese yo entre la ciudad y la escuadra española, ¿qué haría usted?» Méndez Núñez, sin sorprenderse, a pesar de lo inesperado de la pregunta le contestó con gran sencillez: «Comenzaría por echarlo a usted a pique y luego cumpliría las órdenes de mi Gobierno.» Ignoramos hasta qué punto el diálogo es auténtico; pero de lo que no podrá haber duda a ninguna de las personas que tienen idea del temple de uno de los interlocutores, es de su verosimilitud. Fuera de estos detalles, de la sesión de la Cámara inglesa y de los despachos telegráficos que se refieren a los proyectos de celebración de un Congreso europeo, nada encontramos en las hojas extranjeras que naturalmente deba ocupar un sitio en nuestra periódica revista, si exceptuamos las noticias que se refieren a la Exposición de Pinturas que acaba de abrir sus salones al público en París.

Ya hacía tiempo que las publicaciones relativas al arte que ven la luz en Francia se habían ocupado del excesivo rigor de que daba muestras el Jurado al recibir o rechazar los cuadros destinados a esta Exposición. La lamentable desgracia de un artista de mérito que puso fin a su existencia al saber que había sido rechazada su obra y las vivas discusiones a que ha dado lugar entre escritores de arte distinguidos las inflexibles decisiones del Jurado, contribuían a excitar la curiosidad y el interés que naturalmente despierta una solemnidad de este género. A juzgar por los antecedentes, la Exposición de 1866 prometía ser una de las más escogidas y brillantes. Si hemos de dar crédito a las ligeras noticias que hasta ahora hemos podido recibir, las obras, en efecto, responden por su originalidad y por su mérito a la idea que ha presidido a los acuerdos del Jurado, el cual juzgando demasiado corto el número de premios que han de distribuirse, se propuso que la admisión constituyese por sí sola una recompensa. Teniendo en cuenta estas circunstancias, hemos visto con verdadera satisfacción que en el número de los que han logrado esta señalada muestra de aprecio, se encuentran muchos de nuestros compatriotas, a los cuales felicitamos sinceramente. Ya que por dentro las cosas no andan tan bien como todos desearíamos bueno es que en el exterior procuremos ayudar la reacción favorable a España, que poco a poco comienza a hacerse, la cual acabará de completarse cuando de un modo o de otro se logre inspirar en cuestiones financieras la confianza que ha tiempo tenemos perdida.

En tanto que los partidos y los hombres políticos disputan acaloradamente los medios que han de conducirnos a este resultado, las cosas siguen su acostumbrado curso en la coronada villa, donde en medio de las mayores preocupaciones siempre queda un resto de buen humor para

templar lo agrio con lo dulce.

Las empresas dramáticas que terminan en este mes sus tareas, han tratado de dejar buenos recuerdos en el público, dándole a conocer al despedirse algunas obras de mérito de reputados escritores. El Circo, poniendo en escena la comedia del señor Coupigny, titulada La paja en el ojo ajeno, se muestra hasta el fin incansable en su tarea de ofrecer obras nuevas a sus favorecedores. La paja en el ojo ajeno, sin pretensiones de trascendental, es una comedia agradable por la sencillez de su fábula y los rasgos felices con que están delineados algunos de sus caracteres; estas condiciones de la obra, unidas a una ejecución esmerada, han conseguido llamar al público por espacio de muchas noches al teatro de la plazuela del Rey.

La comedia Bienaventurados los que lloran, al mismo tiempo que proporciona un nuevo y legítimo triunfo a su autor, el señor Larra, y a los actores que la interpretan, sigue manteniendo reunida en el teatro del Príncipe una escogida concurrencia de las damas más elegantes y bellas de la corte, que después de haber colmado de aplausos a Tamberlik en su última representación dada a favor de los pobres, se disponen (si el tiempo lo permite) a trasladar sus reales a los Campos Elíseos, que abren esta semana las puertas del teatro Rossini con Roberto il diavolo.

TENEMOS un pie en el dintel del verano y a las revoluciones atmosféricas siguen no importándoles un ardite los preceptos del

almanaque. Y lo peor de todo es que si hemos de dar crédito al ya famoso astrónomo zaragozano, hay temporal para unos pocos días. Sólo una cosa nos consuela y nos mueve a dar crédito al antiguo adagio, que asegura que no hay mal que no venga para bien.

Si al comenzar hoy por segunda vez nuestra revista no pudiéramos hablar del tiempo, ¿con qué asunto hilvanaríamos a última hora estos veinte renglones a fin de no dejarla decapitada? El tiempo viene siendo, desde la antigüedad más remota, el gran recurso para los que no saben qué decir, o no pueden decir lo que saben. No hay tema más manoseado, pero ni más socorrido.

Démosle, pues, gracias porque nos proporciona el modo de llenar un hueco, y ya que respecto a los asuntos interiores no nos dejan ni repetir a la tarde lo que a todo el mundo dice por la mañana la Gaceta, mudemos de conversación y torzamos el rumbo.

Fijando desde luego la vista en lo que sucede en otros países, diremos que cuantas noticias se reciben del exterior vienen a justificar otro de los rumores políticos que comenzaron a adquirir consistencia cuando escribíamos la última revista. La idea de un Congreso, echada a volar en el punto en que Austria e Italia tenían ha levantado el brazo para descargarse un furibundo golpe, ha logrado hacer prosélitos, y las potencias interesadas en la cuestión, a semejanza del famoso vizcaíno de Cervantes, se han quedado con el brazo en alto esperando a otro capítulo la continuación de la historia.

Las tres naciones neutrales Francia, Inglaterra y Rusia, tomando la iniciativa en el asunto se han puesto de acuerdo para redactar los preliminares del Congreso, que bajo el nombre de Conferencia habrá de celebrarse muy en breve. Los Gabinetes de Austria, Italia y Prusia, parece

que han adoptado la idea en principio, y sólo se trata ahora de la actitud en que cada cual ha de esperar l'ardua sentenza. Si el Congreso cuaja, ¡qué triunfo para la diplomacia, tan de capa caída de algunos años a esta parte! A nuestro modo de ver, el Congreso se llevará a efecto, se hablará mucho, se pondrá un puntal para que el equilibrio se mantenga un poco, no resultando de todo ello más que un nuevo arañazo a los tratados de 1815. La obra colosal de toda la Europa coaligada contra el tío va desapareciendo poco a poco merced a la perseverancia del sobrino. Cada Congreso es una brecha que se abre; en cada Conferencia se le da un asalto. Víctor Hugo dice en su última novela que el secreto de todos los grandes triunfos está en esta palabra de una antigua divisa española: Perseverando. Napoleón acabará por demostrarnos que, al menos en política, es más seguro desatar que cortar, y, por consiguiente no importa lo mismo.

Respecto a Europa, y durante algunos meses, podemos considerarnos libres de todo género de conflicto creado por la guerra. En América, si hemos de juzgar por las noticias particulares que se reciben del Pacífico, tampoco ha de prolongarse mucho la cuestión que por medio de las armas ventilamos en la actualidad con algunas de sus repúblicas.

El bombardeo de Valparaíso, sobre el cual cada día tenemos nuevos e interesantes pormenores, ha causado en Chile un efecto moral indescriptible. Bien fuese resultado de una absurda confianza, bien efecto de promesas aventuradas, que luego no han podido cumplirse, los chilenos así creían en que la escuadra española había de saludar sus poblaciones a balazos como en los milagros de Mahoma. La nueva del bombardeo ha caído como un jarro de agua fría sobre el entusiasmo de los más ardientes en su odio contra España, y ha sido necesario para contener una pública manifestación de disgusto, poner en juego todos los recursos de un

Gobierno y de una situación de cosas que fundan su existencia en la prolongación de la lucha.

Por el pronto, la escuadra chileno-peruana sigue escondida en el puerto de Huite, viendo, como suele decirse, los toros desde el andamio. Huite es un puerto que no tiene más entrada que un canal estrecho y peligroso, inaccesible a buques de alto porte y defendido naturalmente por los bajíos y rocas que dificultan su navegación. Pero a la prudente escuadra enemiga no le han parecido bastante estas defensas, y por si fortis ha ocurrido a la seguridad personal de sus tripulaciones con las siguientes frioleras. A la boca del canal se ha colocado un fuerte con baterías de cañones rayados de 120, más lejos un buque lleno de pólvora, para hacerlo volar a la aproximación de nuestras fuerzas y por si la explosión del buque no diese resultado, aguardan un poco más allá dos de esas infernales máquinas submarinas, llamadas torpedos; con estos aprestos de defensa cuya retaguardia forman varias cadenas tendidas, otro buque cargado de materias inflamables y un segundo y último fuerte con baterías de cañones de un calibre desmesurado, parece que el jefe de la escuadra enemiga se siente un poco tranquilo aguardando el fin de los sucesos. ¡Lástima de dinero empleado en semejante marina! ¿Y eran esos los bravos con que contaba la república chilena para el combate naval, que en un ridículo cartel de desafío propuso su presidente al señor Méndez Núñez?

No obstante, los más exaltados del partido de la guerra se agarran como suele decirse, de un ascua ardiendo y todavía fundan un resto de esperanza en el arribo de las fragatas Huascar y Independencia; pero estos buques a lo que parece no se dan gran prisa por llegar a su destino. Entretenidos en hacer fácil presa de pequeñas embarcaciones mercantes, entre las cuales ha habido alguna cuyo capitán le han quitado hasta el

reloj, encuentran más cómodo proseguir poco a poco su itinerario y ensayarse en este género de proezas que exponerse a dar de manos a boca con el señor Méndez Núñez, del cual seguramente no esperan un cordial recibimiento.

Entretanto que los chilenos aguardan a sus salvadores que como el Mambrú de la canción no saben cuándo llegarán, si por la Navidad o la Pascua, el jefe de nuestra escuadra se coloca frente al Callao, donde habrá dado ya principio la segunda parte del drama representado en Valparaíso.

Aguardando nuevas del Callao, cuyo ataque es de presumir pondrá término a la cuestión chileno-peruana, y en el corto espacio que nos dejan libres las preocupaciones políticas, siguen entre nosotros agitándose asuntos de diversa índole, aunque encaminados todos a remediar el estado financiero del país. Puestas sobre el tapete las cuestiones de economías, el Estado y los particulares, grandes y pequeños, ricos y pobres, cada cual por su lado procura dar una pronta solución al problema que se encierra en estos dos términos: «gastar menos y ganar más», y como es de presumir, se ha comenzado por lo que parece más fácil, esto es, por cerrar el bolsillo.

Ha dicho, no sabemos quién, y lo repite todo el mundo, que los extremos se tocan, y nunca como ahora viene de molde la observación. Tan mal hemos de vernos gastando más de lo que cada cual tiene, como metiéndonos el último duro en el bolsillo y poniéndole la mano encima. Bueno es que se piense en disminuir los gastos, pero sin que se olvide que la prosperidad estriba en el aumento de los productos. Por eso notamos con gusto que en medio de los generales pujos de economía, que concluirán por hacer de el Gran Tacaño el tipo del hombre modelo, hay quienes piensan

todavía en acometer grandes empresas, como la que en la actualidad se agita, destinada a llevar a cabo la colonización de los terrenos yermos de España.

Esta empresa, que si se realiza ha de dar grandes resultados a los que la acometan, cuenta ya con mil familias de pequeños propietarios alemanes, los cuales se trasladarán a nuestro país, trayendo además del producto de la venta de sus bienes, ganado vacuno escogido entre las mejores razas, instrumentos de labranza perfeccionados y modernos y máquinas para establecer nuevas industrias. Lo mismo para la construcción de las habitaciones tales como pequeñas aldeas, granjas y alquerías, que para las plantaciones y el cultivo, se adoptarán los adelantos ensayados ya con admirable resultado en las grandes colonizaciones que actualmente se llevan a cabo en otros países.

Con el anuncio de la próxima realización de este pensamiento que viene preparándose de largo tiempo atrás, los preparativos para una junta extraordinaria en que se han de repartir los premios que la Sociedad abolicionista señala a la mejor poesía alusiva al objeto que sus asociados se proponen, y la celebración de la fiesta del Corpus, que, como de costumbre, ha llevado una multitud de forasteros a los puntos que con más pompa se celebra, concluye la historia de la última semana del mes de mayo, que, a juzgar por lo sucedido, más bien que mes de las flores, deberíamos llamar mes de las lluvias y las fiestas.

HEMOS conseguido un triunfo. Querer dar idea del entusiasmo y el interés que han despertado en el país las últimas noticias, recibidas del Pacífico, sería desear un imposible. Durante los últimos días de la semana las más ardientes cuestiones, los más importantes asuntos políticos se han pospuesto a las infinitas versiones y comentarios con que el deseo y la esperanza adornan los breves partes telegráficos que nos dieron las nuevas.

¿Qué ha sucedido en el Callao? He aquí la pregunta estereotipada en todos los labios en el momento en que escribimos estas líneas, y a la que solo contesta el telégrafo con su desesperante concisión.

Verdad es que la fantasía no se detiene en barras, y lo que no ve lo presume, y lo que no acierta a presumir lo inventa. Merced a este procedimiento, no faltan detalles en algunas publicaciones, y noticiero hay que relata lo acontecido con más pormenores que si hubiese presenciado la acción desde el tope de la Numancia. De estas relaciones prematuras debe desconfiarse siempre. Tomando por base la verdad conocida, cada cual le presta la forma que mejor conviene a sus intereses o sus simpatías. Hasta el momento sólo puede decirse que el jefe de nuestra escuadra comienza a justificar la hermosa frase que pronunció contestando a los agentes diplomáticos de las potencias neutrales: Más quiere España honra sin barcos, que barcos sin honra.

Fácil hubiera sido al señor Méndez Núñez, después del bombardeo de Valparaíso, continuar arrasando las poblaciones de las costas chilenas y peruanas que contaban con pocos medios de defensa; fácil le hubiera sido igualmente posesionarse desde luego de las Chinchas, asegurando la indemnización de guerra al mismo tiempo que proporcionaba a la escuadra un punto de reposo; pero ni el rehuir el peligro es propio de hombres de su

temple, ni cuadra al carácter de la cuestión que sostenemos con aquellas repúblicas, atender a los intereses materiales antes que al de la honra.

El Perú había acumulado todos sus medios de defensa en el Callao; allí estaba, por decirlo así, el corazón de la liga, allí los únicos que resguardados por las formidables fortificaciones se atreverían a defenderse: un deber de honor obligaba a nuestros valientes marinos a ir allí en busca de esa honra que España desea, aunque para adquirirla tuviésemos que perder algún barco.

En efecto: nuestros buques han sufrido averías; alguno de ellos, dicen que se ha inutilizado, pero la gloria de la jornada pertenece a los españoles. Cualquiera que sea en definitiva el éxito del ataque, cuyos pormenores oficiales ignoramos, podemos repetir las palabras que a este propósito ha dicho en el Congreso un diputado de la oposición: Vencidos o vencedores, nuestros valientes marinos merecen el aplauso de sus compatriotas. Basta detenerse un momento a considerar la magnitud de la empresa para comprender el mérito de los que la han acometido.

Aprovechándose del intervalo de paz debido al último convenio que se celebró con el Perú, este viene trabajando activamente hace mucho tiempo en completar las fortificaciones de la más importante de sus plazas marítimas. Ingenieros y material de guerra, trazas de las nuevas defensas y cañones para artillarlas, todo se debe a extranjeros, norteamericanos en su mayoría, más duchos y avezados en este linaje de cosas que nuestros enemigos. El Callao al presentarse enfrente nuestra escuadra ofrecía un aspecto formidable, contándose en las baterías de tierra hasta cien cañones artillados, muchos de ellos del enorme calibre de 450. Méndez Núñez con sólo dos buques blindados apenas fuertes lo bastante para sufrir el empuje de tan monstruosos proyectiles, con algunas otras embarcaciones

de madera y no contando sino con bocas de fuego de menor, calibre, ha bombardeado el Callao por espacio de cuatro horas. Por razón del alcance de sus cañones, la escuadra española debió estar situada durante el combate a menos de medio tiro de las baterías peruanas, sufriendo un horroroso fuego, al que contestaron incendiando parte de la población, desmontando un fuerte y causándoles a los enemigos gran número de víctimas, entre las que se hallan el ministro de la Guerra y algunos otros jefes conocidos.

Tan satisfactorios resultados no han podido lograrse sin que nuestros buques sufrieran averías de alguna consideración. Precisamente en el peligro que ofrecía la lucha consiste la gloria que nuestros marinos han alcanzado en la jornada. En los primeros partes se indicó que tres de los buques de madera se habían visto forzados a retirarse del teatro de la acción, después de haber desmontado varios fuertes, haber volado un polvorín y causado grandes destrozos en la ciudad, quedando la Numancia para responder al fuego de dos baterías blindadas, únicas que pudieron resistir al empuje de nuestros cañones.

También se dijo que entre los varios oficiales españoles heridos, lo estaban de gravedad el comandante de la Resolución, y levemente el señor Méndez Núñez. Respecto al segundo, otros partes recibidos a última hora desmienten la noticia y lo presentan disponiéndose a reiterar su ataque contra el Callao, desde donde marchará a posesionarse de las islas Chinchas, en las cuales esperará el resultado de la guerra.

Según lo habíamos previsto, la cuestión de España con Chile y Perú se aproxima al desenlace, y la segunda parte del bombardeo del Callao le servirá de epílogo. Todo conspira a que así suceda. El Huascar y la Independencia, magníficos barcos en los cuales fundaban la postrer

esperanza, han sufrido deterioros que imposibilitan su uso, por falta de pericia en su comandantes. Los torpedos, que fabricados en San Francisco de California, habían de servir para destruir cobardemente nuestra marina, han estallado al tiempo de hacer el transbordo, causando innumerables víctimas entre las que se cuenta el comisionado de las repúblicas. Hasta se han enajenado el resto de simpatías que las potencias neutrales pudieran conservar hacia la causa del Perú y de Chile, merced a la conducta usada con los españoles residentes en aquellos países, conducta a todas luces cruel e indigna de una nación que se estima en algo y de la que la humanidad y el propio respeto no nos permiten usar represalias.

Como indicamos al comenzar la revista, los más graves asuntos interiores han palidecido, perdiendo parte de su importancia, ante las noticias que del exterior trae el telégrafo. Aún aguardamos llenos de impaciente ansiedad los detalles del bombardeo del Callao, cuando el termómetro nos anuncia una nueva y brusca variación en la atmósfera política de Europa. ¡La Conferencia ha hecho fiasco! He aquí el doloroso lamento de la diplomacia contristada que ha venido a sacar a los pueblos del dulce éxtasis ocasionado por las ilusiones de la paz. Vuelta a resonar el parche herido, vuelta a rasgar los aires con el clamor de la trompetería, vuelta a asustarse unos a otros con el espectáculo de formidables aprestos. Nuevos nombramientos de jefes, nuevas marchas y contramarchas de tropas, nuevas combinaciones estratégicas. La palabra alada vuela por los hilos telegráficos y da en algunos instantes la vuelta a Europa diciendo: «La lucha es segura, el conflicto inminente, mañana se declara la guerra.» Pero llega ese mañana precedido de tantos temores y todo continúa lo mismo, y sigue otro no menos acompañado de ansiedades, y las cosas prosiguen en idéntico ser, y dan ganas, por último, de exclamar

con Quevedo: ¡Tanto mañana y nunca mañanamos!

No obstante, ahora, como suele decirse, va de veras. El estado en que se encuentran las cosas no permite más dilaciones: la cuerda del arco no puede continuar tendida, es preciso aflojarla o concluir de disparar la saeta. Acaso cuando estas líneas lleguen a manos de nuestros lectores, los cañones del Austria habrán dado la señal del combate, tal vez la revista siguiente no baste a contener la sumaria relación de los altos hechos ocurridos en la semana próxima. En todos los círculos políticos, en todas las publicaciones importantes, se habla ya de la guerra como de cosa segura. Esta conformidad de pareceres nos intimida y nos retrae de expresar libremente una vaga creencia propia, sin fundamento, irrazonable si se quiere, pero que si tuviésemos la energía de Galileo, nos haría exclamar al mismo tiempo que damos cuenta del verdadero estado de la cuestión: é pur si muove, o lo que es lo mismo, a pesar de tantos aprestos, aún no hemos oído el primer cañonazo.

Correspondencias muy autorizadas aseguran que inspeccionando el jefe del vecino imperio los colosales trabajos para la futura Exposición Universal, ha dirigido a los obreros y a las personas agrupadas en torno suyo estas significativas frases: «Trabajad, trabajad con fe, que la Exposición se llevará a efecto pronto, y en medio de la paz de Europa.»

Este es un dato.

Al mismo tiempo que Napoleón pronuncia estas palabras, proyecta un empréstito de 500 millones de francos, y se susurra que en la contingencia de una ruptura con Austria, se pondrá al frente del ejército de la frontera del Rin.

Ahora, con estos antecedentes, ate usted cabos a la política del momento.

Fuera de las noticias que dejamos apuntadas, y que son los ejes sobre que gira la conversación en todos los círculos, la publicación extranjera no ofrece ningún asunto de interés. Aunque saliendo de la política, quisiéramos buscar entre nosotros algunas novedades con qué amenizar nuestro trabajo, tampoco lo encontraríamos hoy.

Si la revista de El Museo ha de ser un espejo fiel de la fisonomía de la semana, cuyos sucesos y preocupaciones culminantes trata de condenar en algunos párrafos, por fuerza ha de reflejar en esta ocasión las dos solas cuestiones que han monopolizado el interés público. La cuestión italiana y nuestros asuntos del Pacífico.

QUISIÉRAMOS poder dar idea a nuestros lectores del afán y el creciente interés con que se reciben y comentan las noticias del Pacífico, pues sólo así lograríamos que se reflejasen en nuestra revista el movimiento y la entusiasta agitación de la semana última.

Cómo se pudo presumir, atendida la procedencia de los primeros detalles que se recibieron en Europa, los sucesos del Callao han sido más brillantes y menos costosos para España que lo que prudentemente debía esperarse de una tan arriesgada y difícil empresa.

La lectura de los partes oficiales ha dado ocasión en ambas Cámaras a escenas de entusiasmo imposibles de describir. Suspendidas por un momento las más empeñadas y ardientes discusiones, depuestas en aras del patriotismo y de un elevado sentimiento de orgullo nacional las

diferencias políticas que los separan, los representantes del país se han mostrado unánimes en su deseo de significar la admiración que en todos produce la conducta de nuestra valiente escuadra del Pacífico y del esforzado jefe que la dirige.

Varias son las proposiciones que con este objeto se han presentado en los cuerpos colegisladores, dando lugar a que algunos de nuestros hombres políticos más caracterizados pronunciasen breves y elocuentes discursos que el público que ocupaba las tribunas acogió a su vez con significativas muestras de aplauso.

En las provincias, si hemos de juzgar por los partes telegráficos que continuamente se reciben, también han producido inmensa sensación tan satisfactoria nuevas. Las corporaciones municipales se apresuran a felicitar a los valientes marinos españoles por su comportamiento en el Callao, en algunos puntos la alegría popular se ha manifestado por medio de ruidosas y públicas aclamaciones. Verdaderamente el suceso tiene más importancia de la que a primera vista se le concedió.

El triunfo de España sobre las repúblicas aliadas del Perú y Chile marca el principio de una era de prosperidad y de gloria para nuestro país, que difícilmente podrán desconocer sus más tenaces detractores. Tener buques no es tener marina, suele decirse, no sin falta de razón. Si los ejércitos de tierra no se improvisan, el personal apto para las luchas de los mares mucho menos. El ejemplo de las fragatas Huascar e Independencia, magníficos buques blindados adquiridos por el Perú a fuerza de los mayores sacrificios, y que, sin embargo, les son casi inútiles por falta de gente práctica que los dirijan, viene a confirmar la opinión general sobre este asunto. Rotas por un momento las gloriosas tradiciones de nuestra marina nacional, por el miserable estado a que vino en época no

muy lejana, no sólo en las apartadas regiones donde sostenemos la guerra, sino en los países que más exacta noticia podrían tener de nuestras cosas, dudábase aún que fuera una verdad su restablecimiento.

Unos contruídos en nuestros arsenales, otros en los de Francia e Inglaterra, poco a poco iba poblándose el mar con buques en cuyos altos mástiles ondeaba la bandera española. De año en año la estadística arrojaba un sensible aumento en las fuerzas navales del país, que caído al más inconcebible estado de postración, había ocupado no obstante uno de los primeros puestos entre las potencias que se llamaban dueñas del Océano. Pero tener buques no es tener marina, seguían diciendo los que ven con disgusto a España levantarse gradualmente a la altura a que está llamada por sus condiciones, por su posición y su historia. Los esforzados campeones de la honra nacional que a las órdenes del bizarro y entendido jefe señor Méndez Núñez lavan en estos momentos con sangre enemiga el ultraje inferido a su bandera, están dando con su conducta y sus heroicos hechos cumplida respuesta a los que persisten en abrigar semejantes dudas.

El sufrimiento y la constancia, que hacen sobrellevar con alegría y entusiasmo las más duras fatigas de tan rudo y trabajoso ejercicio; la pericia y el saber, que le dan el dominio del temible elemento en que vive; la serenidad y el valor, que prestan ánimo para arriesgarse en las más difíciles empresas. He aquí las grandes cualidades que constituyen un buen marino.

De todas y de cada una de ellas han hecho alarde nuestros hermanos a los ojos del mundo. La Numancia, resolviendo el problema náutico planteado a propósito de la dificultad de conducir una embarcación blindada a tan remotas regiones, y la Blanca y la Villa de Madrid, maniobrando bajo el fuego de los cañones enemigos y con la sola ayuda de la carta marina por

entre los peligrosos bajíos y escollos del puerta de Abatao, en Chile, han dado una prueba irrefutable de su práctica y sus grandes conocimientos.

En el rescate de la barca Heredia, hecho por una goleta en medio de un puerto enemigo, a la presencia de sus buques y de sus fuertes; en el combate de Chile, el bombardeo de Valparaíso, y, por último, el ataque del Callao, donde desdeñando todo género de ventajas, han arrostrado nuestros marinos durante un día entero los disparos de más de setenta cañones monstruos, hasta lograr apagar sus fuegos, echar a pique los monitores y destruir gran parte de la ciudad, han ofrecido el más notable ejemplo de valor y arrojo.

Durante cuatro años consecutivos de estar en pie de guerra, cuatro años de sufrimientos y privaciones, en cuyo transcurso han carecido a veces de lo más necesario, teniendo que recurrir al ingenio, a un trabajo ímprobo y una habilidad prodigiosa para reparar todos los desperfectos y averías, propios de tan larga y peligrosa navegación, han hecho por último, evidentes las prendas de carácter que les adornan, la admirable disciplina a que se sujetan y la satisfacción y el entusiasmo con que saben sobrellevar los más rudos trabajos por servir a la patria, que funda en ellos su esperanza y su orgullo.

Esta justicia, que no han podido menos de hacerles los hombres y las publicaciones más notables del extranjero, rectificará debidamente la errónea idea que acerca de nuestra verdadera significación se quiere hacer valer por los enemigos de las glorias de España. Tenemos, pues, buques y tenemos marina, porque nuestras costas dan de sobra gente de mar avezada a sus luchas, y contamos con bravos y entendidos oficiales que los dirijan. Esto es lo que importaba demostrar y esto es lo que hemos demostrado en la primera ocasión en que nuestra escuadra ha podido hacerlo.

He aquí la razón por qué nosotros damos a los sucesos del Callao grande importancia, y encontramos justificadas las muestras de alegría y de entusiasmo con que el país acoge las nuevas que se relacionan con el mismo asunto. Es, por otra parte, tan raro ver acordes en un punto todos los deseos, los votos y las esperanzas de las diferentes fracciones políticas en que nos encontramos subdivididos presentan tan escasas coyunturas de recordar que por cima de nuestras pequeñas discordias, nuestras luchas de intereses de vanidad o de preocupación, hay un alto sentimiento de patriotismo, que en ocasiones solemnes se sobrepone a todo y todo lo une y lo armoniza para el logro de la idea nacional, que aunque la guerra que sostenemos en aquellas distantes regiones sólo sirviese para fortificar estos lazos comunes de amor a la patria, levantando, siquiera por momentos, el espíritu público y apartándole de mezquinas luchas, podríamos dar por bien y gloriosamente empleados los costosos sacrificios y la generosa y noble sangre que nos cuesta.

¡Sirva de consuelo a los que lloran sensibles pérdidas el tributo de admiración con que sus conciudadanos premian el heroico comportamiento de las víctimas, y la idea de que esa sangre no se ha ofrecido en holocausto ante el mezquino altar de los personales intereses de partido, sino ante el ara santa de la patria que se apresta a recompensar sus hechos y a perpetuar su memoria!

Embebidos durante la semana última en analizar, comentar y discutir las noticias del Callao, la cuestión de la guerra austro-pruso-italiana nos ha preocupado poco. Verdad es que la cuestión no adelanta mucho, y no adelantando, le sucede lo que a las situaciones muy críticas y tirantes en la escena: que en prolongándolas más de lo justo pierden todo su interés, y acaban por aburrir a los espectadores. Y eso que movimientos, marchas y

contramarchas diplomáticas y guerreras de importantes personajes no han faltado en estos días. Por el pronto, Austria y Prusia han retirado respectivamente sus embajadores de las cortes de Viena y Berlín; Garibaldi ha salido de Caprera y recorre triunfalmente las ciudades de Italia, reclutando voluntarios mientras que el general Manteuffeld, jefe de las fuerzas prusianas, resuelve por sí y ante sí la peliaguda cuestión origen de tantos conflictos, estableciendo un nuevo Gobierno en los ducados hosteinenses. Pero el suceso que reclama para sí los honores del interés y la atención de Europa en todo este asunto es la lectura de la carta que Napoleón ha dirigido a su ministro de Negocios Extranjeros, y de la cual éste ha dado conocimiento a la Cámara legislativa.

A vueltas de frases ambiguas que nadie ha podido explicarse de una manera satisfactoria, Napoleón declara en ella que uno de sus intereses permanentes, o mejor dicho uno de los compromisos de honor de la Francia, es mantener el edificio cuyos cimientos se amasaron con la sangre de Solferino y Magenta.

El párrafo en que se alude a la cuestión vital en estos significativos términos es el alma de la carta, y constituyen todo lo que pudiéramos llamar el busilis del negocio. Respecto a si quiere o no quiere las fronteras del Rhin, el hábil diplomático de las Tullerías arma un enredo de frases, que, como en otro documento por el estilo no nos proporcione la solución, no hay quien acierte a descifrar la charada.

Resumiendo: en una de las semanas anteriores dejamos apuntando los cañones de las partes contendientes. Durante esta última se han encendido las mechas. ¿Dispararán en la próxima? Mucho lo dudamos todavía.

Entre tanto la clausura de los teatros y los continuos fiascos que los artistas y el temporal, puestos en combinación para echar a pique la

empresa de los Campos Elíseos, proporcionan al público, nos impiden entretener a nuestros lectores con noticias más agradables y ligeras.

AUNQUE preocupados por los acontecimientos que han tenido lugar a nuestra vista, poco a poco, y a medida que la calma y la confianza se restablecen, vuelve a fijarse la atención en el teatro de la guerra, donde, una vez rotas las hostilidades, los sucesos se precipitan y desenvuelven con la rapidez propia de una lucha para la que vienen preparándose de largo tiempo atrás las naciones contendientes.

Las primeras noticias recibidas de Alemania hicieron creer que la guerra tomaría grandes proporciones en la frontera de Prusia antes de comenzar en Italia. Los partes telegráficos dando cuenta detallada de los movimientos estratégicos llevados a cabo por las fuerzas de uno y otro país en combinación con los contingentes federales, presentaron como inminente el encuentro de dos grandes cuerpos de ejército a la vista de Francfort. Parecía natural que el de Víctor Manuel, acampado a la orilla del Mincio, aguardase el resultado de una acción decisiva para tomar la actitud más conveniente: ofensiva o defensiva, según lo requiriesen las circunstancias. Algunos movimientos imprevistos de las fuerzas prusianas, que después de amagar a Francfort cambiaron aparentemente de plan, hicieron perder la pista a los observadores, mientras el telégrafo, comunicando noticias sueltas de marchas y contramarchas parciales, de amagos de ataque y defensa, de escaramuzas sin importancia o de encuentros

dudosos, vino a completar la confusión y la vaguedad en que se presentaban envueltas las operaciones militares desde el primer encuentro.

En esta situación las cosas, la atención volvió a fijarse en el cuadrilátero de donde se había apartado en la expectativa de los acontecimientos que se preparaban hacia el Norte. El ejército italiano había pasado el Mincio. Apenas se comunicó esta nueva al resto de Europa, el interés creció de punto. La posición de los italianos con Mantua y Verona al frente y el Mincio a la espalda les ofrecía una desventaja notable. Sin duda alguna en este movimiento podía observarse la falta de prudencia propia de la exaltación y el entusiasmo de soldados que ansiaban medir sus armas con el enemigo. Los austriacos, que tal vez contaban con aquella imprudencia, sacaron ventaja de su posición, y protegidos por las fortalezas de Peschiera, Mantua y Verona rechazaron la acometida, obligando a Víctor Manuel a repasar el Mincio.

La situación de las cosas ha vuelto, pues, a su último estado; pero en Italia ha producido muy mal efecto el desgraciado éxito de esta primera tentativa.

Acerca de la verdaderas proporciones de la derrota de los italianos, se ha hablado en muy diferente sentido. Un parte telegráfico, mal interpretado, hacía subir a 25.000 el número de los prisioneros hechos por las fuerzas austriacas en la batalla de Verona. Tan considerable número de prisioneros sólo podía comprenderse suponiendo que la batalla había sido un verdadero desastre para el cuerpo de ejército mandado por Víctor Manuel. Casi se conceptuaba imposible que éste hubiera podido repasar el Mincio si la derrota alcanzaba tan espantosas proporciones.

A medida que se van obteniendo más pormenores se restablece la verdad de los hechos, y hoy puede asegurarse que, aunque en este primer encuentro

el irreflexivo ardor de los italianos ha recibido una lección que no deben desaprovechar para lo sucesivo, las consecuencias materiales de su pérdida son mucho menos importantes de lo que se creía.

La batalla, según los despachos últimamente recibidos, se empeñó a la vista de Brescia y Verona, llevando en el principio los italianos la mejor parte. Al mismo tiempo que numerosas fuerzas de la caballería de Víctor Manuel arrollaban la vanguardia austriaca en la llanura, los cañones italianos batían en brecha a Peschiera, intentando un asalto. En este estado se mantuvo la acción un día: al siguiente los austriacos, desplegando una formidable línea de batalla que se apoyaba por los extremos en sus amenazadoras fortificaciones, emprendieron un movimiento de ataque lento, pero irresistible, ante el cual sus enemigos se vieron en la precisión de retroceder, aunque ordenadamente.

En este momento fue cuando los jefes italianos debieron comprender la imprudencia de dejar el Mincio a sus espaldas. Estrechados entre la línea contraria y la orilla del río, lo que debió limitarse a una retirada estratégica se convirtió a última hora en derrota, pronunciándose ésta en una de los cuerpos que los otros no pudieron proteger, desenvolviéndose en terreno conveniente. La serenidad y el arrojo de los jefes impidió que las pérdidas fuesen mayores, contribuyendo a que el grueso de las fuerzas repasasen en orden el río. No obstante, los austriacos, aunque tuvieron que sufrir muchas pérdidas lograron hacer 2.500 prisioneros, apoderándose de algunos cañones, y causar muchas bajas en el ejército italiano, que cuenta entre sus heridos al príncipe Amadeo y a varios oficiales generales.

Antes que la noticia de este contratiempo haya labrado en el ánimo de los que se interesan por la causa de Italia, se cree que las fuerzas

navales del mismo país habrán compensado la derrota de Verona con el bombardeo de Trieste a cuyo efecto ha salido en la misma dirección una armada poderosa.

En cuanto a los austriacos, fuertes en sus atrincheramientos del cuadrilátero, no parecen dispuestos a abandonar sus ventajosas posiciones para ofrecer la revancha a sus contrarios de otro lado del Mincio, y escogiendo nuevo teatro para la guerra concentran fuerzas sobre Milán, que según creemos, está llamada a ofrecer uno de los más notables y sangrientos episodios de la lucha.

A juzgar por lo que encontramos en los periódicos extranjeros, el aspecto de los negocios de la guerra preocupa hondamente a casi todos los países, particularmente a la Francia, cuyo jefe no sabemos si sentirá o se alegrará de que los sucesos le presenten coyuntura favorable para terciar en la cuestión.

Mientras por Europa se complican los asuntos políticos y el horizonte se carga de vapores caliginosos las correspondencias recibidas de América presentan nuestros negocios en aquel continente bajo un punto de vista favorable.

Las últimas proezas de nuestros valientes marinos en el Callao parece que han causado gran impresión en las repúblicas hostiles a España, aumentando el prestigio de nuestra bandera y levantándola a la altura que le corresponde. En los Estados Unidos pierden terreno los agentes del Perú y de Chile que trataron de formar atmósfera contra España.

Las repúblicas que han permanecido hasta ahora neutrales, y aun algunas de las comprometidas a favor de nuestros enemigos se niegan a cooperar a la guerra.

La falta de apoyo material en estos países, falta que no compensan

sus estériles protestas de simpatía, unidas al grave estado económico en que se encuentran, van apagando gradualmente el entusiasmo de peruanos y chilenos, hasta el punto que no sería imposible diesen algunos pasos en favor de la paz antes que una nueva excursión de nuestras fuerzas marítimas acabase de arruinar su comercio, asolando por completo sus costas.

Menos lisonjeras que éstas son las nuevas que tenemos acerca del terrible azote que el año último castigó algunas de nuestras poblaciones, y que se temió volviese a caer sobre nosotros al llegar el verano. El delegado español en las conferencias sanitarias de Constantinopla ha participado al Gobierno que el cólera comienza a hacer estragos en todo el Egipto, y muy particularmente en Alejandría, desde donde en las anteriores invasiones ha partido para recorrer el litoral del Mediterráneo. Prevenido a tiempo el Gobierno, se han adoptado las medidas convenientes para libertar nuestras costas de su contagio, declarando sucias las patentes de aquella procedencia, a pesar de que las autoridades egipcias, atendiendo antes al provecho de sus intereses materiales que al bien de la humanidad, siguen expidiéndolas limpias a los buques surtos en las aguas del más importante de sus puertos. Afirmada en las conferencias sanitarias la opinión de que el único medio de preservar los pueblos de la maléfica influencia de esta enfermedad terrible es redoblar la vigilancia de las costas y adoptar las más eficaces prevenciones, esperamos confiadamente en que, amaestrados por la experiencia, y protegidos por las leyes especiales sobre la materia, que deberán aplicarse con el mayor rigorismo, lograremos libertar a nuestro país de la calamidad que nuevamente amenaza a Europa. En la confianza de que sucederá así y que poco a poco lograremos vencer todas las dificultades, así interiores como exteriores con que en este

momento lucha España, no creemos aventurado predecir que el verano que con tan mal pie entra, concluirá ofreciéndonos la realidad de un estado de cosas más próspero y risueño que el presente.

Con la confianza que renace, con la calma que se restablece y la inquietud de los ánimos que gradualmente se disipa, volverán sin duda alguna a ofrecer atractivo las cuestiones que se rozan con las letras, las artes y la industria, momentáneamente relegadas al olvido ante el doloroso interés que despiertan tristes y deplorables acontecimientos.

SEGÚN las noticias que se reciben de América, chilenos y peruanos tratan de disimular su derrota, encubriéndola con las apariencias del triunfo. A este fin, en Valparaíso se ha abierto una suscripción para regalar una espada de honor al dictador Prado, y en el Callao se disponen fiestas públicas y banquetes nacionales en celebración de la victoria. El expediente, aunque original, no surte todo el efecto apetecido. Acaso entre el vulgo las alharacas de los gobernantes logren ofuscar la opinión, cubriendo de flores la profunda sima en que yacen sepultados el crédito y la prosperidad de ambas repúblicas. Entre las gentes sensatas, contando en este número muchos de los que al principio se mostraron decididos partidarios de la guerra, comienza a operarse una gran reacción, que no por ser más silenciosa será menos fuerte. Es tal el desorden que reina en aquellos países, tal la paralización de la industria, ya de por sí escasa, las pérdidas del comercio, y el abatimiento de los ánimos, que no sería de

extrañar que al volver nuestros buques a comenzar la segunda parte de la guerra, un movimiento insurreccional preparado por la clases conservadoras e ilustradas, derrocarse el actual orden de cosas, creando un Gobierno favorable al arreglo de la paz con honrosas condiciones. Si se confirman los rumores que han circulado en estos últimos días, acerca del abandono o la pérdida de sus dos famosos buques el Huascar y la Independencia, el Partido de los que creen más razonable transigir que sostener una lucha imposible, saldrá poco a poco del retraimiento a que le condena la presión de las turbas fascinadas con el simulacro de triunfo que representan sus gobernantes.

Algunos periódicos extranjeros, coincidiendo con las noticias de varias correspondencias particulares, aseguraron no ha mucho que al llegar al Estrecho cuya difícil navegación ofrecía serios obstáculos a los jefes, del Huascar y la Independencia, desalentadas las tripulaciones con las nuevas del bombardeo del Callao, se negaron a pasar adelante, sublevándose por último y abandonando los buques en aquellas peligrosas costas, sin dotación suficiente para proseguir su rumbo. Más tarde, refiriéndose a noticias llegadas a la Habana por el vapor Liberté y comunicadas a la Península en el paquete-correo, se ha vuelto a dar por segura la pérdida de estos buques, última esperanza de nuestros enemigos, aunque explicándola de diverso modo. Según la versión más reciente, las cuatro fragatas españolas que al dividirse nuestra escuadra se dirigían a Valparaíso al mando de Topete, encontraron al Huascar y la Independencia a la entrada del Estrecho.

Después de un combate sangriento y en el cual nuestros valientes marinos habían experimentado algunas bajas y perdido la *Almansa*, el bravo comandante de las fuerzas españolas se apoderó de los dos temibles

monitores peruanos, enarbolando en ellos el pabellón rojo y amarillo.

Esta es en resumen la historia de los sucesos tal como los presentan las noticias objeto hoy de comentarios en diferentes periódicos. La experiencia nos ha enseñado a ser cautos respecto a noticias cuya adulteración depende a veces de un espíritu de optimismo exagerado o de una hostilidad sistemática. No obstante, sin dar entero crédito a las que dejamos consignadas, debemos decir que el suceso no es tan extraño que no estuviese previsto por algunos. Conocido el rumbo de las fuerzas españolas y peruanas, parecía inevitable un encuentro, y en el caso de tener este lugar, es casi seguro que el animoso comandante Topete, que tanto se ha distinguido en la expedición de Chile y el bombardeo del Callao, habrá trabado un combate, que si ha obtenido el éxito que afirman, corona dignamente la obra de nuestros valientes marinos en aquellos países.

Extraña a algunos la vaguedad y las apariencias de contradicción que se encuentran en las noticias referentes a los sucesos que dejamos relatados, pues mientras unas presentan los buques enemigos abandonados de la mayor parte de su tripulación y tal vez encallados en alguno de los peligrosos bajíos del Estrecho, otros nos los pintan combatiendo vigorosamente, contra las cuatro fragatas españolas y no rindiéndose sino después de una sangrienta lucha. Por lo que a nosotros toca no nos admiran estas confusiones y falta de precisión en los despachos telegráficos y aun en las comunicaciones más serias, y a los que les pasan, el ejemplo de lo que sucede con la guerra que tenemos, puede decirse que a la puerta de casa podría curarles de espanto.

Las proporciones de la lucha entre Austria, Italia y Prusia, lucha en la cual se presume han de mezclarse otras naciones poderosas, ha despertado tan vivo interés en Europa, que particularmente en París es el

objeto de todos los cálculos y las discusiones; de los círculos político.

La industria, que en aquella capital vive al acecho de las ocasiones y explota de una manera prodigiosa todos los acontecimientos, ha puesto de moda unos nuevos mapas del teatro de la guerra, ingeniosamente dispuestos para poder seguir y comprender el curso de las operaciones militares: alfileres con cabezas de diverso color sirven para marcar la situación que respectivamente ocupan los ejércitos, hay al margen casillas para señalar el número de muertos, heridos y prisioneros en las batallas; cuadros de los recursos con que cada país cuenta; reúnen por fin estos mapas todas las condiciones precisas para ayudar a la inteligencia y claridad de los hechos. No obstante así como el emperador Carlos V no logró nunca que los relojes que se entretenía en armar en su retiro de Yuste dieran la hora a un tiempo, aún no se ha logrado que el mapa de los partidarios de Austria marque los mismos movimientos y sus alfileres señalen los mismos puntos que el de los entusiastas de Italia. Si se suman los muertos, discusión; si se comparan los heridos, polémica; si se trata de precisar las pérdidas o ventajas de ambas partes, no hay modo de entenderse. Y todos llevan razón. No hay más diferencia sino que unos creen artículo de fe los despachos de Viena, y los otros se atienen a las noticias de Florencia y Berlín. Merced a este sistema de ocultaciones o de exageración, del que puede hacerse un cargo a los dos países, y a haberse mezclado en el asunto a más del interés político el de los especuladores, hemos estado completamente a oscuras al comenzar las hostilidades en Alemania respecto al verdadero estado de la guerra.

Poco a poco, y restando de unas y otras noticias en diverso sentido para encontrar la verdad, se comenzó a comprender que lo que Austria había adelantado en el cuadrilátero lo iba perdiendo con mucho en la Silesia. En

vano se aferraban aún sus más decididos admiradores, haciendo la relación de las pérdidas de los prusianos, y cuestionando sobre si el desenlace de esta o aquella acción fue retirada o derrota. La prueba más evidente de que perdía terreno era que iba desalojando sus posesiones, y que a pesar de los esfuerzos de Benedek para impedirlo, los ejércitos del Elba y de Silesia lograron reunirse. Cuán importante era la realización de este movimiento estratégico para la causa de Prusia lo daba a entender la tenacidad con que los austriacos se oponían, y lo ha demostrado por último más a las claras las consecuencias de la concentración de estas fuerzas poderosas. La batalla de Koeniggratz, última de que nos ha dado cuenta el telégrafo, ha sido en efecto la más terrible de cuantas han ocurrido hasta ahora, y su resultado completamente adverso para el Austria. Si hemos de dar crédito a las comunicaciones de París, Benedek no oculta la importancia del desastre que ha costado a su ejército pérdidas inmensas.

Mientras la guerra se presenta bajo una faz imprevista al Norte, el ejército italiano, después de repasar el Mincio, aguarda a la defensiva que el Gabinete de Florencia adopte un nuevo plan de campaña, y Garibaldi, en combinación con Cialdini, avanza por el Tirol para dejarse caer cuando menos se le espere sobre algún punto importante después de levantar las poblaciones en favor de su causa.

Tal es a grandes rasgos el cuadro de la situación actual de la guerra, cuyo resultado no puede aún preverse, por más que la balanza parezca inclinarse del lado de la Prusia.

Fuera de las noticias que se relacionan con este asunto, poco o nada podemos decir hoy a nuestros lectores, por más que en lontananza se dibujen algunos sucesos pertenecientes a otro orden de cosas más agradables sino de tan grande interés. El tiempo, que, como suele decirse,

es buen pagador, comienza a proporcionarnos la parte de calor que corresponde al verano presente, en la idea sin duda de prolongar los rigores hasta diciembre, ya que para dar principio ha aguardado a julio. Las personas más conocidas de la sociedad han salido a provincias o se disponen a salir muy en breve. Los teatros se han cerrado y los Campos Elíseos no se abren. La perspectiva que ofrece Madrid a los que se deciden a soportar en él la temporada de calor que nos aguarda, preciso es confesar que no es de las más seductoras.

Después de terminada nuestra revista, nos ha sorprendido el telégrafo con una noticia, en extremo importante. Las sucesivas derrotas experimentadas por el ejército al mando del general Benedek han determinado al emperador de Austria a ceder el Veneto a Napoleón, conviniendo con las ideas emitidas por este soberano en la carta que el ministro de Negocios Extranjeros dio a conocer en la Cámara legislativa francesa.

El emperador Napoleón se ha dirigido a los reyes de Prusia e Italia con objeto de acordar un armisticio. Del armisticio saldrá regularmente un Congreso, y la idea que tanto tiempo hace acaricia el César francés se verá realizada al cabo.

El inesperado desenlace de esta cuestión, trae a nuestra memoria las palabras que Napoleón dirigió no ha mucho a los trabajadores del Campo de Marte, animándoles a proseguir en sus trabajos preparatorios de la Exposición Universal. -Trabajad, trabajad con fe, dijo; que la Exposición ha de celebrarse a su debido tiempo y en medio de la paz de Europa.

La profecía lleva camino de cumplirse.

Epílogo

Valeriano Bécquer

En este libro, lámpara fervorosa encendida en memoria del poeta de las rimas, queremos dedicar un recuerdo a su hermano Valeriano, su compañero en románticas peregrinaciones de arte, y como él, perseguido por la fatalidad.

El 13 de Octubre pasado fue el cincuenta y dos aniversario de su muerte. Cincuenta y dos años de doloroso olvido, de desconsoladora indiferencia, y mientras fueron y son ensalzados muchos que no pasaron del límite de lo mediocre, Valeriano Bécquer, continúa obscurecido, sin que sea estudiada su obra, recogidos sus dibujos, sus apuntes, perdidos entre las páginas de viejas revistas, de algunas de las cuales ya no quedarán ejemplares.

No es bastante que el Museo de Arte Moderno guarde en sus salas media docena escasa de sus lienzos. Valeriano Bécquer, que supo poner en sus lápices y en su pincel, un soplo de divinidad, se merece algo más, mucho más de lo que por él hicieron los hombres de su patria y de su tiempo.

¡Pobre y genial pintor! La fatalidad puso un beso sobre tu frente. Primero la miseria, el dolor de la lucha; después, cuando disipada la negra noche, empiezas a sentir las caricias de la gloria y la vida empieza a ser fácil, es la muerte la que te sale al paso; después de la muerte, el

olvido.

Valeriano Béquér nació en Sevilla el año 1834. Muerto su padre y sin más recursos para defender su vida que lo que el trabajo le produjese, a él se dedicó bajo la dirección de su tío Joaquín pintor que en aquel tiempo gozaba de bastante fama. En Sevilla pasaron los años de su juventud y en ella quedaron sus primeras obras. El año 1861 viene a Madrid, donde su hermano Gustavo, casi desconocido aún, luchaba por abrirse paso.

En Madrid le espera la miseria -¡triste suerte de los artistas!-, la implacable miseria, que trunca sus esperanzas, que le despierta de sus sueños. El 1864 marchan los dos hermanos al monasterio de Veruela, donde Gustavo escribe las inmortales Cartas desde mi celda, y Valeriano se dedica, infatigable, a pintar las costumbres populares. De su estancia en el vetusto monasterio son algunos de sus cuadros de más genial inspiración. Después, y siempre acompañado de su hermano, del que nunca se separó ya, recorre los más escondidos rincones de España, estudiando tipos, costumbres, y de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, va recogiendo momentos, trozos de vida, girones de luz, que más tarde eternizará en sus cuadros: «Las carretas de los Pinares», «La Vendimia», «El Leñador», «La romería de Sansoles».

Una pensión de diez mil reales y lo que a Gustavo le daban en El Contemporáneo es toda la fortuna de los dos hermanos. Después empieza a dibujar para El Museo Universal, que el popular editor Gaspar y Roig publicaba entonces. Sus dibujos de esta época, como casi todos los que salieron de su lápiz, son de costumbres populares.

Y otra vez la miseria empezaba a obscurecer el horizonte. Llega la revolución de Septiembre. Valeriano pierde la pensión y Gustavo queda cesante en el empleo oficial que desempeñaba. Y otra vez la lucha, la

abrumadora lucha, el tormento de cada día, de cada hora. Pero esta racha de infortunio dura poco. Don Eduardo Gasset y Artime fundó La Ilustración de Madrid, de cuya dirección se encargó Gustavo y en la que Valeriano dejó las huellas más profundas de su genio. En ella se publicaron «El Pordiosero», «Una calle de Toledo», «Tipos de Soria», «Tipos Vascos» y muchos más, que bastarían para inmortalizarle.

La Ilustración de Madrid fue la redención de los dos hermanos. Casi habían ya olvidado las pasadas privaciones y los días de lucha y de tristeza, y en su casita de las afueras de Madrid, rodeados de los hijos del poeta, trabajan sin descanso, hacen proyectos, empiezan a sentir la caricia de la felicidad. Pero como la fatalidad los perseguía, esta felicidad duró poco. Ahora no era la miseria la que salía a su paso y a la que tantas veces vencieron; era algo peor, algo a lo que no podía vencer su esfuerzo: era la muerte.

En Septiembre del año 70 muere Valeriano; el 22 de Diciembre del mismo año el alma de Gustavo traspasa los límites de la eterna noche.

Una tarde gris, anuncio del cercano otoño, es enterrado en el cementerio de San Lorenzo, Valeriano Bécquer. Un grupo de artistas y escritores forman el fúnebre cortejo. Entre ellos están Rodríguez Correa, Casado del Alisal, Pradilla, Fernan-Flor. Hay en su rostros un gesto de melancolía.

Cincuenta y dos años han pasado. La obra de Valeriano Bécquer, como las rimas y las Leyendas de su hermano Gustavo, venció al tiempo y no morirá nunca; pero es necesario hacer algo más, mucho más. Los dibujos en los que recogió el alma de la España desconocida, sus pueblos, sus aldeas, no deben perderse en las amarillentas páginas de viejos periódicos. Hay que pedir para la memoria y la obra del genial pintor un poco más de luz y

un poco menos de indiferencia.

F. I. F.

Volumen III

Prólogo

Una vez más hemos conseguido rasgar un nuevo jirón del trágico velo del olvido que una imperdonable indiferencia, un bárbaro abandono, había consentido que, hasta hoy, ocúltase una gran parte de la obra de Bécquer.

Nuevos pilares del más sólido granito, para el monumento que en las almas tiene el poeta de las rimas, son estas páginas desconocidas que hoy salen del olvido, de la sombra, para entrar en la inmortalidad, en la región de los siempre verdecidos laureles, donde ofrece la gloria su ardiente beso de mujer.

En estos días otoñales, teniendo en nuestras manos las viejas revistas, de amarillentos folios, y los manuscritos de parduzcas letras, en los que su alma, genial y dolorida, fue dejando jirones de luz, como en los zarzales del infinito camino de tedio de su vida dejó las rojas rosas de su sangre, la sombra del poeta pasó ante nosotros. Revuelta la negra melena, perdidos sus ojos en inaccesibles lejanías, en su rostro un gesto de supremo desdén. Parecía uno de los enlutados caballeros que inmortalizó el Greco con su pincel.

Cuando ordenaba los papeles, las cuartillas en las que quedaron grabados los frutos de tu genial inspiración, para formar estos volúmenes, que salvarán tu obra del olvido y de la muerte, yo he sentido la fría caricia de tu mano, que me guiaba, señalándome amplios y maravillosos caminos.

¡Pobre Gustavo Adolfo! Tu trágica miseria, el incurable dolor de tu alma incomprendida, que iba agostándose lentamente, tu altiva silueta romántica vivieron conmigo en las interminables horas de trabajo, en las que una copia de la «Melancolía», de Alberto Durero, era el único testigo de mi fiebre, de mi fervor.

Y ya está la obra terminada. Nuevamente tus palabras, acariciantes y musicales, rompen el silencio, la indiferencia.

LA MUSA DE LAS RIMAS

La vieja y retorcida calle de la Justa, rincón del antiguo Madrid de nuestros abuelos, convertida hoy en patio de repugnante lupanar, guarda, entre sus edificios, la casa donde vivió la musa de las rimas; la que inspiró al poeta su maravilloso breviario de amor. Es la señalada hoy con el número 30, y que está enfrente de la calle de la Flor.

Una tarde Bécquer, acompañado de Julio Nombela, fueron a ver en dicha calle, la casa en que este último había nacido. Era un ruinoso edificio de un solo piso, que el tiempo había convertido en guarida de vicio y miseria. Siguieron Bécquer y Nombela su camino y al llegar frente a la casa número 30, algo que creyeron sobrenatural hizo que detuviesen el paso y una brisa de emoción acarició sus almas: en uno de los balcones del piso

principal estaban asomadas dos bellísimas mujercitas. Una de ellas impresionó tan profundamente al poeta, que ya, todas las tardes, sus pasos le llevaban a la estrecha calle para ver a su amada ideal. La mujercita, aquella ingenua mujercita que tenía en su cabellera aprisionado un rayo de sol, también le esperaba, poniendo una promesa de amor infinito en la sonrisa de su boca, en el tenue brillo de sus ojos azules, en la nieve de su mano, cuando, al alejarse el extraño desconocido, le enviaba un adiós.

A esto se redujeron sus amores. Nombela, hombre más práctico, no tardó en enterarse de que aquella mujer, que la casualidad puso en su camino, se llamaba Julia Espín, y era hija del compositor del mismo apellido. Encontró el medio de asistir a las reuniones y conciertos que en aquella casa se celebraban semanalmente, pudiendo, por lo tanto, hacer una realidad de sus platónicos amores; pero Bécquer no quiso. La realidad, con su cortejo de vulgaridad y prosa, hubiese destruido aquel amor, hijo de su sueño; la flor que crecía en lo más recóndito de su espíritu habría perdido su perfume. Prefirió soñar, vivir la vida que él mismo creaba como su más preciada obra de arte, seguir el camino que le marcaba su luz interior...

Y sin ella saberlo, sin que llegase a saberlo nunca, aquella mujercita que una tarde de otoño estaba asomada a un balcón en una estrecha calleja del viejo Madrid, fue la inspiradora del más bello breviario de amor que repiten de memoria todas las mujeres.

Bien merece tu nombre -pobre musa desconocida- ser grabado en el pórtico de este libro que tantas páginas habrás inspirado.

UN RECUERDO

Ya que hemos evocado a la mujer inspiradora de las rimas, queremos también, creyendo hacer una obra de justicia y desagravio, dedicar un recuerdo a la que fue esposa del poeta, madre de sus hijos. Todos los biógrafos la olvidan; algunos, al hablar de ella, la llaman ignorante, incapaz de comprender a Bécquer, indigna de ser la mujer de un artista. Encuentran, en fin, un caso más que añadir a los que sirvieron a Daudet para escribir su célebre obra, en la que con tan sutil ingenio retrata estos equivocados matrimonios.

Encontrando nebuloso y oscuro todo cuanto de la mujer de Bécquer dijeron, lo mismo sus contemporáneos que los escritores de hoy, en biografías y artículos, me dediqué, infatigable, a recoger cuantos datos encontrase que me permitiesen proyectar un poco de luz sobre su perdida figura. Hoy, teniendo reunidos, sobre mi mesa de trabajo, los resultados de mis investigaciones, veo cuán injustos fueron todos con aquella infortunadísima mujer, dotada de una sorprendente inteligencia y digna por todos conceptos de ser la compañera de Bécquer.

La vida de esta mujer es una historia de dolor y de sacrificio. Muerto su marido, la más negra de las miserias es su único horizonte y el de sus tres hijos. Cuando unos fieles amigos recogen en dos pequeños volúmenes, que la caridad editó, una parte de la obra del poeta, su mísera situación encuentra una pequeña tregua de tranquilidad. Nuevas ediciones la permiten ir saliendo adelante sin angustias ni apremios; pero llega un momento en que dichas obras pasan a ser propiedad de un editor mediante una cantidad, que no debió ser muy crecida, puesto que a los pocos meses volvió la miseria al hogar del poeta.

Sin medios ya para hacer frente a la vida recurre a una suscripción

entre los admiradores y amigos de su marido, y con un álbum en el que constaban las limosnas, fue de puerta en puerta, recogiendo ingratitud, indiferencia, dolor...

En el otoño de 1882, y provista de varias cartas de presentación de Castelar, marcha a París, donde, gracias a éstas y a un pequeño núcleo de españoles, puede encontrar los medios de regresar a España.

-¡Señora! ¿Cómo toleran los españoles y su Gobierno que la viuda de un poeta como Bécquer tenga que ir al extranjero a pedir una limosna?

Esto la dijo un ilustre hombre público de Francia al enterarse de su dolorosa peregrinación.

De vuelta a España escribe y publica un libro, colección de cuentos y artículos, titulado «Mi primer ensayo», que dedica a la Marquesa de Salar. Hay en esta dedicatoria un párrafo en el que palpita y sangra la llaga siempre abierta de su dolor. Dice así:

«Pobre y enfermo estaba mi ser, porque enferma y herida tenía mi dolorida alma, cansada de luchar contra mi destino, cuando se me ocurrió escribir estas mal trazadas líneas como último recurso para defenderme de la miseria y del hambre, que en esta tierra, patria de Cervantes y Calderón, es la única herencia que, por desgracia, alcanzamos las viudas de los poetas, cuyos horrores y privaciones son las recompensas conseguidas al brillo que a su patria dieron con sus plumas y su talento.»

Poco después de publicado este libro, la enfermedad nerviosa que padecía se agudizó de un modo alarmante. El día 22 de marzo de 1885, Casta Esteban y Navarro, la viuda de Gustavo Adolfo Bécquer, entraba en el Hospital General, y en la sala número 13, cama número 3, dejaba de existir el día 30 del mismo mes a las tres y media de la tarde. Sus restos recibieron el abrazo de la madre tierra en el cementerio de Santa María.

¿Qué rima puede compararse, mujer infortunada, al negro camino de tu vida y a la soledad y el dolor de tu muerte?

Que estas páginas, que hoy se publican, sean una ráfaga de aire nuevo que bese el roto mármol de tu olvidada sepultura.

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA.

Rimas

¿No has sentido en la noche,
cuando reina la sombra,
una voz apagada que canta
y una inmensa tristeza que llora?

¿No sentiste en tu oído de virgen
las silentes y trágicas notas
que mis dedos de muerto
arrancaban a la lira rota?

¿No sentiste una lágrima mía
deslizarse en tu boca?

¿Ni sentiste mi mano de nieve
estrechar a la tuya de rosa?

¿No viste entre sueños
por el aire vagar una sombra,

ni sintieron tus labios un beso
que estalló misterioso en la alcoba?

Pues yo juro por ti, vida mía,
que te vi entre mis brazos, miedosa,
que sentí tu aliento de jazmín y nardo,
y tu boca pegada a mi boca.

Yo me acogí, como perdido
nauta,
a una mujer para pedirla amor,
y fue su amor, cansancio a mis sentidos,
hielo a mi corazón.

Y quedé de mi vida, en la carrera
que un mundo de esperanza ayer pobló,
como queda un viandante en el desierto:
¡a solas con su Dios!

¡Quién fuera luna,

quién fuera brisa,
quién fuera sol!

.....

¡Quién del crepúsculo
fuera la hora,
quién el instante
de tu oración;
quién fuera parte
de la plegaria
que solitaria
mandas a Dios!

.....

¡Quién fuera luna,
quién fuera brisa,
quién fuera sol!...

Apoyando mi frente calurosa

en el frío cristal de la ventana,
en el silencio de la oscura noche
de su balcón mis ojos no apartaba.

En medio de la sombra misteriosa
su vidriera lucía iluminada,
dejando que mi vista penetrase
en el puro santuario de su estancia.

Pálido como el mármol el semblante,
la blonda cabellera destrenzada,

acariciando sus sedosas ondas,
sus hombros de alabastro y su garganta,
mis ojos la veían, y mis ojos
al verla tan hermosa, se turbaban.

Mirábase al espejo; dulcemente
sonreía a su bella imagen lánguida,
y sus mudas lisonjas al espejo
con un beso dulcísimo pagaba...

Mas la luz se apagó; la visión pura
desvaneciósese como sombra vana,
y dormido quedé, dándome celos
el cristal que su boca acariciara.

Si copia tu frente

del río cercano la pura corriente
y miras tu rostro de amor encendido
soy yo, que me escondo
del agua en el fondo
y loco de amores a amar te convido;
soy yo, que en tu pecho, buscando morada,
envío a tus ojos mi ardiente mirada,
mi llama divina...
y el fuego que siento la faz te ilumina.

Si en medio del valle
en tardo se trueca tu andar animado,
vacila tu planta, se pliega tu talle...

soy yo, dueño amado,
que en no vistos lazos
de amor anhelante, te estrecho en mis brazos,
soy yo, quien te teje la alfombra florida
que vuelve a tu cuerpo la fuerza y la vida;
soy yo, que te sigo
en alas del viento soñando contigo.

Si estando en tu lecho
escuchas acaso celeste armonía
que llena de goces tu cándido pecho,
soy yo, vida mía...
soy yo, que levanto
al cielo tranquilo mi férvido canto;
soy yo, que los aires cruzando ligero
por un ignorado movible sendero,
ansioso de calma,
sediento de amores, penetro en tu alma.

La fe salva

(Apuntes para una novela)

Nota preliminar

Esta novela la publicó Bécquer en el Almanaque de «El Café Suizo»,

revista literaria que apareció en Madrid el año 1865.

Rodríguez Correa, en el prólogo de las «Obras completas» la cita entre las novelas y leyendas que el poeta tenía en proyecto. Acaso por considerarla como proyecto, la tituló apuntes, con los que, según él mismo dice, pensaba hacer un cuadro más acabado.

- I -

Encontrándome en el Balneario de Fitero, en busca de un poco de salud para mi cuerpo dolorido y cansado, conocí a una mujer extraña, de una dulce y marchita belleza. Representaba tener unos veintiocho años, aunque el sufrimiento, sin duda, había puesto en su rostro un sello de prematura vejez. Hacía una vida retirada; su única compañía era una señora anciana que fielmente y con aire de servidumbre, la seguía a todas partes.

La extraña belleza de la desconocida; su rostro, donde se reflejaba un oculto dolor; su vida, apartada y silenciosa, me impresionaron tan profundamente que, sin yo quererlo, empezó a forjar mi fantasía una novela, novela absurda y disparatada, de la que Ella era la protagonista, el único y central personaje alrededor del cual giraba el mundo entero.

Con motivo de una visita que en el mismo día hicimos a la ruinosa Abadía (cuyos muros conservan el eco del más extraño y misterioso Miserere (4)), conseguí hablar con la enigmática mujer que tan gran interés había despertado en mi insaciable curiosidad.

Buscando un pretexto para empezar la conversación, me ofrecí a ella en calidad de ciceronne, puesto que conocía perfectamente la vetusta Abadía que íbamos a visitar. Ella, que no sé por quién, sabía mi condición

de escritor, aceptó encantada mi ofrecimiento. De esta sencilla manera empezó nuestra romántica amistad.

Empezaba a caer la tarde cuando terminamos de visitar el monasterio. Lo que a mi bella compañera más impresionó fue la historia del misterioso Miserere que en la biblioteca de la Abadía se conserva y con cuyo extraño asunto la prometí escribir una leyenda.

El sol acababa de hundirse en el ocaso, tiñendo el horizonte de una tonalidad violeta. En el cielo, como una lágrima, temblaba el lucero de la tarde.

Durante nuestro paseo pude adivinar que un gran dolor consumía lentamente su vida. Nada me dijo ella; pero en el fondo de sus ojos grises leí como en un libro abierto.

- II -

Desde nuestra visita a la ruinoso Abadía nuestra amistad fue haciéndose cada vez más íntima. Por las tardes yo era su acompañante; la di libros, la leí mis versos, la hice, en fin, la confidente de mi vida y mi consejera en horas de duda y vacilación.

Una tarde, visitando una vez más el viejo monasterio, nuestra conversación fue descubriendo, poco a poco, los íntimos anhelos, las ansias secretas de nuestras almas, y sin darse cuenta, como obedeciendo a una oculta fatalidad, empezó a contarme la historia de su vida; una historia triste, humedecida por las lágrimas, llena de renunciaciones, de sueños rotos, de dolor.

Historia que hoy traslada mi pluma a la blanca virginidad de las

cuartillas.

- III -

«En una vieja ciudad castellana en la que las milenarias piedras de sus caserones y de sus iglesias guardan, como beso sagrado, la huella de tantas generaciones, y cuyas rúas solitarias y retorcidas conservan el eco de las voces lejanas, vivíamos, acompañadas de nuestro padre, un bravo soldado héroe de románticas empresas, que supo de conspiraciones, y que muchas veces estuvo a punto de perder la vida por defender la libertad. En aquella ciudad, de la que solamente conservo un vago y brumoso recuerdo: el que en mi alma grabaran la verde tonalidad de la hiedra y la grave voz de las campanas, transcurrieron los años de mi niñez. Mi hermana Blanca, algo mayor que yo, por la que no añoré las dulces y perdidas caricias de nuestra madre muerta, era la única nota de alegría en el viejo caserón que nos sirvió de cuna; su clara voz era una música renovadora en nuestra silenciosa tristeza; su risa, un aire de primavera que pasaba besando los espesos muros de los anchos salones sombríos. ¡Cómo brilla en el fondo de mi alma la misteriosa luz de sus apagadas pupilas verdes! ¡Sus magas pupilas de esmeralda, que al perder su luz sumieron mi vida en una eterna noche!

Catorce años tenía cuando mi padre tuvo que abandonar la muerta ciudad donde recibí el primer beso de luz y nos fuimos a vivir a Madrid. Habitamos un piso segundo en una de las calles más concurridas, por cuyos balcones entraba el sol pródigamente. Nuestra vida pareció cambiar. Aquella luz que el sol nos regalaba, hizo el milagro de disipar todas las

sombras que la vieja ciudad de Castilla infiltró en nuestras almas.

Mi padre, preocupado por los acontecimientos políticos, entró en un período de intensa actividad. Comprometido con sus compañeros de profesión desterrados de la patria, preparaba en las sombras el movimiento revolucionario que pocos meses después estalló en España. Nuestra casa se convirtió en un centro de conspiración. Por allí pasaron literatos, políticos, militares y entre ellos llegó el hombre cuyo nombre es para mí una maldición. ¡El que apagó la intensa luz de sus ojos verdes!»

.....

Llegaba la noche, la campana de la ruinosa Abadía nos recordaba la hora de la oración. Una plegaria floreció en nuestros labios, nuestras manos, obedeciendo a un impulso desconocido, se estrecharon fuertemente como si sellasen un pacto. Eran ya hermanas nuestras almas, porque las unía el dolor.

Y cuando silenciosos, perdidos en el laberinto de nuestros sueños, regresábamos al pueblo, ¡yo sentí los misteriosos acordes, las extrañas notas, el inmenso gemido del Miserere que una noche recogió en su cuaderno un genial peregrino, y que hoy conservan los monjes en su polvorienta biblioteca!

- IV -

En sucesivos días y aprovechando las excursiones que hacíamos a los pintorescos alrededores del balneario, mi triste y bella confidente fue contándome todos los capítulos de la novela de su vida. Un vago y grato perfume de flores marchitas; el recuerdo que deja en un alma sensible un

bello crepúsculo; el eco de una canción lejana que dijo su queja en la tarde y que confusamente llegó a nuestro oído. Algo impreciso, inmaterial, de refinada sutileza, era el íntimo drama, la silente tragedia de mi amiga.

«En la tertulia que todas las noches se formaba en nuestra casa y que era un pequeño centro de conspiración, apareció un día un joven poeta que acababa de llegar de Portugal. Se llamaba Alberto Albert. Sus versos, de un exaltado romanticismo, cantaban la libertad, la lucha; pero los que más llegaron al fondo de mi alma, los que me descubrieron el secreto del llanto fueron aquellos cortos como suspiros, de ritmo extraño, de los que brota a un aroma de amor. Tanto simpatizó con nosotros, tan gran afecto le tomó mi padre que al poco tiempo era uno más en el seno de nuestra familia.

Y empezó a gestarse la tragedia, la gran tragedia de nuestras almas, la que salvó mi vida por un milagro de la fe, la que apagó para siempre la misteriosa luz esmeralda que brillaba en sus ojos.

De la intimidad fue naciendo, poco a poco, el amor. Sin darnos cuenta Blanca y yo, como mariposas que abrasan, inconscientes, sus alas en la llama, nos sentimos atraídas por Alberto, que se presentaba ante nuestro naciente deseo como el príncipe soñado en interminables noches, héroe de aquellas novelas de soldados y trovadores que guardaba la vieja librería de roble de nuestro padre, y que fueron la única distracción de nuestros interrogantes anhelos, en la vieja ciudad de los grises palacios de piedra, bajo el clamor de las campanas. Poeta rodeado de una romántica leyenda de conspiraciones y de luchas, orlada su cabeza por una negra melena, un infinito tedio reflejado en sus ojos, ¿qué más podía pedir nuestra sedienta juventud?

Nosotras ocultamos nuestra pasión en el fondo de nuestros pechos. Sabíamos que si el amor triunfaba en una, en la otra la desilusión troncharía, agostaríamos sin piedad. Una primavera en un alma equivalía a un otoño en la otra. Y callamos.

Una tarde Blanca estaba en el balcón, su marfileña mano sostenía un libro: los versos de Alberto, divinas palabras rimadas, diminutas violetas de tenue perfume con que la poesía habla a la vida. Empezaba a morir el día y la sombra, como un denso velo, iba extendiéndose por la habitación. La voz de un piano que llegaba confusamente tenía toda la melancolía de un adiós.

Y Alberto llegó a ella. El libro, rota la cárcel de la mano que lo retenía, rodó por su falda. Toda la pasión contenida tanto tiempo surgió con toda la magnificencia de un canto triunfal. La romántica melena del poeta se confundía con el oscuro y brillante pelo de mi hermana, se buscaron sus manos y dijeron, al unirse, mucho más que las confusas palabras que pronunciaban los labios temblorosos.

Yo, que sin turbar el silencio me deslicé por el cuarto en sombras, lo contemplaba todo desde un escondido rincón. Sentí que, poco a poco, iba apagándose mi vida, el corazón, como pájaro aprisionado, quería romper su jaula, su latido parecía el tic-tac monótono de un reloj que quisiese acelerar la marcha del tiempo.

Ya era de noche, en el balcón únicamente se distinguía la silueta, confundida, de los cuerpos bañados por un rayo de luna. Mi pobre alma no pudo más; la vida se escapaba de mí como una frágil hoja seca arrastrada por una ráfaga de muerte. Todo me abandonaba; y como un ave herida en su vuelo, caí al suelo sin que el más débil grito, ni la más leve queja vibrase en mi garganta.

Cuando desperté me encontré en el lecho, rodeada de todos. Blanca, llenos sus ojos de lágrimas, besaba mi frente. Alberto, aprisionándome una mano fuertemente, parecía pedirme perdón.

La tragedia acababa de extender sus alas sobre nosotros.»

- V -

«Mi inexplicable enfermedad se prolongó días y días, sin que nadie supiese lo que me pasaba. Todos los médicos de algún relieve desfilaron por la cabecera de mi cama, y después de mil ensayos y conjeturas se marchaban, confesando noblemente el fracaso de su ciencia ante mi extraño mal. Y es que los médicos sólo saben de las dolencias materiales; de las que dañan el cuerpo; de las que dejan huella sensible; pero de las del alma, las producidas por el fracaso de una ilusión o por la muerte de un sentimiento, de esas no saben nada, ni siquiera se atreven a creer en ellas. Larra, cuyas obras me enseñaron el dolor, define muy bien estos estados, acaso porque nadie como él sintió desgarrado su pecho por un inapagable deseo. El amor mata, aunque no mata a todo el mundo. ¡Cuántas cosas me revelaron estas sabias palabras!

Desde la noche en que empezó a marchitarse mi vida, Blanca y Alberto fueron mis compañeros. Nunca se atrevieron a explicar lo que sucedió; ni siquiera cambiaron una mirada estando yo delante.

Yo sabía que el dolor de mi hermana era tan infinito como el mío y supe leer en su cara, en su gesto de melancolía que por mí sacrificaba todas sus ilusiones, sus sueños, sus esperanzas que ya nunca serían realidad. Su pecho sería desde entonces el sepulcro de un amor.

En aquellos días estalló en Madrid la revolución que el mes de julio de 1851 hizo de la ciudad un campo de batalla. Mi padre y Alberto, que esperaban el momento, fueron de los primeros en acudir a la lucha, y días enteros estuvimos sin saber de ellos. Muy de tarde en tarde aparecían para tranquilizarnos, y de nuevo volvían a sus barricadas.»

.....

Cuando mi pobre amiga trajo a mi memoria aquellos días de mi fogosa y romántica juventud, todo mi pasado surgió ante mí, por el mágico poder de la evocación.

¡Última revolución romántica que a través del tiempo adquiere toda la grandeza de una epopeya!

Y entonces fui yo el que conté a mi compañera y confidente todos los acontecimientos de aquel bello pasado que conservo, como una reliquia, en el corazón. Y vertí de este modo un bálsamo de olvido en la llaga de su melancolía.

Yo aún no había llegado a Madrid. Ya empezaba a preparar el viaje, y mis carpetas y cuartillas, como llaves, que me abrirían las puertas de la inmortalidad, esperaban resignadas en el fondo de una vieja maleta de cuero.

Por las tardes, paseando con Narciso Campillo por las pintorescas afueras de nuestra Sevilla, teniendo como único testigo el Guadalquivir, hacíamos proyectos para la lucha que empezaríamos en breve. Madrid se presentaba ante nuestras inquietas fantasías como una bella mujer, cuyo amor fuese solamente posible a los elegidos, que supieron conquistarle con el oro de su inteligencia.

Una fuerza desconocida ponía pintorescas alas en nuestra insaciable juventud. ¡Y qué gran dolor el de las alas rotas antes de emprender el

primer vuelo!

Luis García Luna, el primer amigo que en Madrid tuve, amistad que el tiempo acrecentó, fue el que me contara, pues de ellos era testigo, todos los acontecimientos de los que el año 54 tuvieron por escenario a Madrid.

La revolución triunfante hizo de la ciudad un gran campo de batalla. En todas las calles se levantaron con piedras, cajones y enseres domésticos grandes barricadas que defendía el pueblo con inaudito valor. Sedientos de venganza, grupos de hombres armados recorrían las calles entre lluvia de balas que se cruzaban en todas direcciones; los palacios de aquellos hombres públicos a los que el pueblo acusaba de ser causantes de sus males, fueron asolados y en medio del arroyo se formaron grandes pirámides con los muebles y obras de arte que a ellos pertenecieron. Y el fuego los redujo a cenizas.

Una tarde García Luna, vagando curioso por las calles, presenció un espectáculo de profunda y trágica emoción. Sus pasos le llevaron a la Plazuela de los Mostenses, en una de cuyas casas vivía Francisco Chico, jefe entonces de la policía Madrileña y a quien se atribuían, creo que con razón, toda clase de atropellos e injusticias. El populacho rodeaba el edificio en cuyo interior se buscaba, inútilmente, al inquisitorial polizonte. García Luna se sumó a los curiosos que presenciaban el espectáculo de aquella extraña cacería. Un cuarto de hora llevaba allí mi amigo, cuando por el ancho portalón apareció una triste y macabra comitiva: en un colchón que sobre una escalera sostenían media docena de hombres, iba, con el sello de la muerte en el semblante, Francisco Chico; detrás, y con una fuerte cuerda al cuello, marchaba su secretario. Toda clase de maldiciones e insultos salió de aquella masa humana. El pueblo se disponía a hacer justicia una vez más.

Y así continuó el trágico cortejo hasta la Plazuela de la Cebada,
donde Chico y su criado fueron, sin piedad, fusilados.

Todos los episodios de aquella romántica revolución vivieron aquella
tarde en mis labios nuevamente, como un bello cuento; como un romance
legendario de los que pasan de generación en generación dejando en las
almas una brillante estela de inquietud.

.....

La noche tendió, una vez más, sus alas sombrías sobre nosotros.
Volvíamos al pueblo por el estrecho camino, que parecía bajo la luna una
estrecha cinta de plata.

Formando una compacta masa marfileña, un rebaño de ovejas volvía al
redil, rompiendo el silencio con la tenue música de las esquilas. Poco a
poco, en el cielo se iban encendiendo las estrellas, de clara luz unas,
como fantásticos diamantes; otras, débiles, apagadas...

La silueta de la vieja Abadía se recortaba en el horizonte como un
encantado palacio de leyenda.

- VI -

Durante unos días en que nos vimos obligados a permanecer en los nada
cómodos cuartos de la fonda, a causa del temporal, que convirtió el
balneario y sus cercanías en tina sucia y cenagosa laguna, Ella siguió
contándome los episodios de su vida, con los que se podía construir la más
extraña e interesante novela.

Y Ella habla...

.....

«Dos días llevábamos de incertidumbre e intranquilidad, cuando una nueva desgracia vino a complicar de nuevo el curso de nuestras vidas: Alberto fue herido gravemente en la barricada de la calle Mayor, que fue su baluarte desde los comienzos de la revolución. Una noche, ocultándose a toda mirada curiosa, fue traído a nuestra casa, en brazos de nuestro padre y de dos de sus mejores amigos. En una de las habitaciones más retiradas se le improvisó un cómodo y limpio lecho, y allí murió en las primeras horas de la mañana del siguiente día. El nombre de mi hermana fue la última palabra que pronunciaron sus labios.

Y así acabó aquel héroe de leyenda que supo arrastrar nuestras vidas con el impulso de su romanticismo.

Mi inexplicable enfermedad, si es que enfermedad podía llamarse a la ráfaga de melancolía que por mi alma pasaba, se agravó de un modo alarmante. Los médicos ya desconfiaban de su ciencia y veían, impotentes para todo, cómo se iba extinguiendo mi vida lentamente.

Yo sentía a la muerte que, con sus frías y descarnadas manos acariciaba mi frente y apretaba, implacable, mi corazón.

Y cuando, perdida ya toda esperanza, la eterna noche tendía sobre mí sus alas de sombra, un milagro, un raro milagro, obra de la gigantesca fe de mi hermana, me volvió nuevamente a la vida, a la luz...

Blanca, arrodillada ante mi lecho, después de rogar, inútilmente, un poco de clemencia y piedad para mí, ofreció a una antigua imagen que aún existe en una vieja iglesia madrileña, a cambio de mi salud y de mi vida, la luz que brillaba en el fondo de sus pupilas.

Y el milagro se obró. Poco a poco, una corriente de sangre nueva fue tiñendo de suave carmín mi amarillento rostro y mis exangües labios; mis enfermos pulmones volvieron a respirar nuevamente, libres de aquella garra

implacable que los oprimía; dejó mi corazón de ser aquel reloj loco que parecía querer traspasar los límites del tiempo. En las tinieblas de mi alma había penetrado un rayo de sol. Pero conforme el milagro de mi resurrección iba operándose, la Providencia, inflexible, exigía a mi hermana el cumplimiento de su promesa; sus maravillosos ojos verdes iban lentamente perdiendo su luz.

Un día la deuda fatal quedó cancelada definitivamente: Blanca quedó ciega, quedaron sin vida, para siempre paradas, sus encantadoras pupilas, como quedan los ojos de los muertos que no tienen una mano amiga que cierre sus párpados.

Si algún día entra usted en la iglesia de... podrá ver, entre los ex-votos de la virgen que tiene su altar en la más oculta capilla, los ojos de mi hermana como dos trágicas joyas fantásticas. Nadie hasta ahora consiguió ver el extraño ex-voto y tomaron mi visión como desvarío de mi débil cerebro, prueba acaso de una incipiente locura; pero yo sé que usted sabrá ver lo que se ocultó a las miradas profanas de las gentes vulgares. Si algún día su curiosidad de poeta, buscadora infatigable de emociones nuevas, le lleva a la oculta capilla de la vieja iglesia madrileña, y su alma sabe ver el milagro, acuérdesse de mí.»

Estas fueron las confidencias de mi pobre hermana espiritual, frágil sensitiva de un fantástico jardín. Sus palabras, una a una, quedaron grabadas en mi corazón. ¡Aún creo escuchar su voz fina y apagada, cuando a la luz de un bello crepúsculo iba descubriéndome la clave de su incurable tristeza!

Dos días después la vida destruyó nuestra hermandad. En Madrid me esperaban mis amigos, los periódicos que de pedazos de mi alma nutrían sus columnas, la agobiante lucha diaria en la que no puede haber un momento de

descanso ni vacilación. Y guardando en la vieja maleta cartapacios, libros y papeles, a Madrid volví, llevando en mi alma un poco de melancolía y en mis cabellos algún nuevo hilillo de plata.

Fue muy triste la despedida. En mis labios floreció una promesa; una lágrima rodó por los surcos que en mi cara había labrado el dolor. La crujiente e incómoda diligencia me esperaba, y los collerones de las mulas rompieron el silencio de la tarde con su argentino tintineo.

Durante un largo rato dos pañuelos se saludaban en la lejanía, como prisioneras palomas blancas...

- VII -

Cerca de tres meses hacía que estaba de nuevo en Madrid, entregado en cuerpo y alma a la lucha diaria y agotadora. El teatro Real, mi tertulia del Suizo, la tribuna del Congreso, la redacción. De uno a otro lado marchaba sin cesar, como arrastrado por una desconocida fuerza. Mi cerebro, sacudido por nuevas impresiones, fue olvidando, poco a poco, el romántico idilio, las confidencias de la pobre alma enferma. De todo conservaba únicamente esa secreta armonía, el vago eco que deja en nosotros una bella música que sonó un día en nuestro camino y que nunca volveremos a escuchar. En mi álbum de dibujo, uno de mis más fieles amigos, quedaron también eternizados muchos momentos de mi pasada aventura. Pensé escribir una novela, libro extraño, nueva danza macabra en la que bailaban, en trágico abrazo, el amor y la muerte. Sería mi obra una absurda mezcla de noche y silencio; como aquel Miserere que en la ruinosa Abadía de Fitero se conserva.

Y la novela se quedó sin hacer. Hoy, que una inexplicable melancolía acaricia mi alma, trazo estos ligeros apuntes con los que haré algún día un cuadro más acabado. Acariciar el recuerdo es lo único que hoy puedo hacer: soñar, como el estudioso Fausto soñaba con el beso de Margarita.

- VIII -

Vagando una tarde por las estrechas calles del Madrid viejo, viajero sin rumbo definido, perdido en el laberinto de mi fantasía, que de tantos fantasmas y evocaciones llenaba las solitarias rúas. De cada encrucijada, de cada portalón surgía una sombra evocadora; de cada balcón de los señoriales palacios muertos, parecía salir la música de un clave acariciado por una blanca mano de mujer. ¡Palacios viejos! ¡Aún conserváis la luz de las grandes arañas que un día alumbraron vuestros anchos salones, en versallescas fiestas galantes; frágiles marquesitas, tocadas sus cabezas con empolvadas pelucas de nieve, trenzaron ligeros minuets, y vales pausados, sobre los mullidos tapices de Oriente que cubrían vuestros suelos! ¡Aún conserváis el eco de los clavicordios, de las palabras de amor de que fuisteis testigos! La vida, toda la vida, con sus alegrías y sus miserias, sus inagotables placeres y sus dolores infinitos vibró un día en vosotros. Hoy solamente sois el gris fantasma de vuestra perdida grandeza, el recuerdo de un pasado muerto, una reliquia...

Empezaba a ponerse el sol y decidí terminar mi paseo, volver nuevamente a la realidad, dejar otra vez aquel mundo de evocaciones y de sombras en el que tanto me agradaba perderme. La vida me llamaba con voz fuerte e imperativa. Caminaba despacio, envuelto en mi ancha capa, cuando

pasé por una iglesia cuya plañidera campana decía su canto en tarde. Como una voz desconocida que sonase en mi oído, recordé que aquella era la iglesia que guardaba, en una de sus capillas, la virgen que dio vida a mi amiga, y que conservaba entre sus exvotos unos verdes ojos de mujer. Entré; una docena escasa de fieles musitaban sus oraciones en el silencio. La función religiosa acababa de terminar hacía un momento, y uno de los servidores del culto apagaba lentamente las luces. Casi en tinieblas iba quedando el templo. Mi curiosidad me hizo buscar la pequeña capilla en que la imagen se venera, y recordando los datos que confusamente guardaba en la memoria, la encontré al instante. Lleno de un vago temor, mezcla de fe y miedo, entré en ella.

¡Y vi el milagro! En el rostro de la virgen, un rostro de dolor, obra de algún visionario artífice, en aquella cara ennegrecida por el beso de los años, brillaban unos alucinantes ojos de esmeralda. Una trágica luz fosforescente salía de ellos.

Caí de rodillas al pie del viejo altar mientras mis labios decían una oración; oración extraña, de palabras confusas, voz de mi fe y canto pagano a la pobre mujercita que apagó la luz de sus pupilas para que de su eterna noche surgiera una vida.

¿Cuánto tiempo estuve allí? No lo sé. De mi éxtasis vino a sacarme el sacristán agitando un manojo de grandes llaves, y los fieles, que al pasar por mi lado me miraban como a una cosa rara, dudando si aquel hombre que estaba ante el altar era un santo o un loco, inclinándose más a esta segunda idea.

¿Qué sabían ellos, pobres humanos, de las grandes batallas del alma?

FIN

Memorias de un pavo

(Cuento)

No hace mucho que invitado a comer en casa de un amigo, después que sirvieron otros platos confortables, hizo su entrada triunfal el clásico pavo, de rigor durante las Pascuas en toda mesa que se respeta un poco y que tiene en algo las antiguas tradiciones y las costumbres de nuestro país.

Ninguno de los presentes al convite, incluso el anfitrión, éramos muy fuertes en el arte de trinchar, razón por la que mentalmente todos debimos coincidir en el elogio del uso últimamente establecido de servir las aves trinchadas. Pero como sea por respeto al rigorismo de la ceremonia que en estas solemnidades y para dar a conocer, sin que quede género alguno de duda, que el pavo es pavo, parece exigir que éste salga a la liza en una pieza; sea por un involuntario olvido o por otra causa que no es del caso averiguar, el animalito en cuestión estaba allí íntegro y pidiendo a voces un cuchillo que lo destrozase; me decidí a hacerlo, y poniendo mi esperanza en Dios y mi memoria en el Compendio de Urbanidad que estudié en el colegio donde, entre otras cosas no menos útiles, me enseñaron algo de este difícil arte, empuñé el trinchante en la una mano, blandí el acero con la otra y a salga lo que saliere, le tiré un golpe furibundo.

El cuchillo penetró hasta las más recónditas regiones del ya implume bípedo, mas juzguen mis lectores cuál no sería mi sorpresa al notar que la hoja tropezaba en aquellas interioridades con un cuerpo extraño.

-¿Qué diantre tiene este animal en el cuerpo? -exclamé con un gesto de asombro e interrogando con la vista al dueño de la casa.

-¿Qué ha de tener?-me contestó mi amigo con la mayor naturalidad del mundo-, que está relleno.

-¿Relleno, de qué?-proseguí yo, pugnando por descubrir la causa de mi estupefacción-; por lo visto, debe ser de papeles, pues a juzgar por lo que se resiste y el ruido especial que produce lo que se toca con el cuchillo, este animal trae un protocolo en el buche.

Los circunstantes rieron a mandíbula batiente mi observación.

Sintiéndome picado de la incredulidad de mis amigos, me apresuré a abrir en canal el pavo, y cuando lo hube conseguido, no sin grandes esfuerzos, dije en son de triunfo, como el Salvador a Santo Tomás:

-Ved y creed.

Había llegado el caso de que los demás participasen de mi asombro. Separadas a uno y otro lado las dos porciones carnosas de la pechuga del ave y rota la armazón de huesos y cartílagos que la sostenían, todos pudimos ver un rollo de papeles ocupando el lugar donde antes se encontraron las entrañas y donde entonces teníamos hasta cierto punto derecho a esperar que se encontrase un relleno un poco más gustoso y digerible.

El dueño, de la casa frunció el entrecejo. La broma, caso de serlo, no podía venir sino de la parte de la cocinera, y para broma de abajo a arriba, preciso era confesar que pasaba de castaño oscuro.

El resto de los circunstantes exclamaron a coro, pasado el primer

momento de estupefacción, que lo fue asimismo de silencio profundo:

-Veamos, veamos qué dice en esos papeles.

Los papeles, en efecto, estaban escritos.

Yo, aun a riesgo de mancharme los dedos, pues estaban bastante grasientos, los extraje del sitio en que se encontraban, y aproximandome a la luz de una bujía pude descifrar este manuscrito que hasta hoy he conservado inédito:

«Impresiones, notas sueltas, y pensamientos filosóficos de un pavo, destinados a utilizarse en la redacción de sus memorias:

Ignoro quiénes fueron mis padres, el sitio en que nací y la misión que estoy llamado a realizar en este mundo.

No sé, por lo tanto, de dónde vengo ni a dónde voy.

Para mí no existe pasado ni porvenir; de lo que fue no me acuerdo; de lo que será no me preocupo. Mi existencia, reducida al momento presente, flota en el océano de las cosas creadas, como uno de esos átomos luminosos que nadan en el rayo de sol.

Sin que yo, por mi parte, lo haya solicitado, ni poder explicarme por dónde me ha venido, me he encontrado con la vida; y como suele decirse que a caballo regalado no hay que mirarle el diente, sin discutirla, sin analizarla me limito a sacar de ella el mejor partido posible.

Porque la verdad es que en los templados días de primavera, cuando la cabeza se llena de sueños y el corazón de deseos, cuando el sol parece más brillante y el cielo más azul y más profundo, cuando el aire perezoso y tibio vaga a nuestro alrededor cargado de perfumes y de notas de armonías

lejanas, cuando se bebe en la atmósfera un dulce y sutil fluido que circula con la sangre y aligera su curso, se siente un no sé qué de diáfano y agradable en uno mismo y en cuanto le rodea, que no se puede menos de confesar que la vida no es del todo mala.

La mía, a lo menos, es bastante aceptable. En clase de pavo, se entiende.

Aún no clarea la mañana, cuando un gallo, compañero de corral, me anuncia que es la hora de salir al campo a procurarme la comida.

Entreabro los soñolientos ojos, sacudo las plumas y héteme aquí calzado y vestido.

Los primeros rayos del sol bajan resbalando por la falda de los montes, doran el humo que sube, en azuladas espirales, de las rojas chimeneas del lugar, abrillantan las gotas de rocío escondidas entre el césped y relucen con un inquieto punto de luz en los pequeños cascos de vidrio y loza, de platos y pucheros rotos que, diseminados acá y allá, en el montón de estiércol y basuras a que se dirigen mis pasos, fingen, a la distancia, una brillante constelación de estrellas.

Allí, ora distraído en la persecución de un insecto que huye, se esconde y retorna a aparecer; ora revolviendo con el pico la tierra húmeda, entre cuyos terrones aparece de cuando en cuando una apetitosa simiente, dejo transcurrir todo el espacio de tiempo que media entre el alba y la tarde. Cuando llega ésta, un manso ruidito de aguas corrientes me llama al borde del arroyo próximo, donde, al compás de la música del aire, del agua y de las hojas de los álamos, abriendo el abanico de mis oscuras plumas, hago cada idilio a la inocente pava, señora de mis pensamientos, que causarían envidia a poderlos comprender; no digo a los rústicos gañanes que frecuentan estos contornos, sino a los más pulidos

pastores de la propia Galatea.

Tal es mi vida: hoy, como ayer; probablemente, mañana como hoy.

Repetid esta página tantas veces como días tiene el año, y tendréis una exacta idea de la primera parte de mi historia.

*

* *

La inalterable serenidad de mi vida se ha turbado, como el agua de una charca a la que arrojan una piedra.

Una desconocida inquietud se ha apoderado de mi espíritu y ya va de dos veces que me sorprende pensando.

Este exceso de actividad de las facultades mentales, es causa de una gran perturbación en mi economía orgánica: apenas duermo once horas y ya se me indigestó el hueso de un albaricoque.

Yo creí que no habría nada más allá de esas montañas que limitan el horizonte de la aldea. No obstante, he oído decir que vamos a la corte, y que, para llegar hasta allí, salvaremos esas altísimas barreras de granito que yo creía el límite del mundo. ¡La corte! ¿Cómo será la corte? Pronto saldré de dudas.

.....

...

Escribo estas líneas en el corral donde me recojo a dormir y aprovechando la última luz del crepúsculo de la tarde. Mañana partimos. Un poco precipitada me parece la marcha. Por fortuna, el arreglo del equipaje no me ha de entretener mucho.

*

* *

Me he detenido en lo más alto de la cumbre que domina el valle donde viví, para contemplar por última vez las bardas del corral paterno.

Con cuánta verdad podría llamarse a estas peñas, desde donde envió un postrer adiós a lo que fue mi reino, el suspiro del pavo!

Desde aquí veo la llanura teatro de mis cacerías. Más allá, corre el arroyo que, al par que apagaba mi sed, me ofrecía limpio espejo donde contemplar mi hermosura. Allí vive mi pava; junto a aquel árbol la vi por primera vez. ¡Al pie de ese otro la declaré mi amor!

.....

.....

Las lágrimas me obscurecen la vista y lloro a moco tendido, en toda la extensión de la frase.

¡Parece que al alejarme de estos sitios se me arranca algo del fondo de las entrañas y, a mi pesar, se queda en ellos!

¿Será este extraño afán presentimiento de mi desventura? ¿Será?...

Un cañazo ha interrumpido el hilo de mis reflexiones en este instante.

Hago aquí punto, de prisa y corriendo, para reunirme a la manada, no sea que se repita la insinuación.

*

* *

Ya estamos en la corte. He necesitado que me lo digan y me lo repitan cien veces para creerlo. ¿Es esto Madrid? ¿Es este el paraíso que yo soñé en mi aldea? ¡Dios mío! ¡Qué desencanto tan horrible!

El sol llega trabajosamente al fondo de estas calles, cuyas casas parecen castillos; ni un mal jaramago crece entre las descarnadas junturas de los adoquines; aún no ha acabado de caer al suelo la cáscara de una naranja, el troncho de una col, el hueso de un albaricoque, cualquier cosa, en fin, que pueda utilizarse como alimento digerible, cuando ya ha desaparecido sin saber por donde.

En cada calle hay un tropiezo, en cada esquina un peligro. Cuando no nos acosa un perro, amenaza aplastarnos un coche o nos arrima un puntillón un pillete.

La caña no se da punto de reposo. Noche y día la tenemos suspendida sobre la cabeza como una nueva espada de Damocles.

Yo no puedo seguir al azar el camino que mejor me parece, ni detenerme un momento para descansar de las fatigas de este interminable paseo. «¡Anda! ¡Anda!» -me dice a cada instante nuestro guía, acompañando sus palabras con un cañazo.

¡Con cuánta más razón que al famoso judío de la leyenda, se me podría llamar a mí el pavo errante!

¿Cuándo terminará esta enfadosa y eterna peregrinación?

He perdido lo menos dos libras de carne.

No obstante, a un caballero que se ha parado delante de la manada he conseguido llamarle la atención por gordo.

¡Si me hubiera conocido en mi país y en los días de mi felicidad!

.....

...

Con esta va de tres veces que me coge por las patas y me mira y me remira, columpiándome en el aire, dejándome luego, para proseguir en el animado diálogo que sostiene con nuestro conductor.

.....

...

Por cuarta vez me ha cogido en peso, y, sin duda, ha debido distraerse con su conversación, pues me ha tenido cabeza abajo más de siete minutos.

El capricho de este buen señor comienza a cargarme.

*

* *

¿Es esto una pesadilla horrible? ¿Estoy dormido o despierto? ¿Qué pasa por mí?

Ya hace más de un cuarto de hora que trato de sobreponerme al estupor que me embarga y no acierto a conseguirlo.

Me encuentro como si despertara de un sueño angustioso... Y no hay duda. He dormido, o mejor dicho, me he desmayado.

Tratemos de coordinar las ideas. Comienzo a recordar confusamente lo que me ha pasado. Después de mucha conversación entre nuestro guía y el desconocido personaje, éste me entregó a otro hombre, que me agarró por las patas y se me cargó al hombro.

Quise resistirme, quise gritar al ver que se alejaban mis compañeros;

pero la indignación, el dolor y la incómoda postura en que me habían colocado ahogó la voz en mi garganta. Figuraos cuánto sufriría hasta perderlos de vista.

Luego me sentí llevado al través de muchas calles, hasta que comenzamos a subir unas empinadas escaleras que no parecían tener fin.

A la mitad de esta escala, que podría compararse a la de Jacob, por lo larga, aun cuando no bajasen ni subiesen ángeles por ella, perdí el conocimiento.

La sangre, agolpada a la cabeza, debió producirme un principio de congestión cerebral.

... ..

...

Al volver en mí me he hallado envuelto en tinieblas profundas. Poco a poco, mis ojos se van acostumbrando a distinguir los objetos en la obscuridad, y he podido, ver el sitio en que me encuentro.

Esto debe ser lo que en Madrid llaman una bohardilla. Trastos viejos, rollos de estera, pabellones de telaraña constituyen todo el mobiliario de esta tenebrosa estancia, por la que discurren a su sabor algunos ratones.

Por el angosto tragaluz penetra en este instante un furtivo rayo de sol... ¡El sol, el campo, el aire libre! ¡Dios mío, qué tropel de ideas se agolpa en mi mente! ¿Dónde están aquellos días felices? ¿Dónde están aquellas...?

Me es imposible proseguir. Una harpía, turbando mis meditaciones, me ha metido catorce nueces en el buche. Catorce nueces con cáscaras y todo. Figuraos, por un momento, cuál será mi situación. ¡Y a esto le llaman en este país dar de comer!

*

* *

¡Lasciati agni speranza! Han pasado algunos días y se me ha revelado todo lo horrible de mi situación. He visto brillar con un fulgor siniestro el cuchillo que ha de segar mi garganta, y he contemplado con terror la cazuela destinada a recibir mi sangre.

Ya oigo los tambores de los chiquillos, que redoblan, anunciando mi muerte. Mis plumas, estas hermosas plumas con que tantas veces he hecho el abanico, van a ser arrancadas, una a una, y esparcidas al viento como las cenizas de los más monstruosos animales.

Voy a tener por tumba un estómago, y por epitafio la décima en que pide los aguinaldos un sereno.

¡Se tu non piangi da che pianger suoli?»

*

* *

Cuando terminé la lectura de este extraño diario, todos estábamos enternecidos. La presencia de la víctima hacía más conmovedora la relación de sus desgracias.

Pero... ¡oh, fuerza de la necesidad y la costumbre!, transcurrido el primer momento de estupor y de silencio profundo, nos enjugamos con el pico de la servilleta la lágrima que temblaba suspendida en nuestros párpados y nos comimos el cadáver.

FIN

La Caridad

El cólera desaparece, la tranquilidad renace y el pueblo de Madrid, como si despertase de una larga y fatigosa noche, vuelve a su actividad acostumbrada.

Pronto, tal vez al mismo tiempo que estas desaliñadas líneas llegan a manos de nuestros lectores, las campanas anunciarán la fausta nueva enviando al cielo fervientes oraciones de los fieles.

¡Cuán dolorosas y profundas huellas deja de su paso el terrible azote al desaparecer de entre nosotros, no hay necesidad de encarecerlo; lo dicen con harta elocuencia las lágrimas frescas aún en las mejillas de tantos desgraciados como lloran y llorarán todavía largo tiempo la pérdida de seres queridos; lo dice el luto general que a todas partes que volvemos los ojos encontramos, hablándonos del oculto dolor que simboliza y reavivando en la imaginación tristes y aún no borradas memorias!

No obstante, ahora, como siempre, del dolor ha surgido una consoladora esperanza; ahora, como siempre, la adversidad ha revelado en el pueblo de Madrid condiciones tales de heroísmo y de virtud, que el placer que proporciona su espectáculo aminora el sentimiento y hace más llevaderas las desgracias que han contribuido a ponerlas de relieve.

No indagaremos nosotros la causa, no culparemos a nadie, porque ni la índole de nuestra publicación lo permite, ni aunque lo permitiese conviene ahora a nuestros propósitos; pero no es posible poner en duda que al recrudecerse la epidemia que ha afligido a la capital de la monarquía hemos atravesado por momentos críticos y horribles, cuya prolongación amenazaba una gran catástrofe.

Los que lo hemos presenciado no lo olvidaremos jamás. Hubo un momento en que el azote llamó a las puertas de la miseria envenenando con su hálito ponzoñoso la atmósfera de esos hediondos tugurios en que se hacinaban sus hijos; hubo un momento en que la solicitada a la vez de todas partes, la administración se encontró insuficiente para atender a un tiempo a tantos dolores; hubo un momento de horrorosa incertidumbre, de verdadero pánico, en que se sobrecogieron los ánimos más serenos, en que vacilaron los más firmes, y una gran parte de la población huyó espantada, mientras otra no sabía adonde volver los ojos en tan angustiosas circunstancias. Por fortuna, en aquellos mismos momentos, cuando la inteligencia del hombre, llena de estupor ante el incomprensible fenómeno, buscaba en vano su misteriosa explicación; cuando la ciencia, sintiéndose impotente para combatirlo, doblaba la cabeza, confusamente, ante el doloroso azote; cuando la impresionable multitud se sentía presa de un desaliento y un terror profundos, creyéndose herida por los golpes de un implacable ministro de la cólera del cielo, el ángel de la Caridad, surgiendo, de improviso, como un rayo de luz que venía a iluminar aquella horrible noche, avivó la fe de los unos, reanimó la esperanza de los otros, y dando principio a su gigantesca y sublime lucha con la Miseria y la Muerte, lucha de que, al fin, había de salir triunfante, vino a ofrecer al resto de España el espectáculo de un pueblo que, abandonado a sí mismo,

sabe hacerse superior a sus desgracias, encontrando en la abnegación y el desinterés de sus hijos recursos instantáneos para las necesidades, bálsamo y consuelo para todos los dolores.

Si nos fuera posible trazar el cuadro lleno de rasgos sublimes y de conmovedores detalles que han ofrecido las diferentes clases de la sociedad al unirse espontáneamente para llevar a cabo su santa misión, escribiríamos una de las más hermosas páginas de la historia de un pueblo, que tan brillantes las tiene ya en sus anales gloriosos. Pero no es posible: no basta la imaginación a abarcar, ni hay pluma que pueda describir tantas escenas conmovedoras como se han desarrollado a nuestros ojos durante esos inolvidables días. Ya mostrándose en forma de asociación por medio de los amigos de los pobres, ya guiando con celeste iniciativa el generoso impulso de los sentimientos individuales, enérgica, activa, poderosa como la terrible epidemia que iba a combatir, la caridad, hija del cielo, se ha engrandecido, se ha multiplicado, ha hecho, en fin, patente que es la más grande y la más fecunda virtud que existe en la tierra.

Las fatigas más rudas, el temor al contagio, el espectáculo de las miserias más inconcebibles, antes que a desanimarla y vencerla han servido para fortificar su fe avivando y haciendo más intensa la llama de inextinguible amor que la consume.

¿Qué inmensa abnegación, qué inquebrantable fortaleza de espíritu, qué fe tan ciega no habrá necesitado para seguir, constante y animosa, por tan áspero sendero, para no retroceder, llena de pavor y desaliento, ante la gigantesca obra que había acometido? ¡Hasta que no se levanta por un acaso el velo que, cubre ciertas horribles e ignoradas escenas; hasta que no se desciende a respirar un momento la corrompida atmósfera que respiran

las últimas clases sociales; hasta que no se ven realmente y en toda su horrible desnudez ciertos dolores cuya pintura nos parece luego exagerada; hasta que una de estas inopinadas catástrofes, revolviendo el lógamo del fondo, no viene a empañar la aparente limpidez de las aguas en que vemos retratarse como en un espejo la risueña imagen del bienestar de la vida; hasta entonces, repetimos, no puede calcularse cuán profundo es el abismo de la miseria que hay oculto a nuestros pies, cuán inmenso campo queda aún a la caridad para ejercitarse en sus piadosas obras, qué raquíticos y qué insuficientes son los medios de que la filantropía oficial dispone para extirpar de raíz el cáncer que nos corroe las entrañas!

Hoy que la causa que ha hecho ver más claras esas tristísimas miserias ha desaparecido; hoy que el público de Madrid puede apreciar con ánimo más reposado y sereno la gran victoria que los oscuros y generosos soldados de la caridad han conseguido con sus incansables esfuerzos contra el duro azote que ha llenado de consternación una gran parte de la península; hoy que se tocan los efectos maravillosos del celo que lo prevé y lo detiene, de la abnegación que lo busca y lo combate y del desprendimiento que hace menos amargas sus consecuencias, debemos unir nuestra humilde voz a la de los hombres pensadores que, encontrando en el fondo de las más dolorosas calamidades una fuente de experiencia y enseñanza, piden que no pase desapercibido, ni se olvide tan sublime ejemplo.

Al consagrar una de nuestras páginas al glorioso recuerdo de tantas y tan heroicas acciones como hemos presenciado; al dar desde las columnas de nuestro periódico al generoso pueblo de Madrid una entusiasta muestra de la profunda admiración que su conducta nos inspira, abrigamos la esperanza de que su inagotable caridad no se habría despertado más viva y más

ardiente que nunca para brillar con tan intenso esplendor un punto y amortiguarse luego.

En vano al llenar otra vez el aire los alegres rumores de la vida activa; en vano al sentirnos arrastrados otra vez por el torbellino de las pasiones podrá tratarse de olvidar los horribles misterios que se han hecho claros al penetrar en esas viviendas miserables e infectas, donde viven respirando una atmósfera emponzoñada y luchando con el hambre y la desnudez millares de seres a quienes sólo sus hermanos pueden tender una mano piadosa.

Los cálculos de la ciencia económica, los desvelos de la administración, los esfuerzos de los gobernantes han sido y seguirán siendo impotentes para la resolución del pavoroso problema de la miseria social, que, como la esfinge de Edipo, amenaza devorar a las naciones que no acierten a descifrar su oscuro enigma. Sólo queda un camino abierto, sólo queda una doctrina: el camino que nos trazó el divino Maestro, que sobre la piedra de la caridad echó los sólidos cimientos de la civilización moderna: la doctrina que Él mismo predicó a sus discípulos por medio de un hermoso símbolo cuando, para hacerles comprender hasta qué punto la caridad puede realizar imposibles, dio de comer con cinco panes y cinco peces a millares de hombres.

La calle de la Montera

La calle de la Montera de nuestros días, esa calle engalanada,

coqueta y bulliciosa, centro podemos decirlo así, del comercio de Madrid era hace tres siglos más bien que calle, un lodazal en tiempo de invierno y un depósito de polvo y de inmundicias en verano.

La policía urbana era desconocida entonces, y porque un honrado vecino arrojase a la vía pública los desperdicios de su casa, no se le inquietaba con papel de multas ni cosa por el estilo.

¡Oh, hermosa calle de la Montera! Tres siglos hace que ni aun nombre tenías, y para dar de ello una ligera prueba diremos que procede el que llevas actualmente, de cierta hermosa dama, tan hermosa como... coqueta, mujer del montero mayor del rey.

Esta buena señora, cuyas aventuras galantes dieron asunto bastante para que el inspirado Serra escribiese una lindísima comedia, tenía escandalizado al buen pueblo de Madrid, extendiéndose su fama hasta muchas leguas en contorno de la coronada villa.

Y no se crea que estos escándalos deshonrasen al señor montero mayor: todo menos eso. La dama era, según opinión pública, honestísima, y ningún galán de los infinitos que la solicitaban podía vanagloriarse de haber obtenido de ella el favor más insignificante.

Todo lo más que sucedía era que la señora Montera se asomaba a sus balcones tan luego como Dios ordenaba al sol que alumbrase la tierra, y entonces, a pretexto de cuidar de las flores de sus búcaros, arrojaba a la calle, así como al descuido, dos o tres de las marchitas.

Cuenta la crónica de donde tomamos estos apuntes, que por un clavel rojo y una maravilla jaspeada de blanco, se dieron de estocadas un marqués (la crónica calla el nombre) y un alférez de guardias amarillas, quedando este último bastante malherido, pues en aquel tiempo no eran sólo los militares los únicos diestros en el manejo de la espada.

Otras veces la celebrada dama, cuando iba o volvía de la iglesia, bajaba un tantico el rebocillo de su manto de seda negra, y tenía para cada uno de sus adoradores miradas rápidas, pero de fuego. ¡La niña no sabía mirar de otra manera!

Por las noches, si alumbraba la luna, pues entonces no había más faroles que los de las santas imágenes que la piedad de los vecinos alimentaba en algunas calles, y es fama que en la de la Montera no existía ninguna, por las noches, repetimos, y bañados por los rayos de nuestro satélite, rondaban la puerta de la bella dama cien galanes sin ventura.

Mirábanse los unos a los otros; retorcían el mostacho a la Borgoñona que todo el que tenía pelos en la cara usaba entonces, y tropezándose al pasar, buscaban de esta o de otra manera un motivo para hacerse una sangría de más o menos consideración.

Los poetas o los que presumían de tales, puestos los ojos en blanco, la capa echada a la espalda y arañando en una vihuela, laúd, tiorba o bandurria, desahogaban su amoroso afán en canciones capaces de ablandar no digo a una Montera pero sí a cierta estatua con formas de mujer que se alzaba entonces en el centro de la mal llamada puerta del Sol, y que se conocía con el nombre de Mari-Blanca.

La dama se hacía sorda a estas demostraciones, y sus celosías permanecían cruelmente cerradas; cantaban los trovadores; los gatos que se disputaban aquella gata (perdónesenos la comparación) sacaban las uñas, o llámense espadas si gustáis, y zis, zás, estocada tras estocada, no tardaba en oírse un: «¡Dios me socorra!» y cataplúm: ¡hombre a tierra!

Sobrevenía entonces la ronda de un señor alcalde de casa y corte con sus alguaciles y arqueros de la villa, y tropezaba con un muerto, no dándose nunca el caso de que el vivo, o sea el matador, fuese capturado.

En algunas noches oscuras, sucedía que al acudir la ronda al rumor de una pendencia, hacían causa común los galanes y arremetían con sin igual furor a los pobres golillas, administrándoles tales palizas que no tardaban en huir como cuervos a la desbandada, pidiendo favor y ayuda.

Y entretanto la señora Montera, Dios sabe si en dulces y suaves coloquios, estaría burlándose de sus amadores en compañía de su muy amado marido, o si para cada uno de sus suspiros tendría un ronquido más o menos armonioso.

Cuando, después de una noche de serenatas y estocadas, la justicia recogía, al amanecer, un cadáver en aquella calle de trágicas aventuras, nuestra buena Montera, tan fresca y tan bella siempre como una flor de primavera, entraba a oír misa en San Luis, sin dar la más pequeña muestra de arrepentimiento por sus culpables coqueterías.

He aquí, lectores amables, por qué la linda calle que da nombre a este artículo se llama la calle de la Montera.

Respecto al comercio que entonces existía en ella, estaba reducido a unos miserables tenduchos en los cuales se vendía pan. Tales establecimientos llegaban desde un extremo de la calle hasta la iglesia de San Luis, y a fin de que no hurtasen el pan tenía a la entrada unas fuertes mallas de cuerda sujetas a un marco. Por eso aún en el día es conocido aquel sitio con el nombre de Red de San Luis.

Sepulcro de Raimundo Berenguer en la catedral de Gerona

Entre los varios documentos dignos de estima que se encuentran en la antigua e histórica ciudad de Gerona, merece particular mención su catedral, elegante obra construida por los años de 1416 bajo la dirección de Guillermo Boffy.

Recorriendo sus extensas naves bañadas por la claridad tenue y misteriosa que penetra al través de las caladas ojivas, deteniéndose a contemplar los objetos de arte acumulados en su recinto, o repasando en la imaginación las antiguas memorias que despiertan los nombres de los ilustres personajes que duermen el eterno sueño de la muerte bajo sus santas bóvedas, el artista, el arqueólogo y el historiador encuentran ancho campo para sentir y estudiar.

Muchas son, en efecto, las cosas notables por su mérito o su antigüedad, que en ella pueden admirarse; pero una de las más curiosas es, sin duda, el sepulcro de Raimundo Berenguer, segundo de su nombre entre los condes de Barcelona y al cual hicieron famoso sus hechos y su desastrosa muerte. Berenguer I, conocido con el sobrenombre de El Viejo, instituyó al morir por herederos suyos a los dos hijos que tuvo en su segunda mujer doña Almodis. Raimundo Berenguer y Berenguer Ramón disputaron por largo tiempo entre sí antes de deslindar definitivamente sus respectivos derechos. Documentos sacados a luz en nuestros días por escritores diligentes y eruditos especifican con todos sus detalles las negociaciones, los tratos y contratos, avenencias y rupturas a que dio lugar este asunto. Por último, ambos hermanos se avinieron a gobernar pro-indiviso sus Estados, aunque sólo Raimundo usó el título de conde.

A pesar de encontrarse acordes en la apariencia, sea porque le impulsase a ello su carácter duro y su aviesa condición, sea porque se creyese agraviado por la preeminencia concedida a su hermano, Berenguer

Ramón no cesó de hostilizar secretamente a Raimundo, llegando a tal extremo en su animosidad que la tradición, a despecho de la historia, atribuyó siempre a una de sus asechanzas la muerte del infortunado conde. Los documentos de que dejamos hecho mérito, los cuales arrojan nueva luz sobre este oscuro período de las crónicas catalanas, confirman y robustecen la que sólo fue un tiempo opinión del vulgo.

La muerte de Raimundo Berenguer, a quien a causa del extraño color y la abundancia de sus cabellos dieron el sobrenombre de Cabeza de estopa, ocurrió a los cinco años de haber entrado en posesión de la señoría condal. Engolfado en la persecución de la caza, se alejó de su comitiva internándose por un monte solitario, con el azor en el puño. Acometido allí por una gavilla de bandoleros, cayó herido de muerte a los primeros golpes. La tradición refiere que los asesinos arrastraron el cadáver lejos del teatro del crimen y le enterraron para hacer desaparecer sus huellas; pero el azor, que, al caer herido su dueño, se había escapado volando, fue a colocarse sobre una roca cercana a la sepultura y desde allí llamó la atención de la comitiva del conde con sus gritos lastimeros. Descubierta el ensangrentado cuerpo de Raimundo y trasladado a Gerona, la gente llamó a la roca a cuyo pie se había encontrado, la percha del azor, nombre que ha conservado hasta el día.

La vuelta del campo

Cuando la farola de la Puerta del Sol, de Madrid, desplegando sus

abanicos de luz anuncia que ha concluido la tarde y comienza la extraña e inquieta vida de la noche, vida artificial propia de los habitantes de los grandes centros; cuando los teatros abren de par en par sus puertas, las mesas de los cafés se llenan de parroquianos, los carruajes cruzan las calles a la carrera, las vendedoras de periódicos atruenan los oídos con sus voces, los toreros y desocupados se posesionan de las cuatro esquinas, y el vicio sin disfraz ni misterio circula en forma animada y viviente entre la multitud que va y viene presurosa en direcciones encontradas, la imaginación, amiga de los contrastes, se suele transportar lejos de la escena que la aturde, comparando el cuadro que ofrecen a aquella misma hora algunos oscuros y silenciosos rincones a que la civilización no ha llevado aún sus costumbres perturbadoras de las leyes de la naturaleza.

La contemplación mental de los nuevos horizontes varía el curso de las ideas, y lo que comenzó sátira acaba en idilio. Vuelven a la memoria los risueños campos que hemos visto alguna vez en nuestros viajes iluminados por el último y dorado reflejo del sol de otoño. El cielo violado del crepúsculo, que guarda aún las armoniosas tintas de la luz que desaparece; la niebla azulada de la noche, que borra poco a poco los colores y los contornos de los objetos; las chimeneas del hogar, donde se prepara la comida para los trabajadores y que arrojan, a intervalos, borbotones de humo; el canto lejano del labrador, que vuelve de sus faenas del día, caballero en su poderosa yunta de mulas, y acompaña su canción con el monótono ruido del timón del arado, que arrastra por la tierra; el vibrante sonido de las esquilas del ganado, que anuncian a gran distancia el regreso de los pastores; todos esos murmullos, en fin, que van debilitándose gradualmente y que llenan el alma del suave y sosegado bienestar que nos predispone al reposo y al sueño.

Procesión del Viernes Santo en León

Entre los países católicos, seguramente es España uno de los que más se distinguen por la pompa y el esplendor del culto. Las ceremonias religiosas de la Semana Santa, si bien en la actualidad han perdido algo de su primitivo carácter, en algunas poblaciones todavía son tan dignas de llamar la atención, que desde muy lejos y aun de naciones extranjeras acuden curiosos o devotos a pasar esta época del año en los puntos más célebres por el número y la riqueza de sus congregaciones y cofradías.

Nada diremos de Sevilla, cuya Semana Santa se ha comparado por algunos con la de Roma, no faltando quien dé la ventaja a la primera; tampoco hablaremos de Toledo, cuyas imponentes ceremonias gozan de fama universal. Lo mucho que se ha escrito acerca de las fiestas religiosas de estas y otras poblaciones frecuentemente visitadas por artistas y literatos, nos induce a buscar la novedad, ocupándonos de otras procesiones que, como la del Viernes Santo, en León, son menos conocidas a pesar de que por sus detalles y las originales escenas a que dan lugar, merecen que se haga de ellas aunque no sea más que un ligero estudio.

Esta procesión, llamada vulgarmente El Encuentro, sale a las diez de la mañana del Viernes Santo y recorre casi todas las calles de la ciudad, acompañada de cofrades con hachas encendidas, cruces, estandartes y pendones.

En esta forma sigue hasta llegar a la Plaza Mayor, donde la espera

una multitud de gentes, entre las que se ven pintorescos grupos de montañeses y aldeanos, que en días semejantes acuden a la capital engalanados con sus vistosos y característicos trajes.

En uno de los balcones del piso principal de la casa del Consistorio, y bajo dosel, se coloca un sacerdote, el cual, esforzando la voz de modo que pueda hacerse oír de los fieles que ocupan el extenso ámbito de la plaza, comienza a trazar a grandes rasgos y en estilo tan dramático como original todas las escenas de la pasión y la muerte del Redentor del mundo.

Como nuestros lectores pueden suponer, la oratoria especialísima del encargado de dirigirse a la multitud para prepararla convenientemente a sentir la extraña escena que va a presenciar, abunda en rasgos y comparaciones que en otro sitio podríamos calificar de toscos y vulgares, pero que son sin duda los más adecuados en esta ocasión, sobre todo si se tiene en cuenta que el auditorio a que se dirige lo componen en su mayor parte gentes ignorantes y sencillas.

Durante el sermón, el paso de Jesús Nazareno con la cruz a cuestas, está al extremo de la plaza, a la derecha del predicador, y en un momento determinado los de San Juan y la Virgen de las Angustias, comienzan a bajar por una de las calles próximas y en dirección contraria.

Cuando unos y otros se encuentran comienza lo más importante de la ceremonia. El predicador interroga a los sagrados personajes o habla por ellos; otras veces se dirige a la multitud, explica la escena que se representa ante sus ojos, y con sentidos apóstrofes y vehementes exclamaciones trata de conmoverla, despertando por medio de sus palabras, que ayudan a la comprensión y al efecto de las ceremonias, un recuerdo vivo del encuentro de Jesús con su Santa Madre en la calle de la Amargura.

Las Jugadoras

Nosotros hemos visto jugar en todas partes, porque el juego se ha generalizado de una manera increíble.

En los dorados círculos de la alta sociedad, en los garitos de los tahúres, al fin de las sucias y derruidas tapias de la Ronda, en cada calle, detrás de cada esquina, el vicio ha fijado en la corte una bandera de enganche para sus neófitos; sin embargo, en Madrid la afición a los naipes sólo ha reclutado adoradores entre el sexo feo, si exceptuamos alguna que otra ave de mal agüero y peor catadura, especialidad femenina que conocen los asistentes a ciertos tugurios con un nombre gráfico.

Es preciso salir de la coronada villa, es preciso dar una vuelta por algunas de las provincias de España, y muy especialmente por algunos de los pequeños lugares enclavados entre las sinuosidades de la parte más escabrosa e inexplorada del Alto Aragón, para encontrar completamente trocados los papeles.

En la tarde del domingo, cuando el cura del lugar, después de dormir la siesta sale a hacer un poco de ejercicio por las eras cercanas, en compañía del alcalde, el médico y algunas otras personas graves de la población; cuando los labradores acomodados hablan sentados tranquilamente en los soportales de la plaza, y los mozos recorren las estrechas y tortuosas calles cantando la jota al compás de un guitarrico destemplado, se juntan en grupos a la puerta de una bodega, donde beben el vino en

pucheros, forman círculos en el juego de pelota, donde se lucen los más ágiles, o asisten, envueltos en sus mantas, al tiro de la barra, donde campean los más forzados; cuando chicos y grandes, casados y mozos, viejos y muchachos discurren, en fin, de un lado a otro, celebrando, cada cual a su manera, la festividad del día, las mujeres se reúnen en las cocinas de las casas, en los cantones de las calles o en las avenidas de los caminos, y dejando a un lado el rosario en que rezaban al sonar el toque de vísperas, desenvaina cada cual su más o menos mugrienta baraja, se sientan en un corro y da principio el juego.

En cada círculo se juega con arreglo a las circunstancias y los medios de las jugadoras.

El ama del cura, la alcaldesa, la cirujana y alguna labradora acomodada juegan el chocolate y los esponjados al amor de la lumbre, donde brilla el alegre fuego del hogar y hierve la vajilla con el agua preparada de antemano.

Las mujeres de los braceros y las hijas de los peones, engalanadas con sus apretadores verdes, sus sayas rojas y sus collares de cuentas azules, juegan en mitad del arroyo los cuartos y ochavos que han podido ahorrar en la semana, y gritan, riñen y se repelan al cuestionar sobre una jugada o el extravío de un maravedí.

Las chiquillas, sentadas al borde del camino que conduce al lugar, sacan también sus baratijas y juegan alfileres, huesos de frutas y cosas por el estilo.

Revistas Contemporáneas

(Última serie)

Febrero goza fama de loco, y en verdad que es la suya fama merecida; pues difícilmente se encontrará otro mes más sujeto a contrastes y variaciones. Por no parecerse a ninguno de sus compañeros de Calendario, sólo consta de veintiocho días; y hasta esos veintiocho días, para ser mutable en todo, se transforman en veintinueve los años bisiestos. Durante su breve reinado, el termómetro no descansa un minuto; el cuadrante hace los giros más increíbles, y el cielo se asemeja al foro de un teatro en la representación de una comedia de magia, que todo se vuelve poner y quitar decoraciones. En este mes, tan lógicamente se puede uno morir de un tabardillo, como de una pulmonía; con el mismo derecho puede uno quejarse de la alteración del sistema nervioso, producido por la sequedad de la temperatura, que de la vuelta de los dolores reumáticos, hijos de las nieblas y las humedades. Al templado soplo de las brisas, que anuncian la primavera, abre el almendro sus blancas y tempranas flores, y el cierzo de Guadarrama impele la nieve que azota el vidrio de los balcones; a una mañana nebulosa sigue un día radiante; a un crepúsculo de la tarde, suave y largo como los de estío, una noche tan cruda como la más rigurosa de Navidad.

Y no paran aquí las variaciones y las excentricidades que le han granjeado a febrero general reputación de loco. Al lado de estos contrastes que sólo afectan, por decirlo así, la epidermis del individuo, hace gala de otros no menos bruscos, y seguramente más trascendentales y dignos de ser tomados en cuenta. Febrero tiene el raro privilegio de reunir, en su corto número de días, los más alegres y los más tristes de los doce meses. Dentro de una de sus semanas se dan la mano el beodo

Carnaval y la escuálida Cuaresma. El que quiera dar en este mes a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, se ve en la precisión de embriagarse y ayunar, de bailar unas habaneras y oír un sermón, de comprarse una careta y unas disciplinas. Tan extraña amalgama de contricciones y locuras han hecho la tradición y las costumbres en este período del año. En vano el primer miércoles de la Cuaresma sale severo y grave a la mitad del camino de las alegres comparsas, y trata de ocultar debajo de sus cenizas el fuego del Carnaval; el domingo de Piñata sopla al fin en ellas, y aunque fugaz, vuelve a lucir por un instante la llama de la orgía que, semejante a la luz de la lámpara, brilla más intensamente en el punto en que va a morir. He oído a un hombre de mucho talento hacer una observación respecto a las mujeres, que viene como de molde en la presente ocasión. Según él, siempre que éstas escriben, lo más importante de sus cartas lo dicen en la postdata y como por incidencia. Al Carnaval le pasa lo mismo. Cuando semejante al Don Basilio de El Barbero, torna a aparecer en escena para repetir su buona sera, despidiéndose por la centésima vez, resucita más animado, más ruidoso que nunca. El domingo de Piñata se llama la postdata del Carnaval, y en su cualidad de postdata, como en las epístolas femeninas, ha sido breve, pero interesante. Al exterior poco o nada se ha manifestado: el respeto a la Cuaresma por una parte, y la mala coyuntura del tiempo por otra, han impedido que las máscaras se lanzasen al Prado en comparsas, pero reconcentrándose el entusiasmo y la animación en los salones, desde los del Real a los de Capellanes. Todos han ofrecido larga cosecha de bromas y aventuras a los apasionados de este género de fiestas, que afirman no haber, asistido hace muchos años a otras tan brillantes, concurridas y alegres, como las del domingo.

Apagado el último y fugitivo esplendor de las pasadas diversiones, la

Cuaresma ha entrado de lleno en la posesión de sus derechos, y el ánimo de las gentes se ha vuelto a fijar en cosas más graves. Imitando nosotros esta conducta, pasaremos a ocuparnos asimismo de asuntos más serios. Respecto a política, seguimos en la misma situación que estábamos.

De Chile no se ha recibido noticia alguna importante, pues aunque vuelve a hablarse de otro combate entre La Resolución y dos buques chilenos, la noticia ha llegado por conducto extra-oficial, y ya -permítasenos la palabrilla, aunque vulgar- estamos tan escamados respecto a las soñadas victorias, que aun después de verlas anunciadas en la Gaceta, hemos de esperar un poco para darles entero crédito.

Por el telégrafo sabemos que el Gabinete portugués ha significado al general Prim su deseo de que abandone aquel reino. Esta determinación, que el ministerio funda en la última proclama del general español, ha sido objeto de ardientes debates en la Cámara, donde las oposiciones liberales piensan dar una gran batalla política a los hombres que ocupan el Poder.

En París vuelve a hablarse de un viaje de la emperatriz Eugenia a la capital del mundo católico con motivo de las próximas solemnidades religiosas de Semana Santa. Como es natural, a este viaje se da una gran significación política, y aunque ya en otras ocasiones se ha hablado sin fundamento de proyectos semejantes, ahora se cree que la presencia de la emperatriz en Roma, coincidiendo con la retirada de las tropas francesas, tiene el objeto de dar al solio pontificio el apoyo moral suficiente a contrabalancear el material que va a faltarle. Ello es lo cierto, que al cumplirse el término de la estipulación de 15 de septiembre, los asuntos

políticos de Italia presentan una faz muy distinta de la que en el nuevo reino esperaba encontrar el partido de acción. El contingente para el ejército pontificio se ha cubierto en Francia, el príncipe imperial contribuye con sus intereses particulares a costear el armamento de guerra de estos nuevos cuerpos de ejército, el emperador Napoleón se pronuncia decididamente en las Cámaras a favor de la conservación del poder temporal del Papa, y la emperatriz se dispone a ir en persona a prosternarse ante el solio pontificio. No era esta, seguramente, la perspectiva que soñaron para cuando expirase el plazo convenido entre el Gabinete de las Tullerías y el de Turín, los que sólo veían en Florencia la última etapa para penetrar en Roma.

El malhumor que este estado de cosas, poco halagüeño para sus intereses, produce en la corte de Víctor Manuel, ha venido a recaer en nosotros como de rechazo, y la nota de Lamármora dirigida al Gabinete español es una prueba.

Entretanto que estos asuntos entretienen la curiosidad y despiertan el interés de los hombres políticos, reanudando la serie de preocupaciones serias, un momento interrumpidas por el estrépito y la alegre vocería de la multitud que ha tomado parte en las últimas fiestas del Carnaval, los círculos científicos y literarios, así dentro como fuera de nuestro país, vuelven a su actividad acostumbrada. De Constantinopla dicen que han comenzado a celebrarse las sesiones de las conferencias sanitarias, prevaleciendo en ellas y en gran mayoría la opinión de que la terrible enfermedad, objeto de sus estudios y debates, es indudablemente contagiosa. La ciencia, pues, si esta opinión se confirma, tendrá que dar un paso atrás resucitando en lo posible el antiguo sistema de cuarentenas y aislamiento de los puntos invadidos. Como quiera que al aparecer la

primavera no sería extraño que con ella apareciese otra vez el cólera en algunas localidades de nuestro país, creemos que sería muy conveniente que el gobierno y las corporaciones tuviesen un criterio a que ajustarse conforme con lo que de estas conferencias resulte. Los trabajos para la Exposición de los objetos traídos del Pacífico por la Comisión científica que acompañó a la escuadra española se prosiguen activamente, y a juzgar por las noticias que tenemos, será digna de la ilustrada e inteligente persona a quien se ha confiado la dirección de tan importante asunto.

Las Academias literarias y científicas, cumpliendo con el objeto para que fueron fundadas, dan asimismo señales de animación y vida. La de la Lengua ha premiado últimamente con el accésit, en sesión extraordinaria, las dos novelas españolas que, entre las varias presentadas al concurso, se han juzgado dignas de esta honorífica distinción. Falta hace que, bien por medio del estímulo, bien por medio de discusiones didácticas sobre tan interesante asunto, las corporaciones literarias, apoyándose en la crítica, procuren señalar el verdadero camino de la novela nacional, que dadas las brillantes condiciones de imaginación que especialmente distinguen a los ingenios españoles, puede prometerse un brillante porvenir. La Academia de Ciencias Políticas y Morales, cuya presidencia estuvo encomendada al eminente repúblico y erudito literato D. Pedro José Pidal, ha nombrado para sustituirle en este importante puesto a D. Lorenzo Arrazola. La fama de que goza el más notable de los comentaristas de nuestras leyes en el mundo de la política y de las letras, justifica cumplidamente esta acertada elección, que con dificultad podía haber recaído en persona de más respetabilidad y méritos. Los teatros, saliendo del quietismo que en alguno de ellos se venía observando hace algunas semanas, han ofrecido en ésta diferentes novedades. En el Real ha habido

de todo, pues mientras el público inteligente y de buen gusto no ha podido menos de aplaudir los conciertos sacros, y especialmente a la señora Rey-Balla y a los concertistas que le han acompañado en la interpretación del Ave María de Gounod, la misma distinguida cantante, el Sr. Abruñedo y el cuadro de artistas que ha resucitado el Hernani, para desesperación de los abonados al regio coliseo, han encontrado, en la indiferencia o en las muestras de disgusto del público, el castigo de su temeridad al acometer la obra de Verdi con tan evidente falta de fuerzas en unos, y de ensayos y de unidad en otros.

En el teatro del Príncipe, y en tanto que se continúan los ensayos de la última producción de Ventura de la Vega, la cual ya deberá haberse representado cuando El Museo llegue a manos de sus habituales lectores, se ha puesto a beneficio de la señorita Valverde la comedia titulada Un hombre público. Esta comedia, escrita con gracia y ligereza, pero cuyo asunto, por demás trivial, carece de interés y de importancia, ha tenido una regular acogida por parte del numeroso público, que pagaba con su presencia un tributo de simpatías a la beneficiada. Más lisonjero éxito ha obtenido en el teatro del Circo la pieza nueva titulada La tapa del cuello, que con la loa lírico-burlesca Caltañazor y Arderius, o de Dios nos venga el remedio, puesta en escena en el teatro de la Zarzuela, tiene el privilegio de llamar la atención de los aficionados al género entretenido y agradable, que a falta de grandes y transcendentales producciones, no dudamos en calificar de el mejor y más adecuado al fin que se propone el teatro moderno, que es enseñar y distraer. Cuando de las obras no resulta una gran enseñanza, lo cual no es del todo fácil, justo es que al menos resulte una razonable distracción.

Últimamente, el mismo teatro del Circo, que ya al principio de la

semana ofreció una novedad a sus habituales favorecedores, ha puesto en escena, a beneficio de la simpática actriz doña Adela Álvarez, una obra que ha conseguido llamar la atención del público, y que por el ligero juicio que hemos podido formar de ella en una primera representación, merece los elogios que la Prensa le tributa. Dulces cadenas, que tal es el título de la nueva comedia con que se ha revelado autor dramático de mérito un joven escritor, hasta hoy casi desconocido, tiene, desde luego, para nosotros una gran recomendación, que consiste en no haber venido al teatro precedida de esa atronadora sinfonía de aplausos de gacetilla, con la cual suelen anunciarse otras producciones, que al fin concluyen con un fiasco.

En el ensayo dramático del Sr. San Juan, si ensayo puede llamarse una obra que reúne las condiciones de la suya, no campea tanto la novedad y la importancia del pensamiento como el tino poco común con que lo ha desarrollado y la armonía que se advierte entre las diversas partes que lo componen.

El público con sus aplausos, y la Prensa con sus unánimes elogios, han recompensado dignamente al modesto joven que con tan legítimos títulos viene a pedir un puesto entre nuestros escritores dramáticos. Nosotros unimos nuestro más sincero parabién a los muchos que de todas partes recibe; pero entre el concierto de merecidas alabanzas que en este momento halaga sus oídos, permítanos el señor San Juan que, a la manera que los egipcios presentaban un ataúd en medio de sus festines y los romanos ponían un esclavo en el carro de la victoria para decirles a cada instante al triunfador acuérdate que eres hombre, nosotros, a nuestra vez, le recordamos que la carrera de escritor dramático es tan brillante como difícil; que de la escena, quizá con más razón que de la mujer, pudo decir

Shakespeare: pérvida como la onda, y que en este país donde tantos empiezan por el fin, la verdadera inteligencia no debe fiar mucho ni dormirse sobre los laureles de un primer escrito.

En los estrechos límites de una revista que ha de tratar diversos asuntos, no cabe el juicio crítico de una obra de tanta importancia como la que últimamente se ha puesto en escena en el teatro del Príncipe, y que con justicia ocupa en primer término la atención del público. Dejando a otros intacto el campo de la crítica literaria e histórica, por nuestra parte nos limitaremos a decir algunas palabras acerca de la primera representación de la obra del malogrado Ventura de la Vega, la cual, a pesar de las condiciones que hacen sumamente difícil su desempeño, ha sido una verdadera solemnidad dramática y un magnífico y merecido triunfo para su autor.

Mucho se ha discutido y se discute aún la conveniencia de representar una tragedia que, como la de que nos estamos ocupando, exige un cuadro de actores numeroso y escogido para que la interpreten, y un público inteligente y de un gusto muy depurado, para que sienta sus bellezas especiales. Los que opinan porque La muerte de César no debió ponerse en escena, dicen que la cuestión estaba prejuzgada por el mismo autor de la obra en el hecho de haberla impreso antes de llevarla al teatro, donde, según sus palabras, no esperaba verla nunca; su tragedia creyó, pues, Ventura de la Vega, que más era para leída que para vista representar. No obstante, la piedra de toque para aquilatar el valor de los trabajos dramáticos, es la escena. Hasta que la obra teatral no se anima y toma cuerpo, hasta que sus personajes no comienzan a moverse y a respirar, desenvolviéndose la acción en una forma más real y tangible a los ojos de los espectadores, no es fácil juzgar de sus condiciones escénicas ni de su

verdadero mérito. Por nuestra parte no se nos ocultaba que la inspiración, demasiado casera, de la mayor parte de nuestros poetas modernos, tiene más familiarizado al público con las intrigas de tocador y las mezquinas pasiones de frac negro y corbata blanca, que con los imponentes vestíbulos del Foro de Roma, y los enérgicos caracteres de los hombres de aquellos siglos; ni tampoco dejábamos de comprender que aunque hay actores de gran talento en el teatro del Príncipe, faltaría unidad en el cuadro, bastante numeroso, de los personajes de la obra; pero a pesar de todo, deseábamos verla en escena, y el éxito que ha obtenido nos ha confirmado en la idea que teníamos acerca de la conveniencia de su representación. El éxito de La muerte de César, de una obra hija tanto de la inspiración como del estudio, que ha debido ajustarse a rigurosos preceptos literarios, en la que ha sido preciso marchar por la senda que traza la historia, cuyo general conocimiento impide hoy ciertas desviaciones, no podía ser nunca uno de esos éxitos de interés palpitante, de emociones más vivas que profundas, éxitos de curiosidad o de sensación propios de la moderna escuela dramática. Más reposada, más severa, más fría, si se quiere, la tragedia de Ventura de la Vega, fruto de un trabajo concienzudo, retrato fiel de una época histórica, vestida con galas poéticas tan graves, tan sencillas como la toga y el manto de sus personajes, habla a un mismo tiempo a la inteligencia que al sentimiento, y de la dulce armonía que forman al combinarse las dos cuerdas que vibran a la vez en el corazón y en la cabeza de los espectadores, resulta ese placer profundo, tranquilo e indefinible que producen las verdaderas obras de arte en los que alcanzan a comprenderlas y están organizados para poder sentirlas. El escogido público que en la noche del estreno llenaba las localidades del teatro del Príncipe, reunía, casi en su totalidad, estas condiciones. El triunfo del

poeta cuya pérdida llora aún, y llorará largo tiempo la musa castellana, fue, pues, tan satisfactorio y tan legítimo como era de esperar. Ya desde mucho antes que comenzara la representación de la obra, el animado aspecto de la sala, y la multitud de personas conocidas en el mundo de las letras, la política y las artes, que habían acudido a esta solemnidad literaria, nos dieron la medida del entusiasmo y la general aceptación con que sería acogido el homenaje que la empresa del Príncipe trataba de ofrecer a la memoria de Ventura de la Vega. Durante el curso de la representación, el profundo silencio con que escuchaba el público los altos conceptos en que abunda la obra, sólo se interrumpía de cuando en cuando para dar lugar a espontáneas manifestaciones de aprobación y aplausos unánimes. Al terminar el último acto el busto de Ventura de la Vega fue coronado en la escena entre las entusiastas aclamaciones del público, que arrojaban coronas, versos y flores, y Romea, con la voz entrecortada por la emoción, pero con esa entonación y ese sentimiento admirables con que sólo él sabe hacerlo, leyó la siguiente poesía de D. Ricardo de la Vega, uno de los hijos del ilustre autor de la obra que acababa de representarse:

«Hoy, que del romano sol

de nuevo la lumbre brilla,

se empaña el sol de Castilla

llorando al vate español.

César no ha muerto: al crisol

del que padre suyo fue,

vive, alienta, se le ve;

y para verlo en tal día,

¡al padre del alma mía

no hay quien la vida le dé!

Crezca en entusiasta ruido
que en esta noche sublime
placer y dolor imprime
a mi corazón herido.
Rásguese el velo tupido
que oculta misterio santo,
y a ti, en armonioso canto,
llegue, ¡oh padre sin igual!,
el aplauso universal,
y de tus hijos el llanto.

Público, vates y actores
que, para honrar la memoria
de quien os lega su gloria
tejéis coronas de flores:
¿cómo tan tiernos favores
puede un hijo agradecer?
¡Si es la gratitud deber
y esperáis el galardón,
ahí os va mi corazón;
no tengo más que ofrecer!»

Algunos días después de la representación de La muerte de César,
hemos asistido a otra solemnidad más grave y también conmemorativa de un
ilustre poeta, cuyo nombre constituye por sí solo una verdadera gloria
nacional. La Academia Española acordó celebrar solemnes honras fúnebres

por el eterno descanso de su difunto director, el ilustre duque de Rivas, y unos invitados, otros espontáneamente, todo lo más escogido de la sociedad madrileña ha acudido a la real iglesia de San Isidro, a pagar este respetuoso y cristiano tributo a la memoria del autor de Don Álvaro.

El nombre del duque de Rivas, que con este motivo vuelve a evocarse en la Prensa, rodeado del prestigio y el respeto que merece, ha contribuido a que se reanime la cuestión de la corona poética que los literatos españoles trataban de dedicarle, al mismo tiempo que se diera en el teatro del Príncipe una representación extraordinaria de la más notable de sus obras escénicas. Esperamos que la comisión encargada de disponer los medios de honrar dignamente la memoria del hombre que por sus condiciones de corazón y de talento supo conquistarse el cariño y la admiración de sus conciudadanos, no demorará el día en que el país pueda satisfacer esta deuda de gratitud contraída para con uno de sus más esclarecidos ingenios.

En política, la semana se ha presentado más escasa de acontecimientos que en literatura. Respecto a España, lo más corto y lo más prudente nos parece decir que nada ha sucedido, pues si bien se ha insertado en la Gaceta la sentencia condenando al general Prim y a los que le siguieron en las sublevaciones de Aranjuez y Ocaña, y hemos tenido conocimiento de las deliberaciones de la Cámara portuguesa, favorables en su mayoría al acuerdo del Consejo de Ministros extrañando, al mismo famoso personaje del vecino reino, tanto estos sucesos como el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Chile y el Perú, eran cosas sabidas o esperadas y, por lo tanto, el interés que han inspirado, corto y pasajero.

En el exterior, la Prensa extranjera se ocupa, comentándola de diversos modos, de la revolución de los Principados. Esta revolución, que

puede decirse que no ha sido vista ni oída y que, de la noche a la mañana ha dado, sin embargo, en tierra con el príncipe Couza, destruyendo en un día y desbaratando con golpe violento una de las más arduas y complicadas, de la diplomacia europea, aunque animada de cierto espíritu liberal, no ha aparecido con tendencias democráticas. Llevada a cabo por el ejército, con la cooperación de las masas populares, se ha consumado sin derramamiento de sangre, y después de arrancarle un acta de abdicación al príncipe destronado y de autorizarle para abandonar el país, los miembros del Gobierno provisional se han apresurado a ofrecer la corona al conde de Flandes, hermano menor de Leopoldo II, actual rey de Bélgica. Pero los tiempos se presentan tan duros para reinar que lo que en otras épocas se consideró el límite de la humana ambición, hoy sale poco menos que a la plaza pública y se ofrece casi de balde, sin encontrar licitadores.

Ejemplos son el trono de Méjico, aceptado con tanta dificultad y tantas condiciones; el de Grecia, vacante largos meses y ocupado a duras penas por un príncipe dinamarqués; el de Rumania, en fin, que no ha admitido el conde de Flandes y que esperará vacío a que las potencias europeas le busquen un candidato con la linterna con que Diógenes buscaba un hombre.

Fuera de este acontecimiento que, aunque lejano, llama la atención y fija por el momento el interés de los que siguen el complicado curso de la política extranjera en todos sus detalles, nada de particular o de nuevo ocurre. En Italia, como se esperaba, el gabinete Lamármora ha salido triunfante en la votación de las Cámaras, donde se discutía una cuestión que el Gobierno creyó que, de aprobarse, podría significar un voto de desconfianza. En Inglaterra siguen a vueltas con la vasta conspiración de los fenianos irlandeses, que, como a la hidra de la fábula, parece que le renacen las cabezas a medida que se le cortan; y, por último, la Prensa de

los demás países comenta la nota del cardenal Antonelli sobre las consecuencias del tratado de 15 de septiembre, nota que acaba de hacer pública El memorial diplomático.

Terminada ésta que pudiéramos llamar digresión política, y volviendo al terreno literario y artístico en que comenzamos nuestra revista de la semana, réstanos aún escribir algunas líneas para completar el cuadro de los acontecimientos que en ella han ocurrido. La nueva empresa de la Zarzuela, a cuyo frente se ha colocado el simpático actor Arderius, acaba de ofrecer un juguete en un acto, titulado Don Genaro, debido a la pluma que ha escrito Don Tomás y El último mono. Este juguete, aunque inferior a las festivas y populares obras de su autor, revela en algunos chistes y en la viveza y la facilidad del diálogo las indisputables condiciones de talento y espontaneidad que adornan al Sr. Serra. La comedia del Sr. Mozo Rosales, estrenada en el mismo teatro con el título de La niña mimada, es una producción ligera destinada a entretener algunas noches al público que acude al teatro de Jovellanos y a pasar sin dejar huella alguna.

Los dilettantes son los que están de enhorabuena con la llegada de Tamberlik, el cual viene a pronunciar el quos ego, de Neptuno, calmando con el mágico eco de su poderosa voz las tempestades del teatro de Oriente. Cuando esta revista se publique, si los carteles no nos engañan, lo cual suele suceder con alguna frecuencia, ya el tenor favorito del público madrileño habrá debutado en La Africana, obra en la cual le auguramos un brillante éxito.

Ahora que hemos puesto fin a nuestra periódica revista y que febrero, para morir tan loco como ha vivido, se despide de nosotros azotando los vidrios de nuestros balcones con una espesa lluvia de blancos y menudos copos de nieve, vamos a leer sentados al calor del fuego los últimos

versos que han brotado de la elegante pluma de uno de nuestros más dulces poetas. En uno de los próximos números hablaremos más largamente de El Caudillo de los Ciento, novela escrita en verso por D. Antonio Arnao, que es el nuevo libro que hoy ocupa la atención de los círculos literarios y al que acabamos de aludir en las líneas anteriores.

La Real Academia Española ha celebrado una sesión extraordinaria para conmemorar dignamente entre sus individuos el nombre del ilustre duque de Rivas. Correspondiendo a su galante invitación hemos tenido el gusto de asistir a esta solemnidad literaria.

Nuestro corazón se dilata y se ensancha nuestro ánimo cuando, haciendo punto un instante en medio de las graves preocupaciones políticas que nos rodean, en medio de la inquietud y las luchas de encontrados principios e intereses que nos agitan, encontramos ocasión de asistir a un espectáculo tan consolador y satisfactorio como el que ofrece una corporación, respetable por los méritos de los individuos que la componen, al reunirse grave y sosegadamente para consagrar un público y solemne testimonio de su gratitud y admiración, no al hombre político, no al grande de España, sino al poeta que entró un día por las puertas de la Academia trayendo su Romancero histórico en la mano como el mejor título a tan señalada honra.

El acto, al que han concurrido, a más de los académicos que forman parte de la corporación, multitud de individuos de otras academias

científicas, y personas conocidas por su posición en el mundo de la política y de las letras, estuvo realzado con la presencia de algunas elegantes damas, entre las que en lugar preferente tuvimos el gusto de ver a las de la familia del inolvidable duque, cuyo busto de mármol, colocado sobre la mesa de la presidencia, delante del sitial vacío y cubierto con un velo negro, nos traía a la memoria el tiempo en que el respetable anciano, aquejado ya de los males que habían de concluir con su existencia, venía aún a dirigir los debates y a aportar a las más oscuras cuestiones la luz de su esclarecido ingenio.

Pero nuestro recuerdo se hizo más vivo, y la figura del hombre notable por tantos conceptos, en cuya honra tenía lugar aquella solemne reunión, comenzó a dibujarse con líneas cada vez más acentuadas a los ojos de la fantasía, cuando el excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto, unido al ilustre difunto por estrechos lazos de parentesco y de íntima amistad, cumpliendo el triste al par que satisfactorio encargo que la Academia había tenido a bien confiarle, comenzó a trazar a grandes rasgos el cuadro de la agitada y gloriosa vida del poeta, examinando de paso la índole de sus creaciones más populares, y apreciando el conjunto de sus obras literarias con un alto y luminoso criterio, que puso de relieve el carácter del autor, la especialidad de su talento y el influjo que había ejercido en su época. El trabajo del Sr. Cueto, tan digno de llamar la atención por su elegante forma y castizo lenguaje, como por el tino y la profundidad de sus observaciones críticas, fue acogido con significativas muestras de aplauso por parte del numeroso y escogido auditorio que llenaba el local de la Academia, colmando la medida del entusiasmo producido en los concurrentes por los brillantes rasgos de la necrología del autor de Don Álvaro y de El moro expósito, la lectura de

dos de sus más hermosas y espontáneas inspiraciones poéticas, El faro de Malta y La vejez.

Las gratas impresiones que dejó en los ánimos esta grave y brillante solemnidad, con la cual puede decirse que se inauguró la semana última, se han ido luego borrando poco a poco para dejar lugar a otras ideas menos agradables. Las noticias recibidas del Pacífico por la Mala inglesa, no son, en efecto, las más satisfactorias para los que se nos hacen siglos los días que pasan, sin haberse lavado de una manera honrosa y digna la afrenta inferida a nuestro pabellón por los chilenos. Antes por el contrario, un suceso que, a juzgar por los precedentes conocidos, se podía prever, y que, por tanto, aunque nos ha indignado, no debía cogernos de nuevas, ha venido a aumentar el largo catálogo de las informalidades, los agravios y los insultos de que España tiene que pedir estrecha cuenta a las repúblicas americanas hostiles a nuestro país.

El Perú, sin tener en nada lo pactado y concluido por su anterior presidente, tal vez envalentonado con el pasajero y traidor éxito de Chile, nos acaba de declarar formalmente la guerra. Nada más hinchado y ridículo que el documento en que lo hace. El dictador Prado, abusando en él de la credulidad de sus compatriotas, les da la seguridad de un próximo triunfo, saca a relucir las tan manoseadas glorias de su independencia (independencia cuyo poco mérito, dadas las circunstancias en que se realizó, ha patentizado ya la historia), y encarga por último a la marina peruana la venganza nacional.

Cierto es que las baladronadas del Perú, a que tan acostumbrados nos tienen sus gobernantes, no son cosa para quitar el sueño a ninguna nación que, como la nuestra, tenga la conciencia de su superioridad en todos los terrenos; pero bueno será, de cualquier modo, hacerles entender a los que

tan fácilmente se olvidan de la impotencia que les obligó no ha mucho a darnos las más satisfactorias explicaciones, que aún nos sobran medios y ánimos para obligarles a cumplir lo pactado.

Según los últimos partes, nuestra escuadra, después de levantar el bloqueo de los puertos, se ha reunido para salir en busca de las fuerzas navales enemigas. Estas fuerzas, por su parte, evitan cuidadosamente el encuentro de los buques españoles, pues divididas aún las de Chile y las del Perú, aguardan sin duda a hallarse juntas y a ser reforzadas con los dos buques que han salido de los astilleros de Francia e Inglaterra, para decidirse a aventurar un combate.

Por lo que a nosotros toca, es tan grande la confianza que tenemos en los valientes marinos encargados de mantener en las aguas del Pacífico el pabellón nacional a la altura que le corresponde, que hacemos los más fervientes votos porque ese encuentro se realice, en la seguridad de que su resultado dará ocasión a una nueva y gloriosa página en los anales de la marina española, tan fecundos ya en hechos brillantes y heroicos.

Respecto a política interior continuaremos, siendo tan parcos como la índole de nuestro periódico exige. Las discusiones del proyecto de ley sobre imprenta sigue su curso en el Senado, y en el Congreso el discurso del conde de San Luis ha llamado de tal modo la atención pública, que durante algunos días ha sido el único objeto de los comentarios de la Prensa y de los círculos políticos.

Si la ciencia no hubiera demostrado ya de una manera incontestable que nuestro Globo gira en el espacio, la impresión que ha producido este discurso nos daría ocasión para exclamar con Galileo: E pur si muove. Porque, en efecto, ¿a quién de los que asistieron a la famosa sesión en que fue pronunciado, no le brotaría espontáneamente de los labios esta

frase, aunque vulgar, por extremo gráfica: «¡Qué vueltas da el mundo!?»

En París también está siendo objeto de controversias vivísimas otro magnífico e importante discurso. Monsieur Thiers, cuya activa energía y profundo talento ni se cansan ni se debilitan con los años, ha dado una nueva batalla a la tiranía democrática del imperio, a nombre de las que llama libertades racionales. La acometida ha sido brusca, pero hoy como ayer, el golpe de la elocuencia del célebre historiador se embotará en la compacta masa de la mayoría que, como una avalancha, caerá con sus votos sobre una minoría pequeña por su número, aunque grande por las notabilidades que la componen.

Al mismo tiempo que del discurso de monsieur Thiers, los diferentes círculos de la capital de Francia se preocupan de otros mil y mil diversos asuntos que dan pasto a su incesante actividad intelectual. Los diplomáticos hablan de las próximas conferencias en que las naciones signatarias del tratado de París han de reunirse para arreglar definitivamente la cuestión de los Ducados, y tal vez para tratar de los asuntos de Italia, de cuya responsabilidad no le disgustaría al emperador descartarse un poco, repartiendo el grave paso entre varias potencias.

Los filarmónicos se ocupan de una notabilidad, cuya aparición en el teatro Lírico obtendrá seguramente un éxito de curiosidad extraordinario: trátase de un verdadero fenómeno, de una joven de diez y ocho años, hermosa y con talento, que, a más de estas recomendables cualidades, posee una magnífica y robusta voz de tenor. El hallazgo no puede ser más oportuno para el mundo musical, hoy que los buenos tenores escasean tanto y, por nuestra parte, no desesperamos que siguiendo adelante en sus pesquisas los que han logrado encontrar este tesoro, darán el mejor día del año con alguna otra joven que pueda desempeñar la parte de Bertrán,

del Roberto, o la del Gran Pontífice, en El Nabuco. Y no paran aquí las novedades que la capital del vecino imperio ofrece en la actualidad a sus habitantes, pues la venta de la quinta romana del príncipe Napoleón y las de varias colecciones de muebles históricos, cuadros, vasos, medallas y autógrafos importantes, traen en continuo movimiento a los amateurs de estas curiosidades, así franceses como extranjeros, entre los cuales y a propósito de la valuación de estos tesoros sacados a pública subasta, se suscitan las más acaloradas y curiosas controversias artísticas, arqueológicas y paleográficas.

Entre nosotros, si bien en pequeña escala, no deja de notarse algún movimiento. La Academia de Juegos florales ha publicado el programa en lengua limosina, convocando a los justadores literarios a la lid abierta para ganar la flor de oro, que, como en los buenos tiempos de los trovadores provenzales, ha de entregar una dama al vencedor; aunque modesto, un inventor español acaba de ensayar un descubrimiento útil: aludimos al peso para distinguir infaliblemente las monedas de ley de las falsas, descubrimiento que hoy, que circulan tantas de dudosa legitimidad, no es como vulgarmente suele decirse para echado en saco roto; en algunas provincias se anuncian exposiciones parciales agrícolas y de ganados, y en todas ellas se activan los preparativos para el envío de los productos y objetos que han de representar a España en la universal de París.

Entretanto en la corte, después de la política, que es la idea que preocupa siempre en primer término, los teatros son los que tienen el privilegio de llamar la atención más constantemente. Las representaciones del César siguen llamando al público al elegante coliseo del Príncipe, mientras la obra de Ventura de la Vega encuentra diversa acogida entre los críticos de la Prensa periódica. La Zarzuela, dando a luz obrillas cómicas

y ligeras, unas con mejor, otras con peor éxito, y agotando todos los recursos que posee la imaginación de su actual y simpático director Arderius, al que ayuda en esta campaña el inimitable Caltañazor, logra entretener a sus abonados ofreciendo espectáculos si no altamente trascendentales y literarios, al menos variados y divertidos. El Pastelero de París, El Colmillo del Elefante y la serie de cuadros vivos, ejecutados por los individuos de la compañía, que son las novedades que ha ofrecido en la semana, pertenecen a ese género de bromas con las que la severa crítica no tiene que ver nada, y que en logrando desarrugar algunos ceños y arrancar algunas sonoras carcajadas del público, que va de buena fe a divertirse, pueden bajar al panteón dramático con la tranquilidad de que han llenado su objeto.

Por último, y según habíamos previsto en nuestra anterior revista, Tamberlik ha obtenido un triunfo al aparecer en la escena del teatro Real con La Africana. La obra de Mayerber, realizada con el poderoso concurso de un artista tan de primer orden, ha podido ser apreciada por el público en cuanto vale. Durante todo el curso de la representación, los aplausos del auditorio, sustituyeron a los chicheos y silbas a que ya casi nos tenían acostumbrados los recalcitrantes del regio coliseo, y al llegar al magnífico dúo de Vasco de Gama y Zelika, el entusiasmo de los espectadores llegó a un punto difícil de pintar. Bástenos decir, para dar una idea, que la señora Rey Balla y Tamberlik fueron llamados hasta siete veces a la escena. Verdad es que como todo es relativo en este mundo, según el dicho de D. Hermógenes, las siete veces que han sido llamados al palco escénico los intérpretes de La Africana, son nada con las que el público de Roma ha hecho salir al maestro Petrella en la primera representación de su nuevo spartito «Caterina Howard». Según un periódico, el público romano,

entusiasmado con las bellísimas melodías de esta ópera, hizo salir al maestro al foro hasta cincuenta y cuatro veces. Francamente, este fatigoso ejercicio, más que premio por una buena obra, parece penitencia impuesta por algún desaguisado musical.

Al fin se rompieron las hostilidades entre Austria y Prusia. Suele decirse a menudo, y nosotros lo hemos repetido algunas veces, para dar a entender que ha dado principio una guerra que se ha disparado o se va a disparar el primer cañonazo. La guerra presente, que, según aseguran, se ha venido tramando en silencio desde la famosa entrevista de Napoleón, Bismarck y Nigra en las playas de Biarritz, por burlar hasta última hora la previsión de los curiosos políticos, ha comenzado el drama con una escena mímica lo menos ruidosa posible. Hasta el momento, sólo ha tenido lugar un choque de la caballería austríaca con la prusiana, en el que ésta ha llevado la peor parte. Los cañones guardan aún un prudente silencio, pero dentro de muy poco abrirán sus formidables bocas para concluir la complicada polémica diplomática de un modo más enérgico y terminante que lo hubieran podido hacer los más elocuentes hombre de Estado en las frustradas conferencias.

El conflicto europeo está en pie. Hora es de mesurar, aunque ligeramente, sus gigantescas proporciones. Para poderlas apreciar con alguna exactitud, fuerza es tender la vista a nuestro alrededor fijándonos en la actitud en que al comenzar la guerra están colocados cada uno de los

países que, más o menos directamente, se encuentran interesados en la lucha, de la cual podrían, en un caso dado, ser actores muchos de los que al presente se limitan a desempeñar el papel de testigos.

Austria y Prusia, cuyo antagonismo secular sólo se debilita a intervalos para reaparecer más enconado e intransigente, si se atiende a los datos que arroja la estadística militar, tienen casi niveladas sus fuerzas. Pero hay que hacer una observación importante. En Austria la guerra es popular; en Prusia no; o al menos Bismarck, que es el alma de ella, lucha inútilmente por levantar el espíritu público en favor de sus proyectos, de los que sospechan puedan ser tan sólo un medio hábil para distraer la atención del régimen político que con tan extraña tenacidad sostiene.

Hay otra desventaja en contra de Prusia. El Gabinete de Viena, insinuando hábilmente la idea de que el término de la cuestión podría ser la pérdida de la frontera del Rhin, ha herido la fibra nacional alemana, consiguiendo poner de su lado a la mayoría de los miembros de la federación. El equilibrio de poder, roto por la parte de Prusia, se restablece al caer en la balanza el peso de Italia.

En Italia la guerra es altamente popular e hija de un puro y exaltado sentimiento patriótico. Preparado de antemano el Gabinete de Florencia a las eventualidades de un choque inevitable en término más o menos próximo y ayudado en sus aprestos militares por una nación poderosa y amiga, cuenta con grandes recursos para comenzar la lucha, y se siente fuerte con la cooperación de un pueblo que despierta entusiasta a la nueva vida de la dignidad y la independencia, deseando dar muestras de que ha llegado al período de virilidad en que las naciones se bastan a sí mismas para conquistarse un puesto preeminente.

Decíamos, pues, que al caer el peso de Italia en la balanza de las probabilidades de éxito, el fiel se mantenía en equilibrio entre las partes contendientes, y por nuestras palabras acerca de los medios con que cuenta Víctor Manuel parece que no sólo restablece su equilibrio, sino que la vence del lado de las dos naciones aliadas. Hay, sin embargo, que no dejarse deslumbrar por el exterior homogéneo y simpático que ofrece una causa tan grande y popular como la italiana, midiendo sus fuerzas por la simpatía que inspira. Por debajo de la brillante superficie se extiende una red de intereses heridos, de odios mal apagados, de aspiraciones reprimidas, mas no olvidadas. Esa masa, numerosa aunque dispersa, espía en silencio una ocasión, mina sordamente el país, y no porque ponga un empeño particular en ocultarse, debe pasar desapercibida a los ojos del que intenta de buena fe sondear el verdadero estado de las cosas. El destronado rey de Nápoles, manteniéndose en su manifiesto dentro de los límites de una prudente reserva, aconsejando la calma, y exhortando a sus parciales a continuar unidos y en expectativa, traza claramente esta línea de conducta, más temible que la acción franca y desembozada.

La actitud de Roma no es menos digna de ser tomada en cuenta. Encerrada en un profundo silencio, aislada en medio de la lucha, trata de mantenerse impassible y extraña a los sucesos que a su alrededor se desenvuelven, pero ¿quién podrá calcular el efecto de su autoridad respetable cayendo en un momento oportuno al lado de uno de los contendientes?

Además, cosa extraña, pero que se explica: la guerra con Italia es, en Austria, tanto o más popular que la de Prusia. Hay todavía en el fondo del corazón de los austríacos algo de aquella avidez y aquella ansia que empujó irresistiblemente en otros siglos a las razas del Norte sobre el

Mediodía, cuyo sol y cuyo cielo equivalen a un paraíso; hay, junto a ese impulso poderoso, el deseo de vengar las derrotas de Solferino y Magenta.

Tal es la situación de las tres grandes naciones que hasta ahora han aparecido en escena, y a las que está encomendado el prólogo del inmenso drama que tiene el privilegio de absorber la atención del mundo en los actuales momentos. Sin embargo, detrás de los bastidores se adivina que hay más de un personaje vestido y dispuesto a salir a las tablas apenas lo requiera el argumento, que amenaza ser complicadísimo. Algunos de ellos se han anunciado ya convenientemente, y, según lo requieren las reglas clásicas de las obras teatrales. Francia proclama en alta voz su neutralidad; pero es una neutralidad incomprensible. La carta de Napoleón a su ministro de Negocios Extranjeros, es un verdadero logogrifo. Su empeño, dice, es mantener la obra de Francia en Italia. Si ésta se ve amenazada, por cuestión de honor nacional, se encontrará precisada a terciar en la cuestión con las armas en la mano. Pero ¿cuál es la obra de Francia? La creación del reino de Italia tal y conforme se encuentra constituido. Si la Lombardía y el Milanesado vuelven a poder de los austríacos, he aquí su obra deshecha.

Si por el contrario, Venecia sale de manos del Austria para incorporarse a los dominios de Víctor Manuel, sucede lo mismo. ¿Será éste el sentido de la carta imperial? En fuerza de ser lógico, parece absurdo.

Napoleón no debe permitirse la candidez de aparentar que cree la cuestión reducida a un duelo de amor propio entre las partes beligerantes. He aquí explicado por qué Rusia, que sospecha, y no sin falta de razón, que Francia ha de ser neutral mientras la fortuna ayude a Italia, y ha de salir de su reserva si por casualidad le vuelve las espaldas, ha declarado terminantemente que un paso del Gabinete de las Tullerías en este sentido,

la determinaría a tomar una parte activa en el asunto, colocándose al lado de Austria, a cuyo fin concentra en la frontera un ejército de observación compuesto de 200.000 hombres.

Por lo pronto, estos son los dos nuevos adalides que, armados de punta en blanco, presiden la liza, no con intenciones de arrojar el bastón en medio de los combatientes cuando se enardezca la lucha, sino con el de bajar, lanza en ristre, a la arena a compartir sus peligros y su suerte. Mas entretanto que con más o menos franqueza cada cual se coloca en un determinado sitio y deja traspirar sus intenciones, ¿qué hace Inglaterra? Napoleón, engolfado en la prosecución de sus trascendentales combinaciones, vuelve de cuando en cuando los ojos hacia el Canal de la Mancha, y acecha con miradas furtivas a su eterna rival, tratando de traslucir sus pensamientos. Inglaterra, muda e impasible, le ve hacer, aparenta preocuparse con sus asuntos interiores, y se oculta bajo la impenetrable máscara de una glacial indiferencia. Algo medita, sin embargo. La casi imperceptible sonrisa que dilata sus delgados labios, trae inquietos a los que se dedican a augures de su semblante. Dinamarca, Suecia y Noruega, obedeciendo a sus ocultas insinuaciones, estrechan en silencio el lazo de la unión escandinava, y esperan también, envueltas en una reserva impenetrable y fría, como sus eternas nieves. Toda la Europa en armas, levantando cada país su bandera al primer grito y amenazando mezclarse en una contienda titánica, ardiente y general desde el principio, sería menos temible que esa calma preñada de proyectos oscuros que rodea a los combatientes. Hay algo de pavoroso en la actitud de esos países que aguardan el momento en que la fortuna vuelva una vez la espalda a un poderoso enemigo para caer sobre sus restos y desbaratar su obra, ya que no puedan repartirse sus despojos. Se presiente en la pesadez de la

atmósfera que nos rodea como el informe conato de un Waterlío colosal. El segundo imperio, menos brillante y ruidoso que el primero, tiene, no obstante, raíces más profundas, y para descuajarlo se ha de sentir una muy honda conmoción. El Waterlío de Napoleón I fue la caída de un hombre; el del III sería la de un orden de cosas encadenadas estrechamente entre sí, y que han tenido tiempo de solidificarse. Al detenerse un punto a meditar sobre las arduas cuestiones arrojadas a la arena de la discusión en estos graves momentos, después de haber examinado rápidamente los móviles que impulsan a otros países, las probabilidades de éxito con que cuentan, y los proyectos que, más o menos fundadamente, se puede presumir que abrigar, ocurren naturalmente multitud de reflexiones que a medida que vayan sucediéndose los acontecimientos, iremos exponiendo a la consideración de nuestros lectores.

Hace poco, los que oyeron a Napoleón decir a los trabajadores del Campo de Marte:

«No desmayar en vuestras tareas; la Exposición ha de celebrarse en medio de la más profunda tranquilidad», auguraron de aquí que la paz no se turbaría. Al ver hoy que los trabajos para la próxima Exposición universal siguen activamente y que los obreros que se retiran a descansar de las fatigas del día son sustituidos por otros que siguen la faena con ayuda de un faro eléctrico, durante la noche, no puede darse otra explicación a sus palabras, sino que la guerra que se dispone ha de ser sangrienta pero breve.

Tal es el cuadro que ofrece la política exterior al expirar la presente semana. La carencia de otros sucesos más importantes y la imposibilidad de ocuparnos de algunos que se realizan entre nosotros, por no permitirlo la índole de este trabajo, nos ha hecho detenernos

deliberadamente en trazarlo a nuestros lectores, pues terminada por el momento la cuestión del Pacífico, todo el interés se reconcentra en adelante en el nuevo teatro de la guerra.

Respecto a espectáculos, tampoco podemos añadir gran cosa. De los caballitos del Circo, donde nada nuevo se hace, nada nuevo puede decirse. Como presumíamos, la empresa de los Campos Elíseos vino al suelo combatida de las mil contrariedades con que ha tenido que luchar desde su creación. Aunque se habla mucho de música y conciertos de todos tamaños, chicos, medianos y monstruosos, la cosa no ha pasado aún de la categoría de proyecto. Cuando se realicen, daremos cuenta a nuestros lectores del resultado.

El mal tiempo ha hecho que en el presente año se hayan retrasado las expediciones veraniegas, ya al campo, va a los puertos de mar y a los establecimientos de baños, donde unos acuden en busca de salud y otros a caza de aventuras de todo género. Es de esperar que si la atmósfera se despeja y desaparecen las nubes que constantemente han estado casi toda la primavera amagando y aun descargando sobre nuestras míseras humanidades terribles aguaceros, los habitantes de la corte se apresuren a hacer la maleta y se marchen, como suele decirse, con la música a otra parte.

No obstante el estado excepcional en que aún se encuentra la corte, la política interior comienza a dar algunas señales de vida. La lectura del proyecto de contestación al discurso de la corona, ha tenido lugar en el Senado, sin otro incidente notable que el promovido en una cuestión previa a propósito de la mayor o menor conveniencia de entrar en los debates consiguientes a la aprobación del proyecto, hallándose aún en estado de sitio la capital de la monarquía. Resuelto este incidente, se ha dado principio a la discusión, la cual, aunque ofrece grande interés, no

halla en la Prensa ni en los círculos políticos el eco que hubiera encontrado a ser otras las circunstancias.

En las Cortes, si bien no han comenzado aún los debates, la lectura del documento en que este Cuerpo colegislador contesta al de la corona, ha dado ya lugar a que la opinión pública se fije en la especial actitud de la mayoría. Del seno de esta mayoría salió la comisión que ha redactado el párrafo en el cual se aboga calurosamente por la conservación del poder temporal del Papa, y del seno de esta misma mayoría saldrán los defensores del proyecto de enmienda de ese párrafo en que sus impugnadores creen que se ha ido mucho más allá del pensamiento del Gobierno.

A distraer la atención de este incidente, que se presta, en efecto, a comentarios de muy diversa índole, ha venido por último la presentación en la Alta Cámara de dos proyectos de leyes importantes.

Uno de ellos se dirige a modificar la actual ley de imprenta en sentido restrictivo; el otro tiende a introducir algunas novedades en la de asociación y reuniones públicas. Como anunciábamos en nuestra última revista, no ha transcurrido mucho tiempo sin que en la política interior se hayan realizado significativas variaciones.

Estos nuevos asuntos que sirven de tema a los diferentes cálculos y apreciaciones del país no logran, sin embargo, amortiguar el creciente interés que despierta cuanto se relaciona con la cuestión de Chile.

Antes de ahora habíamos hablado de un combate entre un buque de nuestra escuadra con varios otros, procedentes de Chile y el Perú, combate en el cual nuestra marina de guerra había colocado el pabellón nacional a la altura que le corresponde.

Estas noticias halagüeñas que, aunque extraoficiales, llegaron hasta nosotros por tan diferentes conductos que parecían excluir toda idea de

desconfianza en su autenticidad, las confirmó nuevamente una carta recibida en Barcelona, en la cual se refiere el suceso con tantos pormenores, que a nadie quedaba ya sobre el particular la más remota duda.

No obstante, la llegada del correo del Pacífico y el silencio del diario oficial, han venido a echar por tierra todas las ilusiones que se habían forjado acerca del éxito de nuestras armas en aquellos países. La reacción producida en el espíritu público alienta, en cierto modo, a los que complaciéndose en amontonar dificultades en el porvenir, auguran a este asunto un desenlace desastroso para nuestra honra y nuestros intereses. Nada más lejos de nuestro ánimo que el temor de que esto suceda, pero aunque abrigamos confianza en el valor de nuestros marinos, no dejaremos un instante de unir nuestra voz a la del país todo, que ansía y pide más actividad en la resolución de un asunto que cada día que se demora puede traernos, y nos trae efectivamente, una nueva complicación o un nuevo obstáculo.

Correspondencias de Londres, cuyo contenido hemos visto después confirmado en los centros oficiales, anuncian que se han hecho a la mar algunos buques chilenos armados en corso. Estos buques, tripulados por gentes a quienes guía más bien que una idea patriótica el cebo de una ganancia segura, la experiencia nos enseña con cuánta facilidad se multiplican ante la perspectiva de una larga guerra. Hoy por hoy las fuerzas marítimas de que disponemos bastan a proteger nuestras costas y los intereses de nuestras embarcaciones mercantes, pero ¿quién nos asegura que si los accidentes de la lucha hacen necesario el refuerzo de la escuadra del Pacífico, los buques chilenos y peruanos armados en corso no nos crearán serios conflictos?

Fuera de las noticias referentes a esta cuestión, cuyos menores

detalles tienen importancia para nosotros, ninguna de las que se reciben del exterior respecto a la política de las otras naciones ofrece nada de notable.

Las exequias del príncipe Othon, cuya temprana muerte ha venido a aumentar los pesares domésticos de Víctor Manuel, se han celebrado en Génova con una solemnidad y pompa inusitadas. El príncipe Othon había nacido en 1846, y aunque su salud fue siempre delicada, mostró en la investigación de algunos problemas científicos, a cuyo estudio era muy aficionado, condiciones de carácter y talento nada comunes.

En Francia, el emperador Napoleón, dando por un momento tregua a la política, parece que se ocupa activamente en la prosecución de los gigantescos trabajos preparatorios de la exposición universal, en la cual trata de tomar parte figurando personalmente entre los expositores. A este fin, con la misma pluma con que escribió la Historia de César, tomando plaza entre los literatos, tira líneas, levanta planos y hace croquis para completar su proyecto, que una vez logrado, ha de traerle las simpatías de la clase obrera. Los trabajos que piensa exponer consisten en modelos de habitaciones que reúnan, a un precio extraordinariamente barato, todas las condiciones higiénicas y de comodidad apetecibles. Se dice que para que el público pueda juzgar competentemente los modelos imperiales, van a levantarse en el parque de la exposición tres o cuatro de estas casas, propias para obreros de la ciudad las unas, y las otras para labradores. Veremos si estos proyectos de que tanto se viene hablando en Francia, como una de las más eficaces medidas para la solución de las cuestiones económicas, respecto a la clase obrera, llegan a su madurez o sucede lo que entre nosotros, que siempre se quedan en los limbos de la ilusión y el buen deseo.

Si bien la semana se ha presentado escasa de novedades respecto al exterior, pues aparte de estas noticias y algunas otras de poca importancia, nada encontramos en las correspondencias y periódicos extranjeros a propósito para nuestra revista, la cual, debiendo ocuparse en globo de todas las cuestiones, sólo toca de ellas los puntos más salientes, en los círculos científicos, artísticos y literarios de la corte hemos podido observar algún más movimiento que el de costumbre.

Las personas encargadas de llevar a cabo la Exposición de los objetos remitidos al Gobierno por la comisión científica del Pacífico, se han reunido bajo la presidencia del director de Instrucción pública, a fin de acordar definitivamente las bases del proyecto. Según unos, la Exposición tendrá lugar en la histórica casa de los Lujanes; al menos esta parece que fue la primitiva idea del Gobierno. Otros, sin embargo, opinan por que se realice en el Jardín Botánico, local que juzgan más a propósito por sus especiales condiciones. En este sitio o en aquél, celebraríamos que la Exposición no se hiciese esperar mucho, pasando a la categoría de los mitos como la célebre hispano-americana, para la cual se hicieron tantos planos en balde y hasta se nombró una comisión y se señalaron los terrenos que habían de ocupar los parques y galerías.

La Real Academia de Medicina de Madrid ha celebrado la sesión inaugural del nuevo año 66 con la brillantez que acostumbra. Multitud de personas notables, así por su posición como por su talento, han concurrido a este acto científico, importante no sólo por las cuestiones que han tratado en sus discursos los que en él tomaron parte, sino por el estudio que despierta entre los que se dedican al estudio de la ciencia de curar el ver recompensados sus afanes y vigiliias de una manera oficial y solemne.

Así en la relación que hizo el Sr. Nieto y Serrano de los trabajos llevados a cabo por la Academia durante el año último, como en el discurso que leyó el Sr. Santucho sobre Las relaciones entre la Medicina y los sistemas de filosofía, el público ha podido apreciar distintamente el vuelo que van tomando en nuestro país cierto género de estudios, que en éste como en los diversos ramos del saber humano, anuncian una nueva era de adelanto para nuestras escuelas profesionales.

Antes de terminar la sesión, el señor presidente adjudicó los premios a los autores de las Memorias que la Academia ha juzgado dignas de este honor, abriendo nuevamente concurso para los años de 1866 y 1867.

Después de esta solemnidad científica, hemos tenido ocasión de asistir a otra literaria no menos importante. La primera representación de una obra de Bretón de los Herreros, del ilustre decano de la comedia de costumbres españolas, se ha considerado siempre como un acontecimiento para las letras. El Abogado de los pobres, que tal es el título de la nueva joya con que el autor de La Marcela ha enriquecido nuestro teatro, merece, en efecto, ocupar el lugar preferente en que la colocan los críticos, al lado de las mejores que ha producido la misma chispeante y fecunda pluma. El pensamiento de la obra es altamente filosófico, mereciendo desde luego nuestro aplauso el fin moral que se propone su autor, combatiendo con todo género de armas la creciente ambición y el inmoderado afán de lucro y de goces que atormenta a la sociedad moderna, como una sed febril e insaciable. Esta misma idea la hemos visto más de una vez desarrollada así en nuestro teatro como en el extranjero, pero nunca hasta hoy había aparecido en la escena vestida con un traje tan español y tan característico. Los personajes que intervienen en la fábula no son, como por desgracia suele acontecer en nuestras comedias de ahora,

un pálido trasunto de las pasiones, los sentimientos y los intereses de otra sociedad: a todos los hemos visto alguna vez, los conocemos, pasan en el mundo a nuestro lado. Desenvuelto el plan por medio de escenas naturales y perfectamente encadenadas, sin exagerados contrastes, sin efectos de relumbrón ni situaciones falsas, va el espectador hasta el fin de la obra movido de un agradable interés que jamás se debilita. El diálogo suelto, cómico y chispeante, ayudado de esa fácil y maravillosa versificación, que es la dote que más particularmente distingue a Bretón de los Herreros en cuanto escribe, completan las condiciones de esta lindísima comedia, que con tan justos y tan merecidos aplausos recibió la noche de su estreno el público.

Nosotros unimos nuestro más sincero parabién al de los que una y otra noche llaman al palco escénico a su popular autor, cuyo talento y admirables dotes se creían debilitados por los años y que hoy aparece más joven, más lleno de savia y brío que nunca.

También los apasionados por la música han tenido motivo para felicitar en la semana pasada. La inauguración de los conciertos clásicos en los salones del Conservatorio, han venido a indemnizar en parte a los que no hallan en el Teatro Real armonías dignas de sus delicados e inteligentes oídos.

A una parte de la sociedad, que sólo encuentra en la música pretexto para asistir a un teatro concurrido, mostrarse vestida de trajes elegantes, con los hombros cubiertos de una gasa transparente y el cabello prendido en una red de perlas, sobre el fondo grana y oro del palco, o para dirigir desde las butacas a un lado y otro de la sala la batería de sus gemelos, el Real, con su lujo deslumbrador y sus localidades llenas por la sociedad más brillante de la corte, sea bueno o malo el cuadro de

cantantes y las óperas que se representen, siempre ofrecerá un poderoso atractivo. Pero los constantes y verdaderos apasionados de la buena música, de esa música clásica, vedada a los oídos profanos que necesitan un largo y enojoso noviciado filarmónico para comprenderla, abandonan el regio coliseo para darse cita en el salón del Conservatorio, donde las sublimes creaciones de Mozart, de Haidyn, de Madelson y de Handel les hacen olvidar, con sus melodías bellísimas, sus sabias combinaciones y sus inspirados giros, el estado de decadencia y abandono en que se halla el teatro de la ópera.

Como era de esperar, a medida que transcurren días el drama político que se representa a los ojos del país, pierde parte del interés que inspiraba y comienza a aburrir a los espectadores.

Lo mismo en la escena del mundo que en la del teatro, es preciso que los desenlaces sean muy breves para mantener viva la atención hasta la última palabra.

Esta especie de paréntesis que la monotonía de los sucesos ha venido a abrir en medio de la pública ansiedad, se ha llenado, sin embargo, con variaciones sobre un tema interesante. Aludimos a la ya famosa sesión de las Cámaras portuguesas.

La energía con que los jefes más importantes de todos los partidos

políticos han protestado contra la idea de unión ibérica, ha causado en muchos una honda impresión de asombro. Por nuestra parte, no nos ha cogido de susto esa ruidosa y un tanto finchada explosión de sentimientos de independencia. La cuestión es muy sencilla. Por muchas ilusiones que se hagan acerca de su país, a ningún hombre político del vecino reino se le oculta, que en cualquiera forma que anexionasen España a Portugal, los anexionados serían ellos.

De todos modos, las últimas y explícitas declaraciones de la Cámara portuguesa y las desusadas medidas de precaución que aseguran va a tomar aquel gobierno con los militares españoles que se refugian en su país, serían aún objeto de extensos comentarios, si la triste e inesperada noticia de sucesos que nos atañen más de cerca no hubieran venido a fijar la atención pública en otro asunto.

La noticia del apresamiento de la goleta Covadonga, llevado a cabo en las aguas de Coquimbo por una fragata chilena, ha sido, pues, el tema de todas las conversaciones durante los primeros días de la semana.

Acerca de los pormenores del combate que dio por resultado el apresamiento de la Covadonga, han circulado versiones muy distintas; y nada tiene esto de extraño, toda vez que, según la declaración del gobierno en las Cortes, la noticia se ha recibido por conducto extraoficial. Lo verdaderamente triste es, que mientras el suceso no se conoce con todos sus detalles, los periódicos extranjeros, hostiles a nuestros intereses y a nuestra política en aquellos países, sacan partido de esta cuestión para rebajarnos a los ojos del mundo.

La Presse, por ejemplo, dice que la fragata chilena Esmeralda hizo hasta quince disparos, que todos alcanzaron a la Covadonga, mientras ésta le contestó con nueve, de los cuales ni uno solo tocó al buque enemigo,

arriando por fin la bandera española y entregándose a discreción después de un combate que duraría veinte minutos lo más. Esta relación es tan apasionada como inverosímil. La Presse se sabe que es uno de tantos periódicos como hay en el extranjero, que parodiando a nuestro Lope de Vega:

Pues se lo paga Chile, creen que es
justo
trocar las cosas para darle gusto.

Pero no necesitábamos nosotros saberlo para resistirnos a creer ciertos detalles, que, habiendo ocurrido tal y como el periódico francés los refiere, dejarían en mal lugar a nuestra marina.

No valen ciertamente los chilenos el recuerdo, por ser demasiado grande para tan pequeña ocasión, mas en caso de duda, nos hubiera bastado traer a la memoria los nombres de Lepanto y Trafalgar, para adquirir el convencimiento de que los mismos que tan gloriosamente han sabido vencer y sucumbir en otras ocasiones, no desmentirían en ésta la tradición de la marina española.

En efecto, según la relación que se cree más conforme con las noticias del gobierno, La Esmeralda, de veintiséis cañones, merced a una indigna estratagema, y arbolando la bandera inglesa, logró sorprender nuestro buque, disparándole de improviso una andanada que dejó fuera de combate a varios hombres de la tripulación, desmontando al mismo tiempo el principal de los dos cañones con que podía defenderse. La Covadonga, no obstante, hizo un disparo que derribó la chimenea de la Esmeralda, pero viendo la imposibilidad de sostener una lucha con tan desiguales fuerzas, trató de quitar los tornillos para irse a fondo, lo que indudablemente

hubiera hecho a haberles dado lugar a ello los enemigos, que se precipitaron al abordaje sobre la goleta. Este ha sido el triunfo que han obtenido los chilenos: decimos mal, los chilenos no; pues según todas las noticias, confirmadas por los mismos periódicos partidarios de aquel país, la Esmeralda, que sólo izando una bandera que no es la suya pudo engañar a nuestros marinos, como los engañaría el pirata más vulgar, iba mandada por un capitán inglés, haciendo las veces de segundo un norte americano.

De la impresión que este contratiempo produjo en el ánimo del general Pareja, jefe de nuestra escuadra, se ha hablado también en muy diversos sentidos.

A última hora se ha confirmado la noticia de su desgraciada muerte. Esta catástrofe, que priva a nuestra marina de uno de sus jefes más entendidos y pundonorosos, se refiere así: El general Pareja, intranquilo ya por la tardanza de la Covadonga, que debía traerle unos pliegos, tuvo conocimiento, merced al cónsul de los Estados Unidos, de los rumores que circulaban acerca de su encuentro con la Esmeralda. La noticia no era aún oficial, pero al día siguiente la confirmó el mismo cónsul con datos que no dejaban lugar a dudas. El general Pareja no mostró afectarse mucho, antes por el contrario, paseando sobre cubierta con la misma persona que había confirmado el hecho y con algunos otros jefes de la escuadra, dio a entender que era un contratiempo fácil de remediar; ni su aspecto, ni sus palabras, revelaron cual era el verdadero estado de su espíritu, ni dieron lugar a que se sospechase que había concebido tan fatal resolución. No obstante esta tranquilidad engañosa, apenas se vio solo bajó al camarote, y disparándose un revólver puso fin a su vida. Cuando los oficiales del buque, alarmados por la detonación, penetraron en el camarote de su jefe, sólo encontraron un cuerpo inerte y sangriento, y un papel en que había

escrito estas líneas:

«Suplico que no se arroje mi cadáver en las aguas de Chile.»

La última voluntad del desgraciado general Pareja se ha cumplido.

En estos difíciles momentos ha entrado a sustituirle, encargándose del mando de las fuerzas navales, D. Casto Méndez Núñez, inteligente marino en cuya capacidad y resuelto ánimo se fundan grandes esperanzas, y el cual, sin andar en contemplaciones, habrá tomado ya revancha, arrasando la costa de ese país, que ha interpretado como miedo lo que ha sido, por parte nuestra, un exceso de consideración, y obligando a la Esmeralda, que tan satisfecha se mostrará de su fácil triunfo, a que se esconda de nuestra ira huyendo a otros mares. Nos parece que las potencias mediadoras no abrigarán todavía la ilusión de arreglarlo todo con un par de notas diplomáticas, verdaderos papeles mojados cuando las cosas se colocan en el terreno en que se ha colocado ya la cuestión. Y si la abrigasen, tanto peor para ellas, que tan frecuentemente nos dan el ejemplo de cómo se zanján estos asuntos.

Mientras esto sucede en el Nuevo Mundo, en el viejo, Napoleón se ocupa casi exclusivamente de la apertura de la Cámara popular. Este acontecimiento, siempre importante, contribuyen a hacerlo más todavía en las circunstancias actuales la actitud de los partidos y la gravedad de las cuestiones que en ella se han de resolver.

La comedia francesa se dispone a inaugurar en su próxima representación de aniversario las estatuas de Mlle. Mars y la Rachel, honrando así con un solemne y entusiasta homenaje, el recuerdo de las dos célebres actrices que tantos días de gloria han dado a la escena de su patria.

Las comisiones encargadas de dar el mayor realce posible a la

Exposición que ha de llevarse a efecto en 1867, madura el proyecto de un teatro internacional donde puedan representarse en su propio idioma las inmortales creaciones de Calderón y de Shakespeare, de Corneille y de Schiller.

La Academia de Ciencias, en fin, que ha recibido como donativo particular la suma de 80.000 francos, ofrece un premio destinado a recompensar el descubrimiento más útil a la clase obrera.

Y esta misma actividad científica, industrial y literaria, que contrabalancea en el vecino imperio el influjo de la política, se deja sentir en Inglaterra de una manera más clara y evidente.

Aún se discuten las importantes cuestiones abordadas en el mitin religioso, donde tomaron la palabra, en unión de algunos individuos del clero ruso, los obispos y doctores más eminentes del protestantismo, para tratar de la unión de las iglesias anglicana y oriental, cuando ya llega hasta nosotros la noticia de una nueva y numerosa reunión de los sacerdotes católicos celebrada en casa de monseñor Manning, arzobispo de Westminster. Todavía se ocupan los periódicos del atrevido proyecto para establecer entre Douvres y Calais una comunicación regular por medio de buques de las dimensiones del Great-Eastern, sobre los cuales puedan trasladarse enteros los trenes de los ferrocarriles, cuando ya recibimos detalles acerca de las curiosidades literarias y arqueológicas remitidas a la sociedad asiática de Londres.

El casual descubrimiento a que se deben estos verdaderos tesoros que han de contribuir a derramar la luz sobre la historia y la literatura hebreas, ha tenido lugar en unas excavaciones practicadas en Nadir-Sarape, cerca de Trípoli. En un terreno rodeado de vastos jardines se ha encontrado una casa cuya fecha se remonta a dos o tres siglos antes de

nuestra era, y cuyas habitaciones, en perfecto estado de conservación, guardaban aún intactos muebles, utensilios de varias clases y una verdadera biblioteca en que se ven libros de Moisés, salmos de David y una colección de poesías hebraicas desconocidas hasta hoy.

Este hallazgo y el anuncio de una nueva obra del célebre autor de Nuestra Señora de París, tienen en conmoción dos círculos diferentes: el de los eruditos y el de los soñadores; el de los que rinden culto al libro que acaba de ser desenterrado, y el de los que esperan impacientes el próximo a darse por vez primera a la luz de la publicidad. Les travailleurs de la mer, se aguarden, en efecto, con tanto o más afán que las anteriores creaciones de Víctor Hugo, porque sólo el título de la obra hace presentir que el desterrado de Jersey ha de haber encontrado la inspiración a que lo debe, en la misma orilla de esa inmensidad sin límites ni fondo, cuyas bellezas y cuyos horrores, cuyos dramas y cuyos misterios va a revelarnos su pluma.

Fecunda se ha mostrado, pues, la semana en sucesos y noticias del exterior, si bien los menos halagüeños nos han cabido en parte. Consuélanos, sin embargo, ver que disipados en el interior los temores de próximos y profundos trastornos, comienza a restablecerse la tranquilidad, y con ella a dar señales de vida los diferentes círculos de la sociedad madrileña.

La Comisaría de los Santos Lugares trata de abrir un concurso para la adquisición de dos cuadros con destino a Jerusalén el uno y el otro a un templo católico de Marruecos, y la Junta directiva de la Academia Médico-Quirúrgica Matritense, anuncia desde luego el certamen para los premios de 1866, proponiendo, como primer tema, la biografía y el estudio crítico-filosófico de las obras de uno de nuestros hombres más eminentes,

Francisco Valle de Covarrubias, a quien llamaron en su época El Divino.

A estos aislados pero generosos esfuerzos, encaminados a despertar la emulación y el entusiasmo entre los que cultivan las artes y los que se consagran a la ciencia, se une la gradual animación de los habitantes de Madrid, que, volviendo poco a poco a las tareas o los placeres de la vida ordinaria, al par que pueblan los salones y las calles, los teatros y los paseos, devuelven a la cortesana villa el regocijo y la exuberancia de luz, de color y movimiento propios de la estación presente, cuando lucen días de sol tan magníficos como los que nos han estado dando, acordes por casualidad, el cielo y el almanaque.

Después de firmados los preliminares para el convenio entre Austria y Prusia, aguardábase con gran interés la apertura de las Cámaras en Berlín. La situación especialísima en que se encuentra Mr. Bismarck respecto al partido liberal prusiano, dejaba presumir que el discurso del rey vendría a proponer la fórmula de una transacción entre las oposiciones y su ministro responsable. Por otra parte, como todo el tiempo que ha mediado desde la victoria de Sudowa, que definitivamente zanjó la cuestión alemana a favor del rey Guillermo, hasta el día, no han cesado los forjadores de hipótesis y cálculos políticos de suponer al Gabinete de Berlín animado de las más absurdas esperanzas y lleno de deseos exageradamente ambiciosos esperábase asimismo que el mensaje de la Corona a las Cámaras había de desenvolver la idea de una política invasora y dominante, en cuyo fondo se

dejase adivinar el proyecto de unificar la Alemania, bajo la égida de Prusia.

Las Cámaras de Berlín se han abierto al cabo, y el rey Guillermo ha pronunciado el discurso, que por despachos telegráficos se comunicó en resumen a toda Europa, y del cual ya tenemos el texto íntegro. En la cuestión de la guerra actual los curiosos van de sorpresa en sorpresa. Mr. Bismarck, manteniéndose en un límite respetuoso ante la representación del país, ruega, por medio del rey, se legalicen sus actos pasados, excusándolos con la necesidad de disponer los medios conducentes a un resultado tan satisfactorio para la causa nacional como el que ha obtenido. Un bill de indemnidad que presentarán los más adictos al Gobierno, y que indudablemente votarán por aclamación los diputados prusianos, pondrá término a la enojosa lucha que hace tiempo sostenían entre sí los representantes del pueblo y el Gabinete.

Respecto a planes futuros que se relacionan con la política exterior, el discurso del rey es muy sobrio de palabras, y si en realidad puede sospecharse otra cosa, al menos en la apariencia es franco y explícito. Prusia, satisfecha con la posición en que se ha colocado, merced a sus recientes victorias, se limitará a solidificar su obra estrechando los lazos que han de unirla a los Estados de la Confederación del Norte. Una política prudente y pacífica, podrá permitirle atender al cuidado de la Hacienda y de sus intereses materiales, profundamente lastimados a consecuencia de la guerra que acaba de sostener.

En Austria la cuestión cambia completamente de aspecto. Mientras el partido liberal prusiano transige con Bismarck, y acepta, quizá gustoso, una limitación de sus pretensiones a cambio de gloria, en Viena comienza a temerse que la efervescencia producida en algunos pueblos a la noticia de

la paz se transforme en principio de una revolución que concluya por desgarrar en jirones el imperio.

Ante una situación vencida, todos los partidos son exigentes.

Húngaros y polacos piden, a trueque de la humillación sufrida por la colectividad de que forman parte, nuevas y nuevas concesiones en el sentido de la independencia a que aspiran.

Todo lo que en Prusia son preludios de unidad y concordia, se ha convertido en Austria en síntomas de futuros conflictos y de inevitables pugnas de intereses.

El golpe está dado. Si Austria permanece abandonada a sí misma en medio de las grandes potencias que la cercan y que asisten con el arma al brazo a su agonía, su muerte y su descomposición serán seguras.

Los partidarios a toda costa del equilibrio europeo, suprema lex en el arreglo de las cuestiones internacionales en la época presente, esperan aún que la caída del imperio austríaco no ha de llegar a consumarse, toda vez que cayendo se rompería la maravillosa máquina que tanto empeño hay en sostener. Francia, dicen, que acaso está arrepentida de su obra, y que en un porvenir no lejano sería posible que coaligada con Francisco José, tornase las cosas a su primitivo estado. La presunción de los que así piensan no está del todo fuera de los límites de la verosimilitud, pero lo cierto es que el juego nos parece peligroso para repetido muchas veces. Francia protesta una vez y otra de su desinterés al mezclarse como mediadora en la lucha, y por nuestra parte creemos que en esta ocasión lo será a la manera de la zorra de la fábula en presencia de las uvas, que calificaba de verdes. Si, como esperaba, con algún fundamento, hubiera sido necesaria su intervención material, las cosas pasarían de otro modo, pero el cálculo salió fallido y tendrá que aguardar otra ocasión para

volver a su eterno tema de las fronteras naturales.

Algunos publicistas franceses, haciéndose cargo de este asunto, parece como que desentrañan el fondo de la política imperial, y advirtiendo a Prusia de ese peligro no lejano, tratan de inclinar su ánimo a una compensación que le aseguraría el porvenir por esta parte. Esta es una idea de un autor aislado, de un caballero particular, como diríamos nosotros; pero ¿a quién se oculta que en Francia no se escribe más que lo que al emperador importa que germine y cunda?

Tal es, al mediar la semana, el aspecto que presenta esta enredada cuestión que se desembrolla lentamente y que nadie sabe si aun después de ajustada la paz, podrá entenderse. Dejándola por ahora a un lado hasta que nuevos acontecimientos aporten más luz a sus oscuras sinuosidades, vamos a compendiar en algunos renglones las noticias que por varios conductos se han recibido de América.

En Chile, la elección del nuevo presidente ha dado lugar a escenas de desorden que patentizan hasta qué punto se encuentran divididas las parcialidades que ni en circunstancia como las que atraviesan saben acallar sus pasiones. Después de una encarnizada lucha de intereses, en la que más de una vez ha intervenido la fuerza para dar valor a los argumentos, el partido que desea la guerra con España, que si no es el más numeroso e ilustrado, es el más alborotador e intransigente, ha vuelto a sacar triunfante de las urnas el nombre del presidente Pérez. La llegada de los buques Huascar e Independencia ha contribuido mucho a este éxito, pues con este refuerzo se hacen la ilusión de que podrán resistirnos con ventaja. En el Perú no andan las cosas mucho mejor para los intereses comerciales del país.

El tiempo que les ha dejado libres nuestra escuadra, en vez de

emplearlo en reponerse y prepararse de una manera conveniente a resistir el formidable ataque de nuestras fuerzas, que no tardarán en presentarse de nuevo ante sus costas, lo pierden en luchas intestinas y en recriminaciones estériles. Poco a poco la verdad se va abriendo camino, y a pesar de las fiestas y los banquetes con que se celebró, lo que ellos llaman defensa del Callao, a muy pocos se oculta que la acción fue un verdadero revés para los peruanos. El dictador Prado, conociendo que se le escapa de entre las manos el Poder en que a tanta costa se sostiene, se ha echado por completo en brazos del partido exaltado, hiriendo el sentimiento religioso de los pueblos con sus pretendidas reformas.

En tanto que nuestros enemigos luchan y se desgarran entre sí, la escuadra española, surta en las aguas de Río Janeiro, se dispone a entrar de nuevo en campaña llena del mayor entusiasmo, y en la Península se preparan refuerzos considerables para poner término, de una vez para siempre, a la cuestión.

Descartadas las novedades políticas de que se ha tenido noticia durante la semana, y de las cuales dejamos apuntadas, aunque en resumen, las más dignas de fijar la atención, poco o nada podríamos decir que despertase el interés de nuestros lectores.

La emigración a los puertos de mar de las provincias del Norte y al extranjero, continúa en grande escala. El exceso de calor de que hemos sido víctimas los que por acá hemos quedado, justifica sobradamente este afán de abandonar la corte, que algunos califican de ridiculez o capricho, hijo de la moda, y que nosotros encontramos que si es una necesidad, es una necesidad muy agradable.

En balde los conciertos de Apolo intentan ofrecer una compensación a las fatigas y malos ratos de los que permanecemos firmes en la brecha

desafiando los abrasadores rayos de la enojosa deidad que presta nombre al jardín, punto de cita de los filarmónicos madrileños. Barbieri es un gran maestro; su batuta, como la vara mágica de un encantador, parece que tiene encadenadas a su movimiento la voluntad de los ochenta profesores que le secundan. No seremos nosotros los que escaseemos nuestros aplausos al inteligente maestro español; pero (perdónenos la blasfemia musical, así el simpático director de orquesta como los augustos manes de los grandes músicos clásicos, cuyas obras nos da a conocer tan divinamente interpretadas), sea que el calor nos embota los sentidos, sea que el ansia de una tierra de promisión distante nos obliga a tener fijos los ojos fuera de este abrasador recinto, en estas circunstancias y a la altura en que se encuentra el termómetro, preferiríamos la indefinible música de la ola que se tiende perezosa en la playa o se rompe en las peñas llenando el ambiente de menudo rocío, preferiríamos la música de la brisa cantábrica que viene en la tarde a orear el sudor de la frente o a agitar con su fresco soplo el extremo de las flotantes cintas del lazo que prende el cabello de las hermosas, a las combinaciones armónicas más profundas, a las melodías más bellas de todos los genios del mundo.

Estamos en la última escena del drama poético guerrero que la Alemania representa a los ojos del mundo. Aceptado el armisticio y ajustada la paz por las partes beligerantes, sólo falta que Mr. Bismarck y el emperador Napoleón, autores a medias de la obra, salgan al proscenio y

terminen la función con el consabido estribillo: perdonad sus muchas faltas.

El armisticio, según las noticias recibidas, durará tres semanas. Conocidos ya los preliminares de la paz, si los diplomáticos se resignan a no lucirse enredando de nuevo el negocio, hay tiempo más que suficiente para que quede concluido antes que expire el término fijado a la suspensión de hostilidades. Después de haber dudado mucho acerca del punto que había de escogerse para celebrar las conferencias y ajustar el tratado de paz entre los representantes de Austria, Prusia e Italia, se ha decidido, por fin, que éstas tengan lugar en una ciudad de Suiza, el país neutral por excelencia, y que por su posición topográfica hace fáciles las comunicaciones de los diplomáticos con sus respectivos Gobiernos. Las bases del arreglo, a lo que parece, son las mismas de que ya hemos hablado a nuestros suscriptores en la revista anterior. El negocio, pues, ha sido para Prusia, pues aunque Italia se encuentra, como suele decirse, gratis et amore con el Véneto, más falta le hacía una victoria que una provincia.

Austria, cejando al primer revés y aceptando la humillación de verse excluida de la Confederación alemana, cuyo dominio era el sueño dorado del Gabinete de Viena, sigue, sin duda alguna, la política tradicional de sus hombres de Estado que es, al mismo tiempo, la táctica de sus generales. Prefiere devorar la humillación de su derrota en silencio, aprestándose a la venganza, cuya idea la anima y sostiene, a exponerlo todo al trance de una lucha y caer envuelta para siempre en [...] (5) Esta es cuestión de política y de temperamento. Acaso en un lejano porvenir y preparando, hábilmente el terreno, podrá el Austria rehacerse del golpe de que acaba de ser víctima; pero por lo pronto, Prusia, a la que el sol de Sadowa encontró formando parte de la Confederación para dejarla al ponerse dueña

de los destinos de la raza germánica a cuya cabeza marchará por algún tiempo, no es fácil que se deje ganar la partida, teniendo a su frente un hombre tan enérgico y perseverante como el conde de Bismarck.

En resumen, el armisticio está convenido; la paz será un hecho dentro de algunos días; mas la dificultad se ha rodeado, no se ha resuelto. El problema queda en pie, aunque las circunstancias aplacen su reaparición.

¿En qué actitud debe esperar la Europa los resultados del nuevo orden de cosas que se inauguran? ¿Qué temores o qué esperanzas deberían abrigar, respectivamente, las naciones que han asistido al duelo de esas grandes potencias y que de un modo o de otro han de sentir el influjo del nuevo rumbo de las cuestiones encaminadas de hoy más por diferente sendero? ¿Se ha encontrado, al fin, la fórmula del suspirado equilibrio? Y si se ha encontrado, ¿cuáles deben ser sus consecuencias? He aquí el tema de discusión de las diferentes publicaciones que ven la luz en Europa y el fondo de la brillante polémica que sostienen en la capital del vecino imperio, dos de los más afamados adalides de la Prensa periódica, Girardin y la Gueroniere. Girardin juzga impotente la fuerza para hacer que acabe la crisis europea, que espera habrá de concluir resolviéndose por el criterio de la libertad y el crédito. La Gueroniere presiente que las naciones entran en un nuevo y desconocido período de dificultades y de aspiraciones encontradas y opina que la preponderancia moral de los países debe sostenerse con la ayuda de la material.

Consecuentes con sus ideas, el primero fija toda su atención en el porvenir económico de Europa, invoca la paz y pide el desarme general de las grandes potencias, mientras el segundo da la voz de alarma para prevenir contra la engañosa apariencia de estabilidad del arreglo, y aunque a su vez desea la paz, teme la guerra y se decide por que todos se

encuentren prevenidos a los acontecimientos de un futuro lleno de sombras impenetrables.

En el intervalo que media entre la aceptación de los preliminares para las conferencias y el definitivo ajuste de la paz que ha de concluir, por ahora, la primera parte de la gran tragedia europea, la atención pública, sintiendo que se calma poco a poco la fiebre de noticias políticas que le aquejaba, comienza a fijarse en otros asuntos que, aunque de gran interés, parece como que se relegan y olvidan en los períodos de lucha y agitaciones.

Ya hace tiempo que los periódicos extranjeros hablaron de los preparativos hechos sobre bases más sólidas y partiendo de datos más seguros para acometer la colosal y tantas veces frustrada empresa de poner en comunicación el continente americano con el europeo por medio de un cable submarino. El Great Eastern, encargado de tan difícil misión, después de partir de uno de los puertos de Irlanda llevando un personal entusiasta e inteligente, ha tocado por último en Trinity-Bay, alcanzando un éxito tan completo que algunas horas después pudo circular por toda Inglaterra el siguiente despacho, que es un verdadero himno de triunfo de la ciencia: «El mar está vencido; sumergido el cable, se han puesto ambos mundos en comunicación telegráfica.» El problema de la telegrafía submarina se ha resuelto al fin. Creemos inútil encarecer la importancia de esta brillante victoria de la fe y la inteligencia sobre el desaliento y la preocupación de los que después de experimentar varios reveses en las anteriores tentativas juzgaban la empresa absurda e imposible. Terminada la gran vía de transmisión, merced al esfuerzo de Inglaterra, ésta cogerá, naturalmente, las primicias de sus grandes resultados; pero nuestro país no será el que menos ventajas reporte.

La colocación de un cable entre nuestras posesiones de Cuba y el puerto de Terranova, de donde parte la línea trasatlántica, será asunto de pocos meses, al cabo de los cuales podrán tener en la Península noticias diarias de aquel lejano país, facilitándose hasta lo sumo, así las transacciones comerciales como el gobierno político de la isla.

Al mismo tiempo que del lisonjero éxito de esta gigantesca obra se habla de un notable perfeccionamiento introducido en el trazado, construcción y material de los ferrocarriles, del cual se ha hecho más de un ensayo, también con un resultado brillante. El enorme costo de la construcción de las vías férreas, sobre todo en determinados puntos, costo a que no es posible que pueda subvenir el creciente desarrollo del movimiento comercial por más que éste se desenvuelva con bastante rapidez, ayudado por este medio de fácil y económica locomoción, ha traído a las empresas al decadente estado en que se hallan. Sin el auxilio del Estado, así en nuestro país como en casi todas las demás naciones, el capital de los particulares sería insuficiente a arrostrar la crisis que produce el enorme desnivel que resulta entre el costo y el producto. Merced al nuevo sistema ensayado, con el cual serán posibles curvas y desniveles hasta ahora impracticables, la construcción de un kilómetro en el terreno más accidentado equivaldrá a una tercera parte de lo que en la actualidad se le presupone de gasto, de modo que ofreciendo ventajas el empleo de capitales en el negocio de ferrocarriles, contribuirá en breve a que el interés particular sin auxilio de los Gobiernos, lleve su poderosa iniciativa a un ramo de la industria que amenazaba decaer progresivamente.

Después de haber pasado semanas y semanas sin tener que registrar en nuestra periódica revista más que sucesos aflictivos y desagradables, causa verdadero placer hallar que apenas comienzan a disiparse los temores

que hizo concebir la perspectiva de una guerra europea, vuelve a manifestarse el espíritu emprendedor y activo del siglo, abriendo anchos horizontes al comercio y a la industria, hoy en un estado de postración lamentable aun en los países más florecientes y ricos.

Según indicamos en nuestra anterior revista, al concluir la semana última gozaba entero crédito la noticia de haberse acordado un armisticio de cinco días entre Austria y Prusia, armisticio a que también debió dar su asentimiento Italia. La noticia no se confirmó plenamente, pero siguen en pie las negociaciones.

La lentitud con que de entonces acá opera el ejército prusiano que, siguiendo con resolución su camino, después de la batalla de Sadowa podría encontrarse ya a la vista de Viena y haber librado el postrer y decisivo encuentro, deja presumir que en la esperanza de un arreglo las dos naciones rivales economizan sus fuerzas. De esta presunción, que contribuyen a hacer verosímil las correspondencias que del teatro de la guerra se reciben, ha nacido, sin duda, la especie de que Austria se conforma a suscribir las bases preliminares propuestas por el Gabinete de Berlín, según las cuales, la Confederación Germánica se reorganizaría de nuevo bajo la dirección de Prusia, excluyendo el elemento austríaco. Si el emperador Francisco José suscribe un arreglo con estas condiciones, la paz es cosa segura y en breve los que tienen fe completa en el acierto y la perseverancia de Napoleón verán sus cálculos coronados del éxito más

brillante. Una conferencia diplomática facilitará el camino a la celebración del famoso Congreso de soberanos, que modificando los límites de las naciones y abriendo una nueva y profunda brecha a los tratados de 1815, buscará por otros medios más en armonía con los intereses napoleónicos ese soñado equilibrio europeo, ideal de los hombres de Estado del siglo XIX, y hasta que la cuestión de Oriente vuelva a reaparecer, como reaparecerá antes de poco, el viejo mundo podrá gozar una época más tranquila que la que en la actualidad atraviesa.

No obstante la aparente naturalidad con que habrían de encadenarse estos sucesos, y a pesar de que todas las cosas parecen disponerse de un modo favorable a la paz, algunos periódicos extranjeros comienzan a sospechar lo que antes de ahora habíamos indicado nosotros. Austria acepta en los primeros momentos cuanto se le propone; desempeña con verdadera mansedumbre su papel de víctima; autoriza con su vago asentimiento los pasos que en sentido conciliador da el Gabinete de las Tullerías; pero al ir a cerrar las negociaciones, siempre encuentra una pequeña dificultad que las hace imposible y necesario comenzar de nuevo. ¿Será su conducta hija de un plan diplomático y estratégico que la proporcione reorganizar sus fuerzas y abandonar el papel que representa cuando sus medios se lo permitan? Las publicaciones a que nos hemos referido, las mismas que hasta ahora condenaban la actitud intransigente de Prusia y la poco razonable conducta de Italia al traspasar de nuevo el Mincio después de la cesión del Véneto, empiezan a sospecharlo así y acusan al Gobierno de Francisco José de la falta de franqueza en sus relaciones con Francia. En este estado la cuestión, el telégrafo nos ha sorprendido con la noticia de una gran batalla naval que ha tenido lugar cerca de Lissa, punto designado hace algún tiempo por las correspondencias como el más a propósito para el

desembarco proyectado por el rey Víctor Manuel y su Estado Mayor de generales, en el último plan de campaña.

Hasta hoy se había estado en la inteligencia, fundada por otra parte, de que la escuadra italiana era muy superior a la austríaca, que por dos o tres veces ha rehuido un encuentro. El resultado del combate de Lissa viene a quitar una nueva ilusión en este punto a los ardientes partidarios de Italia. Se ha hecho evidente que, cuando menos, ambas escuadras son iguales en condiciones de bravura e inteligencia; y en esta ocasión la austriaca ha llevado sobre sus enemigos la ventaja de una fortuna decidida, que, contraria en unos lances y favorable en otros, viene dando hace algún tiempo, a los austríacos, pruebas de su proverbiales caprichos.

En el momento en que escribimos estas líneas, aún no se tiene una relación completamente verídica de este hecho de armas. Los partes recibidos pintan su resultado de muy diverso modo, según que procedan de Florencia o de Viena. Sin embargo, de lo que hasta ahora se conoce, y deduciendo y restando de cada versión lo que el espíritu de partido o de nacionalidad haya podido añadir, se viene en conocimiento de que el choque ha sido desfavorable a los italianos. Después de un encarnizado combate sostenido con verdadero valor por ambos contendientes, la magnífica fragata acorazada Re d'Italia y la cañonera Palestro fueron echadas a pique por sus contrarios, los cuales, al terminar la lucha sólo habían sufrido averías que, aunque de alguna consideración, no les impidió seguir su rumbo.

El nuevo revés sufrido por Víctor Manuel en el mar, aunque compensado con algunas pequeñas ventajas obtenidas por el cuerpo de ejército que ocupa el Tirol, antes que a otra cosa, ha contribuido a exasperar al partido de acción hiriendo la fibra del amor propio nacional e

imposibilitando más y más un arreglo mientras las armas italianas no logren un brillante desquite de sus derrotas.

Hay, sin embargo, un dato favorable en el sentido de la paz, y es la actitud en que se han colocado Inglaterra y Rusia. Estas dos naciones, que en un principio se mantenían en la reserva más profunda, han salido de su sospechoso silencio para adherirse a los planes del emperador Napoleón, al cual han felicitado animándole a proseguir en sus negociaciones conciliadoras.

Como es natural, en el estado en que se encuentra la cuestión, circulan varias versiones acerca de las bases del futuro arreglo. La más verosímil, caso que éste llegue a ser un hecho, es la siguiente: Queda destruida la obra del Congreso de Viena en lo que respecta a Alemania, rompiéndose el lazo de la antigua Confederación. La región del Norte se constituirá de nuevo bajo los auspicios de la Prusia, la cual se anexionará los ducados de Elba, excepto la porción del Schleswig, que pertenece a Dinamarca. Parte del reino de Hannover, del ducado de Hesse-Darnistad, toda la Hesse-Electoral y la antigua e importante ciudad de Leipzig, pasarán igualmente al dominio de Prusia, que representará, uniéndose a ellos por medio de un nuevo lazo federativo, a los desmembrados reinos de Hannover y Sajonia.

Los Estados de Alemania meridional que se encuentran divididos de los del Norte por la línea del Mein, se constituirán en una forma independiente, bajo la decisión militar y diplomática de la Baviera, que por este arreglo se eleva a un rango muy superior al que hasta aquí había ocupado en Europa.

El imperio de Austria, excluido de la Confederación, conservará íntegras sus posesiones, si se exceptúa el Véneto. Italia, al recibir el

Véneto, pagará una indemnización de guerra a Francisco José, el que a su vez la entregará a Prusia.

Tal es, en ligeros rasgos, la fisonomía política de la semana que acaba de transcurrir, y durante la cual el calor, extremándose, ha contribuido a hacer más aburrido y monótona la estancia en la heroica villa del oso a los condenados a sufrir en ella los rigores del estío. Para nosotros los días se suceden, y, al contrario de lo que asegura la máxima, todos se parecen.

El circo del Príncipe Alfonso y los jardines de Price, únicos que sostienen la bandera de los espectáculos públicos durante esta enojosa temporada, suelen ofrecer, no obstante, alguna distracción a sus favorecedores; pero durante la semana última, todo parece haberse conjurado en su contra. Dos jóvenes gimnastas que causaban las delicias de muchos que se estremecen al presenciar el bárbaro espectáculo de las corridas de toros, se han caído desde lo más alto del techo del circo, probando a los sistemáticos detractores de nuestra fiesta nacional que en los demás países, donde tan en boga se encuentran esos peligrosos ejercicios, no están más adelantados que nosotros en punto a diversiones públicas. En el jardín de Price los aficionados a la música sólo han encontrado una decepción en el concierto a beneficio de las viudas y huérfanos de los marinos muertos en el glorioso ataque del Callao. El ruido de la pólvora ahogaba en su sentir las notas de la armonía tanto como el humo a los circunstantes. Los entusiastas de la pirotecnia, en cambio, creen que la música estaba de más, porque ensordecía y quitaba la gracia al especial chasquido de las ruedas giratorias y al trueno de los cohetes. A unos y otros puede consolarles la idea de que con oír un poco de bulla y respirar un poco de azufre, han contribuido al logro de una

buena acción, mérito que no siempre puede contraerse a tan poca costa.

Está en un punto tan difícil la cuestión europea que se debate entre Austria, Italia y Prusia, que cada vez se hace más complicada e insoluble. Como se había previsto, los italianos esperan el asentimiento de sus aliados para aceptar el armisticio, y Prusia, por su parte, impone tales condiciones al Gabinete de Viena, que Francisco José, antes que perderlo todo en un Congreso, optará por tentar de nuevo su fortuna arriesgando la suerte del país al trance de una batalla.

En vano el emperador Napoleón, empuñando el tridente, ha herido las olas del revuelto mar de la política y ha pronunciado el formidable Quos ego, de Neptuno; su voz se pierde entre el estruendo de la lucha y los ejércitos del rey Guillermo y de Víctor Manuel siguen, impávidos, su camino, como si se hubieran dado cita en Viena. La conducta de Italia, cuya indocilidad parece que ha disgustado mucho a su imperial protector, llegó a creerse por algunos días causa bastante para que se rompieran las relaciones entre los Gabinetes de Florencia y París. No falta quien insiste en la inminencia de un choque entre las dos naciones, hasta aquí unidas por los más estrechos lazos políticos; pero por nuestra parte creemos que las circunstancias en que se encuentra Europa, no permiten al emperador Napoleón cambiar tan bruscamente el plan que madura hace tiempo, y cuya base es la alianza italiana.

En esta situación las cosas, el ejército austriaco aprovecha los

momentos para reorganizarse y trata de modificar radicalmente los proyectos estratégicos del general Benedeck, colocando al archiduque Alberto al frente de los negocios de la guerra. El archiduque, previendo el desastre de Sudowa, si los dos grandes cuerpos prusianos llegaban a reunirse en Koeniggraetz, ha dado muestras de una sagacidad y un conocimiento profundos del arte que ejercita. Según sus disposiciones, la corte imperial debería abandonar a Viena para evitarle a esta magnífica población los rigores de un sitio, y concentrando todos los elementos de resistencia en la línea del Danubio, donde tienen el campo atrincherado de Olmutz como base de operaciones, podrían mantenerse a la defensiva y aun tomar la ofensiva con ventaja si la fortuna abandonase a los prusianos en un nuevo y decisivo combate. Hasta hace muy poco se creyó que prevalecería la opinión del archiduque Alberto; pero a juzgar por los telegramas que posteriormente se han ido recibiendo, es otra la determinación de Austria. La gran batalla que ha de poner término a la lucha o ha de restablecer el equilibrio de los beligerantes, roto en Sudowa a favor de los prusianos, tendrá lugar delante de Viena. El emperador Francisco José, que parecía decidido a tomar el mando de las tropas, esperará allí con las fuerzas reunidas procedentes de Italia y de los restos del ejército del Norte. El encuentro que acaso a estas horas habrá ya tenido lugar, será espantoso. Por un lado los prusianos, llenos de la confianza que les inspiran sus continuadas victorias, avanzan ansiosos de coronar su obra, penetrando en Viena.

Por otra los austríacos, exasperados con los reveses que han sufrido, lastimados en su orgullo nacional, teniendo entre sus filas a Francisco José, que parece dispuesto a sepultarse en las ruinas de su imperio, y encontrándose a la vista de la capital, que quedará entregada a todos los

horrores de la guerra si sus hijos no saben contener la ola invasora al pie de sus muros, se disponen a una resistencia heroica y desesperada.

En la expectativa de este sangriento combate, que amenaza ser más grande y horrible que el de Sudowa, todo el interés se concentra en las operaciones que tienen por teatro la Alemania, debilitándose el que en un principio inspiró la suerte del ejército italiano.

En efecto, por lo que toca a Venecia, la cuestión parece concluida. Sea el que fuere el término de la cuestión entre Austria y Prusia, Francisco José habrá de deshacerse de esas provincias, que más bien debilitan que prestan fuerza a su imperio. Verdad es que en una proclama del jefe militar del Véneto se ha dicho que la cesión no es un hecho consumado, y que al ser rechazada la proposición de armisticio por parte de sus contrarios, el Gabinete de Viena puede recoger una promesa que no hizo incondicionalmente; verdad es también que algunos, tomando esta declaración por base de sus cálculos, esperan que si la suerte favorece al Austria dentro de su territorio, volverá a caer con sus soldados en el cuadrilátero; pero la opinión general, con la cual nos encontramos en un todo conforme, conviene en que Venecia, bien por mano de la Francia, bien a consecuencia del tratado que firmen las partes beligerantes si Francisco José es derrotado delante de Viena, entrará a formar parte del reino de Italia, que al adquirir esta nueva provincia reiterará mal de su grado la renuncia de sus aspiraciones, a Roma.

Las noticias de América recibidas en la semana última, aunque interesantes por serlo para nosotros todo cuanto se roza con esta cuestión, se limitan a confirmar las que ya teníamos acerca de aquellos países.

Aprovechando la retirada temporal de nuestras fuerzas, el partido

exaltado de Chile y el Perú trata de levantar el espíritu público, animando al país a proseguir la guerra contra España. A este fin han celebrado un Congreso, en el que han tomado parte representantes de las tres repúblicas aliadas. En el Congreso no han faltado bravatas, promesas pomposas y multitud de disposiciones para activar las defensas de las costas, pero todos los buenos deseos de los agitadores se estrellan en la falta de recursos que cada día es mayor, a consecuencia del mal estado de sus asuntos financieros.

Parte de nuestra escuadra había llegado, en tanto, a Río Janeiro, desde donde después de aprovisionar convenientemente sus buques, volverá a las aguas del Pacífico en unión con los nuevos refuerzos que se disponen. Veremos si para la época en que esto suceda, que parece no ha de tardar mucho, siguen tan animadas las repúblicas de Chile y el Perú o tienen que ceder a la doble presión de nuestras fuerzas y del numeroso partido amigo de la paz, que aunque con menos alharacas, reúne de día en día nuevos prosélitos entre las clases más ilustradas y productoras de aquellos países.

Dejando ahora a un lado las cuestiones políticas, y viniendo a otro terreno, podemos consignar algunas novedades que han hecho menos sensible la monotonía de la corte durante el verano. Barbieri, el infatigable maestro que no se arredra ante ningún obstáculo, ha puesto sus reales en el jardín de Apolo, y contando con las simpatías que tiene entre los verdaderos aficionados a la música, ha inaugurado una serie de conferencias que en nada ceden a los que ofreció el público en el circo del Príncipe Alfonso durante los hermosos días de primavera.

La tradición de los jardines de Apolo, parece que había de oponerse a hacer de estos conciertos un punto de cita de la sociedad elegante; pero

el prestigio del maestro ha vencido toda clase de prevenciones, y las noches pasadas hemos podido ver reunidas allí a las más distinguidas y hermosas damas de la corte.

Si logran vencerse las dificultades que hasta ahora se han opuesto a ello, próximamente abrirán sus puertas los Campos Elíseos. Se habla, para cuando esto ocurra, de un concierto monstruo a beneficio de los heridos en la gloriosa acción del Callao, y de una compañía italiana que, dirigida por el célebre actor Rosi, en la actualidad en Barcelona, vendrá a amenizar las noches en aquellos frescos jardines. Falta hace que de un modo o de otro los Campos Elíseos ofrezcan algunas distracciones a los que, después de seguir con ojos de envidia el itinerario de los emigrantes, no encuentran más recurso que dar vueltas al Prado, sujetos a los bruscos cambios de la temperatura de Madrid, que oscila durante el verano entre la pulmonía y la insolación.

Por fortuna, si el refrán que enseña que los días de mucho son vísperas de nada, puede aplicarse invirtiendo el orden de los términos, en el próximo otoño se encontrará ocasión de desquitarnos con usura de la presente falta de novedades. Para esta época se guarda la Exposición de Bellas Artes, que ya anda, por no perder la costumbre, buscando albergue de hallarle a no ser a costa del fondo destinado a premios, que es como si dijéramos a expensas del bolsillo de los expositores. Para esta época disponen los literatos sus nuevas obras, los empresarios de espectáculos públicos sus grandes combinaciones, los artistas de todo género el fruto de sus trabajos del estío; para esta época, en fin, volverá la animación, la vida y el movimiento, que inútilmente trataríamos de que hoy se reflejase en nuestra revista, cuya frialdad aumenta a medida que suben los grados de calor del termómetro.

El pendón de guerra del gran cardenal Mendoza y la espada de Boabdil

Mientras sobre las almenas de la torre Bermeja se alzaba la cruz que aún hoy se conserva en la catedral de Toledo, y flotaba al aire el estandarte de Aragón y Castilla junto al pendón de guerra del gran cardenal Mendoza, el último rey moro de Granada entregaba a los Reyes Católicos, en señal de sumisión, las llaves de la ciudad morisca y la espada que no había servido para contrarrestar el valor castellano a aquel a quien su madre dio con gráficas palabras que ha conservado la tradición: ¡Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre!

¿Qué página de historia más elocuente podría escribirse que aproximar, como lo hacemos hoy en las columnas de nuestro periódico, esos dos trofeos de la gloria de nuestros padres?

El arte completa en ambos la idea histórica y hace más comprensible la muda lección que ofrecen. Por la espada se hizo el árabe dueño de nuestro país: la espada de filigranada labor representa a aquel pueblo en el contraste que ofrecemos. La idea venció a la fuerza; la idea de unidad simbolizada en la religión, que llevaba sus consecuencias unitarias a la autoridad, a las leyes, al territorio. Su emblema es un jirón de tela con un signo misterioso: el signo de redención y vida bordado en él, con la figura de la cruz.

Todos los países, pero el nuestro más que ningún otro, ofrecen al artista y al pensador tesoros de formas y fecundos manantiales de ideas en

esos objetos que completan la enseñanza de la historia. Buscarlos, reunirlos y ofrecer con su reproducción ancho campo a la fantasía y al estudio, es la misión de las publicaciones ilustradas.

El pendón azul con la cruz de Santa Elena que precedió al gran cardenal de España don Pedro González de Mendoza en la conquista del reino granadino, último baluarte de la dominación sarracena, se encontraba hasta hace poco en el magnífico hospital de Santa Cruz de Toledo, fundación del citado personaje, y hoy se ve pendiente de la hermosa reja, de preciada labor plateresca, que cierra la capilla mayor del templo de San Pedro Mártir, de la misma ciudad.

La espada de Boabdil, vinculada en la casa del señor marqués de Villaseca, en memoria de la activa parte que tomaron sus antecesores en la conquista de Granada, se conserva con la debida estimación, en su armería.

Nuestros lectores creemos que verán con gusto el afán con que procuramos cumplir la tarea propia de una Ilustración española, dando a luz objetos nunca bastante conocidos y doblemente apreciables por su mérito artístico y su importancia histórica.

Dos Palacios

- I -

El del duque de Uceda

Uno de los caracteres distintivos de nuestra época es el afán de las innovaciones. A este movimiento que en París engendró la fiebre demoledora

que ha hecho célebre al prefecto Hausuran, obedecen, en mayor o menor escala, todos los países. Al dejar el siglo XIX su herencia al que ha de sucederle, sólo se conocerán las principales poblaciones de Europa por el punto topográfico que ocupan en el mapa. Por fortuna, y para consuelo de sus habitantes, lo que las poblaciones pierden en carácter, originalidad y recuerdos, lo ganan con creces en salubridad, amplitud y esa especial belleza que resulta de la idea de lo útil combinado con lo agradable.

Madrid se encuentra en este caso. Ha hecho bien el Curioso parlante en dejarnos retratados en un libro, merced a su pluma, que así consigna ideas como pinta cuadros completos de color y forma, la fisonomía del antiguo Madrid, que tan rápidamente desaparece de nuestros ojos. A no ser así, pronto perderíamos hasta su recuerdo. De tal modo se transforma y muda.

No hace muchos años que entre el Paseo de la Fuente Castellana y el Salón del Prado existía, en el punto que se conoce con el nombre de Recoletos, una especie de solución de continuidad del Madrid elegante.

La fuente de Cibeles, con un triple cinturón de cubas y aguadores, se destacaba apenas sobre una pared ruinosa y mezquina; el Pósito, con su fachada polvorienta y oscura, se alzaba al lado de un callejón formado por la tapia de las Salesas, cuyos cipreses altos y oscuros, saliendo por cima de las copas raquíticas de algunos pocos árboles viejos retorcidos y deformes, daban sombra a la antigua Puerta de Recoletos, cuyas líneas mo[...] (6) ficio destinado a escuela de Veterinaria, y por otro tres o cuatro miserables casuchas adosadas al monumento.

El municipio, constante en su idea de embellecer la población, fijó, al cabo, sus ojos en este punto, y secundado por el esfuerzo de los particulares, se derribó aquí, se edificó más allá, se movieron terrenos, se trasplantaron árboles, y en pocos años lo que antes era camino lóbrego

y fangoso, cercado de tapias oscuras y edificios de triste aspecto, se convirtió en magníficos paseos bordados de jardines y palacios que se prolongan hasta el obelisco de la Castellana, meta colocada al extremo del espacio en que se agita el mundo elegante.

Entre estos palacios modernos, uno de los más notables por sus proporciones, el lujo desplegado en su construcción y la completa idea que por él puede formarse del gusto dominante en la arquitectura urbana de nuestra época, es del duque de Uceda.

- II -

El del marqués de Portugalete

Prosiguiendo en nuestra comenzada tarea de dar a conocer, al mismo tiempo que la fisonomía del Madrid antiguo y tradicional, el nuevo carácter que le imprimen las constantes innovaciones propias de la época de adelanto y desenvolvimiento que atravesamos, ofrecemos hoy la vista del elegante palacio del marqués de Portugalete, recientemente construido en las inmediaciones de la puerta de Alcalá.

Los planos y la dirección de esta obra se deben al arquitecto francés Mr. Adolfo Ombrecht, establecido en España, y el conjunto del edificio pertenece a esa caprichosa mezcla de géneros diversos, que, amalgamados con más o menos gusto, pero sin obedecer a reglas fijas, constituye lo que se ha dado en llamar arquitectura del siglo XIX. Aunque este nuevo género de arquitectura carece de verdadera originalidad, ofreciendo sus más caracterizadas producciones ancho campo a la crítica, si se las juzga con arreglo a las eternas y elevadas leyes de la estética del arte, no deja de

producir a veces obras cuyo aspecto seduce, ya por la elegancia de su traza, ya por la gentileza de sus proporciones o el gusto de su rico y profuso ornato. El edificio de que nos ocupamos hoy, sin duda uno de los más dignos de fijar la atención entre los que se han levantado en Madrid, de algunos años a esta parte, es un buen ejemplo.

La disposición interior del palacio corresponde en un todo a la idea que hace concebir su buen aspecto, dando a conocer el criterio y el delicado y artístico gusto que en su arreglo ha presidido. Aun cuando no están concluidas todas las obras proyectadas, algunas de las cuales, como el salón del piso principal, la galería destinada a museo y la capilla, prometen ser de verdadera importancia, ya en la planta baja del palacio pueden admirarse algunos departamentos acabados con gran lujo de ornamentación y detalles. Entre éstos se cuentan la sala de billar, de estilo caprichoso, que recuerda las extrañas combinaciones del chinesco, un tocador y una espaciosa cámara de dormir, de gusto moderno, la sala de baños, decorada a la manera pompeyana, por el pintor italiano Oreste Mancini, y el magnífico salón de música, la más rica y hermosa de las estancias del edificio y en la cual ha dado muestras de su lozana imaginación y su talento de artista el profesor de la Escuela de Bellas Artes D. José Marcelo Contreras. Como quiera que la importancia de las obras que se ejecutan en la actualidad y que aún no se han terminado, obras a cuya mejor realización han de contribuir diferentes artistas, nos darán ocasión para ocuparnos nuevamente de este mismo palacio, dejamos para entonces la descripción detallada de sus más notables departamentos y de las producciones del arte que los avaloran.

La segadoras

(Estudio de costumbres aragonesas)

Viene ya de antiguo la manía de censurar las emigraciones veraniegas que durante cierta época del año desparraman la población de los grandes centros por las costas y los pueblos de la Península.

Por nuestra parte creemos que esta costumbre o moda, o como quiera llamársela, es más digna de alabanza que de censura.

La circulación de las gentes trae como consecuencia natural la circulación de dinero, y, lo que es más importante, la de las ideas. Cambiar de horizonte, cambiar de método de vida y de atmósfera, es provechoso a la salud y a la inteligencia. Hay algunos que no salen de la ciudad buscando en el campo la calma y el sosiego como contraste a su perpetua agitación. Adoradores de un ídolo, corren a rendirle culto adonde se trasladan sus sacerdotes. Esclavos de la moda y las exigencias sociales, cambian de decoración; pero van a los puntos en que se reúne el mundo elegante a continuar representando la misma escena. Otros, por el contrario, y éstos son los que verdaderamente justifican la conveniencia de una costumbre desde mucho tiempo adoptada en otros países y hoy ya bastante general en el nuestro, buscan en lugares apartados el reposo que ha de devolverles la energía del cuerpo y del alma, enriquecen su inteligencia con el conocimiento íntimo de los hábitos y necesidades de los pueblos agrícolas, rompen la monotonía que también resalta del eterno tráfigo de las ciudades, con la contemplación de escenas y paisajes completamente nuevos, y en la serenidad que las rodea, en lo extraño de

los tipos, en la sencillez de las costumbres, encuentran una emoción, aun los mismos que la buscan inútilmente dentro del círculo de su tempestuosa vida.

Fray Luis de León

Una obra de arte

Los españoles no nos hemos distinguido nunca por el afán de perpetuar de una manera digna la memoria de nuestros varones insignes, para poder vanagloriarnos de ellos repitiendo sus nombres a los extraños al pie de los monumentos que los recuerdan.

En este punto los extranjeros, tan dados a enaltecer sus hombres célebres, no podrán menos de admirar nuestra modestia suma. De los grandes capitanes españoles, de sus artistas famosos, de sus egregios poetas, sólo guardamos alguna espada en la Armería, algún cuadro en el Museo, algún libro en la Biblioteca. ¿Para qué más? ¡Mármoles y bronces! ¡Vanidad de vanidades! Esta es la opinión vulgar y corriente; sin embargo, fuerza es confesar que hay algunas plausibles excepciones. ¡Cosa particular! En las capitales de provincia, más alejadas, naturalmente, del movimiento de arte y entusiasmo propio de los grandes centros intelectuales, como Madrid, es donde se suele dar el ejemplo de ver realizadas algunas de estas obras, merced al esfuerzo de los admiradores de un genio cualquiera, que, aun cuando represente una ilustración propia de todo el país, ellos miran como una gloria local.

La hermosa estatua representando al famoso fray Luis de León, debida al cincel del inteligente escultor Sr. Sevilla, sirve de coronación al monumento que a aquel inimitable poeta ha erigido la ciudad de Salamanca, donde tuvo su cuna.

Juicios críticos

Algunos juicios críticos acerca de los dos primeros volúmenes de Páginas desconocidas, de Gustavo A. Bécquer.

Páginas de Bécquer, por Fernando Iglesias Figueroa.

Se ha publicado, no ha mucho, un interesantísimo libro de recopilación, labor ingrata y desagradecida, que ha llevado a cabo con muy acertado tino, Fernando Iglesias Figueroa, reuniendo en un volumen, más de veintitantos artículos del gran Bécquer, una de las glorias más puras del Parnaso castellano.

Hay en este libro sabrosa materia y mucho buen gusto, siendo más que nada un firme puntal que se añade a la obra de revisión de valores que hoy es tendencia general en todos los cenáculos intelectuales.

Como dice con mucha razón el compilador, es de poeta «uno de los menos conocidos» y sin embargo uno de los más populares. Esta paradoja sirve ella sola para demostrar cuánto vale su obra, que, aun publicada en

forma desbaratada e incompleta, fue suficiente para darle fama y renombre universal.

Las «páginas desconocidas» que ahora se imprimen, añaden un laurel más a la corona del soñador, y nos lo muestran bajo un aspecto completamente distinto del que se conoce vulgarmente del gustador cantor del arpa muda. Leyendo sus artículos, cada uno nos ha traído el recuerdo de viejos autores y de nombres conocidos.

Recuerda, a veces, en sus crónicas de costumbres, a un Mesonero Romanos, escrupuloso y detallista, por momentos logrando dibujar de un trazo certero y firme el rasgo más saliente de un hecho o asunto; trae el recuerdo insistente de Larra, y como ironista, sarcástico y mordaz, tiene mucho de un autor posterior a él: de Oscar Wilde.

Porque es Bécquer un autor esencialmente contemporáneo; su vida brevísima, treinta y cuatro años, le impidió asimilarse a su época y giró en órbita distinta, muriendo incomprendido y extraño. El tiempo, justiciero, le devuelve la fama que merece. Y de la obra que va publicándose se desprende, sin género de duda, que el poeta escribió con un espíritu abiertamente renovador; sus artículos de arte sobre todo (*Antigüedades prehistóricas*, *Mayólica del siglo XVI*), se nota, con asombro, un concepto definido y personalísimo sobre los graves problemas de la arqueología. Es, además, tan poeta en el verso como en la prosa; hay en el libro un apólogo indio tan sutil y perfumado como el más lindo cuento de Rabindranath Tagore. Es producto, según afirma Cristóbal de Castro, tanto él como «El caudillo de las manos rojas» de una rápida y asombrosa lectura del «*Ramayana*».

También se encuentran críticas literarias teatrales (donde revela una preocupación muy moderna sobre la técnica escenográfica), notas,

descripciones y, entre éstas, el magnífico cuadro de «La picota de Ocaña», tan valiente, tan real como la mejor página descriptiva de Pío Baroja.

Por último, ciérrase el libro con dos rimas copiadas de un manuscrito original. La primera, brevísima, tiene aire de copla; la segunda, encierra, en ocho versos, toda la filosofía del Amor y del Dolor.

Y se piensa honradamente, al leer este libro, que, quizá, lo más hermoso del gran poeta sea su obra inédita y desconocida.

(De La Nación, de Buenos Aires.)

«Páginas desconocidas», por Gustavo Adolfo Bécquer.

Fernando Iglesias Figueroa ha recogido de entre las revistas de la época algunos trabajos desconocidos del inmortal poeta y que nadie hasta ahora se preocupó de buscar y recopilar, como si no fuese de extremo interés dejar que no se pierda en el olvido cuanto escribió aquella pluma excelsa, aquel espíritu delicado y escogido que se llamó Gustavo Adolfo Bécquer.

La obra, reunida y publicada por el señor Iglesias, habrá de merecer una acogida calurosa por parte de los innumerables devotos que el poeta de las Rimas tiene en todo el mundo de habla española.

(De El Sol, Madrid.)

Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer, recopilados por Fernando Iglesias Figueroa.

Con Bécquer, uno de nuestros poetas más populares, sucede algo parecido a lo que ocurre con Enrique Heine en Alemania, de quien, a pesar de haber dejado una obra considerable, sólo son generalmente conocidos sus poemas del «Libro de los Cantares» y las rimas de su bellísimo «Intermezzo». Este es el caso de Bécquer en España, mucho más grave, desde luego, que el de Heine, pues al fin y al cabo, en Alemania se lee mucho más que en España, y los tudescos cuidan mucho más que nosotros de sus grandes poetas y prestigios literarios. Por eso puede considerarse de altamente meritoria la labor emprendida por el notable poeta y literato Fernando Iglesias Figueroa, reconstituyendo la obra íntegra de nuestro exquisito poeta y publicando la parte desconocida de la misma, de tan alto valor, y aun en ocasiones, superándola, como aquella otra que cimentó su gloria en la posteridad y en el corazón de su pueblo.

(Los lunes de El Imparcial, Madrid.)

Páginas desconocidas, de Gustavo Adolfo Bécquer.

Fernando Iglesias Figueroa, el notable poeta, con meritísima constancia en su labor de sacar de la obscuridad y el olvido toda la obra de Bécquer, acaba de publicar un segundo volumen de «Páginas desconocidas», del exquisito poeta sevillano, autor de las Rimas. En este libro se nos da a conocer un nuevo aspecto de Bécquer: el de crítico

literario y político. «Páginas tan espontáneas y jugosas -como dice Iglesias Figueroa en un bello prólogo- que Fíguro las hubiese firmado con orgullo.

(Los lunes de El Imparcial, Madrid.)

Acontecimiento literario.

La Casa «Renacimiento», acaba de publicar el primer volumen de las obras inéditas de Gustavo Adolfo Bécquer, el genial y malogrado autor de las «Rimas» y de las «Leyendas». Cincuenta y dos años hace que murió el poeta y en todo ese tiempo sólo llegó al público una parte insignificante de su varia y extensa labor: la publicada a raíz de su muerte como póstumo homenaje de sus amigos y admiradores, que ocupaba un par de pequeños volúmenes.

A remediar el justo olvido que sobre el resto de su obra pesaba, vienen estos libros que hoy publica «Renacimiento» y que han sido cuidadosamente seleccionados por Fernando Iglesias Figueroa, que dedicó a ello gran cantidad de tiempo y esfuerzo.

De «acontecimiento literario» puede calificarse la aparición de las «Páginas desconocidas» de Gustavo Adolfo Bécquer.

(El Tiempo, Alicante.)

«Páginas desconocidas», de Gustavo Adolfo Bécquer. -Editorial

«Renacimiento». Madrid

¡Bécquer! Basta su nombre para remover en nosotros un mundo de recuerdos y de impresiones imborrables. Todos, al pasar por la juventud, sufrimos su hechizo; todos rumoreamos la música de algunas rimas suyas al oído atento de una mujer; todos hicimos nuestros sus ensueños posibilitando, bajo su égida, la permanencia del espíritu romántico en nuestras almas.

Ahora mismo, en estos tiempos prosaicos, en estos días de materialismo desbordado, donde el sensualismo se erige en norma y la carne en diosa, ¿no es cierto que su obra nos sabe a remanso de paz y a oasis de quietud? Su misma figura frágil, quebradiza, ¿no logra hoy, entre tanto público «municipal y espeso», la apostura elegante y la señorial prestancia de un retrato de Van Dyck?

La editorial «Renacimiento» ha hecho muy bien exhumando estas páginas olvidadas del escritor inmortal y su seleccionador, Fernando Iglesias Figueroa, merece por su labor entusiastas plácemes.

(El Noticiero Sevillano, Sevilla.)